

Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexo-generizado

Del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler

Ariel Martínez



Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexo-generizado

Del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler

Ariel Martínez

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de tapa: D.G.P. Daniela Nuesch

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Leslie Bava

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2018 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1692-1

Colección Biblioteca Humanidades, 40

Cita sugerida: Martínez, A. (2018). Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexogenerizado: Del psicoanálisis norteamericano a Judith Butler. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades ; 40). Recuperado de <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/116>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compártir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Prof. Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Laura Rovelli

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

**Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias
Sociales (UNLP/CONICET)**

Directora

Gloria Beatriz Chicote

Vicedirector

Antonio Camou

Agradecimientos

Agradezco a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) y al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP-CONICET), especialmente al Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG), lugares de trabajo que reúnen las condiciones para la actividad crítica del pensamiento.

Un absoluto agradecimiento a María Luisa Femenías y Norma Delucca, por sus generosos dones intelectuales.

Palabras preliminares

En un sentido amplio, y quizá poco riguroso, me pregunto cómo aprendemos, cómo hacemos teoría y cómo transmitimos un conjunto de habilidades cognitivas que se suelen llamar “aprendizaje” o, a veces, “conocimiento” y más ampulosamente “educación.” Aprendí de mis maestrxs –Olivieri, Santa Cruz, Amorós– que una de las claves está en saber preguntar; pero ¿cómo aprender a preguntar? ¿Y qué si todas las respuestas difieren entre sí, sin alcanzar nunca una verdad última? Si uno de los rasgos de aprender-investigar-transmitir es la actividad de preguntar, analizar y examinar los significados explícitos y subyacentes de los textos (y de nuestro entorno, como si de un texto más se tratara), entonces, más que la descripción, la prescripción y la repetición (sin dejarlas completamente de lado), conviene poner el acento en el cuidadoso análisis de los conceptos clave, los modos argumentales y sus supuestos, y las maneras en que todo “documento” a la mano se convierte en excusa para interrogarlo con un tratamiento riguroso y crítico, sabiendo que, como la misma Butler reconoce, y antes que ella un número significativo de teóricxs, todo fundamento es contingente, hipotético o *ad hoc*. Entonces, si se acabó el tiempo de las “verdades últimas” ¿qué conocemos? En principio, los límites de nuestro propio conocimiento y el desafío de la extensa red de significados que se abre ante cada pregunta y sus posibilidades de innumerables respuestas. Cada respuesta devela el punto de anclaje de una mirada singular, sostenida argumentativamente, debatida, confrontada, rechazada, escogida y confrontada nuevamente, donde cada ejercicio abre un campo posible de interpretaciones; en suma, de conociemien-

to. Ese ejercicio es el que intenté transmitir al equipo de trabajo que decidió seguir ese derrotero, muy probablemente no el más fácil pero sí –estoy segura de ello– el más fructífero. Un conjunto de personas que se interrogan, que buscan respuestas y contrastan sus posiciones teóricas construyen conocimiento; eso es algo que nadie hace solo, lo reconozca o no, algo en lo que un equipo debe comprometerse con autenticidad académica y sin temor a desafiar autores, temas y genealogías. Este libro es buena muestra de ello. Alguien dijo –creo que Platón o quizá Aristóteles– que para un maestro no había nada mejor que ser superado por un discípulo. Para una maestra tampoco. Desde esa perspectiva, presentar este volumen, producto del empeño individual y del debate colectivo, me enorgullece y me honra.

Lxs lectorxs comprobarán la potencia y la riqueza conceptual de esta obra porque, al mismo tiempo, entreverán los múltiples caminos que abre para pensar y repensar ciertos nudos problemáticos que las normas que rigen toda expresión de sexo-género y de cuerpo plantean.

María Luisa Femenías,
septiembre de 2018

Es un verdadero placer, tener la posibilidad de prologar el libro de un querido y valorado colega como es Ariel Martínez, que contiene gran parte de su tesis doctoral sobre *Identidad de género y Cuerpo*. Esta publicación inicia un nuevo trayecto del camino, porque como muy bien sabemos, al compartir la producción con otros lectores, se van transformando sus sentidos y las voces de los otros se incorporan al texto buscando su lugar. Es lo mejor que nos puede pasar con lo que escribimos y va mi deseo para que esto ocurra con este libro.

La tesis de doctorado que, en parte, este libro plasma, fue un punto de llegada, iniciado desde una pertenencia académica compartida, como docente en Psicología Evolutiva II, cátedra a mi cargo, continuado en las investigaciones sobre Familia y Diversidad, en las que también contamos con su participación, para adentrarse finalmente en

su propio recorrido como becario, en el que fue profundizando en cada tramo, temáticas relativas a la Identidad de género, a la obra de Judith Butler y a los conceptos de cuerpo y sexo. Desde nuestro lugar, el recorrido formativo y las necesidades de la clínica, nos han llevado a tomar al psicoanálisis y sus desarrollos como punto de partida, pero nutridos por lecturas diversas provenientes de los estudios socio-históricos, de la filosofía, de las ciencias de la complejidad y también de los estudios de género. De tal modo que resulta especialmente atractivo, un trabajo que pone el énfasis de manera sistematizada, en aportes de autores que problematizan algunos conceptos centrales del psicoanálisis. Estos conceptos, por haber surgido al calor de las corrientes de pensamiento que fueron hegemónicas en la modernidad, plantean explícita o implícitamente en sus desarrollos sobre la constitución psíquica, el proceso identificatorio, la sexualidad y la elección sexual de objeto, la meta de la heterosexualidad como ideal al que las pulsiones y la libido sexual tienden en forma naturalizada, si no encuentran obstáculos o desviaciones en su derrotero.

Pero como nos lo han enseñado tanto Foucault desde sus investigaciones genealógicas sobre la sexualidad como Derrida en sus recorridos deconstructivistas de los conceptos centrales del psicoanálisis, ninguna teoría es absolutamente homogénea, ni responde coherentemente a los mismos preconceptos. Por lo que no es necesario voltear todo el edificio conceptual, sino develar los fundamentos histórico-sociales sobre los que se basan parte de sus afirmaciones, algunas de las cuales se suponen y se pretenden aún hoy, a-históricas y de valor universal. Esto queda no sólo planteado sino exhaustivamente analizado y fundamentado en la presente obra. Como también queda señalada la importancia de rescatar, distintos aportes psicoanalíticos fructíferos, que permiten avanzar en líneas de pensamiento complejas y en conceptos no opositivos ni excluyentes.

Luego de la lectura de la historización o genealogía realizada por Ariel Martínez sobre los conceptos de identidad, identidad sexual, género y cuerpo, se hace evidente que no todas las conceptualizaciones actuales sobre el tema son más complejas, amplias, abarcativas y su-

peradoras de la lógica binaria, que algunas de las ideas creativas y originales de algunos de los pensadores clásicos. Entonces, dentro de una posición epistemológica que prioriza la mirada de la diversidad y la multiplicidad, nos parece válido sostener los aportes de mayor riqueza teórica, que arrojen nuevas luces sobre los funcionamientos de nuestras subjetividades, que abran nuestras mentalidades a nuevas perspectivas y que aporten verdaderamente a mejorar nuestras intervenciones y acciones. En el campo del conocimiento, se producen movimientos que pueden compararse con los que seguimos los propios sujetos: siempre hay un vacío de saber que se va corriendo, por donde surgen nuevos interrogantes. Como siempre hay lugares o no-lugares por donde se escapan las subjetividades, que no son aprehensibles por nuestra comprensión ni son colonizables.

Del lado de los desarrollos que este libro nos brinda sobre las temáticas apuntadas, desearía destacar por un lado, los realizados desde el feminismo constructivista y deconstructivo, que articula conceptos de Michel Foucault y del Psicoanálisis (como lo vemos en Nancy Chodorow y Jessica Benjamin) y en especial los desplegados por Judith Butler desde la Teoría *Queer*. Respecto de los debates entre diferentes posiciones teóricas, pensamos en variables “sobreinclusivas” (usando el acertado término acuñado por Jessica Benjamin), donde el contexto cultural y los tiempos históricos moldean profundamente algunos sesgos de la subjetividad más que otros, pero donde siempre se juegan las decantaciones singulares de la experiencia de cada uno. Por un lado, las corrientes feministas y queer, de la mano de Judith Butler, han dejado su impronta aportando de aquí en más a la teoría psicoanalítica, y al conocimiento de las subjetividades, las conceptualizaciones sobre el género, la identidad de género y el énfasis en los condicionantes sociohistórico de las desigualdades, desterrando de cuajo la naturalización de las asimetrías jerárquicas. A su vez, el psicoanálisis aporta la dimensión inconsciente deseante y su multiplicidad, señalando que los registros inconscientes no refieren a binarismos ni a una lógica identitaria, dado que no habría inscripción inconsciente de la diferencia sexual, sino movimientos deseantes múltiples. Fuerzas deseantes,

que en nuestra concepción de un psicoanálisis vincular, que prioriza el “entre”, sólo pueden pensarse en el encuentro intersubjetivo, en el encuentro con el otro. En el mismo sentido encontramos al final del libro, la referencia a conceptualizaciones de Judith Butler sobre *cuero*.

Pensamos que el objetivo propuesto por el autor ha sido alcanzado con holgura. Todo investigador que se interese en el tema, de aquí en más, no podrá soslayar este aporte teórico privilegiado a este complejo campo de problemáticas. Y es así por la rigurosidad y lo exhaustivo de su indagación en los desarrollos de los autores fundamentales que se ocuparon del tema y por la valiosa introducción de su propia voz en estos recorridos.

Norma Delucca
La Plata, marzo de 2018

Índice

<u>Introducción</u>	<u>15</u>
<u>Identidad de género</u>	
<u>Capítulo 1. Orígenes</u>	<u>27</u>
<u>Capítulo 2. Freud y el feminismo psicoanalítico</u>	
<u>norteamericano.....</u>	<u>77</u>
<u>Capítulo 3. Esbozos posmodernos</u>	<u>103</u>
<u>Capítulo 4. Dominación erótica y pornografía</u>	<u>133</u>
<u>Capítulo 5. La vertiente queer de Judith Butler</u>	<u>177</u>
<u>Cuerpo</u>	
<u>Capítulo 6. Una persistencia fundacional</u>	<u>217</u>
<u>Capítulo 7. Variaciones sobre la maternidad</u>	<u>241</u>
<u>Capítulo 8. Identidad sexual: lo político y lo erótico</u>	<u>277</u>
<u>Capítulo 9. El desmantelamiento queer de la pretensión</u>	
<u>fundacional.....</u>	<u>313</u>
<u>Referencias bibliográficas</u>	<u>355</u>
<u>Acerca del autor</u>	<u>389</u>

Introducción

Las categorías de *identidad de género y cuerpo*, en su complejo y enredado interjuego, operan de modo subterráneo a partir de sentidos naturalizados que alimentan la patologización, la inferiorización y la exclusión de quienes se sitúan en el amplio espectro integrado por aquellas personas cuyo despliegue no es decodificado como *coherente* o *auténtico*. Es así que aquí se propone localizar nudos problemáticos y develar supuestos que participan en la sedimentación de las normas a partir de las cuales toda expresión sexogenérica cobra existencia en función de su desajuste o no respecto a lo esperable.

En esta línea se ofrece una amplia y significativa investigación bibliográfica¹ centrada en la identidad de género y el cuerpo tal como circulan en diferentes miradas teóricas que forman parte del contexto norteamericano contemporáneo. Se ha optado por marcos referenciales norteamericanos por tres razones. En primer lugar, el contexto norteamericano ha sido aquel donde la categoría de género se ha gestado. Allí ha realizado los trazos que enhebran el campo de la lingüística,

¹ Aquí se ofrece una selección de líneas centrales correspondientes a una búsqueda, clasificación y sistematización bibliográfica pertenecientes a mi tesis de doctorado, realizada entre octubre del año 2007 y diciembre del 2016, en el marco de las becas de entrenamiento, estudio y perfeccionamiento otorgadas por la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) de la provincia de Buenos Aires, de la beca interna doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación. También se incluyen aportes recogidos a partir de hallazgos obtenidos en el marco del proyecto de investigación “Identidad de género y cuerpo. Entrecruzamientos conceptuales en el feminismo psicoanalítico norteamericano de finales del siglo XX” (PPID/H017), bajo mi dirección.

la psiquiatría y la endocrinología, el psicoanálisis, la teoría feminista y la teoría *queer*. Dar cuenta seriamente de esta compleja genealogía requiere apelar a las producciones que respetan este contexto. En segundo lugar, no existe una producción local significativa que delimite un canon de literatura especializada en torno al arco de problemas inaugurado por los desajustes entre sexo y género, por la irrupción de todas aquellas identidades de género no alineadas conforme a lo socialmente esperable de acuerdo a la naturaleza de los cuerpos biológicos. En tercer lugar, al menos en el ritmo y diseminación de las conceptualizaciones específicas atinentes a esta temática, el contexto norteamericano opera como una caja de resonancia donde se gesta y – posteriormente – se expande la vanguardia conceptual. Reunir aportes locales que guarden una densidad teórica notable a la hora de pensar el tema en su intersección con otros núcleos identitarios propios de la realidad latinoamericana constituye un desafío y una investigación en sí misma no considerada en este caso.

En este marco, las consideraciones teóricas en torno a dos núcleos conceptuales, identidad de género y cuerpo, se ofrecen a partir de cuatro miradas: el psicoanálisis norteamericano, el feminismo psicoanalítico norteamericano, la teoría feminista y la teoría *queer*. Cada capítulo constituye una unidad en sí mismo, con un recorrido propio, y deja deslizar, de manera explícita o subyacente, líneas que componen el recorrido total.

En una primera parte dedicada a la *Identidad de género*, el capítulo 1 da cuenta de los principales desarrollos del psicoanálisis norteamericano que han incorporado la categoría de género de la mano de John Money y Robert Stoller, a partir de la década del 50. Las ideas expuestas emergen de la indagación, y posterior selección, de un grupo de analistas que continuaron con una línea de investigaciones empíricas tendientes a someter a prueba premisas fundamentales del psicoanálisis freudiano –sobre todo aquellas que giran alrededor de algunas consecuencias teóricas articuladas a partir de la diferencia sexual anatómica. La categoría clave de estos desarrollos es la de identidad de género, siempre en un contexto conceptual en el que gravitan la

importancia de aspectos preedípicos en el desarrollo infantil, los procesos de separación-individuación y, sobre todo, las identificaciones tempranas que se despliegan en el marco de las relaciones de objeto. Justamente, el objetivo último en este segmento es mostrar el lugar que la identificación adquiere, más allá de su papel en la configuración de la *identidad de género*, en este contexto teórico específico. Allí, claramente, el periplo de la identificación no se aparta del estrecho sendero trazado por los destinos prefijados por el sexo anatómico, donde el precepto normativo no examinado de *identificarse con lo mismo* asegura que la identidad se propague siendo, precisamente, idéntica a sí misma. Debido a que la categoría de género, tal como se utiliza allí, proviene de la medicina, solo cuenta como realidad psicológica o atributo personal. Es así que únicamente en un sentido superficial los aportes de Stoller pueden ser considerados construccionistas. Es cierto que la identificación guarda en sí la posibilidad de abrazar modelos no previstos de acuerdo a lo esperable, pero considerar estas posibilidades sin que denoten desvío patológico requiere, al menos, la incorporación de aspectos sociales y normativos del género aquí descuidados. La identificación disfraza, de un modo u otro, una concepción que entiende lo psíquico como despliegue de lo ya contenido en la biología de los cuerpos.

Los [capítulos 2 y 3](#) presentan, junto con sus límites, las ideas de Nancy Chodorow, Dorothy Dinnerstein, Jane Flax y, principalmente, de Jessica Benjamin. Se priorizan estas autoras debido al intento de articular aspectos histórico-sociales con los marcos referenciales clásicos del psicoanálisis norteamericano. Estas pensadoras reflexionan sobre las causas y consecuencias psicológicas del modo desigual en que el patriarcado ordena los géneros. La identificación, a esta altura, no se dirige hacia destinos naturalizados, sino hacia sitios delineados por ordenamientos culturales. La identificación es el concepto que ilumina el modo en que en el nivel interpersonal e intrapsíquico se dirimen consecuencias histórico-sociales. Se trata de una vía a partir de la cual se produce la captura singular del género social. Sin embargo, como se señala, el ingreso de lo sociocultural al discurso psicoanalítico no

es sin inconvenientes; incluso puede ponerse en duda su legitimidad. No hay duda de que lo social es tenido en cuenta cuando se trata de reconocer las condiciones de desigualdad entre los roles atribuidos a varones y mujeres. Sin embargo, tal ordenamiento configura una situación cristalizada, un punto teórico de partida, y las consecuencias teóricas que de allí se desprenden tienden a coagular el orden de cosas dado. Entonces, no se incluyen dinámicas sociales más allá de diádas yo-tú. En algún sentido el sesgo individual triunfa y las consecuencias psíquicas de la desigualdad de género son consideradas entre sujetos concretos que protagonizan la crianza. Como fuere, una primera transformación opera, pues se produce una inicial resignificación feminista, en el interior de la teoría psicoanalítica, de la marca psiquiátrica y endocrinológica que el concepto de género mantuvo en sus intentos originales por explicar problemáticas ligadas a la no coincidencia entre el sentido psicológico del género y aspectos corporales.

El [capítulo 4](#) expone algunos aspectos del ingreso de la categoría de género en el campo del feminismo norteamericano de los años setenta. Debido a la vastedad de las producciones feministas, se ha optado por seleccionar un núcleo de debate —el problema de la dominación erótica y la pornografía— como una vía de acceso a las aproximaciones y usos que el feminismo, sobre todo en su vertiente radical, ha realizado respecto al concepto de identidad de género. En este contexto, la identidad de género y las identificaciones constituyen una urdimbre que compone una trama cabalmente política. Surgen nuevos sentidos alrededor de tal categoría más allá de la dimensión psicológica. Se trata de construir una plataforma política a partir de la cual efectuar reclamos y reivindicaciones, en nombre de *la mujer*. Sin embargo, esta identidad, y su pretensión de representar a todas aquellas que se adscriben a/identifican con ella, ha sido construida en los argumentos feministas en torno a la pornografía a partir de fuertes componentes esencialistas. La noción de identidad de género, entonces, dio cuenta de un profundo sentido de pertenencia a un colectivo coagulado alrededor de atributos compartidos naturalmente por todas. Los debates sobre la pornografía constituyen un escenario privilegiado para analizar el modo en que se

ha concebido la rigidez de la complementariedad entre las identidades de género esencializadas, donde el dominio masculino ha sido sexualizado como placer y anclado naturalmente en los cuerpos y en las identidades de género masculinas. Aun así, también se señala la existencia de otras posturas que plantean la posibilidad de pensar las identidades de género en términos de complejas construcciones políticas.

El capítulo 5 aporta algunas claves del desmontaje producido a partir del primer tramo del pensamiento de Judith Butler, a pesar de que los aportes conceptuales allí reunidos, condensados y muchas veces no referenciados, se inician tiempo atrás. Se pone de relieve, entonces, el cuestionamiento que el pensamiento de Michel Foucault generó respecto a las políticas de identidad. El creciente primado de enfoques que privilegian aspectos discursivos y significantes subvirtió la idea de identidades en términos de un anclaje sustancial, monolítico y fijo de las subjetividades. La onda expansiva del giro antiesencialista radical propio de esta mirada conmocionó a tal punto la solidez de las identidades que rápidamente comenzaron a tornarse, en el plano teórico, frágiles, precarias e inestables, cuando no ficciones con las que nos puebla el lenguaje. La idea que alimenta la teoría *queer* —a saber: ningún elemento por fuera del discurso participa en la articulación del sujeto— no dejó indemne, claro está, a las identidades de género. Esta concepción teórica echa mano a las identificaciones para pensar cómo el sujeto se configura en un *fluir* continuo a lo largo del tiempo, solo arrojando sedimentaciones que generan la ilusión de permanencia y fijeza, de espacialidades identitarias que capturan y restringen nuestro *self* y sus posibilidades de imaginarse como siendo otra cosa. Si el sujeto es, desde aquí, la fluctuación constante de un raudal de identificaciones, estas se encuentran comandadas por los arreglos y las valencias de poder que entretejen el campo social. Los fundamentos de las identidades de género se vuelven contingentes. El esfuerzo analítico debe dirigirse, entonces, hacia develar los artilugios ideológicos que borran el proceso de producción de la naturaleza como fundamento prediscursivo de las identidades de género; esto es, que imprime continuidad, conformidad y coherencia allí donde no necesariamente la

hay: entre sexo, género y deseo. La identificación, en tanto comandada por un orden político, muestra la potencialidad de ser utilizada, también políticamente, de modo subversivo. Entonces, las direcciones de las identificaciones bien pueden variar, abriendo nuevas posibilidades más allá de los límites de las identidades sustanciales y su ficción de exterioridad y abismo que zanja la idea problemática de diferencia. Pero, como también se intenta mostrar, esta postura no es armónica y guarda sus complejos problemas. Cuando consideramos la propuesta de la autora a la hora de pensar las identidades como la forma psíquica que adopta el poder, el campo político irrumpe en la regulación de las identificaciones. La propuesta de Butler no solo deja en claro la falta de autonomía del sujeto en cuanto a la gestión de sus identificaciones constitutivas, también anula todo margen para teorizar la posibilidad de resistencia ante el poder. Se observa entonces, de modo crítico, que la prometedora articulación propuesta entre Freud y Foucault para pensar al sujeto no resulta provechosa, al menos para los fines de esta indagación. Seguramente por el modo en que Butler concibe la identificación –como interiorización de la norma– es que la teoría del poder foucaultiana absorbe y anula la posibilidad de agencia buscada en los aportes psicoanalíticos. En este contexto se propone refigurar la identificación butleriana bajo la idea de sujetos *ex-státicos* como alternativa, incipiente, para salvaguardar la idea de agencia ante el devastador interés de demoler la idea de sujetos autónomos.

La segunda parte, dedicada al *cuerpo*, comienza con el capítulo 6. En él se exponen aportes clásicos que giran en torno, principalmente, del concepto de *self corporal*. Una serie de autores, entre los que se destaca Paul Schilder, dan cuenta del modo en que el cuerpo se construye como una representación que abraza ese objeto privilegiado entre otros del mundo. La importancia de la superficie corporal y los límites de la piel también irrumpen como superficie necesaria que genera una fuente de estímulos a partir de los cuales se establece la diferencia entre mundo interno y externo. También se seleccionan aportes contemporáneos que intentan, de manera franca respecto a su tradición, hallar los correlatos entre el psicoanálisis y el campo de la

biología. Son estos aportes los que develan el lugar que el cuerpo tiene en este marco de pensamiento, a saber: un núcleo de referencia último, no examinado epistemológicamente, una base sustancial y natural que determina no solo la identidad de género, sino lo psíquico en general.

El capítulo 7 expone la heteronorma intrínseca al sistema de parentesco a partir del cual se decodifican los cuerpos de las mujeres sobre la base de una interpretación centrada en aspectos biológicos. De allí se desprende la maternidad como categoría con problemáticas concomitantes, que tienen que ver con la dimensión del Sujeto, en términos filosófico-políticos, y con la dimensión del Deseo materno, anulado teóricamente mediante la producción de un sujeto maternal abstracto. Como contrapartida emerge la necesidad de concebir la experiencia de las mujeres, donde el cuerpo no se reduce a una esencia que oculta el Sujeto Mujer; más bien es entendido como históricamente situado, desde donde es posible articular su dimensión deseante. Si la maternidad responde a un orden de cosas propio de una concepción de cuerpo presimbólico –en términos de un sitio fuera del discurso que muestra ser heteronormado y que ancla la maternidad en el *ser* mujer – entonces la perspectiva que devela una retórica del cuerpo materno adviene como una posibilidad teórica que evidencia las estrategias discursivas que nos conducen a los aportes de Judith Butler al respecto. Es justamente esta autora quien ofrece una noción de parentalidad que ensaya un desacople con toda marca sexogenerizada y, entonces, resitúa los cuerpos de modo tal que se torna posible devolver a las mujeres la dimensión subjetiva. Finalmente, el interrogante respecto a qué es aquello que lleva a ciertos sujetos a identificarse con mandatos impuestos culturalmente nos conduce a un análisis específicamente centrado en el cuerpo que, al mismo tiempo, nos permite pensar en aquellos sujetos *desalineados*.

El capítulo 8 presenta cruces conflictivos entre miradas que inscriben a la identidad sexual como una configuración que responde únicamente a coordenadas políticas, o bien como un constructo más complejo que excede una toma de decisión voluntaria a favor de los objetivos separatistas de ciertos sectores del feminismo radical lésbi-

co norteamericano. Nuevamente, decanta una mirada subterránea en torno al cuerpo en términos esencialistas, superficie donde se inscribe la naturaleza agresiva de los varones, tomados como representantes carnales del patriarcado, que deben ser evitados mediante la identificación de mujeres con mujeres, operación ubicada en la base de amor lésbico. Por otra parte, no es posible abordar el cuerpo desde un punto de mira feminista sin apelar a dos intelectuales francesas que han capturado al cuerpo de modo diferencial bajo el espectro de los debates feministas: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray, ambas de gran relevancia en la producción *queer* de Judith Butler. Todo el capítulo intenta mostrar, en última instancia, al cuerpo como aquel recurso último, y maleable, al que se le da forma y consistencia de modo conveniente para inscribir y llevar adelante objetivos políticos.

En el capítulo 8 se presentan los aportes de Judith Butler pertenecientes al primer segmento de su obra. Su pensamiento, que muestra la fuerte influencia de Michel Foucault, tematiza al cuerpo como una construcción siempre discursiva, pues son las marcas del lenguaje las que contornean límites, no naturales, que imponen morfologías ideales a partir de las cuales *lø*s *sujetø*s se articulan. Es así que se enfatiza cómo las presentaciones que se enmarcan dentro de la *no conformidad de género* cuestionan el binario sexo/género y el modelo dimórfico de la diferencia sexual. Por otra parte, Butler sugiere que las *performances* de género se vinculan con la materialización de los cuerpos, y es desde allí que se propone a la identificación como constitutiva no solo de la identidad de género, sino de su correlativa *morphe* corporal imaginaria. Así, la mirada *queer* disuelve la solidez de los cuerpos en el discurso, y la identificación, sobre la que cabalga la norma, modela los límites corporales en aquel espectro de fluctuaciones entre materialidad y lenguaje.

Sin embargo, Butler misma ofrece elementos conceptuales que permiten matizar las ideas hiperconstructivistas respecto al cuerpo presentes en sus escritos iniciales, a partir del rescate de líneas que sugieren la imposibilidad de perder el anclaje en aspectos materiales que exceden la dimensión discursiva. Se intenta establecer una con-

vergencia de miradas que, por un lado, no descuide aspectos concretos de existencia por los que atraviesan los cuerpos que habitan localizaciones políticas indeseadas; y, por otro lado, recuperar todos los cuerpos a partir de la vulnerabilidad que otorga cierta ontología universal, como tiende a afirmar Butler actualmente. Esto no implica olvidar que tales cuerpos –que sufren, aman, enferman, disfrutan y mueren– no adquieren significación si no es en el interior de una marca discursiva que otorga inteligibilidad social. Afirmar que algo del cuerpo excede al lenguaje no significa, necesariamente, exaltar el cuerpo como fundamento ni como sustancia que guarda la potencialidad de determinarlo todo.

Abordada en perspectiva, la riqueza de este itinerario se encuentra en su recorrido más que en la segmentación de sus contenidos. Finalmente, cabe aclarar que este aporte abraza las incertidumbres y suspende las certezas, pero siempre a la espera de que su riqueza radique en su carácter de cartografía posible que, bajo la excusa de guía, exige el recorrido de un territorio complejo.

Cabe señalar que se ha optado por incorporar caracteres especiales como recurso de lenguaje no sexista. La ‘x’, la ‘@’, el ‘*’ suelen utilizarse frecuentemente. Sin embargo, la persistencia de binarismo de género, anclado en el dimorfismo sexual naturalizado y elevado a fundamento de la subjetividad, junto al carácter masculino que en el contexto patriarcal adquiere el pretendido sujeto modélico universal, me hace pensar que tales caracteres pueden funcionar como una alternativa que funciona como un reemplazo políticamente conveniente de la letra ‘o’ en tanto determinante del género hegemónico. Por ello se ha apelado a caracteres ‘ø’ y ‘ç’ como gesto simbólico de herir el masculino universal.

Identidad de género

Capítulo 1

Orígenes

Prolegómenos: John Money

Si para comenzar se debe satisfacer la exigencia de cercar un origen posible, sin ánimos de innovar podríamos señalar a John Money y su *Johns Hopkins Gender Identity Clinic*. Allí se produce la gesta médico-endocrinológica de la identidad de género como categoría explicativa asentada en la necesaria distinción de dos órdenes de datos. El sexo, por un lado, y su connotación estrictamente biológica – cromosomas, genitales, gónadas, hormonas – constituyen condiciones naturales que delimitan dos sexos. El género, por otro lado, y su connotación psicológica y cultural no se trata de otra cosa que de las coordenadas sociales de ser varón o mujer.

Los escritos científicos de John Money innovan en las décadas de los 50 y 60 con la contundente noción de *gender identity* (Goldie, 2014). Esta identidad de género resulta ser una noción compleja cuyas características principales son la rigidez y la fijeza. En última instancia se trata de una persistente creencia; una que ha cristalizado la propia localización en función del género resulta inmovible. Sin más, el autor refiere a este constructo como el sentido individual de pertenecer a uno u otro sexo. Si el vínculo entre la identificación de género y ‘la base’ biológica del sexo es oscuro, el enlace con el ámbito cultural resulta mucho más claro. La identidad de género refleja el grado en que un individuo se considera varón o mujer; es decir, el grado de conformidad respecto a las pautas culturales de la masculinidad y de la feminidad.

La presencia ineludible de lo cultural en el corazón de la identidad de género conduce a Money ante la necesidad de forjar una nueva categoría: *rol de género*. Bajo un examen detenido, la idea de rol de género nos muestra la intersección de un sentido cultural y un sentido individual (Ayim y Houston, 1985). El primero de ellos se refiere a las pautas de género establecidas en una cultura, a la norma social que reúne las características culturalmente avaladas para varones y mujeres. El segundo de ellos alude a las características que un individuo expresa y que integran atributos considerados femeninos o masculinos; estos conforman una gama diversa de atributos físicos como la apariencia y el comportamiento, también rasgos subjetivos como sentimientos, actitudes, motivaciones, creencias. En suma, “todas aquellas cosas que una persona dice o hace [al otro y/o a sí misma] para revelar que él o ella tiene el estatus de niño u hombre, o niña o mujer, respectivamente” (Money, 1955, p. 254).

Todo sujeto, sostiene Money, posee dos esquemas mentales de género, así como un esquema de lo humano, que contiene todo lo que integra su definición y que, incluso, no son codificados como específicamente femeninos o masculinos. Durante el proceso de generización, ítems particulares se funden con un esquema de género específico, y es allí donde se consolida el núcleo de identidad de género. Todo parece indicar que Money sostiene el carácter preexistente de estos esquemas, sobre todo cuando deja en claro que rol de género e identidad de género no son sinónimos, aunque su afirmación respecto a que constituyen facetas de una misma entidad no solo nos hace mover en terreno pantanoso, sino que también marca cierta preeminencia del ámbito social en el modo en que el género arraiga en la individualidad del sujeto.

Ciertamente, el punto en que se distancian estos constructos deja en claro que puede existir una “imperfecta” correlación entre la posesión y manifestación de una característica de rol de género y el sentido de identidad de género. Pues poseer características de uno de los géneros es necesario pero no suficiente para afirmar la identidad de género. Sin embargo, nadie podría portar una identidad de género sin

la existencia de roles de género a los que recurrir para desplegarse; del mismo modo, la existencia de la identidad de género asegura la expresión de tal identidad, lo que a su vez asegura la propagación del rol.¹ Tan es así que Money mismo llega a afirmar que “la identidad de género es la experiencia privada del rol de género” y “el rol de género es la manifestación pública de la identidad de género” (Money y Ehrhardt, 1972, p. 146).

Money introduce el artefacto teórico del género en el campo médico para pensar las complejidades de los posicionamientos en cuanto a la feminidad y la masculinidad en los casos de niños transexuales. De modo que inaugura una gama de problemas a la hora de reflexionar sobre los vínculos complejos entre cuerpo e identidad de género. Es así que la categoría de género se disemina e impregna en innumerables campos disciplinares. Sin embargo, lleva consigo una genealogía posteriormente denunciada, pues el sexo del que pretende desembarazarse permanece, alimentando restricciones que invisibilizan los obstáculos epistemológicos del cuerpo cuando se piensa la proliferación de otras localizaciones de sujeto más allá del dimorfismo sexual.

Como fuere, la identidad de género nuclear –el sentido del sí mismo en términos generizados– es un término popularizado por John Money, pero su origen se encuentra en los escritos de Robert Stoller. Sin duda inspirado en Money, Stoller insiste en el sentido que tenemos de nuestro sexo. Captura la potencia de las ideas de Money a partir de las narrativas del psicoanálisis norteamericano, y así produce el pasaje de la categoría de género desde el campo médico al campo psicoanalítico.

Las líneas del desarrollo

En 1982, el *Journal of the American Psychoanalytic Association* –uno de los más influyentes y de mayor impacto en Estados Unidos– dio a conocer algunas líneas de discusión, coordinadas por Robert Stoller y Samuel Wagonfeld, sobre la incorporación de la categoría

¹ Estos enredos muestran, desde un prisma posestructuralista, el problema y la contingencia de lo externo y lo interno a la hora de pensar la relación del sujeto con lo social. Para reflexiones en esta dirección véase Berger, (2016).

de género en el psicoanálisis norteamericano. Las contribuciones que allí se presentaron bajo la coordinación de Stoller formaban parte de investigaciones llevadas a cabo por algunos de los pensadores de mayor relevancia en aquel momento: Eleanor Galenson, Henri Parens y Phyllis Tyson. En rigor, aquellas comunicaciones fueron una selección de líneas centrales de investigaciones previamente publicadas en el *Journal* bajo el formato de artículos científicos.

Todas estas producciones se inscriben dentro del novedoso espectro conceptual inaugurado por Stoller. Dichas investigaciones, en aquel momento innovadoras, adoptaban como marco de referencia un psicoanálisis que aloja la categoría de género, vinculadas al temprano interés de Freud respecto al desarrollo de la sexualidad. Como es posible apreciar en la obra del padre del psicoanálisis, la sexualidad transcurre por derroteros diferenciales según se trate de niños o niñas. A partir de las contribuciones de Stoller se han reconfigurado los significados de términos nodales a la hora de abordar la temática. El sexo, nos dice Stoller, es definido como la base biológica y fisiológica para el desarrollo corporal (masculino o femenino). El género, previamente oculto tras el sexo, da cuenta de la irrupción de una nueva dimensión que refiere a los significados sobre la masculinidad y la feminidad.

A pesar de que el conocimiento emergente desde el campo del psicoanálisis respecto al desarrollo diferencial de acuerdo con el género se ha encontrado restringido por la comprensión del desarrollo sexual, en la década del 60 se produjo una torsión analítica interesante. Tal como señala Stoller, un amplio espectro de investigaciones provenientes de la biología, de la observación temprana del desarrollo infantil, de estudios sobre la crianza familiar y de datos provenientes de situaciones psicoterapéuticas arrojaron un interés creciente por aspectos preedípicos del desarrollo, la unión diádica, la fusión inicial con el objeto y su relación con la fase de separación-individuación. Estas nuevas formas de obtener datos dentro del campo psicoanalítico, más allá del análisis de pacientes adultos, ha permitido, a criterio de Stoller, el diálogo con otras disciplinas. Stoller aboga a favor de generar nuevas formulaciones teóricas a partir de una metodología guiada por una

epistemología que se adapte más a los cánones de los requerimientos de la ciencia estándar. Desde su punto de vista es posible observar, incluso mensurar, la envidia del pene, las fantasías de embarazo, la sexualidad infantil.

En esta línea, Phyllis Tyson (1982) entiende que la identidad de género, tal como ha sido delimitada por Stoller (1968a), constituye una línea de desarrollo específica integrada por tres áreas que, aunque relacionadas entre sí, son independientes. En primer lugar, Tyson retoma los desarrollos de Stoller (1976) para circunscribir el primer componente de su constructo teórico: la *identidad de género nuclear*, entendida como el conjunto de atributos que integran el sentido individual respecto a la masculinidad o feminidad. Constituye el más primitivo sentido, tanto consciente como inconsciente, de pertenecer a uno de los sexos y no al otro. Su desarrollo integra la confluencia de elementos biológicos –la autora pone especial énfasis en los aspectos anatómicos– y componentes psicológicos –en este punto son referidas las relaciones de objeto, las identificaciones y los conflictos bisexuales intrapsíquicos–; finalmente, la autora menciona la influencia de aspectos sociales y culturales. Tyson sitúa los orígenes de la identidad de género en esta temprana identidad de género nuclear. Este núcleo de conciencia primitiva de pertenecer a uno u otro sexo es conformado, entonces, por la convergencia de la fisiología y la anatomía genital, el sexo asignado al nacer, la calidad de la crianza, las relaciones de objeto, las funciones del yo y las capacidades cognitivas (Money, 1957, 1965; Money y Ehrhardt, 1972; Stoller, 1968a; Galenson y Roiphe, 1976, 1980).

En segundo lugar, Tyson se refiere al *rol de género* en términos de conductas en relación con el género dirigidas hacia otros. El rol de género se origina en las interacciones tempranas, conscientes o inconscientes, entre el niño y sus objetos. Estas interacciones se configuran a partir de las actitudes de los padres respecto al sexo biológico del niño. En última instancia, amplía la autora, se trata de la conducta manifiesta en relación con otras personas. En este punto, Tyson se apoya en Kohlberg (1966) y Kleeman (1976) para destacar la impor-

tancia de los aspectos cognitivos a la hora de percibir y etiquetar datos biológicos. Tyson destaca el modo en que la autodenominación –esto supone la capacidad del niño de localizarse bajo una de las categorías de género– organiza la experiencia de género y guía al infante en la búsqueda de objetos similares como modelos de conducta con quienes identificarse. Es así que la autora subraya el importante rol de los padres, cuyas actitudes hacia el sexo biológico del niño transmiten los roles de género social y culturalmente estereotipados. El resultado es, pues, una combinación de aspectos intrapsíquicos, la maduración cognitiva y la conducta aprendida culturalmente.

Finalmente, la autora incluye la *orientación sexual*, la que refiere al sexo del objeto de amor. A pesar de que este aspecto hunde sus raíces en las relaciones preedípicas con el objeto, se establece con firmeza luego de que estas tempranas relaciones de objeto atraviesan la organización edípica y son reelaboradas como parte del proceso adolescente.

El niño

Resulta interesante el modo en que Tyson analiza los avatares en la conformación de la identidad de género de modo diferencial en función del sexo. En el caso del varón, la autora localiza la asignación del sexo al nacer como primer paso para la constitución de la identidad de género nuclear. Dicha asignación es seguida por una variedad de mensajes verbales y no verbales que transmiten masculinidad. Luego Tyson señala como primer hito significativo para el niño el descubrimiento de su pene, junto al concomitante desafío de integrarlo a su imagen corporal. La manipulación de los genitales genera sensaciones táctiles placenteras, incluso aspectos kinestésicos y visuales se vuelven fuente de nueva información que se integra al yo emergente. La autora destaca la importancia de un vínculo recíproco y estable madre-hijo que opere de sostén en este momento, pues allí se instalan las bases de la identidad del rol de género. A partir de estudios observacionales, Tyson afirma que a finales del primer año de vida el niño sabe que tiene pene. Sin embargo, la conciencia genital y la autoestimulación adquieren un sentido cabal en el segundo año de vida.

Junto a aquel reconocimiento, a partir del segundo año comienzan a cobrar valor el control de esfínteres y el erotismo uretral infantil, la conciencia de las diferencias sexuales y la angustia de castración temprana. Así se instalan temores de castración preedípicos que configuran una fase genital temprana (Roiphe, 1968). Esta temprana angustia de castración preedípica constituye la evidencia de que la identidad de género nuclear se ha establecido. El niño, entonces, se vuelve consciente de que es un varón.

Al considerar los aspectos que tienen que ver con el rol de género, Tyson advierte que, a lo largo del segundo año, la principal interacción del niño es con su madre. Se ha constatado, nos dice la autora, el modo en que los niños imitan a sus madres realizando, por ejemplo, tareas domésticas. Es así que la identificación del niño con la madre incluye la identificación con un rol de género femenino y con el deseo de tener bebés. Tyson señala, sin embargo, el modo en que el papel del padre cobra progresiva importancia. Fue Stoller (1979) quien puso especial énfasis en la importancia de la presencia de un padre fuerte y viril capaz de fomentar en el niño actitudes masculinas, lo que permite la ruptura de los anudamientos simbióticos con la madre. Entonces, la importancia del lugar del padre no solo radica en la ruptura del vínculo con la madre, en el que circula la identificación feminizante, sino también en la oferta de un modelo identificatorio, una figura capaz de ofrecerse para que el niño se identifique con los roles de género que corresponden a su sexo. Tyson enfatiza, citando a Greenson (1995), la irrupción del padre y su lugar en la desidentificación con la madre.

Según Tyson, la micción vertical parece ser el primer paso en la adopción de un rol de género masculino. Tan es así que, teniendo en cuenta el creciente erotismo uretral en el niño, la autora llega a recomendar, como un facilitador en el pasaje identificatorio que favorece la identidad del rol de género masculino, que el padre fascine a su hijo con el chorro de orina. De este modo el padre toma parte activa y concreta en ofrecer un dato disponible para la identificación masculinizante. El establecimiento del *self* y la constancia de objeto emocional conducen a una supremacía genital. Así emergen el narcisismo fálico

y el exhibicionismo. Nos dice Tyson que el pasaje a la fase fálico-edípica solo es posible si el niño ha consolidado una imagen corporal narcisísticamente valorada y ha asumido un rol de género masculino. La autora localiza un equivalente a la envidia del pene en la niña; menciona que existe en el niño evidencia de envidia respecto al cuerpo de la mujer, específicamente a la posibilidad de procrear. Para sumar mayor complejidad, alude a la importancia de la cualidad del vínculo de la pareja parental. No alcanza con la disponibilidad del padre para la identificación, pues un marido degradado por su pareja femenina instala al padre en un lugar infravalorado: un referente identificatorio poco deseado, al menos para Tyson, a la hora de configurar la posibilidad de un rol de género a la altura de las exigencias sociales.

La identificación del niño con su padre adquiere, entonces, un lugar nodal en la conformación de la identidad de género masculina. Varios autores (Loewald, 1951; Abelin, 1971, 1975; Edgcombe y Burgner, 1975; Stoller, 1979) han señalado que la identificación no utilizada defensivamente como vehículo de resolución de conflictos edípicos se remonta a la etapa preedípica.² Dicho aporte ya fue sugerido por Freud (1979h), recuerda Tyson, bajo la idea de que la identificación es la primera ligazón afectiva con otra persona. Además, Freud consideró la identificación del niño con el padre ideal como modo de ingreso al complejo de Edipo. Si en un inicio el niño toma al padre como modelo identificatorio que le permite la desidentificación con la madre, y, de este modo, asume un rol de género masculino, solo posteriormente “el pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre” (Freud, 1979h, p. 99). La identificación con el padre continúa durante toda la fase edípica. La resolución del conflicto edípico se produce a través de tomar nuevamente al padre como *ideal del yo* hacia dónde dirigir sus identificaciones. Esta identificación con el ideal es una parte esencial del proceso de desarrollo del superyó (Freud, 1979h, 1979k).

² Esta línea ha alimentado lo que posteriormente Jessica Benjamin (1997) ha denominado *amor identificatorio*. Véase capítulo 3.

Es así que, si el niño realiza el cambio de identificación y se establece el papel o rol de género masculino, entonces accede a la fase edípica positiva, cuestión que lo enlaza, ahora, a relaciones triádicas. Comienza a desarrollar diferentes tipos de relaciones con objetos de ambos sexos; no existe, pues, un cambio de objeto amoroso capaz de barrer con los roles y las fantasías previas sobre el objeto. Se produce un movimiento desde fantasías anaclíticas hacia fantasías masculinas que toman por objeto a la madre, mientras desea la cercanía y la amistad del padre. Tyson sugiere las siguientes aclaraciones respecto a la teoría clásica:

1. La identificación con el padre es un requerimiento y un impulso para el movimiento hacia el complejo de Edipo: a) la identificación con el padre comienza con el erotismo uretral y sirve para consolidar la base de identidad de género; b) durante la fase fálico-narcisista, el niño debe pasar de la identificación primaria con los roles femeninos a una identificación con los roles de género masculinos; c) el niño, con la identidad de género nuclear masculina consolidada, se identifica con el rol de género masculino, y aspira al papel de *amante* cara a cara con el objeto de amor.

2. Entre los muchos factores que contribuyen a la resolución del complejo de Edipo, es posible incluir: a) la angustia de castración permanente; b) la prueba de realidad, por ejemplo, el pequeño tamaño del pene; c) la necesidad de mantener el equilibrio narcisista; d) una mayor capacidad de identificarse con el padre y con sus sentimientos debido a la maduración cognitiva; e) la estructuración del superyó, que incluye tomar al padre como ideal del yo e identificarse con él; y f) la apertura de mayores oportunidades sociales para tramitar las gratificaciones desplazadas.

La niña

En cuanto a las niñas, Tyson menciona que lo biológico, la asignación de sexo y las sensaciones corporales genitales juegan un papel importante, al igual que en los niños. Hacia los dos años de edad la niña descubre la diferencia anatómica entre los sexos. Su reacción está

sujeta a la calidad de su relación con la madre durante la fase de separación-individuación. El grado de la envidia del pene puede variar de acuerdo a un *continuum* que va desde una sensación leve a una intensa y profunda herida narcisista. En cualquier caso, la aparición de la envidia del pene es la prueba de la conformación de la identidad de género nuclear femenina, al igual que la angustia de castración en el niño.³ Tyson observa que el deseo de la niña de tener un bebé irrumpe con frecuencia antes de la fase triádica fálico-edípica, y constituye una evidencia del modo en que tiene lugar la identificación temprana con el rol de género femenino que desempeña la madre. Al mismo tiempo, la preocupación por los genitales masculinos y femeninos, el exhibicionismo y el aumento de la masturbación genital indican la emergencia de la temprana fase fálico-narcisista. La envidia del pene puede continuar, incluso con significados variados. Puede representar la rivalidad fálica con los muchachos, el deseo de cualquier objeto que no posee, o insatisfacción general con el cuerpo femenino. Al momento de la fase edípica positiva del desarrollo, la niña debe enfrentar la envidia del pene y aceptar un cuerpo narcisísticamente valorado.⁴

La autora señala, a su vez, que la niña se enfrenta a ciertas paradojas. Al tiempo que accede al Edipo positivo, ella se traslada desde la madre hacia el padre como objeto libidinal prioritario. Por un lado, se encuentra envuelta en una competencia triádica con la madre; por otro lado, depende anaclíticamente de ella. En el plano de la fantasía desplaza a la madre y pretende ocupar su lugar, cuestión que anuda identidad de género nuclear femenina, rol de género femenino y elección

³ Aquí queda claro cómo el núcleo de la identidad de género se vincula con el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. La identidad de género, para estos autores, se conforma mediante la identificación, aunque los destinos de la identificación, por la fuerte carga normativa de estas teorizaciones, no se conciben despegados de la realidad sustancial del cuerpo. Se observa, entonces, que la identificación, –y su potencia explicativa, tal como la aprovecha Butler (2001a, 2007, 2008)– permanece encriptada por los límites del cuerpo dimórficamente sexuado (véase capítulo 5).

⁴ Para un aporte original al respecto, en clave feminista, véase Bleichmar y Leiberman de Bleichmar (1997).

femenina de objeto de amor.⁵ El conflicto preedípico con la madre, o los problemas no resueltos en vinculación con la simbiosis intrínseca al primer vínculo libidinal, pueden impedir la transición esperable, lo que resulta en una relación persistente de tipo ambivalente y dependiente. Por su parte, el padre adviene como rival que interrumpe la atención y el cuidado que circulan en la lógica diádica que envuelve a la niña preedípica con la madre. En tal caso, lo que parece ser una ligazón edípica negativa triádica con la madre resulta ser hostilidad hacia el padre como rival de la relación preedípica –diádica y fálico-narcisista– con la madre.

Tyson advierte que una constelación edípica triádica negativa y una fijación en la fase de objeto de amor preedípico pueden parecer, a simple vista, similares. Es por ello que cobra relevancia, de acuerdo a la autora, la distinción efectuada entre identidad de género, identificación con el rol de género y elección de objeto de amor, lo que supone un análisis de las configuraciones intrapsíquicas involucradas en cada caso.

Es así que Tyson brinda líneas de desarrollo de la identidad de género específicas para niños y niñas. A criterio de la autora, en el caso del niño el trayecto transcurre del siguiente modo: asignación de sexo masculino, descubrimiento del pene, erotismo uretral (incipiente genitalidad), micción en posición vertical (incipiente identidad/rol de género masculina),⁶ identidad de género nuclear, Edipo en clave fálica

⁵ La alineación de estos tres elementos en una secuencia necesaria anclada en el cuerpo biológico como fundamento del género permanece en la base de la idea de *conformidad de género* presente bajo muchas denominaciones tanto en la psiquiatría como en el psicoanálisis norteamericano. Véase en el capítulo 5 el viraje que le imprime Judith Butler (2007) a esta idea concebida en términos de *coherencia de género*, categoría que emerge en un contexto conceptual donde el género es entendido como dispositivo de regulación social (Meler, 2010, 2012).

⁶ Resulta relevante notar el modo en que el rol de género ocupa un papel fundamental en la conformación de la identidad de género. Phyllis Tyson deja deslizar que en momentos precoces del desarrollo del género, la identidad está ligada necesariamente a la identificación con el rol. Este planteo se encuentra en sintonía con elementos de la teoría butleriana de la performatividad (Butler, 1990, 2007), pues el rol se encuentra antes de la identidad –a pesar de que para Tyson esto funcione de este modo solo en los inicios de la vida psíquica y no a lo largo de toda la vida del sujeto. Tampoco para Tyson la identidad constituye una ficción, sino más bien una entidad estable y sustancial capaz de emanar el rol que le

(papel masculino cara a cara con el objeto de amor), conflicto bisexual, identificación con el padre como ideal del yo. Para la niña, el recorrido que marca su línea de desarrollo transcurre por: asignación de sexo femenino, establecimiento de la imagen corporal, descubrimiento de las diferencias anatómicas, fase genital temprana, identidad de género nuclear, deseo temprano de tener un bebé (identificación con el rol de género femenino), narcisismo fálico (envidia del pene), feminidad valorada narcisísticamente (resolución de la envidia del pene), Edipo en clave fálica (padre como objeto de amor, deseo de un bebé de su padre),⁷ identificación con la madre como yo ideal.

Múltiples líneas del desarrollo

En un trabajo posterior, Tyson (1989) se vale de hallazgos clínicos para aportar algunas novedades a su producción anterior. Su punto de partida, en esta oportunidad, son las ideas freudianas que giran en torno a la organización diferencial de la sexualidad en niños y niñas. Aunque reconoce la vigencia y potencialidad de tales ideas, también señala que en muchos casos permanecen incompletas, o son inexactas. La expresión freudiana “la anatomía es el destino” (Freud, 1979k, p. 185) permite plantear a Tyson un modelo más complejo en el que la combinación de una gran variedad de factores –identidad de género nuclear, identificación con los roles de género, elección de objeto amoroso, factores biológicos constitucionales, relaciones de objeto, conflictos en el desarrollo, sexualidad, agresión, funcionamiento del yo y del superyó, entre otros– determinan la configuración de la identidad de género definitiva. Tyson no duda en afirmar que el sentido de la identidad de género emerge a partir de la confluencia de múltiples líneas del desarrollo.

dio existencia. Como fuere, la relevancia de las identificaciones en la conformación de la identidad de género es un punto fuerte en este aporte. Véase capítulo 5 para una exposición más detallada del giro que Butler imprime al tema de las identificaciones y su papel en la articulación de la identidad de género.

⁷ Claramente la resolución *normal* del complejo de Edipo, que supone la elección de objeto heterosexual, es la que delimita retrospectivamente la *correcta* configuración de la incipiente identidad de género femenina. Todo parece indicar que la heterosexualidad forma parte del rol de género.

Los puntos que Tyson cuestiona en cuanto al modo en que Freud plantea la sexualidad infantil, y su influencia en la conformación de la identidad de género tal como se venía pensando, se refieren a la fácil aceptación de la primacía masculina y la inferioridad femenina. Claramente, la crítica de la autora no apunta al sexismo presente en tal formulación, sino más bien a la inconsistencia que estas formulaciones clásicas generan en los modelos de desarrollo que de allí se desprenden. Si tales ideas son incompletas e inexactas, nos dice Tyson, es debido a su excesivo énfasis en la sexualidad y en la anatomía, y también debido a su relativo descuido de los roles de género, las relaciones de objeto, el funcionamiento del yo y del superyó, el lugar de la agresión en el desarrollo y el conflicto presente en la formación del carácter.

La perspectiva más amplia que Tyson reclama a la hora de pensar la identidad de género requiere de la convergencia de múltiples líneas del desarrollo. El sentido psicológico de la identidad masculina o femenina constituye un logro evolutivo que combina la sexualidad con las relaciones de objeto, el funcionamiento del yo y del superyó, y el sentido del sí mismo (Stoller, 1976; Tyson, 1982). El desarrollo sexual propuesto por Freud (1979b) es solo una entre muchas *líneas de desarrollo*, que convergen en la formación del complejo de Edipo. Estas mismas líneas pueden ofrecer dificultades a la consolidación edípica. Es en este sentido que Tyson reconsidera la sexualidad infantil dentro de esta perspectiva más amplia. A criterio de la autora la identidad de género, la identificación con los roles de género y los conflictos propios de la elección de objeto convergen en el complejo de Edipo. Tyson entiende al Edipo como un conflicto de desarrollo normal en el que convergen todas las líneas de desarrollo. La formación del complejo de Edipo implica una cierta consolidación de un sentido de identidad de género –masculina o femenina– y, al mismo tiempo, la asunción de un rol de género y un posicionamiento, aunque siempre conflictivo, en cuanto a la elección de objeto.

En lo que respecta al varón, Tyson cuestiona el supuesto freudiano que indica que “para ambos sexos, solo desempeña un papel un genital, el masculino” (Freud, 1979j, p. 146) como la característica

central de la organización genital infantil. En otras palabras, “hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino” (Freud, 1979j, p. 149). Tyson se muestra cauta a la hora de adherir acríticamente a la idea de la primacía de la masculinidad, sobre todo cuando la masculinidad se encuentra basada exclusivamente en la posesión del pene. La autora no duda en apelar a las investigaciones de Stoller (1985; Stoller y Herdt, 1982), para quien la masculinidad refiere, más bien, a un proceso de adquisición de un sentido del *self*, pues este autor se esfuerza por sostener que la masculinidad es un logro, no el despliegue de algo dado, contenido en la morfología anatómica.

Como ya se ha señalado, en la medida en que el sentido del yo o de la identidad se articula, en parte, por la identificación con el objeto primario, que decanta en la conformación del núcleo de la identidad de género, el sentido más primitivo del *self* del niño trae consigo feminidad (Stoller, 1985). Con el fin de obtener un sentido de masculinidad, el niño debe establecer un sentido diferente respecto del objeto primario. Entonces, el sentido de la masculinidad, lejos de estar garantizado por la posesión de un pene, depende de la desidentificación (Greenson, 1995) del niño con su madre. Por otra parte, Tyson destaca que la angustia de castración, entendida como una inseguridad que afecta al sentido de la integridad corporal y al sentido de la masculinidad, no irrumpe y finaliza en la fase fálica, como pensaba Freud; más bien es algo que el niño debe superar desde el principio del proceso de separación-individuación.

Phyllis Greenacre (1953), por su parte, sugirió la vulnerabilidad que el primer contacto con la madre genera en el niño. Señaló que la exposición continua a los genitales femeninos causa confusión e incertidumbre respecto a su imagen corporal, lo que predispone al niño a vivencias de castración graves en etapas posteriores del desarrollo. En esta línea, Tyson destaca la calidad de la relación madre-niño. Cuando, por alguna razón, la madre es incapaz de asegurar un nivel básico de seguridad, o incluso el niño no es capaz de utilizar lo que la madre proporciona, pueden surgir afectos que alteren el funcionamiento del yo y el apego hacia el objeto; entonces la vulnerabilidad narcisista y la

angustia de castración aumentan. Tyson destaca una vez más, al igual que Stoller (1976), que en condiciones óptimas, el padre constituye el *objeto menos contaminado*. Solo el padre puede ayudar al niño a resolver los conflictos de acercamiento al proporcionar un modelo de identificación para que este pueda dejar de identificarse progresivamente con la madre y, al tiempo que construya su sentido de masculinidad, pueda consolidar su proceso de separación- individuación. Es así que, en la línea de Stoller, Tyson afirma que la identificación con el padre fomenta el sentido de masculinidad y la confianza en los genitales intactos. En algunos casos, nos dice la autora, el padre puede fallar: puede ser pasivo, poco viril y, por lo tanto, no estar disponible como una figura identificatoria. Otro riesgo es que su propia hostilidad, explosiva o competitiva, puede llevarlo a luchar con –incluso atacar– su hijo; esto contribuiría a aumentar los temores de castración. Finalmente, Tyson menciona que el padre puede estimular sexualmente a su hijo: tomar duchas con él, o compartir actividades de ir al baño. Tanto la hostilidad exagerada como la circulación de excitación sexual intensificada pueden aumentar la ansiedad de castración en lugar de fomentar un sentido intacto de la masculinidad.

En suma, la angustia de castración no constituye un conflicto a resolver solo en la fase genital temprana. Con la progresión de la primacía genital, la sexualidad fálica entra en pleno florecimiento. La primera de las dos tareas importantes que el niño debe lograr durante la primera parte de la fase fálica es superar nuevamente la angustia de castración y encontrar un sentido de su cuerpo masculino intacto y valorado narcisísticamente. El mantenimiento de la autoestima y del equilibrio narcisista no depende tanto de la percepción omnipotente y grandiosa del *self*, como de la capacidad para afrontar la búsqueda de un *self* masculino mediante un órgano funcional e intacto. La segunda tarea para el niño es asumir un rol de género masculino. La progresión del Edipo y el ajuste heterosexual exigen un cambio respecto al objeto de amor (Tyson, 1982). Para hacer este cambio el niño debe tener confianza en su masculinidad, debe idealizar cada vez más e identificarse con el padre. En la fase edípica renace la angustia de castración, pero

en ese momento el agresor temido es el padre, no la madre. Idealmente, la angustia de castración llega a ser reemplazada por el miedo al castigo del superyó, y los temores de daño genital real o pérdida se trasladan hacia preocupaciones que remiten a la proximidad con la efectividad o la potencia propias del ideal del yo, instancia que plantea amenazas narcisistas. Estos obstáculos, que aparecen en lo que Tyson denomina *progresión edípica*, deben ser sorteados exitosamente para que el niño pueda establecer un sentido de su masculinidad seguro.

Progresión edípica masculina

Frente a los numerosos factores que pueden poner en riesgo el sentido de masculinidad del niño, Tyson toma a la angustia de castración como una metáfora del desarrollo en el niño. Como tal, entonces, Tyson distingue tres fases en las que surge la angustia de castración:

(1) En la temprana infancia, la diferenciación *self*-objeto, el cuerpo y la integración del yo, la integración de sentimientos de amor y odio sobre el objeto y el yo, y la desidentificación con la madre son temas cruciales del desarrollo. La angustia de castración que deriva de este primer período delata una inseguridad básica en la separación y en la diferenciación, una inseguridad respecto al sentido de la masculinidad del *self*. Las preocupaciones generalizadas sobre el poder y el control que se ven en un adulto pueden aparecer como medidas compensatorias para preservar el sentido masculino precario del *self*.

(2) En la fase fálica temprana son cruciales la consolidación de una imagen corporal narcisísticamente valorada, e intacta, junto a un rol de género masculino definido. La angustia de castración en este período deriva en exhibicionismo fálico y voyerismo, actitudes denigrantes hacia las mujeres y sobrevaloraciones de la sexualidad machista.

(3) En la fase edípica, las relaciones con ambos padres, en función de la diferencia sexual anatómica y de las relaciones de objeto triádicas, conducen a fantasías familiares de conquista edípica. Los conflictos que tienen que ver con las relaciones de objeto son, entonces, centrales. La angustia de castración que deriva principalmente

de este momento se manifiesta en el temor a la pérdida de amor, a la humillación o al castigo por parte del padre.

Teniendo en cuenta lo anteriormente desarrollado es que Tyson toma a la angustia de castración no solo vinculada con la ansiedad respecto a la pérdida del pene, sino también con un sentido general de la identidad masculina, con un temor a que la propia masculinidad sea abolida. La angustia de castración, entonces, también es símbolo de la vulnerabilidad del narcisismo fálico y del posible fracaso de asumir exitosamente un rol de género masculino.

Progresión edípica femenina

Para dar inicio a sus consideraciones sobre las niñas, Tyson comienza sopesando la afirmación freudiana que se refiere al carácter primario del sentido de la masculinidad para ambos sexos. De hecho, Freud sugirió que debemos pensar en términos de antítesis entre masculinidad y castración, no entre masculinidad y feminidad. Para que la niña desarrolle un sentido de feminidad debe renunciar a su masculinidad, aceptar su estado dañado, incompleto e inferior, y alejarse de su madre dirigiéndose hacia su padre (Freud, 1979n). Solo de este modo puede ingresar en la constelación edípica.

Tyson señala, a partir de observaciones empíricas, que las niñas pequeñas tienen un claro sentido de ser mujeres. Al comparar niños y niñas en función de la facilidad con que establecen el núcleo de su identidad de género, la autora no duda en revertir la afirmación de Freud. Si bien existen obstáculos en la niña, el sentido primario de la feminidad se ve ampliamente facilitado por la identificación con el objeto primario. Aunque la unidad madre-hija puede impedir la separación y la progresión edípica, lo cierto es que tal intimidad, afirma Tyson, fomenta la identidad de género nuclear. Por otra parte, la autora afirma que los genitales de la niña son experimentados internamente. Aunque las niñas tengan dificultades para ver los genitales, Tyson menciona que no tienen ningún problema para encontrar y experimentar sus sensaciones. Si bien la autora ha hallado ansiedades de daño genital en niñas, esta ansiedad no suele alterar el sentido integrado del *self corporal*.

Por otra parte, la autora destaca que la investidura narcisista del sentido femenino del *self* en la niña, sin embargo, es una fuente importante de vulnerabilidad, y suele interferir en la progresión edípica. Los obstáculos suelen permanecer ligados a la hostilidad hacia la madre. La agresión excesiva hacia ella destruye la sensación de intimidad, apresura de modo abrupto la separación e interfiere con las identificaciones con la madre; es decir, con el placer de ser femenina como ella. Es así que Tyson destaca la importancia de que la niña obtenga placer en la sensación femenina de su *self*, sensación que suele verse obturada por la envidia del pene. Si bien una niña puede fantasear con que la posesión de un pene puede ayudarla a reparar el daño de la relación con su madre y el defecto en su autoestima, esto no implica, de ningún modo, que el sentido de la masculinidad sea primordial. Hay, dice Tyson, muchos significados asociados a la envidia del pene, y pueden variar de acuerdo a la etapa de desarrollo y las experiencias de vida de la niña en cuestión. Para reforzar esta idea, la autora señala hallazgos en su experiencia clínica de niñas que envidian los pechos de la madre, o con un fuerte deseo de tener un bebé, lo que pone en cuestión si la envidia del pene es parte necesaria del desarrollo normal de cada niña; y de serlo, Tyson menciona que se ha restado atención al papel de la envidia de los pechos como una fuente continua de vulnerabilidad de la autoestima de la niña.

Si bien es posible hallar envidia y ansiedad en la niña, normalmente se centran en las posesiones de su madre, por lo que se podría considerar envidia de los pechos y no envidia del pene. Esta ansiedad, por otra parte, no afecta la integridad del cuerpo; remite más bien al miedo de perder el objeto amado y odiado, el objeto al que quiere reemplazar, pero con el que también desea encontrar un estado de unidad afectiva. Mientras que con la temática edípica se evidencian deseos eróticos hacia el padre, por otra parte, la envidia y el amor/odio extremos hacia la madre impiden el establecimiento de la constancia de objeto libidinal, lo que imposibilita que la niña pueda identificarse con ella y afianzar su sentido de la femineidad.

La sensación de vulnerabilidad e impotencia que acompaña al sentido de separación respecto de la madre puede combinarse con los im-

pulsos sexuales y hostiles, y dar lugar a fantasías masoquistas. Tyson detecta en varias niñas evidencia de una búsqueda erotizada por ser víctimas de dolor y sufrimiento que incluyen específicamente fantasías de daño genital. Estas fantasías sadomasoquistas con la madre llevan a la niña a sentirse impotente. Tan es así que un obstáculo frecuente en la progresión edípica de la niña es el miedo a la pérdida de la madre, a perderla como objeto de amor, de odio, incluso de castigo. Cuando Freud admitió que no sabía mucho sobre el desarrollo femenino expresó la esperanza de que un gran obstáculo que interfiere con la progresión del Edipo –la relación madre-hija preedípica – tal vez podría ser dilucidada por mujeres analistas a través de la neurosis de transferencia. No hay dudas de que Tyson se encuentra en plena convicción de haber saldado tal esperanza junto a sus colegas, pues desde su punto de vista, los numerosos conflictos entre madre e hija, a ser resueltos antes de que advenga la consolidación o resolución edípica, son bien conocidos.

En suma, Tyson destaca que el paso importante hacia la progresión edípica de la niña consiste en sortear los conflictos de acercamiento. La incapacidad de resolver la ambivalencia del acercamiento socava la estima de sí en la niña, lo que interfiere con el placer que generan las identificaciones femeninas; es decir, las identificaciones con los roles de género correspondientes. Tal incapacidad plantea, también, conflictos para la elección de objeto. Esto no solo impide el avance del desarrollo edípico, sino que puede poner en peligro la elección heterosexual de objeto de amor.

Identificación versus instinto

Por su parte, el trabajo de Henri Parens titulado *The child's wish to have a baby*, recapitula ideas desarrolladas en un artículo previo publicado en 1980. Constituye un informe de los resultados de observaciones empíricas realizadas con niños pequeños. Los investigadores realizaron observaciones participantes de niños en presencia de sus madres y hermanos dos veces a la semana. Se realizaron filmaciones a partir de las cuales se generaron documentos escritos sistemáticos. Pa-

rens reconoce las limitaciones de esta aproximación metodológica; sin embargo, destaca que fue posible acceder a indicadores de la actividad psíquica dominante en tal momento del desarrollo. Las observaciones realizadas, afirma el autor, contrarían algunas líneas del desarrollo presentes en la teoría psicoanalítica clásica. Parens no se centra en el entorno de los niños observados, el cual puede inhibir o facilitar tal comportamiento, sino en las fuentes internas que alimentan el interés en los bebés. El interrogante central de tal investigación refiere a si el deseo de tener un bebé surge de identificaciones con los objetos libidinales (figuras parentales) o si refiere a un impulso comandado por disposiciones innatas (Parens, 1980).

Con el objetivo de poder diferenciar aspectos identificatorios de aspectos instintivos, Parens distingue cuatro elementos que, desde su punto de vista, componen el interés por los bebés presente en la temprana infancia: (1) afectos y sentimientos expresados mediante el comportamiento y la conducta; (2) presión motivacional; (3) frecuencia de actividad, como medida de la dominancia psíquica; y (4) la reacción del ego respecto de la actividad. A partir de los datos recolectados, extrae las siguientes consideraciones: a) El interés de un niño en los bebés se produce en dos etapas; b) en la etapa I, no se observan diferencias entre niños y niñas, pues allí el comportamiento es producto de la identificación con la madre simbiótica; c) en la etapa II, las niñas parecen impulsadas por una fuerza psicobiológica primaria que no se observa en los niños;⁸ d) esta fuerza psicobiológica consiste en una disposición instintiva (sexual) y en una disposición primaria del

⁸ Al igual que todos los desarrollos localizados en el psicoanálisis norteamericano, lo biológico, en mayor o menor medida, asume un papel sumamente relevante en la configuración de la identidad de género en general, y femenina, en particular. Véanse capítulos 2, 3 y 7 para un examen de las novedades que introducen pensadoras que se sitúan en la articulación del psicoanálisis norteamericano y la teoría feminista (Chodorow, 1984; Benjamin, 1996, 1997), quienes dan crédito a la identificación, depurada de elementos innatos, como categoría que permite la convergencia entre lo psíquico y lo social. Estos aportes constituyen un punto de quiebre interesante, a pesar de que continúan restringidos por un dimorfismo sexual naturalizado no examinado que tiñe el modo de pensar los cuerpos. Para un examen de este último punto, y la producción de un nuevo viraje conceptual, véase la relevancia del pensamiento de Judith Butler (2007, 2008) en los capítulos 5 y 9.

self; e) en la etapa II el deseo de la niña de poseer un bebé constituye una disposición innata, primaria, y no un sustituto del deseo del pene. A criterio de Parens, una niña experimenta el deseo de tener un bebé como un sustituto del pene solo como resultado secundario de las decepciones y experiencias narcisistas infantiles.

Entonces, el interés por los bebés y muñecas presente en los niños y niñas que transitan la etapa I emerge alrededor de los 12-14 meses. Esto es casual y refleja el comportamiento de la madre, como resultado de la identificación con ella. Tal interés aparece al inicio de la resolución de la simbiosis. En la etapa II el deseo de poseer un bebé coincide con la primera fase genital de la niña, alrededor de su tercer año. Es así que se manifiesta la cualidad de una disposición innata de género. Parens es taxativo: en las niñas este deseo innato por poseer bebés no se observa antes de esta etapa, y en los niños no se observa nunca.⁹

A modo de ejemplo, el autor selecciona un caso que forma parte de su muestra: una niña de dos años (*Mary*) en quien irrumpe un deseo apremiante de poseer un bebé de un mes de edad (*Doris J.*) presente en su entorno. *Mary*, describe Parens, muestra entusiasmo y cálido afecto sostenido en el transcurso de varios meses. Ella se excita con la presencia de *Doris J.*, la toca, incluso supera cualquier obstáculo para llegar hasta ella y su madre. Además, *Mary* muestra profunda preocupación por *Doris J.* y, cuando la bebé y su madre están ausentes, *Mary* se ve deprimida. A Parens le resulta indudable que en *Mary* existe el deseo de poseer a *Doris J.* y de reemplazar a su madre o a cualquier otra persona que la tenga en brazos. Luego de cuatro meses de constante preocupación por *Doris J.*, *Mary* comienza a preguntar cuando conseguirá un pene. Entonces, nos dice Parens, el deseo de tener un bebé precedió claramente al deseo del pene, en contra de la formulación freudiana clásica respecto al deseo de un bebé como sustituto del

⁹ Aquí las categorías *niños* y *niñas* refieren claramente a configuraciones biológicas. Entonces, el deseo de tener niños no se vincula con un espectro de anhelos que giran en torno de una identidad de género determinada, más bien es comandada por la especificidad de la genitalidad anatómica.

pene. Cuando su madre le dijo a *Mary* que al crecer las niñas tienen bebés y no penes,¹⁰ ella estalla en felicidad. De este modo Parens se muestra radicalmente en contra de la idea de que un bebé es una compensación por no tener pene. A los dos años y ocho meses *Mary* insiste en que *Doris J.* es su bebé.

Al final del tercer año *Mary* evidencia ampliamente un incremento de la actividad erótica masturbatoria. Es así que, interpreta Parens, amplía y enriquece la identificación con la madre. La rivalidad con la madre y el coqueteo con el padre son la señal de una clara lucha edípica. Las observaciones de otros niños muestran variaciones en los comportamientos y confirman el precepto teórico referente a la etapa II: la existencia de un interés innato por los bebés, que se extiende desde el segundo hasta el quinto año, solo en las niñas. Esta preocupación e interés muestra tal grado de intensidad que Parens no duda de su carácter primario e instintivo; tampoco del error de atribuirlo a la identificación con la madre. Por el contrario, las observaciones de niños de la misma edad sugieren que, si bien existe un interés por los bebés y sus madres, la actitud de nutrir y poseer al bebé está claramente ausente.

Diferencia sexual anatómica y fase genital temprana

Una década más tarde, Parens (1990) publica un artículo titulado *On the girl's psychosexual development: reconsiderations suggested from direct observation*. Allí expone los resultados observacionales obtenidos a partir de un estudio longitudinal con niños pequeños. Sin entrar en detalles, solo interesa destacar que tales resultados conducen a una revisión de dos componentes de la teoría psicosexual freudiana. En primer lugar, la observación directa no respalda la idea de una fase fálica como primera fase genital de la niña. Es así que el autor desafía la hipótesis freudiana, incluyendo la forma en que la niña ingresa al

¹⁰ Estos autores no advierten el valor y el impacto que poseen los enunciados y las verbalizaciones de los adultos a cargo de la crianza –que, como en este caso, generalmente apelan a la (hetero)norma– en la construcción de los relatos generizados a los que los niños y niñas refieren como teorías sexuales infantiles a partir de las cuales no solo aportan inteligibilidad al mundo, sino que significan su propia experiencia y formulan sus deseos.

complejo de Edipo, y su deseo de tener un bebé. En segundo lugar, coloca el concepto de fase fálica en las consideraciones sobre la dinámica de la niña que se refieren a las experiencias tempranas de ambivalencia, que la conducen al corazón del conflicto edípico.

Por su parte, Eleanor Galenson, junto a Herman Roiphe (1980), en su artículo *The preoedipal development of the boy*, toma como punto de partida la afirmación de Herman Roiphe: en los niños y las niñas de entre 15 y 24 meses se produce una fase genital temprana normal. Esto es producto de las sensaciones genitales endógenas normales resultantes de la dinámica propia de las estructuras biológicas genitales, lo que impacta en el sentido del *self* y en lo que los autores denominan el sentido de la *identidad genital*. Esta fase inicial del desarrollo sexual/genital no incide sobre el posterior Edipo a menos que el niño ingrese en esta fase con representaciones inestables del *self* y del objeto; entonces la emergencia de reacciones tempranas ante la castración genital (preedípica) está vinculada con las ansiedades tempranas relativas a la pérdida del objeto y la disolución del *self*.

A partir de un meticuloso método de recolección de datos, Galenson informa que la mayor parte de los 35 niños que componen la casuística de su estudio descubrieron su pene entre los siete y los 10 meses. Por lo general esto sucedió durante los baños y mientras se le cambiaban los pañales. Las niñas, informa la autora, descubren sus genitales varios meses después. Hacia el final del primer año, la locomoción erguida otorga otro campo visual, lo que permite agarrar el pene e incrementar actividades urinarias y comportamientos derivados, que se intensifican entre los 14 y los 16 meses. Con frecuencia los niños de esta edad se interesan por la actividad urinaria del padre. Por el contrario, el interés de los niños en la actividad urinaria de la madre resulta más difícil de ser constatado para los investigadores, probablemente, menciona Galenson, debido al conocimiento de las diferencias anatómicas y al concomitante deseo defensivo por evitar la ansiedad que conlleva esta confrontación.

Por otra parte, entre los 14 y los 18 meses se produce un cambio en la calidad y en la frecuencia del juego genital, ahora asociado al placer

dirigido a un objetivo definitivamente erótico. Es así como se constituye la verdadera masturbación. En este momento, surge en los niños la curiosidad sobre las diferencias sexuales; son expresiones de ello el contacto visual con sus propios genitales, las comparaciones con el pene del padre, atención en los pechos de la madre, indagación de las áreas genitales de los muñecos. Inicialmente, niños y niñas niegan el descubrimiento de las diferencias sexuales anatómicas y desplazan su interés hacia zonas tales como el pecho, el ombligo y las nalgas. En este punto, la mayoría de las niñas desarrollan algún grado de ansiedad de castración preedípica. Los niños, por su parte, siguen intentando negar la diferencia sexual; para ello la identificación con el padre y la separación de la madre constituyen una estrategia. Los niños con frecuencia regresan a la alimentación con el biberón y a un mayor apego a los objetos transicionales. Galenson y Roiphe interpretan esto como evidencia de la angustia de castración preedípica que subyace y conduce a la identificación con el padre y la desidentificación con la madre.

El reconocimiento de las diferencias sexuales afecta a la naturaleza de la crisis de acercamiento. En las niñas, la conciencia de las diferencias sexuales anatómicas resulta en un aumento de la agresión hostil hacia la madre.¹¹ Esto permite la instauración de un

vínculo erótico con el padre. Si la ambivalencia hacia la madre es demasiado intensa, el giro hacia el padre no se produce, y las niñas desarrollan reacciones de castración preedípicas graves. Para los niños, la perturbación manifiesta es menos perjudicial, debido a la profunda negación de las diferencias sexuales. Con el inicio de la fase edípica, se hace cada vez más difícil para los niños escamotear las diferencias sexuales, pues aumenta la presión de impulsos ligados a lo genital. Por otra parte, el resurgimiento de sentimientos eróticos hacia la madre tiende a aumentar la rivalidad con el padre y obstruir la identificación paterna.

Todos estos trabajos toman como eje los factores fundamentales

¹¹ Este constituye el principal punto de ataque de autoras que incorporan la teoría feminista al psicoanálisis norteamericano (Benjamin, 1996). Véanse capítulos 2 y 3.

tales como la conciencia y el descubrimiento de los genitales, la masturbación, la curiosidad sexual, la ansiedad de castración, la envidia del pene y un renovado interés por el papel del erotismo uretral. Tal como consta en los registros del evento, Stoller manifiesta su conformidad con aquellas líneas de indagación, y al mismo tiempo declara que representan aspectos renovados del psicoanálisis como ciencia que dan nueva vida, siempre con rigurosidad, a su elemento principal: la sexualidad. Como queda claro hasta el momento, la obra de Stoller ha promovido una línea extensa de estudios basados en la observación directa de infantes y entrevistas con los padres (Roiphe, 1968; Roiphe y Galenson, 1972; Galenson y Roiphe, 1980; Sachs, 1962, 1977). Stoller pone su esperanza en investigaciones que continúen empleando este tipo de metodologías, pues, según su criterio, guardan el enorme valor de demostrar mediante los datos obtenidos que la teoría continúa resultando eficaz en su potencia explicativa.

Conciencia de separación

En la misma perspectiva que tiñe todas las aproximaciones del psicoanálisis norteamericano a la temática, guiada por la importancia de los estudios observacionales y fuertemente influida por los aportes de Margaret Mahler (Mahler, Pine y Bergman, 1977), Wendy Olesker (1990) realiza una serie de observaciones con infantes para detectar las diferencias por sexo durante el temprano proceso de separación-individuación, para, posteriormente, especular sobre el impacto de los hallazgos en la formación de la identidad de género.

A partir de sus investigaciones con niños de dos a tres años de edad, Olesker encuentra diferencias vinculadas al género respecto al logro de la conciencia de separación. Las niñas parecían acceder a esta conciencia antes que los niños. Es así que la autora dirige sus observaciones a infantes más pequeños (entre nueve y 12 meses de edad) para identificar su aparición. Las observaciones apuntan a deslindar los siguientes aspectos: representaciones del *self* y del objeto, oralidad y comportamientos derivados, agresión, actitudes maternas, relaciones con otros adultos, juegos con objetos y permanencia de objeto

emocional. A partir del análisis, Olesker destaca que la toma de conciencia de la separación psicológica no es posible sin la organización de ciertos estilos defensivos durante el proceso de separación-individuación. Estos estilos permanecen como recursos psicológicos para afrontar problemas posteriores, lo que permite a Olesker explicar las diferencias por sexo en la resolución de los conflictos de la fase edípica y, consecuentemente, en la constitución de la identidad de género. La autora encuentra que las niñas tienden hacia la depresión debido a la puesta en marcha de defensas autoplásticas; en cambio, los niños utilizan la actividad y la vuelta hacia el mundo exterior, propias de las defensas aloplásticas. Olesker aclara al inicio de su artículo que las observaciones del último trimestre del primer año de vida permiten arrojar luz sobre las diferencias de sexo ya conocidas en la edad adulta.

Por otra parte, la autora reconoce que la conciencia de la separación psicológica es producto de la interacción entre factores genéticos y ambientales determinantes que comienzan a anudarse a partir de la interacción temprana madre-infante. Ciertos patrones son más habituales para los niños y otros para las niñas, y la velocidad con que se desarrolla la conciencia de separación impacta de un modo importante, asegura, en la manera en que el infante forma su identidad de género. Olesker concluye el acceso previo de las niñas a la conciencia de separación, respecto de los niños. A partir de allí, sugiere que este logro se vincula con la intensidad de su reacción ante el posterior descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, y por lo tanto también impacta en el modo en que forma su identidad de género. Otra conclusión relevante es que la adquisición temprana de la conciencia de separación en la niña le permite desarrollar patrones para afrontar el estrés. La mayoría de las niñas, a diferencia de los niños, se dirigió a sus madres en busca de ayuda para lidiar con la ansiedad. Olesker especula que tal estilo de afrontamiento es puesto en marcha posteriormente, a lo largo de la vida, para hacer frente a futuras fuentes de ansiedad.

El niño, menos sensible a la separación, tiene más energía para enfrentar al mundo de los objetos inanimados, y su experiencia da

lugar a una mayor sensación de autonomía y competencia. La atención permanece puesta en los juguetes, lo que se debe, de acuerdo a la autora, a que los niños se dirigen hacia los objetos materiales como estímulos más fácilmente domeñables que los otros humanos.¹² Esta forma de desenvolverse en un medio de objetos materiales configura un modo defensivo que, posteriormente, es arrastrado como una forma de lidiar con el estrés suscitado. Olesker afirma que el estrés del niño no depende de los vínculos con otros humanos en la misma medida que en la niña.

Otro aspecto destacado por la autora se refiere al aumento de la ambivalencia que la madre siente hacia la niña cuando comienza a mostrar signos de conciencia de separación. Esta ambivalencia materna configura un espectro de respuestas que culminan por intensificar la ya temprana conciencia de separación. Olesker menciona que, a causa de ello, las niñas son más propensas a expresar una envidia del pene posterior intensificada, teniendo en cuenta que el pene viene a simbolizar el poder y la ausencia de vulnerabilidad. Estas niñas vuelven hacia la madre, mediante la identificación con ella, aferrándose con una intensidad que conlleva la dificultad posterior en el establecimiento de una ligazón edípica con el padre.

Por otra parte, los hallazgos muestran que los niños adquieren una conciencia de separación posterior respecto de las niñas, así como una respuesta más enérgica a la frustración. Para Olesker los niños poseen naturalmente un montante mayor de agresividad; sin embargo, la conciencia tardía de separación reduce la ansiedad de abandono, por lo tanto, el niño se siente menos motivado que la niña a inhibir la agresión, lo que lleva, a criterio de la autora, a una interacción más libre con el mundo. Agrega Olesker que aquellos niños que desarrollan una conciencia de separación más temprana de lo habitual tienen una mayor tendencia a identificarse con la madre, probablemente como una forma de aferrarse a ella en un momento en que otros recursos y mecanismos de adaptación no se han desarrollado de manera sólida.

¹² Nótese la sintonía de estos hallazgos con las ideas de Carol Gilligan (1985).

Este tipo de identificaciones fuertes en el niño interfieren con el establecimiento de una identidad de género masculina, problemática que se torna contundente cuando el niño accede a la diferencia anatómica de los sexos. En este período previo a la conciencia de las diferencias sexuales, enfatiza la autora, la manipulación de la madre influye en la intensidad de las identificaciones femeninas y por lo tanto quita firmeza a la identidad de género masculina en la fase edípica. Olesker también se basa en la idea de Greenson (1995) sobre la desidentificación con la madre y en la noción de que el niño debe abandonar rápidamente las autorrepresentaciones adquiridas mediante tal identificación, no compatibles con la identidad masculina. Claramente, para Olesker, esta es una tarea mucho más ardua en el caso de un niño que accede precozmente a la conciencia de separación, sobre todo cuando posee una madre que no tolera tal separación. En suma, la autora no duda en afirmar que: (1) más allá del particular manejo que cada madre tenga con su infante, niños y niñas muestran diferencias significativas en su comportamiento; (2) las niñas logran acceder a mayores niveles de desarrollo del *self* antes que los niños; y (3) la ventaja en el desarrollo del *self* conduce a las niñas a ser más conscientes de la necesidad de estar a la defensiva.

Identidad de género y elección de objeto

Otto Kernberg (2000) señala las complejas intersecciones entre identidad de género y orientación sexual. Desde su punto de vista, la identidad de género depende de cuatro factores relativamente independientes entre sí que se integran de modo variable y dan lugar, en sus múltiples articulaciones, a la particularidad de cada sujeto (Kernberg, 1995): (1) identidad de género nuclear, determinada principalmente por la asignación de género en los primeros años de vida y cuya expresión encuentra lugar en la experiencia subjetiva básica de ser varón o mujer; (2) identidad de rol de género, entendida como aquella constelación de manifestaciones de comportamiento asignadas a uno u otro sexo, si bien depende de factores culturales, también se ve determinada por disposiciones hormonales, factores genéticos y consti-

tucionales, como por ejemplo la presencia y el nivel de la testosterona; (3) intensidad del deseo sexual, aun cuando depende de la biología del aparato sexual, dado un nivel normal de los parámetros biológicos, son las características psicológicas tales como el desarrollo de las relaciones eróticas conscientes e inconscientes en la primera infancia las que juegan un papel preponderante; y (4) la elección de objeto, es decir, la homosexualidad o la heterosexualidad en términos de fijación de deseo erótico, cuya determinación, señala el autor, aún permanece envuelta por el misterio. Aun así, desde un punto de vista psicoanalítico, la elección de objeto parece estar íntimamente relacionado con la identidad de género nuclear, en el sentido de que, dada la naturaleza diádica de las relaciones de objeto básicas internalizadas, la naturaleza diádica indisoluble de las representaciones del *self* y del objeto sugieren a Kernberg que la elección de objeto sexual y el género adoptado están íntimamente vinculados en la autodefinición de los sujetos.

Kernberg enfatiza el valor de los aportes del psicoanálisis norteamericano fundado, principalmente, en la observación directa de las relaciones madre-hijo y en las observaciones clínicas producidas en el tratamiento psicoanalítico de niños y adultos. Desde allí han surgido una serie de contribuciones que, en su opinión, permiten construir un conocimiento sólido del desarrollo temprano de las relaciones entre los géneros, y de la compleja interacción entre los esfuerzos libidinales y agresivos del infante en relación con la pareja parental. El valor de los aportes de Kernberg radica en su intento de relacionar la identidad de género y la sexualidad, y sus constantes superposiciones y reconfiguraciones en el curso del desarrollo.

El autor vuelve sobre la contribución pionera de Stoller: en ambos sexos el papel de la madre como objeto de amor primario coincide con la tendencia a identificarse inconscientemente con ella y con la búsqueda del padre como objeto de amor. Kernberg destaca que, al estimular el cuerpo de la niña, la madre evita una erotización directa de los genitales; de este modo fomenta inconscientemente la inhibición de la genitalidad vaginal primaria de la niña. Por otra parte, la atracción erótica inconsciente del padre hacia su pequeña hija esti-

mula el desplazamiento de los anhelos eróticos, antes colocados en la madre, hacia él. De este modo da lugar a un cambio fundamental en la elección de objeto de amor en la niña, de la madre hacia el padre, lo que caracterizará su sexualidad. Este cambio indica una capacidad temprana en la niña de amar un objeto a distancia, estableciendo así lo que Braunschweig y Fain (citado por Kernberg, 2000) han enfatizado como la valentía y la confianza para establecer una relación de objeto distante que promueve una maduración psicológica más acelerada que la hallada en los niños.

El niño, sometido por su madre a la estimulación erótica inconsciente, junto a la particular capacidad de respuesta genital que lo caracteriza, mantendrá la masturbación genital infantil prácticamente durante toda la infancia (Beatrice, 1998). Kernberg destaca que observaciones sistemáticas demuestran, por el contrario, que las niñas abandonan la masturbación rápidamente. El autor también arriesga la idea de que la mayor libertad de los varones para la excitación y el orgasmo puede derivar de esta estimulación genital temprana directa e ininterrumpida. Sin embargo, es solo después de una lucha a través de los conflictos edípicos que el adolescente es capaz de abandonar la elección inconsciente de su madre como su objeto de amor primario, con toda la ambivalencia y las prohibiciones edípicas inconscientes que lo caracterizan, e invertir una relación profunda con otra mujer. La adolescente, por el contrario, con su capacidad temprana de establecer una relación profunda con el objeto de amor, tendrá que volver a descubrir su libertad de excitación genital y el orgasmo en el contexto de una relación amorosa gratificante. En este sentido, la separación entre el amor romántico idealizado, por un lado, y el deseo sexual, por otro, es un problema frecuente entre los varones adolescentes. El problema predominante para las mujeres, por el contrario, refiere a un cierto grado de inhibición sexual en el contexto de una relación de amor romántico. Esta inhibición, destaca Kernberg, es una expresión de culpa inconsciente a partir de actualizaciones edípicas en la escena de la intimidad sexual, una culpa que promueve tendencias hacia relaciones amorosas masoquistas. En los hombres, la culpa edípica inconsciente

respecto al triunfo masculino se expresa predominantemente en relaciones conflictivas en el contexto laboral y profesional.

La agresión, por otra parte, constituye un componente psicológico importante de la vida psíquica. Incluso, nos dice Kernberg, puede impactar en la bisexualidad inconsciente primaria y culminar en una fijación homosexual, siempre y cuando esté determinada por predisposiciones biológicas o una alteración de la identidad inconsciente temprana debida a una fijación erótica, propia de una constelación de objeto homosexual más compleja. En el niño que sufre una frustración preedípica severa por intensa envidia y resentimiento hacia su madre, el desplazamiento de la oleada de amor hacia el padre determina una forma de orientación homosexual que difiere de la homosexualidad inconsciente configurada en la trama edípica con el padre. En la niña, el predominio de una agresión preedípica intensa y de odio hacia la madre puede provocar un desplazamiento de tal odio hacia el padre y, en consecuencia, la división de la figura materna en aspectos idealizados y persecutorios. La homosexualidad irrumpe, entonces, como un esfuerzo de proteger el segmento idealizado que abriga la relación de amor con la madre de la agresión.

Finalmente, cabe destacar que Kernberg menciona el modo en que la concepción del desarrollo sexual se complejiza progresivamente a partir de nuevos aportes. Sus contribuciones se refieren principalmente a las vicisitudes de la bisexualidad inconsciente temprana y de la interacción entre los esfuerzos libidinales y agresivos. El autor menciona, sin tematizar, la influencia de aspectos culturales propios del patriarcado.

Amenazas contra la masculinidad

No hay duda de que todos los trabajos que abordan aspectos vinculados a la identidad de género y sus líneas complejas de desarrollo se apoyan en los aportes pioneros de Stoller. A partir de sus numerosas investigaciones, la idea que puede detectarse en todas las producciones de autores norteamericanos es que la identidad de género nuclear se constituye entre los primeros dieciocho y veinticuatro meses de

vida. También se rescatan los hitos fundamentales a los que se refiere el autor respecto del niño: descubrimiento de su pene, la integración de las sensaciones en una imagen del cuerpo masculino, orgullo de la micción en posición vertical y la identificación con el género masculino mediante el rol del padre (Loewenstein, 1950; Kleeman, 1965; Tyson, 1982, 1986; Tyson y Tyson, 1990).

No debe perderse de vista que la concepción original de Stoller (1968a) partió del estudio con varones transexuales. En su modelo teórico cobró una importancia nodal la prolongada intimidad física gratificante entre madre e hijo, no conflictiva y sin interrupciones, que da lugar a una identidad de género compartida. Consecuentemente, Stoller (1985) planteó la hipótesis de la existencia de una unidad gratificante con diversos grados de intensidad y duración, que varía de acuerdo a cada díada madre-hijo. A partir de aquí revisó su afirmación original respecto a que el núcleo de la identidad de género se clausura, como fijo e inalterable, a los dieciocho meses de edad (Stoller, 1968a). Posteriormente postula la existencia de una posible regresión a la unidad original con la madre (Stoller, 1985). En esta línea, Irene Fast (1984) abordó teóricamente las ideas de Stoller respecto a la identidad de género masculina. La autora hizo hincapié en la lucha narcisista que se libra en el interior del niño entre un anhelo de ser, al mismo tiempo, varón y mujer.

Cabe señalar que Stoller destacó la experiencia afectiva placentera de la díada madre-hijo y no expuso las consecuencias de interacciones entre madre e hijo con otra cualidad afectiva para la conformación de la identidad de género. De ello se ha encargado Phyllis Greenacre (1958), quien indagó el modo en que el contacto corporal repetido, táctil y visual, con la madre —exposición frecuente a genitales femeninos, ya sea de madre o hermana, desnudez de los padres, también lesiones corporales graves, enfermedad o cirugía— producido durante los primeros dieciocho meses de vida, deteriora la conformación de la imagen del cuerpo de un niño y la formación de su identidad de género. La autora planteó la hipótesis de que estas alteraciones dan lugar a una falta de diferenciación entre las representaciones de *self* y las del

objeto, lo que produce un aumento de la identificación primaria con las mujeres y la consiguiente división de la imagen corporal del niño en términos masculinos y femeninos. Para Greenacre esto conduce a la inestabilidad en el núcleo de la identidad de género.¹³ Por lo tanto, la identificación primaria con la feminidad podría reactivarse bajo estados afectivos intensos.

Tales interrupciones en el camino hacia la formación de la identidad de género masculina amenazan la capacidad del niño de representarse a sí mismo con claridad como un varón (Greenson, 1995). Entonces, la identidad de género puede tornarse inestable cuando la madre, en tanto es quien controla, posee y es responsable por los cuidados del cuerpo del niño, fracasa en posibilitar la autonomía del mismo (Mahler, Pine y Bergman, 1977). En estos casos, el desarrollo de fantasías en el niño de poseer senos, tener útero y ser capaz de tener hijos, así como el deseo explícito de ser una niña, será lo más importante y, en consecuencia, algo a lo que muy difícilmente se renuncie (Kestenberg, 1965; Van Leeuwen, 1966; Ross, 1975).

Otro aspecto ya mencionado que se debe tener en cuenta es la disponibilidad del padre. La ausencia del padre, o la incapacidad del hijo para hacer uso del padre, amenazan la masculinidad del niño, pues de este modo se torna muy difícil renunciar a identificaciones primarias con la madre y, por lo tanto, dirigir las identificaciones hacia el padre que fomenta virilidad y masculinidad (Blos, 1985; Stoller, 1985). La ausencia de la identificación con el padre envuelve al niño en una problemática narcisista que compromete el orgullo de su cuerpo masculino y sus capacidades, lo que impacta en el valor con el que dota a su pene. La fase edípica se desarrolla bajo peligros y ansiedades que incrementan la regresión hacia la identificación con la madre.

Desde la perspectiva inaugurada por estos autores, James Beatrice (1998) sugiere que los varones que han sido sobreestimulados sexual-

¹³ Claramente, toda forma que escape al precepto de exhaustividad de las categorías que ordenan el género resultan problemáticas. Aquí, el problema surge, bajo el mote de *inestabilidad*, cuando el sistema dicotómico no logra anclarse de modo claro y contundente en la realidad psíquica mediante una identidad de género estable y monolítica.

mente por su madre durante los dos primeros años de vida evidencian incertidumbre en cuanto al sentido de su masculinidad. Estos varones, asegura Beatrice, serán incapaces de mantener el orgullo, la confianza y la seguridad que la mascarada masculina fálica necesita. En consecuencia, la ansiedad como reacción ante esta experiencia, junto a características propias de la madre, dejará al niño librado a la regresión de la precaria identidad de género masculina hacia estados intermedios de inestabilidad de género –donde coexisten y se alternan autorrepresentaciones masculinas y femeninas–, e incluso hacia un estado de identidad de género plenamente femenino. Como fuere, el aporte original de Beatrice reside en que esta regresión no se encuentra determinada únicamente por una formación defensiva utilizada para hacer frente a la sobreestimulación, sino que se produce como una reacción ante sensaciones táctiles y cenestésicas que amenazan con la pérdida de la propia integridad como varón y llevan a una profunda sensación de experimentar un cuerpo femenino. Entonces, esta inestabilidad de la identidad de género masculina constituye la contracara de la propia experiencia del niño víctima de un sentido femenino. En última instancia, Beatrice atribuye tal desenlace a la cohesión defectuosa de la identidad de género masculina, esto es: una diferenciación incompleta del niño respecto al cuerpo de la madre. Finalmente, el autor aclara que esta serie de problemas debe inscribirse en la dimensión de un narcisismo arcaico y diádico, por lo que no debe confundirse con problemáticas que asedian a la identidad de género masculina una vez que esta se ha consolidado de modo estable, como por ejemplo las amenazas de castración y el temor a las represalias por parte de la instancia paterna punitiva como respuesta a las fantasías incestuosas con la madre. Por lo tanto, las ansiedades ligadas a conflictos en la conformación de la identidad de género abarcan un amplio espectro de fenómenos, entre los cuales están, por un lado, las dificultades para establecer una identidad de género masculina estable, una imagen y una vivencia del cuerpo bajo un sentido masculino y la expresión de un rol de género congruente con su identidad de género, todos ellos vinculados a modalidades propias del narcisismo preedípico. Por otro

lado, se encuentran el temor a la separación y a la pérdida del objeto, lo que conlleva angustia de castración derivada de niveles triádicos propios de relaciones de objeto que entretejen la fase edípica.

Feminidad primaria

El concepto de *feminidad primaria* ha irrumpido en el circuito académico del psicoanálisis norteamericano como uno de los vectores que reúne un caudal significativo de producciones que incluyen la categoría de identidad de género. La idea de feminidad primaria, tal como ha notado Nancy Kulish (2000), ha sido postulada como producto de una revisión de la teoría psicoanalítica en la versión de su padre fundador, y ha permitido una reformulación crítica de los puntos de vista freudianos sobre la mujer en general, y sobre el desarrollo psicosexual femenino, en particular. Como lo demuestran los textos freudianos, las primeras propuestas teóricas sobre el desarrollo de la niña han sido realizadas tomando como modelo el desarrollo del niño. En este sentido, el relato de Freud sitúa la feminidad como reacción secundaria ante una masculinidad primaria u original. La idea de la feminidad primaria alimentó una tendencia conceptual contraria al falocentrismo presente en esta teoría. Sin embargo, la utilización de este concepto a modo de antídoto ha ocultado, bajo la apariencia de homogeneidad, diferentes significados y puntos de referencia.

La noción de una feminidad primaria fue planteada, entonces, en oposición a las propuestas freudianas sobre el desarrollo psicosexual femenino, que fueron fundadas sobre la base de una masculinidad primaria. Ya desde el inicio, los contemporáneos de Freud desafiaron su teoría y denunciaron la ausencia de una feminidad primaria que diera cuenta de la especificidad del desarrollo de la niña.¹⁴ Horney (1970) no utilizó el término feminidad primaria, pero avanzó sobre la idea de que el sentido de inferioridad de una niña no era primario, sino adquirido y reforzado culturalmente. Ella también sostuvo que el anhelo de maternidad en la niña no necesariamente se deriva de la sustitución de un bebé por un pene, que compensa una falta, sino más bien de

¹⁴ Para un análisis detallado véase Tubert (1988).

la identificación con su madre. Horney y otros, como Jones (1966), insistieron en que la niña tiene conocimiento temprano de su propia vagina, aunque a menudo permanece reprimido. En estos primeros escritos aparece por primera vez la idea de una cualidad primaria de la feminidad: primeros sentimientos acerca del cuerpo femenino que no llevan consigo significados de inferioridad.

Jones (1966) también cuestionó la fase fálica en las niñas, la que a su juicio era secundaria y defensiva. Afirmó la existencia de una feminidad primaria para las niñas, la cual toma la forma de impulsos edípicos tempranos, innatos, que conducen a las niñas hacia sus padres, y traen temores genitales de penetración.

Si bien la idea de la feminidad primaria originalmente surgió en el contexto de las formulaciones iniciales respecto al desarrollo de los impulsos psicosexuales, fue utilizada por primera vez en un contexto completamente diferente: el estudio del desarrollo de la identidad de género nuclear. En esta línea, la feminidad primaria ha sido entendida en términos de identidad de género. A pesar de que la identidad de género es un concepto que guarda la pretensión de introducir el ámbito de lo social en el estudio de la subjetividad sexuada, los escritos que aluden a la feminidad primaria como identidad de género produjeron tipos de explicaciones esencialistas, biologicistas y reduccionistas. La feminidad primaria ha configurado una especie de *protofeminidad*, un estado innato de feminidad que constituye el núcleo de una identidad de género primaria.

El término feminidad primaria fue utilizado originalmente por Stoller (1968b) en sus estudios sobre el desarrollo de la identidad de género nuclear y sus trastornos. En primer lugar, el autor intentó contrarrestar las nociones de Freud acerca de la masculinidad primaria, ancladas en una visión decimonónica de la embriología. En aquella época se concebía a los órganos sexuales como originalmente masculinos, y se pensaba que los órganos femeninos se diferenciaban de esta forma original posteriormente en el desarrollo fetal. Por lo tanto, la sexualidad masculina era concebida como el estado inicial. Stoller (1976) recupera la embriología moderna y señala que, con la secreción

de la testosterona, los órganos sexuales masculinos se diferencian de una configuración femenina original. En ese sentido, es la feminidad lo *primordial* –al menos si se utiliza como criterio el desarrollo madurativo biológico. Inspirado en estos aportes, Stoller argumenta que la feminidad es lo primario tanto para las niñas como para los niños, pero en el plano identificatorio, no en el sentido biológico, ya que el primer objeto de identificación para el bebé es de sexo femenino: la madre.

Stoller también aplicó este concepto de feminidad primaria a la psicología y la psicopatología de los varones. Aquí el concepto de feminidad primaria es un tipo o estado particular de las relaciones de objeto. Como ya se ha mencionado, al igual que Greenson (1995), Stoller sugirió que los niños tienen la difícil tarea de desidentificación con respecto a sus madres en el establecimiento de su identidad de género y de su sentido de la masculinidad. Por eso, pensó, los varones experimentan en mayor medida el transexualismo u otros trastornos de la identidad de género.

El trabajo de Stoller sobre la identidad de género nuclear, entonces, refleja ideas ligadas a la feminidad primaria. Como se ha dicho, la identidad de género nuclear se refiere al sentido más básico de ser varón o mujer, el cual se establece tempranamente, hacia los dieciocho meses. Es en este sentido que Stoller (1968a, 1976) se esfuerza por argumentar, a partir de una gran cantidad de investigaciones, que la identidad de género nuclear es en gran parte una cuestión de aprendizaje, basada en la asignación parental.

Feminidad primaria: problemas conceptuales

Muchos han cuestionado las ideas de Stoller al poner en duda la noción de que la profeminidad que entreteje el temprano estado *simbiótico* indiferenciado confiere un primer sentido de género. Es decir, ¿por qué la fusión con la madre durante la infancia, en términos de *self* y objeto, debiera conferir al niño un sentido cognitivo de la feminidad? Actualmente, varios pensadores provenientes del campo del psicoanálisis cuestionan esta idea de que la falta inicial de separación respecto a la madre proporcione un sentido primario de feminidad.

Hay una diferencia entre separación y desidentificación, así como entre fusión e identificación.¹⁵ Esto permite pensar el desarrollo de la identidad de género y el desarrollo de la diferenciación entre el *self* y el objeto como dos líneas del desarrollo que, si bien permanecen relacionadas, son diferentes.

Por el contrario, las formulaciones de Irene Fast (1990) sobre el desarrollo de la identidad de género no se apoyan en esta idea de una feminidad primaria. Fast afirma que la identidad de género está inicialmente indiferenciada. El niño pequeño aprende y toma poco a poco lo que una familia o una sociedad determinada presenta como masculino o femenino, y debe luchar con los golpes al narcisismo inherentes a este proceso. Al igual que Stoller, Fast considera que este es un proceso de aprendizaje, aunque no necesariamente sin conflicto, y se despliega en el contexto de las envolventes relaciones de objeto. La autora declara la mínima contribución de la biología; desde su punto de mira incluso hasta el sexo biológico del individuo es capaz de ser anulado por las influencias ambientales. Así, para Fast no existe tal cosa como feminidad primaria, tampoco masculinidad primaria, en términos de identidad de género; más bien se trata de un estado primario indiferenciado.

Desde una perspectiva situada en la intersección de la sociología y el psicoanálisis de las relaciones objetales, los primeros escritos de Nancy Chodorow (1984) sobre las diferencias de género tienen puntos de contacto con las ideas de Stoller que refieren a la existencia de una feminidad primaria en el desarrollo del sentido *self* y de la identidad de género. Aunque Chodorow no utilizó explícitamente el término feminidad primaria, sus ideas sobre las diferencias de género basadas en las tempranas identificaciones (o desidentificaciones) maternas suponen el concepto de feminidad primaria en el establecimiento de la identidad de género. Tanto Stoller como Chodorow subrayaron que las consecuencias para el

¹⁵ Como se explicita en el capítulo 3, este solapamiento entre *separación* y *desidentificación*, así como entre *fusión* e *identificación* es muy fuerte, incluso impregna el pensamiento de Nancy Chodorow y, desde allí, el de Jessica Benjamin, provocando deslices argumentativos agudamente denunciados por Allison Weir (1996).

desarrollo infantil son diferentes, y dependen de la necesidad de separación respecto a un objeto del mismo o diferente sexo. Chodorow señaló que algunas diferencias observadas clínica y sociológicamente entre varones y mujeres reflejan diferencias en sus respectivos desarrollos de acuerdo a cómo opera la separación en niños y niñas, teniendo en cuenta que el cuidador principal es normalmente la madre. Concluye que las mujeres se experimentan como menos independientes que los varones, ya que primero deben separarse de un objeto del mismo sexo. Por el contrario, los varones, que deben separarse de un objeto del sexo opuesto, se esfuerzan en mayor medida por obtener un sentido de la independencia. Las mujeres están más abiertas y preocupadas por los problemas relacionales que los varones, lo que las liga estrechamente a la maternidad. A diferencia de los niños, las niñas necesitan identificarse con sus madres, quieren ser como ellas.

Criticada por generalizar y esencializar, Chodorow ha modificado estas posiciones. En sus escritos más recientes ha tomado una postura firme en contra de la universalización de la feminidad y la masculinidad, y sugirió que deberíamos pensar en términos de *feminidades* y *masculinidades* (Chodorow, 1994, 2003). Si bien a los primeros trabajos de Chodorow se les puede reprochar la sobregeneralización, su punto acerca de los posibles efectos diferenciales de la separación respecto a la figura parental encargada de la crianza del mismo sexo y la separación de la figura parental encargada de la crianza de diferente sexo es poderosa, y fue una importante contribución al pensamiento psicoanalítico sobre el desarrollo femenino.

Las ideas de Chodorow —y antes las de Stoller— sobre el impacto de la asimetría de género en las relaciones de objeto han tenido gran influencia. Como fuere, las teorías que combinan la separación del *self* respecto al objeto con la estructuración de la identidad de género son problemáticas. Aunque Stoller ha dejado muy claro que su idea de la feminidad primaria está ligada al campo de lo psicológico y no al de la biología, en algunos escritos el modo en que se utiliza el término evoca las ideas de Freud basadas en una masculinidad anclada embriológicamente.

Por otra parte, Chodorow cuestiona que un sentido de la feminidad primaria se desarrolle en las etapas preverbales de la primera infancia, en términos de que la identidad de género se imprima sobre el niño durante aquel período de íntima cercanía corporal con la madre. La autora conceptualiza la identidad de género como producto de un interjuego complejo entre la significación personal y cultural (Chodorow, 2003).¹⁶ Como fuere, la idea de feminidad primaria sugiere una especie de impresión sobre la psique, como la clonación de la feminidad de la madre sobre la identidad del infante.

Cabe destacar que toda esta línea de investigación (respecto a identidad de género y a feminidad primaria) ha llevado al psicoanálisis hacia un área fuera del alcance del interés y de la investigación de Freud. En sentido estricto, Freud no estaba interesado en la identidad de género *per se*. Su idea acerca de que la niña era en todos los aspectos *un pequeño varón* (Freud, 1979, p. 109) se refería al área del desarrollo sexual –de metas y avatares libidinales– y no a un concepto más bien cognitivo. Seguramente, si Freud hubiese pensado en ello, no habría afirmado que las niñas a su alrededor se identificaban a sí mismas como niños. Las críticas a Freud serían más pertinentes si se centraran en sus ideas sobre el desarrollo de la libido en las mujeres, y no en los conceptos que se produjeron luego y que sobrepasan su área de investigación.

Sea como fuere, los problemas conceptuales surgen con los giros teóricos en torno a las ideas de feminidad primaria. Elise (1997) señala claramente que el concepto de feminidad primaria ha traído importantes avances en la comprensión de la psicología de la mujer, así como en sus contradicciones y supuestos problemáticos. También sostiene el carácter erróneo de concebir a la feminidad como primaria, pues tales ideas derivan de una comprensión del cuerpo femenino en términos

¹⁶ Nótese que este aporte de Nancy Chodorow constituye un articulador teórico nodal en la perspectiva teórica propuesta más adelante, pues permite la convergencia entre el psicoanálisis norteamericano con perspectiva de género y la filosofía posestructuralista de Judith Butler. Esta vinculación entre psicoanálisis y campo social ya fue propuesta por Irene Meler (2012), aunque con otro recorrido.

preestablecidos y esencialistas. Asimismo afirma que la identidad de género y la heterosexualidad están intrínsecamente vinculadas. Propuso utilizar la expresión *sentido primario de la feminidad* en lugar de feminidad primaria. Dicho giro tiene por objetivo focalizar el estudio de las múltiples influencias en el desarrollo de la niña de un sentido positivo de ser mujer y, al mismo tiempo, disminuir los errores conceptuales sobre la idea de un determinismo duro.

Sin embargo, los problemas con el concepto se extienden más allá del punto al que Elise los conduce, y no todo puede ser resuelto mediante esta sustitución terminológica. La feminidad primaria no se ha limitado al estudio de la identidad de género o al sentido primario de la feminidad: ha aparecido en numerosos otros contextos y marcos de referencia. Estos significados, no obstante, se encuentran inmersos en los mismos problemas conceptuales esclarecidos por Elise con respecto a la identidad de género, así como en otros dilemas clínicos y teóricos en los que ella no se centra.

Identidad de género femenina

Si nos detenemos en el desarrollo de la identidad de género femenina, la literatura que irrumpe en el psicoanálisis norteamericano es muy prolífica. Es posible notar que las investigaciones que dan sustento a tales escritos se organizan en tres núcleos temáticos generales: (1) La identificación y los procesos de internalización de la niña, concebidos en el marco de tempranas relaciones de objeto (por ejemplo, Bernstein, 1993; Fast 1979; Fliegel, 1973; Greenson, 1954; Kubie, 1974; Stoller, 1964); (2) el modo en que los contenidos del superyó y funciones están estructurados, con especial relación respecto del ideal del yo de la niña (por ejemplo, Bernstein, 1990; Lax, 1994); y (3) las representaciones psíquicas de cómo se construye el cuerpo y sus funciones (entre otros, Elise, 1998; Fraiberg, 1972; Kulish, 1991; Lax, 1994; Lloyd Mayer, 1985; Richards, 1996).

De todos estos desarrollos, interesa destacar los aportes de Richard Lasky (2000), quien intenta extender las nociones clásicas sobre el desarrollo de la identidad de género femenina. Lasky acuerda con

las ideas fundamentales que, a partir de Stoller, se han configurado desde el psicoanálisis norteamericano, a saber: a) la identidad de género extiende su proceso de constitución más allá de la fase fálica, pues comienza a configurarse en la fase oral con la internalización casi inmediata de las diferencias de género a partir de patrones en la temprana interacción madre-infante; b) la angustia de castración posee un significado genérico (Olesker, 1998); c) la experiencia del cuerpo, y sus funciones, se incorpora como aspecto fundamental en la formación de la identidad de género.

Para Lasky, si bien el rol de género, la identidad de género y la elección de objeto sexual se encuentran complejamente interrelacionados, son dinámicamente diferentes. Su interés se centra en la identidad de género, pues dicho componente es el que guarda especial relación, desde su punto de vista, con el *self* corporal. En este contexto, introduce dos ideas respecto al modo en que la experiencia del cuerpo contribuye al desarrollo de una identidad de género femenina. El autor se centra en la excitación sexual originada en la experiencia sexual infantil. Niños y niñas procesan la experiencia de las partes del cuerpo de modo diferente. Lasky se refiere a las secreciones vaginales involuntarias y a la tumescencia, experiencias femeninas que acompañan a la excitación sexual en la infancia. Si bien el enfoque tradicional vincula la imagen corporal y la identidad de género, lo hace sobre la base de experiencias visuales; es decir, enfatiza las fantasías que se gestan cuando niños y niñas observan las diferencias anatómicas (véase, por ejemplo, Galenson y Roiphe, 1976; Greenacre, 1958; Kulish, 1991; Lerner, 1976; Lloyd Mayer, 1995). Al contrario, el autor otorga relevancia a la experiencia y a la actividad del organismo.

Como ya se ha sugerido antes, la mayor parte de la literatura contemporánea sobre el papel del *self* corporal en el desarrollo de la identidad de género femenina señala que la niña posee una representación de su anatomía genital mucho antes de la fase fálica.¹⁷ Nancy Kulish (1991) también afirma que durante el desarrollo de la niña, la

¹⁷ Para un mayor desarrollo de este aspecto, véase Dio Bleichmar (1997).

representación mental del clítoris se compone principalmente de la sensación física, sensaciones incrementadas debido a la masturbación. Si ampliamos el espectro de la bibliografía al respecto, Ernest Jones (1966) y Karen Horney (1970) fueron quienes argumentaron por primera vez que las niñas tienen conocimiento de la vagina.

Claramente, Lasky no es el único que sugiere que hay una relación entre el *self* corporal y la identidad de género. Existen desarrollos que, incluso, conciben la identidad de género como un producto directo de la biología del cuerpo (véase capítulo 6), por lo que el desarrollo de la identidad de género se origina, desde este punto de vista, antes del nacimiento. La idea de feminidad primaria de Horney (1970), por ejemplo, se encuentra anclada en un punto de vista biológico. Por otra parte, ideas contemporáneas sobre la feminidad primaria incluyen los conflictos de la etapa fálica y del complejo de Edipo, por lo que se trata de una feminidad primaria que comienza a articularse desde la fase oral, al modo del ya mencionado núcleo de identidad de género (Kleeman, 1971; Stoller, 1976, 1979).

La postura de Lasky aboga explícitamente a favor de priorizar la biología del cuerpo en la determinación de los fenómenos mentales. Tan es así que se muestra en contra de aquellas corrientes que adoptan una postura relacional o intersubjetiva. El autor sugiere que hay momentos claves en los que es posible identificar el cuerpo y su papel estructurante para la mente. Los fenómenos mentales, entonces, comienzan en el cuerpo. De esta manera postula, al igual que Stoller, un núcleo de identidad de género femenina que tiene su origen en la más temprana infancia; pero esta feminidad primaria de la niña no se debe a ningún tipo de influencia social, más bien es una consecuencia directa del *self* corporal.

Elizabeth Lloyd Mayer (1995) ofrece otro aporte de relevancia. La autora remarca las contribuciones de Horney (1970), como la primera en desafiar la hipótesis de Freud de que “la niña pequeña es como un pequeño varón” (Freud, 1979, p. 109) y su corolario, la idea de que la niña experimenta su feminidad principalmente en términos de una falta. Como ya señalamos, Ernest Jones se unió a Horney en su desafío

y sugirió que, si bien la descripción de Freud parece adecuada desde el punto de vista del niño, es cuestionable desde el punto de vista de la niña (Jones, 1966; Greenacre, 1958; Stoller, 1968b; Grossman y Stewart, 1976).

En esencia, la interpretación freudiana original dependía de la idea de que la niña pequeña forma una imagen positiva de sus propios genitales durante las fases de su desarrollo que preceden a la primera depreciación frente a la diferencia anatómica entre los sexos. Cada vez más, la investigación y la observación del niño sugieren una feminidad primaria (Barnett, 1966; Kleeman, 1976; Fast, 1990; Richards, 1992), de modo que las niñas no son simplemente niños pequeños decepcionados, y la identidad de género femenina depende de una serie de factores, entre ellos la experiencia en relación con lo que su propio cuerpo es, no con lo que no es.

Lloyd Mayer recurre al campo observacional como espacio donde las hipótesis psicoanalíticas pueden ser exploradas y probadas. La autora apela a un estudio en el cual se interactuó con infantes de 15 a 36 meses de edad para explorar cómo representan mentalmente su propio género (De Marneffe, 1997). El estudio consta de dos figuras humanas de trapo, desnudas e idénticas excepto en que una de ellas posee genitales masculinos y la otra posee genitales femeninos. Durante sesiones individuales de juego, se les ofreció ambas figuras de trapo para jugar; después de un tiempo se les preguntó: *¿cuál de los dos es como vos?* Luego de la respuesta se procedió a realizar otra: *¿cuál de los dos te gusta más?* Las respuestas halladas resultan provocativas a Lloyd Mayer respecto a la idea de feminidad primaria. Niños y niñas no coincidieron en sus contestaciones. Los niños recogieron el muñeco de trapo con genitales masculinos como respuesta a ambas preguntas. Las niñas recogieron la muñeca de trapo con genitales femeninos para ambas respuestas; sin embargo, ellas se mostraron fuertemente sorprendidas y fascinadas con el pene del muñeco a pesar de que no fuera escogido ni siquiera como favorito.

A criterio de Lloyd Mayer, la preferencia de las niñas por la muñeca con genitales femeninos es sugerente. Satisfechas y sin ansiedad

aparente, se sintieron atraídas por la muñeca con genitales como los suyos. Es decir que estas niñas, dice la autora, conocen lo que tienen y lo prefieren. A Lloyd Mayer le resulta indiscutible, entonces, el error de comprender el desarrollo de la niña atravesado por el conflicto de *no ser varón*. A partir del estudio propuesto, la autora no duda en afirmar que el desarrollo de la niña comienza en términos *felizmente femeninos*.

Como fuere, la novedad en la propuesta de Lloyd Mayer radica en afirmar que el deseo de ser varón, por un lado, y el placer por el propio sexo femenino, por otro lado, no son mutuamente excluyentes. Más bien, cada uno implica un conjunto de experiencias que constituyen líneas de desarrollo presentes en la niña; ambas líneas contribuyen a la identidad de género femenina. En otro trabajo, Lloyd Mayer (1995) muestra el modo en que la angustia de castración femenina constituye una característica inevitable de una línea de desarrollo arraigada en la feminidad primaria. En suma, la autora sugiere que el complejo de castración fálico-edípica y la feminidad primaria son dos líneas de desarrollo que suponen dos ideas fundamentalmente diferentes respecto al peligro, y pueden ser diferenciadas por las distintas configuraciones defensivas que generan. La autora asume la idea de que la ansiedad y la depresión tienden a suscitar estrategias defensivas diferentes. Los conflictos que giran en torno a la feminidad primaria tienden a manifestarse como inhibiciones, mientras que los conflictos propios del complejo de castración fálico tienden a hacer lo propio como depresión.

En resumen, Lloyd Meyer recupera el concepto de feminidad primaria como un aporte relevante para los modelos de desarrollo femenino. Sin embargo, sugiere la existencia de dos líneas de desarrollo que contribuyen a la identidad de género femenina: una de ellas hunde sus raíces en la feminidad primaria, la otra en el complejo de castración fálico-edípica. Con configuraciones defensivas particulares, en los conflictos de la feminidad primaria la ansiedad es la señal para la formación de compromiso; lo que se pone en peligro bajo amenaza es aquello valorado que realmente se posee –los genitales femeninos.

En lo que respecta al complejo de castración fálico-edípica, la depresión se convierte en el motivo principal para la defensa, basada en la fantasía de que lo que se valora –los genitales masculinos– ya se ha perdido. Esta distinción, nos dice la autora, contribuye a complejizar las conceptualizaciones sobre la identidad de género femenina.

Un modelo alternativo

Finalmente, resulta de especial interés introducir algunas ideas de Judith Yanof (2000). Sus aportes contienen un cambio de perspectiva en el modo de comprender el género y su relación con la subjetividad. Yanof se interroga sobre el modo en que el género se integra en la identidad. Destaca la importancia de la mirada psicoanalítica, pues permite el acceso al significado subjetivo que adquiere el género. A criterio de la autora, el género es una lente a través de la cual los niños perciben sus experiencias internas y sus conflictos, organizados sobre la base de esta percepción. Desde esta perspectiva, el género, al igual que cualquier formación de compromiso, cambia y se reconfigura a medida que el sujeto transcurre por diferentes capas del desarrollo (Dahl, 1996). Las construcciones particulares de género, entonces, pueden desaparecer o irrumpir de acuerdo con el modo en que cada sujeto atraviesa la secuencia del desarrollo.

Desde el punto de vista de esta autora, no es posible generalizar líneas normales del desarrollo. Cada infante realiza usos creativos e imaginativos respecto a las construcciones de género. El género puede ser utilizado de múltiples maneras para resolver la variedad de conflictos que aparecen a lo largo del desarrollo. Al mismo tiempo, estos conflictos afectan el modo en que se experimenta el género. Yanof entiende que las identificaciones que constituyen la identidad son flexibles y dinámicas. Los sujetos, nos dice, se unen a múltiples identificaciones respecto al género, ya sea de manera consciente o inconsciente, bajo una modalidad fija o fluida (Harris, 1991; Sweetnam, 1996), en mayor medida determinada culturalmente o con un alto grado de idiosincrasia. Yanof acuerda con Stoller en afirmar que tales identificaciones comienzan muy temprano, incluso antes de que el género pueda ser

clasificado cognitivamente. Por lo tanto, el género se experimenta desde los inicios de la vida psíquica, sobre todo si se tienen en cuenta las expectativas diferenciales por sexo que se construyen a partir de las múltiples y contradictorias relaciones con los otros.

Yanof se inclina a afirmar que existen variaciones significativas en el modo en que cada sujeto construye su pertenencia al género. También, sostiene, la identidad resultante no es absolutamente estática, sino que cambia y está abierta a relativas reconfiguraciones a lo largo del tiempo (Dahl, 1996). Según su enfoque, no es posible sostener el carácter absolutamente estático de tal construcción, pues la identidad no es otra cosa que una colisión constante de estratos, que incluyen al género y otros aspectos interconectados. Es decir que la identidad de género y las relaciones de objeto, entre otras múltiples dimensiones, se influyen mutuamente en el curso del desarrollo.

Para dar cuenta de la identidad de género en términos de constructo complejo y multidimensional, Yanof se refiere al período edípico, cuando los genitales están muy investidos y la fantasía de *género cruzado* es común en niñas y niños. Una tarea importante del desarrollo es otorgar sentido a las diferencias que ven entre su propio cuerpo y el cuerpo de los otros. Las diferencias sexuales anatómicas requieren de comparaciones que cada niño significa de modo particular. Se trata de construcciones singulares basadas en su recorrido durante el desarrollo: interacciones con los demás, conflictos previos, identificaciones, sentido del *self*, entre otros. Luego de la salida del complejo de Edipo, la identidad de género continúa sometida a transformación a partir de nuevas experiencias.

Cabe destacar la fuerte crítica que Yanof realiza a los enfoques del psicoanálisis norteamericano que entienden el desarrollo de género de forma lineal, secuencial por etapas. Desde su punto de vista, tal modelo de desarrollo no hace justicia a la variedad de presentaciones de género, a la diversidad de sentidos subjetivos que la experiencia clínica expone. Por lo tanto, es necesario, destaca la autora, ver las construcciones de género de cada individuo, y entenderlas bajo la influencia del contexto, determinadas de modos múltiples y complejos,

y no en términos universales a partir de líneas de desarrollo normativo.

Hasta aquí, los desarrollos expuestos se encuentran plagados –en mayor o menor medida– de preceptos biologicistas, tales como la idea de que los niños poseen un montante mayor de agresividad y que las niñas poseen un impulso instintivo de tener bebés. También se incurre en el prejuicio freudiano al afirmar la tendencia de las niñas a establecer futuras relaciones amorosas masoquistas.¹⁸ Incluso se asegura que exponer a los niños al cuerpo desnudo de la madre daña la imagen corporal de los niños, afirmación ideológica que refuerza la idea de cuerpo femenino en términos de castración y daño (Merlin, 2003). Por otra parte, el sistema normativo que guía el desarrollo ideal no admite, por ejemplo, un padre infravalorado por su pareja, que en todos los casos debe pertenecer al otro sexo.

Desde esta mirada, la identidad de género hunde sus raíces en la realidad biológica de los cuerpos. Aunque se apela al registro identificatorio para denotar otra dimensión que interviene en el proceso, las identificaciones no son utilizadas como vía para explicar la interiorización de aspectos normativos, por ende, sociales e ideológicos. En las líneas de desarrollo propuestas precede siempre la anatomía en términos de destino; los genitales comandan la dirección naturalizada de las identificaciones que se desplazan continuamente en una heteronorma no examinada.

Otro aspecto a tener en cuenta es el lugar que esta mirada otorga a las investigaciones empíricas. La observación sistemática se instala con pretensión de develar la verdad de los procesos. Sin embargo, no es difícil advertir la universalización a partir de procedimientos metodológicos que dan cuenta de excesos de inferencias que no se desprenden de las observaciones realizadas.

Es preciso señalar que los aportes del psicoanálisis norteamericano que incluyen la categoría de género quedan capturados por el horizonte epistemológico de la época y del lugar geográfico. No debe olvidarse que todo el espectro teórico desplegado desde esta perspec-

¹⁸ Para un examen minucioso de los sesgos sexistas en diferentes núcleos teóricos presentes en el pensamiento de Freud, véase Meler (2012).

tiva se sostiene en la marca fundacional de inmutabilidad y fijeza que John Money otorga a la identidad de género. Una vez que se establece o se fija, la versión de Money no admite la posibilidad de nuevas transformaciones. Por tanto, el uso de esta categoría mina la posibilidad de una transformación sociopolítica respecto al ordenamiento de género (Ayim y Houston, 1985).

Posteriormente, la introducción de la perspectiva feminista permitirá un vuelco en algunos aspectos. En este sentido vale la pena indagar el giro producido a partir del modo en que Nancy Chodorow y Jessica Benjamin abordan la temática desde una perspectiva de género en su genealogía feminista.

Capítulo 2

Freud y el feminismo psicoanalítico norteamericano

Freud a debate

Existen amplias teorizaciones dentro del espectro del psicoanálisis norteamericano que se han visto fuertemente influidas por la crítica al falocentrismo freudiano (Tubert, 2001). La asunción de la universalidad de la envidia del pene como matriz fundamental de la psicología femenina ha sido cuestionada por Karen Horney (1970), Melanie Klein (1964) Kristeva (2001) en la escuela británica; por Janine Chasseguet-Smirgel (1977) entre otros psicoanalistas franceses. Estas autoras han cuestionado las propuestas de Freud (1979b, 1979ñ) respecto a la identificación masculina precoz en la niña. Estos desarrollos plantean la posterior caída de tal identificación a causa del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, lo que provoca la sustitución del deseo del pene por el deseo de poseer un bebé del padre. Tan es así que han sugerido una identidad de género femenina, o una *feminidad primaria* (véase capítulo 1).¹ Braunschweig y Fain (en Kernberg, 1991) han propuesto una genitalidad vaginal primaria inconsciente en la niña. A

¹ Para un análisis meticuloso del debate, en el que se presentan las posturas de todos los interlocutores involucrados, véase Irene Meler (2003), quien pone en evidencia el uso ideológico de los modelos biológicos en la historia del psicoanálisis, y la inoperancia del recurso a la *anatomía imaginaria* para explicar procesos que, desde el punto de vista de la autora, transcurren por la vía de la historia familiar de cada sujeto, así como por la historia social y cultural humana.

diferencia de la estimulación erótica inconsciente que la madre provee a los genitales del niño pequeño, la niña sufre una inhibición de su genitalidad vaginal primaria a falta de tal estimulación.

En contraste con la afirmación freudiana que atribuye a la niña una identidad genital masculina primaria, tanto Robert Stoller (1985) como Ethel Person y Lionel Ovesey (1983) han propuesto, sobre la base de sus estudios sobre la transexualidad, que la madre es el objeto identificatorio primario para ambos sexos. Por tanto, el niño debe liberarse de esta identificación femenina primaria mediante una desidentificación (Greenson, 1995) de la madre. Tal desidentificación ha sido considerada como un hito en la línea del desarrollo del niño, en su camino de separación-individuación (Mahler, Pine y Bergman, 1977) y posterior acceso y resolución del complejo de Edipo negativo. Como consecuencia, el núcleo de la identidad de género puede ser más estable y seguro en las mujeres que en los varones, y las inclinaciones homosexuales se tornan más amenazantes para la masculinidad de los varones que para la feminidad de las mujeres. Como fuere, en la actualidad la crítica al falocentrismo presente en el pensamiento de Freud se expande por diversas líneas de su pensamiento ya sistematizadas rigurosamente y en profundidad en diferentes segmentos de la producción académica de Irene Meler (2012).

Psicoanálisis y feminismo

A pesar de las fuertes críticas a Freud (Kestenberg, 1956; Gray, 1967; Heiman, 1968; Schafer, 1974; Bernstein, 1983; Tyson, 1994), el psicoanálisis norteamericano que ha incorporado la perspectiva de género –desde el sentido otorgado por la teoría feminista norteamericana de finales de siglo XX– no ha caído de forma reactiva en la trampa de menospreciar las contribuciones freudianas sin tener en cuenta que sus ideas, a pesar de permanecer bajo el horizonte epistemológico de su época, signado por una fuerte cultura patriarcal, guardan en sí la potencialidad de desafiar muchos de los propios supuestos básicos.²

² Resulta un ejemplo la posición de la psicoanalista y feminista británica Juliet Mitchell (1982), quien realiza un alegato a favor de la potencialidad de la teoría freudiana

Es así que, paralelamente al desarrollo de la teoría psicoanalítica norteamericana ortodoxa, irrumpen en la escena académica líneas conceptuales fundadas en el intento de introducir la crítica social feminista en el interior del psicoanálisis (Kramer Richards, 1996, 1999). De este modo comienza a configurarse el campo del feminismo psicoanalítico, que, en su versión norteamericana, aloja la categoría de género (Foster, 1999; Gambaudo, 2007) y, particularmente, la de identidad de género depurada de algunos de los sesgos con los que cuenta aquella versión despojada de la tradición feminista (véase capítulo 1). Es de esta manera como –y así lo señala Jeffrey Prager (2004)– el feminismo norteamericano inspirado en el psicoanálisis ofrece una teoría alternativa para explicar el modo en que la dominación basada en el género se ancla en la temprana psique. A diferencia del feminismo psicoanalítico lacaniano, las intelectuales norteamericanas se basan en ideas freudianas y posfreudianas, modeladas a partir de la peculiar recepción de la teoría de las relaciones objetales en Estados Unidos, línea teórica que permite delimitar las relaciones de objeto preedípicas, especialmente entre el niño y la madre (Sutherland, 1980; Rangell, 1985).

Nancy Chodorow y posteriormente Jessica Benjamin, son las mayores exponentes en dar inicio, en Estados Unidos, a una incorporación de la teoría feminista dentro del psicoanálisis. Es legítimo mencionar que ambas autoras se ubican en un campo de producción ya delineado anteriormente por dos grandes afluentes. Uno de ellos encuentra sus orígenes en 1920 con Melanie Klein (1964), Ernest Jones (1966) y Karen Horney (1970) en lo que se refiere a la sexualidad femenina; otro de ellos remite al trabajo iniciado en 1960 por Robert Stoller (1964, 1968a) y Ralph Greenson (1995), entre otros, acerca del desarrollo de la identidad de género. Ambas líneas teóricas tematizan lo específicamente femenino como producto de la crítica falocéntrica

a la hora de obtener herramientas críticas. Desde allí confronta fuertemente al feminismo radical por confundir el blanco de sus acusaciones, ya que, según su punto de vista, los reproches dirigidos a Freud deben ser redirigidos hacia los aportes posfreudianos; lo contrario, nos dice, da cuenta de una mala comprensión de su teoría.

de la teoría freudiana, y sientan las bases para el ingreso de la perspectiva feminista al psicoanálisis. Es a partir de Nancy Chodorow (1984) que la construcción de la identidad de género desde una mirada psicoanalítica es puesta al servicio de rechazar la idea de la subordinación natural de la mujer.

Dorothy Dinnerstein

Sin embargo, antes que Nancy Chodorow, Dorothy Dinnerstein (1976) ensayó la articulación compleja entre feminismo y psicoanálisis en Estados Unidos, al afirmar que el período preedípico atesora en sí las claves para comprender cómo las relaciones de género constituyen dimensiones que integran la desigualdad social. En un contexto en donde la literatura psicoanalítica no cuestionaba las diferencias desiguales de género, *The Mermaid and the Minotaur* (1976) indaga de manera original el significado de la experiencia humana más temprana para, desde allí, imprimir forma y claridad al vacío de conceptos psicoanalíticos en torno a la diferencia naturalizada entre varones y mujeres. A pesar de que la obra de Dinnerstein es creativa, pues elabora explicaciones que requieren de la puesta en marcha de recursos notables como la imaginación e inventiva,³ no ha resultado atractivo en el campo psicoanalítico. Tal vez las resistencias que generó su trabajo se deben al número de supuestos intuitivos que pueblan su producción. La autora explora aspectos de la experiencia preverbal, y ancla allí los patrones que determinan la vida posterior. Debido a su carácter contraintuitivo, el abordaje del trabajo de Dinnerstein no es, en principio, sencillo, y requiere suspender el pensamiento analítico

³ La presentación de la propuesta de la autora que aquí ofrezco es producto de una reconstrucción que intenta arrojar un ancla en un estilo de escritura complejo. Su narrativa no es ordenada y en sus páginas sobrevuela un tono onírico. Las ideas de Dinnerstein están fundamentadas en una amplia gama de discursos, que incluyen la psicología social y la psicología del desarrollo, la antropología, la literatura, el evolucionismo, el existencialismo (especialmente Simone de Beauvoir), la filosofía (particularmente Herbert Marcuse) y el psicoanálisis de Sigmund Freud, Melanie Klein y Eric Fromm. Su intención parece ser construir una narrativa en la cual la intersección entre procesos inconscientes, relaciones sociales y desarrollo histórico se integran en un relato causal global del 'malestar en la cultura'.

convencional adherido a los supuestos que sostienen la teoría actual.

Dinnerstein parte de la ambivalencia inherente a la experiencia infantil para explicar los arreglos de género que se manifiestan más tarde, y la condición humana misma. Durante la temprana infancia, señala, varones y mujeres por igual han experimentado los anhelos más poderosos, las decepciones más devastadoras y la rabia más imponente en el contexto de un vínculo con una mujer. Por este motivo la mujer es significada como la encarnación de un poder máximo al que, posteriormente, el varón se deberá someter. Por su parte, nos dice la autora, la mujer es cómplice en el sometimiento debido a la necesidad de ser activa, aunque más no sea de este modo, frente al más temprano sentimiento de impotencia, que permanece vivo en ambos sexos. Apelando a la figura de una madre experimentada como un ser sin límites, Dinnerstein explica que los varones, reactivamente, asumen una actitud de dominio. El varón se niega a afirmar la autonomía de la mujer, y la mujer se niega a asumir su propia autonomía, debido a que el infante es incapaz de experimentar la subjetividad de la madre. Nos dice Dinnerstein que cuando el niño descubre, inicialmente, las alegrías místicas y las restricciones humillantes de la carnalidad, lo hace en contacto con una mujer. La mezcla de sentimientos hacia el cuerpo que se forma en esta etapa inicial se funde, posteriormente, con nuestro conocimiento adquirido sobre la finitud del cuerpo. De este modo se configura la exigencia de negar de manera rotunda la carne y la mortalidad. Como resultado de estas tempranas operaciones, la condición humana es edificada sobre una idea de mujer culpable y peligrosa. Para la autora, la mujer que nos introduce a la *situación humana*, y a quien se coloca como responsable de todos los inconvenientes vividos bajo esa situación, genera en el ser humano una carga prerracional de responsabilidad culposa que perdura por siempre.

La asimetría entre hombres y mujeres es experimentada en el corazón de toda nuestra vida social y sexual. Para Dinnerstein, esta asimetría en los roles sexuales se refuerza a través de la forma en que continuamos haciendo de la infancia un reino gobernado únicamente por la madre. Entonces, la “Mujer” siempre será considerada peligrosa

y estará degradada mientras sea ella, y solo ella, quien introduzca a los infantes al mundo de lo humano.

Dinnerstein plantea el modo en que se configura la condición humana y las exigencias que impone: forma parte de lo humano –ni del varón ni de la mujer– anhelar seguridad y desear librarse del/la tirano/a que la suministra; es humano buscar ternura y nutrición, al igual que querer controlar la prestación de estos recursos; es humano dominar, planificar, actuar como si los propios esfuerzos fuesen momentáneos, pero también reconocer la pequeñez y la insignificancia de nuestras construcciones contra el telón de fondo de la mortalidad. Dinnerstein asegura que la conciliación de estas fuerzas opuestas resulta muy dolorosa. Argumenta que no hemos sido capaces de una integración adecuada. Más bien, se ha generado un cortocircuito y se ha proyectado sobre la mujer todo aquello a lo que se teme y se desea controlar. Esta división, mantenida fuera de la conciencia, debe hacerse explícita y debe ser encausada. Si fracasamos, sostiene, los impulsos se volverán incontrolables y culminarán por destruirnos, pues es a partir del manejo de lo erótico que se mantiene o se niega la vida.

La autora vincula sus observaciones sobre nuestra humanidad parcial, tenue y deformada con el modo en que varones y mujeres han dividido y repartido rasgos humanos entre sí como un pacto de interdependencia. Los varones están de acuerdo en construir el mundo, mientras que las mujeres están de acuerdo en apoyarlos en esta lucha y en manifestar, como bufones inofensivos, el conocimiento respecto a que hay algo trivial y vacío, feo y triste en lo que hacen. Ann Snitow (1978) alude a esta penosa situación de negociación implícita con el proverbio: “Los hombres deben trabajar y las mujeres deben llorar” (Snitow, 1978, p. 190).

Tradicionalmente los dos sexos se han sentido bastante cómodos con este arreglo porque ambos han sido criados por la madre. Es decir, ambos sexos han visto a la Mujer como un poderoso proveedor. Como resultado de este primer recuerdo, la Mujer queda adherida a un significado que la localiza en los límites de lo humano: una especie de recurso natural infinitamente explotable que, como la naturaleza

misma, tiene el poder de volverse peligroso pero que, sin embargo, es abundante cuando se controla. Ella también debe lidiar con los afectos negativos que le adjudicamos cada vez que advertimos que somos carne, y no podemos dominar al mundo. Cualquier atisbo de subjetividad en la madre se convierte en un insulto a la creencia, profundamente arraigada desde la infancia, en que ella está allí para servirnos. En la dinámica de los arreglos sexuales la mujer no es, o no debe ser, un sujeto.

El mundo de la infancia gesta sentimientos ambivalentes de amor y rapacidad hacia las madres. Los varones compensan su impotencia original controlando a las mujeres. La masculinidad es desconfianza respecto del poder femenino. Desde allí se construye un liderazgo específicamente masculino por el cual, finalmente, se opta debido a que resulta más limpio y finito que el primer poder abrumador de la Madre. Al someterse a este tipo de autoridad masculina, las mujeres sacrifican su participación activa en la construcción del mundo. Por otra parte, rebelarse a los modos masculinos de autoridad supone develar el miedo contundente de los hombres a la mujer. Conjurar este temor implica romper el tenue equilibrio entre varones y mujeres. El respeto por este pacto de asociación sexual oculta un temor mayor al desorden absoluto, por tanto, a la aniquilación del mundo.

Dinnerstein sostiene que los arreglos entre los sexos contribuyen a socavar nuestras posibilidades de supervivencia como especie. La división sexual del trabajo ya no es técnicamente necesaria y debe cambiar en la búsqueda de adaptarnos como especie a nuestros recursos cada vez más reducidos. La autora sugiere la existencia de una tímida conciencia de que el modo en que se está gestionando la vida conduce a la destrucción. Esta enorme presión es una ocasión para una toma de decisiones respecto al cambio de tareas y al nuevo reparto de roles en la vida cotidiana.

Dinnerstein asegura que cuando un sistema se descompone, a medida que nuestros obsoletos pactos sociosexuales se desmoronan, existe un impulso humano para reconstruir. *Mermaid and the Minotaur* sugiere un mapa para esta reconstrucción. Exhorta a la transformación

abandonando las coordenadas que comandan la construcción del mundo. Las mujeres encuentran duro trabajar juntas, pues temen en la otra mujer a la madre. Sin embargo, existen fuerzas poderosas en las mujeres que les permiten aliarse entre sí, pues el primer amor profundo de una mujer es su madre, fuente de inspiración para la intimidad y el compartir entre mujeres. Esos lazos entre mujeres guardan las claves para una nueva construcción del mundo, pues en este contexto, la ambivalencia del vínculo entre varones y mujeres no se puede saldar, entonces en aquel vínculo no existen elementos para idear un plan alternativo. En los profundos temores que los varones depositan en las mujeres radican las razones por las cuales ellos son incapaces de protegerlas y amarlas. Este lugar de las mujeres no es independiente de la aniquilación de la madre naturaleza, a quien creyeron ilimitada. Si esto no se transforma, nos dice, la especie humana se extinguirá.

Esta imaginaria que condensa lo humano, lo animal y lo mítico permite pensar los desarreglos entre los sexos. El minotauro de Dinnerstein es estúpido y codicioso. La sirena es seductora y representante del oscuro y mágico mundo submarino del que proviene nuestra vida. Para acceder al mundo masculino ella debe sacrificar aspectos de sí misma.⁴

La sirena y el minotauro de Dinnerstein sugieren que no existe encuentro posible entre los sexos en los lazos sociales reales y concretos con los que contamos. La mirada feminista de la autora le permite denunciar el modo en que las mujeres son colocadas como chivos expiatorios para nuestros descontentos sociales. Ella sostiene que son las mujeres las que deben dar el siguiente paso en la transformación de nuestra especie. Los varones, nos dice, tienen demasiados intereses creados en el sistema actual para emprender la transformación.

Si tenemos en cuenta que la apuesta política del argumento de

⁴ Dorothy Dinnerstein (1967) ha escrito un ensayo sobre *La Sirenita* de Hans Christian Andersen, quien para ganar el amor del príncipe renuncia a su cola y obtiene piernas, un signo de querer crecer, amar y estar con el hombre. El relato termina trágicamente cuando el príncipe no resulta un compañero adecuado, no la reconoce por lo que es, y el día de su boda con otra, la sirenita muere.

Dinnerstein alude a que varones y mujeres tienen que compartir la crianza –ambos deben ser guías a través de su primer encuentro con la vida, con el dolor de estar indefenso, de no saber lo que es el mundo, de tener que ser conducido y cuidado–, es posible notar que el edificio que construye es demasiado frágil para soportar el peso de la complejidad que supone la jerarquización con que se ordena la diferencia entre los géneros. Del mismo modo, la integración de las fuerzas que la autora postula, imposible de lograr hasta hoy en día, puede ocurrir una vez que la madre dominada deje de ser el centro de proyección en la primera infancia, que también es una idea difícil de aceptar. Dinnerstein propone la participación de los varones en la crianza de los niños, pero aun así no está segura (ella misma lo afirma) de cuál sería el resultado, de qué significaría el género bajo estas condiciones.

El sistema explicativo de Dinnerstein no genera la posibilidad de concebir una verdadera transformación. En la configuración del mundo, tal como es delineado en *The Mermaid and the Minotaur*, la mitad de la humanidad está condenada, debido a su propia irracionalidad, a servir. Del mismo modo, la otra mitad está condenada a dominar. El curso de la historia se instala como un todo repetitivamente opresivo. Por otra parte, esta irracionalidad se explica por su propia fuerza universal (Porter Gump, 1978). En suma, el valor de esta obra no radica en la calidad de argumentos convincentes; más bien posee un valor histórico, como primer emergente que intenta tematizar con elementos psicoanalíticos el ordenamiento desigual entre los géneros, poco examinado hasta el momento.

Nancy Chodorow

Pocos años después irrumpen en la escena académica las ideas de Nancy Chodorow (1984) con la publicación de *The reproduction of Mothering*. Allí Chodorow apela a los vínculos tempranos para explicar la desigualdad entre varones y mujeres. En el marco de familias de clase media, donde la crianza está exclusivamente en manos de mujeres, la autora describe la intensa identificación que se produce entre madres e hijas. Tan es así, que las niñas construyen un sentido

más fluido y relacional del yo, en comparación con los varones. En ese temprano vínculo también se articulan los deseos de maternidad en la precoz psique de la niña. Los niños, por su parte, tienden a construir el sentido de su *self* mediante el repudio de sus madres, modalidad reactiva que los hace más autónomos y emocionalmente restringidos.

The reproduction of Mothering desafía visiones psicoanalíticas normativas sobre el género al explicar cómo los seres humanos llegan a percibirse a sí mismos como masculinos o femeninos. Es posible afirmar, entonces, que gracias a Nancy Chodorow la segunda ola del feminismo ingresa al campo del psicoanálisis en Norteamérica, de modo tal que abre las puertas a posibles articulaciones entre conceptos fundamentales de este campo y la teoría social, a partir de un enfoque que concibe vínculos inextricables entre el yo y lo histórico-social. Las ideas plasmadas en este primer libro tuvieron un gran alcance, y se transformó en una obra mencionada en la mayor parte de los escritos de cuño feminista que necesitaron contar con un marco referencial sobre el modo en que la diferencia de los géneros arraiga en las subjetividades; es decir: la reproducción social y cultural bajo esos complejos constructos denominados identidad, diferencia y género (Luttrell, 2004).

Resulta claro que, si tenemos en cuenta el contexto histórico de emergencia, la riqueza de las tempranas contribuciones de Nancy Chodorow se deben a que *The reproduction of Mothering* (1984) se ancla en múltiples campos teóricos, como el feminismo, el psicoanálisis, la sociología y la antropología. Es por ello que las explicaciones que elabora contienen e integran conceptos pertenecientes a marcos conceptuales disímiles. A pesar de que la publicación de su tesis principal cuenta con varias décadas, muchos pensadores actuales rescatan gran parte de sus líneas argumentativas para consolidar una plataforma teórica en donde inscribir tanto sus producciones conceptuales como sus investigaciones empíricas. Aunque no sin críticas, la relevancia de su pensamiento es indiscutible; ha permitido un diálogo entre disciplinas, prolífico hasta nuestros días, en torno a los debates sobre género y subjetividad.

Como es posible advertir, su obra denuncia el impacto de la teoría feminista en la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales en su versión norteamericana. Chodorow es pionera en extender las ideas propias del feminismo de la segunda ola –respecto a las complejas relaciones entre individuo y sociedad– hacia el campo del psicoanálisis. Inmersa en el calor de los principales debates sobre las desigualdades entre los sexos que irrumpieron en territorio norteamericano en la década del 70, su interés tenía que ver con comprender las relaciones existentes entre el ejercicio de la parentalidad en parejas heterosexuales y la constitución de la subjetividad generizada (Chodorow, 2002a). *The reproduction of Mothering* (1984), entonces, expone claramente su interés por indagar por qué la mayoría de las mujeres anhelan y desean tener hijos, incluso por qué gran parte de las mujeres se dedica exclusivamente a la crianza de niños.

La emergencia de lo sociocultural

Esta articulación entre feminismo y psicoanálisis fue posible debido a que Chodorow proviene del campo de la sociología. Los anudamientos entre sociología y psicoanálisis no solo fueron originales, también dieron inicio a una fuerte polémica entre representantes del psicoanálisis que, aún hoy, se niegan a incorporar la categoría de género en el interior del campo psicoanalítico. Tan es así que, bajo la amenaza de sociologizar la teoría psicoanalítica, varias autoras, sobre todo europeas, no incorporan la historicidad que la perspectiva de género supone.⁵ En esta línea, pensadoras locales contemporáneas que

⁵ Al respecto, resulta interesante destacar el modo en que la filósofa francesa Geneviève Fraisse (1996) destaca la necesidad de “mostrar la historicidad de la diferencia de los sexos. La historicidad como característica inherente a la relación sexual, como representación antinatural del hecho de la diferencia” (Fraisse, 1996, p. 73). La autora aboga a favor de una representación de la diferencia sujeta a transformaciones y cambios que sin embargo son, nos dice Fraisse, irreductibles a simples contingencias socioculturales. La no utilización de la categoría de género se encuentra en la base de la imposibilidad de llevar esta pretensión hasta sus últimas consecuencias, explicitada por la propia autora cuando afirma que “el discurso sobre la diferencia de los sexos siempre es fragmentario, [...] porque los sexos escapan a sí mismos en sus representaciones, excepto si se trata de describir la eternidad de lo masculino y lo femenino. También habrá que volver a esta atemporalidad” (Fraisse, 1996, p. 91).

se inscriben en la perspectiva iniciada por Chodorow –cuya máxima exponente es Irene Meler– no dudan en afirmar que el psicoanálisis es una ciencia social (Meler, 2012).⁶

En la intersección entre psicoanálisis y feminismo, Nancy Chodorow sostiene que sentimientos, fantasías y conflictos inconscientes están vinculados con –aunque no se reducen a– los mandatos culturales que se refieren al género y a la sexualidad. De este modo, Chodorow fue capaz de reconocer que las generalizaciones implicadas en la construcción de la teoría psicoanalítica se vinculan con el sesgo propio de cualquier observación de individuos que transcurre en momentos históricos determinados. Sus argumentos abogan a favor de un enfoque particular respecto de la socialización diferencial por sexo, pues, desde su punto de vista, los niños y las niñas no aprenden a asumir rasgos masculinos o femeninos por imitación de los otros adultos, tampoco mediante obligación o coacción, sino más bien porque tales rasgos de género, mediante identificación, se vuelven profunda y personalmente significativos para ellos. Es así que Chodorow utiliza la perspectiva psicoanalítica de las relaciones objetales para enmarcar la teoría de género. Ella sostiene que el ordenamiento de los géneros en el marco de la dinámica familiar configura aspectos relacionales específicos, por donde circula la identificación entre madre e infante. De este modo, aspectos relacionales decantan en la configuración intrapsíquica de identidades de género con características específicas de acuerdo al sexo, en el contexto de procesos de desarrollo psicológico que construyen realidades psicológicas diferentes y sostienen, al mismo tiempo, las asimetrías de género (Van Mens-Verhulst, 2002).

De acuerdo con el punto de vista de Chodorow, las niñas y los niños comienzan su vida experimentando un sentimiento de unidad o identificación con la madre, encargada de los cuidados. Por otra parte,

⁶ Desde una perspectiva diametralmente opuesta, que privilegia el pensamiento de Jacques Lacan, Graciela Musachi (2012) entiende que la identidad de género constituye una peste para el psicoanálisis. Cuando se trata de justificar tal aseveración acude a juicios que, desde una perspectiva ahistórica, culminan por hegemonizar el propio punto de vista y la propia opción onto-epistemológica en detrimento de otras, postulándola como la única lectura posible del mundo.

a criterio de la autora, las mujeres experimentan su maternidad de modo diferente según se trate de un hijo o de una hija. Esta consideración no es menor, pues Chodorow reconoce la importancia de la subjetividad materna. La autora, entonces, no idealiza la maternidad, cuya contracara es la negación de otros proyectos que integran la identidad de las mujeres en función de las necesidades (insaciables) de los niños. Parte de la idea de que las mujeres portan deseos, significados y proyectos no reductibles a la experiencia de la maternidad y al sentido del *self* exclusivamente puesto en la crianza (Chodorow y Contratto, 1982).

Como sea, Chodorow identifica patrones en la dinámica relacional entre madre y niño/a a la hora de entender el desarrollo de la identidad de género. Mientras que las niñas establecen el sentido del *self* en relación con sus cuidadoras, los varones hacen lo propio a través de la separación de ellas. La identidad en las niñas es fluida y continua respecto a esta temprana identificación femenina (Van Mens-Verhulst, 2002), mientras que los niños deben asegurar su identidad masculina sobre la base del rechazo y el repudio de aquello femenino. Esta consideración resulta psicológicamente problemática en la masculinidad, pues da cuenta de una fragilidad inherente, de una necesidad de proteger constantemente los límites entre lo que es y lo que no es femenino. Estas ideas de Chodorow respecto a las defensas y conflictos involucrados en la identificación masculina no solo sirvieron a la teoría feminista para explicar las coordenadas psicológicas de la propagación de la subordinación femenina: también prepararon el escenario para lo que luego serían los *estudios de las masculinidades*. Mientras tanto, Chodorow señala que la identidad femenina, aunque más continua y fluida, está sujeta a confusión de límites. En vez de definir su identidad por oposición, las mujeres articulan el sentido de sí mismas en relación con los demás. Este esfuerzo de Chodorow por revalorizar, sin idealizar, la psicología femenina, así como la relación madre-hija que la instituye (Chodorow, 1984) se convirtió en el fundamento para una década de investigación sobre las niñas y el desarrollo de las mujeres.⁷

⁷ Como se verá en los desarrollos teóricos de las representantes del feminismo psicoanalítico norteamericano aquí expuestos, todas ellas operan sin cuestionar el cuerpo

Cabe destacar otra faz relevante en la obra de la autora. En otros segmentos de su pensamiento, Chodorow (1994, 1995, 1996, 1999, 2003) ha destacado el papel de la dinámica relacional familiar como contexto en el que se despliegan las identificaciones genéricas tempranas que inciden en la formación de la vida sexual posterior. A partir del legado de Freud (1979b), argumenta que la sexualidad entraña un grado de complejidad tal que excede la idea de elección sexual de objeto. Desde su punto de vista, la identidad sexual, al igual que la identidad de género, guarda un componente altamente intrapsíquico, individual, conflictivo; una decantación producto de una *formación de compromiso* en la intersección de condiciones culturales y psicológicas, planteadas en términos binarios (heterosexualidad/homosexualidad, masculinidad/feminidad, actividad/pasividad). Es así como Chodorow identifica elementos culturales de la sexualidad, los cuales son tomados y combinados por los sujetos de forma única, idiosincrática, singular. Esta apropiación y recreación incluye la erotización o el sentido de la experiencia del propio cuerpo, el placer y la excitación; las representaciones mentales que circulan en el mundo interno acerca de uno mismo en relación con otros, el sentido de la propia identidad femenina o masculina, el sentido del propio deseo sexual, y las propias fantasías sexuales personales; dimensiones imposibles de ser pensadas al margen de la cultura, pero no reductibles a ella.

Chodorow torna indudable el modo en que el psicoanálisis otorga herramientas al feminismo cuando se trata de explicar cómo se constituye y se arraiga la necesidad psicológica de las mujeres por perpetuar roles tradicionales. Al mismo tiempo, las ideas de la autora también ofrecen una comprensión de actitudes misóginas presentes en el repar-

dimórficamente sexuado. Sí se encuentra, al menos desde mi punto de vista, una dinámica identificatoria desvinculada de la biología de los cuerpos. Este desanudamiento entre biología y dirección de las identificaciones muestra ser el gran aporte de la introducción del pensamiento feminista en el campo del psicoanálisis norteamericano. También puede destacarse la perspectiva relacional que incorporan las autoras en sus intentos de conectar lo psíquico, y así volverlo permeable, a lo sociocultural; este punto permanece fallido. Para ver un intento de dar respuesta a este desafío en su mayor complejidad posible véase Ariel Martínez (2013a).

to de los roles de género. Chodorow analiza la tendencia inconsciente de los varones a preservar el *statu quo* de los arreglos parentales heterosexuales occidentales.

Vincent Duindam y Ed Spruijt (2002) destacan tres rasgos relevantes en el pensamiento de Chodorow:

(1) Ofrece una explicación sistemática del hecho de que las mujeres son las principales responsables del cuidado de los niños y de las tareas del hogar, a partir de una novedosa combinación entre conceptos psicoanalíticos y sociológicos.

(2) Da cuenta de cómo la reproducción de los arreglos parentales aún continúa siendo relevante y potente en su capacidad explicativa, sobre todo en lo que respecta a las relaciones heterosexuales, al sexismo y la devaluación de lo femenino y de las mujeres. En este punto, los autores acuerdan con Chodorow en que tales problemas se verán ampliamente reducidos si las nuevas generaciones transcurren su temprana infancia en el marco de configuraciones vinculares en las que la parentalidad se ejerza de manera equitativa entre varones y mujeres, lo que decantaría en identificaciones cruzadas, por tanto identidades de género más flexibles.

(3) Los desarrollos de la autora han demostrado un impacto en las ciencias sociales, sobre todo en lo que respecta al concepto de socialización.

Chodorow delimita una idea compleja al respecto, al pensar en una relación entre estructura social y procesos inconscientes que no se reduce a la idea psicoanalítica de internalización, pues no se trata de una interiorización directa de los aspectos sociales a la experiencia inconsciente del *self en relación*. Chodorow, por el contrario, hace intenso hincapié en las distorsiones, defensas y transformaciones mediadas por la fantasía y el conflicto, enfatizando aspectos de la *agencia* psíquica, la fantasía, la apropiación, la transformación, la organización y externalización que imprime todo sujeto en la captura de los términos sociales y culturales.⁸

⁸ Para un mayor despliegue de esta idea a partir de una lectura de Judith Butler en torno a identificación, identidad y agencia, véase Ariel Martínez (2013a).

Es así como al momento de pensar la problemática que refiere a la constitución de la subjetividad, la autora alude a un proceso psicosocial complejo que se pone en marcha de manera diferencial de acuerdo al sexo. Chodorow echa mano al psicoanálisis al advertir la necesidad de contar con un marco teórico que le permita comprender la existencia e influencia de procesos psíquicos inconscientes en las relaciones sociales, pero sin perder de vista el modo en que tales procesos inconscientes se ven afectados, incluso modelados, por las formas sociales en que se organiza el género.

No cabe duda de que Chodorow forja un pensamiento crítico sobre los sesgos de género presentes en el pensamiento psicoanalítico. Destaca la dificultad de Freud por brindar un modelo de desarrollo psicológico femenino, así como denuncia el androcentrismo que impregna las descripciones sobre lo específicamente femenino. Teniendo en cuenta estos sesgos, no llama la atención la sospecha que el feminismo ha arrojado sobre el psicoanálisis en sus intentos por teorizar las tensiones políticas en los modos en que se instala la diferenciación entre individuo y sociedad. Claramente, el psicoanálisis naturalizó el rol asignado socialmente a las mujeres, sobre todo lo que respecta al ejercicio de la maternidad. El anclaje feminista de Chodorow le permite advertir esto y, desde allí, optar por algunas líneas teóricas convenientes para sus intereses (Bjerrum Nielsen y Rudberg, 2002).

Por otra parte, la autora se alinea en el psicoanálisis de las relaciones objetales (de la escuela inglesa), puesto que pone el énfasis en la primacía de aspectos vinculares en las relaciones humanas (Burack, 2002), en detrimento del modo en que la idea freudiana de narcisismo impregna al infante humano. Entonces, la teoría de las relaciones objetales ofrece un modelo explicativo en el cual la relación preedípica del infante con la madre es colocada en primer plano respecto a la posterior relación edípica con el padre (Flax, 1995). Este modelo teórico aportó un sustento significativo que permite explorar dos áreas del desarrollo en clave de género: la dinámica en el interior de la polaridad heterosexual que marca la diferencia entre varones y mujeres, por un lado, y la dinámica propia de la relación entre madre e hija, por

otro (Orbach, 2002).

Chodorow es guiada por el interrogante de cómo es que las mujeres llegan a aceptar como un sentido central de sí mismas la opresión psicológica que coloniza sus deseos, incluso sus cuerpos.⁹ También busca aquellas condiciones que deben cumplirse en el desarrollo psicológico para que se configure la inferiorización psicológica de las mujeres, de tal modo que los mandatos impuestos socialmente son identificados como deseos propios. Es persiguiendo estas incertidumbres que la autora logra configurar una explicación acerca de cómo se reproduce, en el nivel psicológico, el deseo de maternidad en las mujeres en el interior del *patriarcado*¹⁰; esto es: cómo las mujeres se constituyen como tales identificadas con una posición social que se arraiga profundamente en su realidad psicológica. Chodorow señala que la importancia de la relación entre madre e hija hace posible que muchas mujeres heterosexuales reconozcan los deseos inconscientes que se originan en este temprano vínculo y que, luego, se escenifican en los vínculos heterosexuales con varones.¹¹

⁹ El intento de dar respuesta a tal interrogante estructura la novedad del pensamiento de Jessica Benjamin (1996), quien destaca los anudamientos entre la dimensión del reconocimiento y los lazos libidinales que se ponen en juego cuando la intersubjetividad queda eclipsada por relaciones de subordinación. Desde un punto de vista estrictamente filosófico, Judith Butler (2001a) también se preocupa por este problema, presente, desde su punto de vista, en la articulación misma del sujeto, proceso que no se lleva a cabo al margen de *vínculos apasionados con el sometimiento*. Esta recurrencia de intereses, de cara a un problema nodal para la teoría feminista, encuentra sus raíces, antes de Chodorow, en las formulaciones de Simone de Beauvoir (2007) en torno a la idea de *víctima cómplice*.

¹⁰ Para una sintética y rigurosa puesta a punto sobre el término *patriarcado* véase Ana María Bach (2010), quien señala que “en el movimiento feminista se analiza el patriarcado como un principio que subyace en la opresión subordinación y dominación de las mujeres [...]. La Hipótesis del patriarcado subyace en prácticamente todas las teorizaciones feministas, aunque se la entiende en distintos sentidos y relaciones” (Bach, 2010, p. 149). Asimismo, señala que “la dificultad para definir el patriarcado radica en que es un sistema que atraviesa la historia, que se acomoda de acuerdo con las distintas épocas y que solo puede ser explicado con referencia a sí mismo” (Bach, 2010, p. 151).

¹¹ Para las implicancias de esta idea sobre la identidad sexual librada en el feminismo de la segunda ola, y sus vinculaciones implícitas con la categoría de cuerpo en términos esencialistas, véase capítulo 8.

Miradas enfrentadas: Judith Lorber y Alice Rossi

Judith Lorber (Lorber, Coser, Rossi y Chodorow, 1981) considera al aporte de Nancy Chodorow una exégesis de teoría psicoanalítica y, por lo tanto, una contribución menor al campo del feminismo. Ante el interrogante sobre por qué las mujeres optan por la maternidad, Chodorow sugiere que las cualidades psicológicas de una mujer para ser madre son incorporadas en su subjetividad a través de la relación intensa con su propia madre. Chodorow señala:

En tanto sea una mujer la que ejerce la maternidad, podemos esperar que el período preedípico de la niña será más largo que el del niño y que las mujeres, más que los hombres, estarán más abiertas a esas cuestiones relacionales que atañen a la maternidad y a su ejercicio –sensación de identificación primaria, falta de separación y diferenciación, asuntos relativos a los límites del yo corporal y al amor primario exento del yugo del principio de realidad (Chodorow, 1984, p. 110).

Y es ante este tipo de afirmaciones que la mirada sociológica de Lorber encuentra una

desconexión significativa entre las conclusiones y las evidencias que esgrime Chodorow.¹²

La crítica epistemológica de Lorber sugiere un problema propio del objeto de estudio del psicoanálisis; problema que, en última instancia, impide anudamientos contundentes entre psicoanálisis y feminismo. Este radica en que el énfasis en las interpretaciones psicoanalíticas obliga a Chodorow a descuidar factores sociales, estructurales, significativos. Aunque Chodorow expone estos factores estructurales implicados en la crianza de los hijos, finalmente opta por las especulaciones psicoanalíticas. Es así que su modelo conceptual supone que la estructura psíquica es el escenario donde se vinculan las características del individuo y las instituciones

¹² En sentido estricto Lorber lanza esta crítica al modo en que el psicoanálisis en general, no solo la versión de Nancy Chodorow, construye conocimiento a partir de insumos que provienen de casos clínicos; es decir, vivencias y asuntos de pacientes y sus interpretaciones.

sociales. Las instituciones sociales modernas responden y son sostenidas por los requerimientos intrapsíquicos de las mujeres y los varones tal como son creadas en el contexto de la familia nuclear, cuya división del trabajo asigna a las mujeres el papel de los cuidados primarios.

Las instituciones sociales, señala Lorber, incluida la familia, tienen su propia historia y dinámica. Las familias permiten y proscriben patrones de interacción que producen subjetividades con necesidades específicas, así como los modos en que estas necesidades son satisfechas. Así, las familias de clase obrera y de clase media estadounidenses no solo se asientan en vínculos con cualidades interpersonales diferentes, sino que también circulan significados y valores diferentes. Si postulamos a un niño en la trama de una determinada constelación familiar en una estructura social estable, es posible predecir el comportamiento adulto de este niño sobre la base de dos factores principales: la subjetividad típicamente desarrollada en la constelación de tal familia y las oportunidades de vida habilitadas por las recompensas sociales para los miembros de esa familia.

Al tratar de explicar el comportamiento de un grupo de individuos en situaciones similares (digamos, las hijas de mujeres de clase media a finales del siglo XX), Lorber no toma la vía explicativa de las fuerzas intrapsíquicas, sino que opta por pensar que las elecciones subjetivas cabalgan sobre aquellas opciones que, de modo más probable, maximizan sus recompensas sociales. Es decir, las mujeres de clase media se convierten en las principales cuidadoras no por su desarrollo preedípico sino por variables de alcance social.

La formación sociológica de Chodorow le permite no desconocer estas coordenadas. A pesar de que no localiza allí las claves explicativas, la autora señala:

la desigualdad de ingresos entre hombres y mujeres da aspecto más racional al hecho de que sean los padres, y no las madres, los que ganan salario. Por lo tanto, las madres y no los padres, son quienes realizan el cuidado primordial de los niños en casa (Chodorow, 1984, p. 35).

Chodorow conoce las dinámicas histórico-sociales que participan en sostener a las mujeres modernas como las principales encargadas de la crianza, como la separación de lo público y lo privado, la desigualdad de los ingresos de varones y mujeres, la situación de las mujeres trabajadoras, primero en las sociedades agrarias y luego en las sociedades capitalistas industriales. Estratagemas de la ideología del patriarcado que capturan y controlan la reproducción biológica del cuerpo de las mujeres e imponen la maternidad como destino ineludible a costa de desarrollar dependencia económica y emocional.

Lorber señala contradicciones en el patrón circular de la explicación de Chodorow. Pues la reproducción exclusiva de la maternidad en las mujeres se debe a la temprana base relacional que forma parte de la identidad de género femenina. Su solución, en el último capítulo, es la crianza compartida. Pero si la mayoría de los varones ha desarrollado subjetividades no afectivas y límites fuertes y contundentes del yo, ¿dónde encontrar suficientes varones con capacidades psicológicas e interés por la crianza, para así romper el patrón general de la primacía emocional de la madre? Y si lo hay, después de esa primera generación de sujetos producto de la crianza compartida, presumiblemente esos hijos e hijas con identidades de género flexibles y estilos afectivos andróginos, entonces, ¿qué nuevas relaciones preedípicas y edípicas se establecerán?

Lerber exhorta a Chodorow:

si usted desea cambiar el tipo de varones y mujeres no intente cambiar las pautas de crianza, luche por cambiar la estructura social que produce tales pautas de crianza. No se preocupe por las capacidades de los varones para la crianza, más bien otorgue a mujeres y varones la oportunidad de obtener ingresos iguales para que sea tan costoso para las mujeres ser madres tiempo completo como lo es ahora para los varones. Entonces, predeciré, la crianza de los hijos será compartida, y no sólo por madres y padres biológicos, sino por comunidades de adultos interesados (Lorber, Coser, Rossi, y Chodorow, 1981, p. 486).

Alice Rossi, por su parte, también critica la utilización que hace Chodorow de la teoría

psicoanalítica y la inmersión casi total de sus ideas en los términos psicodinámicos. La perspectiva sociobiológica de Rossi (1977) y su mirada positivista propia de las ciencias del comportamiento a las que adscribe, la conducen a desacreditar el trabajo de Chodorow como aporte fundado en la evidencia. Desde su punto de vista, donde Chodorow dice ‘investigar’ Rossi dice ‘especular’; cuando Chodorow dice ‘demostrar’ Rossi dice ‘citar ilustraciones consistentes con su teoría’. Lo que Chodorow adopta como marco ‘metodológico’, para Rossi es simplemente escritura coherente y lógica en términos de la teoría particular que adopta. Rossi (Lorber *et al.*, 1981) declara explícitamente que su propósito no es desacreditar las ideas de Chodorow, sino aclarar cómo deben ser leídas: como una fuente de ideas y como un esfuerzo por desarrollar una posible teoría ilustrada con casos clínicos, no como una teoría probada.

Por otra parte, la autora señala que la teoría psicoanalítica está enraizada en la práctica clínica, motivo por el cual nunca puede ser un enfoque adecuado para entender el desarrollo infantil. La práctica clínica se basa, nos dice Rossi, en el recuerdo verbal, y, por lo tanto, no puede recuperar las etapas preverbales del desarrollo infantil en el primer año. Sin embargo, estos primeros meses son fundamentales para las teorías de Chodorow sobre la etiología del apego diferencial de las madres a las hijas en comparación con los hijos, y la correspondiente identificación más cercana de las niñas que de los niños. Hay una característica importante de la especie humana que refleja el precio evolutivo que se pagó por el desarrollo de una gran capacidad craneal: todos los bebés humanos nacen prematuros. En los primeros meses de vida hay poca mielinización de la materia cerebral en la corteza o en las áreas de asociación del cerebro. No puede haber ninguna actividad identificatoria de un yo en ausencia de una corteza funcional y áreas de asociación del cerebro. El niño puede desarrollar una diferenciación sensorial donde el gusto, el tacto, el olfato y la vista están relacionados, pero no un sentido de sí mismo.

Rossi apela a investigaciones para explicar que las mujeres observan más de cerca que los varones cuando se exponen a bebés, incluso hacen contacto visual más frecuente, y muestran más dilatación de la pupila.¹³ Se interroga hasta qué punto esta diferencia podría eliminarse mediante la socialización adecuada de los varones respecto a la atención infantil. Por tanto, la crianza compartida que propone Chodorow supone que los padres pueden adquirir el nivel de habilidades, la capacidad de respuesta a los bebés y la disponibilidad de tiempo y energía para invertir en la crianza. Esto es algo que aún no está probado.

Nancy Chodorow, después

Resulta interesante reseñar la mirada retrospectiva de la propia Chodorow (2002b) sobre *The reproduction of Mothering*. Al momento de escribir su primer libro, nos dice, se encontraba inmersa en el auge del feminismo de los años 70. Sus marcos de pensamiento eran la sociología y la antropología estructuralista. Su propósito central fue intentar deslindar alguna explicación sobre el modo en que los seres humanos en general, y las mujeres en particular, llegan a participar en prácticas y a formar parte de estructuras que perpetúan la propia desigualdad. Fue Gayle Rubin (1986), junto a sus intentos por documentar un sistema de sexo-género no determinado por procesos económicos, quien instaló esta inquietud en Chodorow. En esa dirección, sus argumentos abogaron a favor de comprender que: (1) la psique es tan significativa como las estructuras sociales y culturales en la subordinación de las mujeres; y (2) la psique no está absoluta y linealmente determinada por los ámbitos sociales y culturales.

Chodorow localizó la clave en la relación temprana madre-hija. La autora destaca los interrogantes que abrió en su pensamiento la obra

¹³ Dedico los párrafos mínimos y necesarios para exponer este ejemplo de investigaciones pertenecientes a la sociobiología, cuyas afirmaciones apelan como fundamento, la mayoría de las veces, a situaciones experimentales con animales. No dedico espacio a señalar críticas. El lector puede componerlas por sí mismo luego del tono general que brinda la perspectiva del libro en su conjunto. Para críticas a esta perspectiva desde argumentos esgrimidos en la misma década en que las ideas de Rossi fueron publicadas, véase Engel Gross *et al.* (1979).

de Stoller (1968a), quien en sus estudios sobre transexuales se focalizó especialmente en varones. Esto condujo a Chodorow a interrogarse sobre cómo impacta tal vínculo temprano, exclusivamente en mano de mujeres, en las niñas. La autora también alude a que tal interrogante se encuentra determinado históricamente, ya que en aquel momento la ausencia del padre formaba parte de una preocupación social creciente desde los años 40, que, incluso, gravitaba en los campos de la antropología, la sociología y la psicología.

Como hemos mencionado, la autora opta por el psicoanálisis de las relaciones objetales, pues la tematización de la madre preedípica ofrecía un potencial campo de articulación con las problemáticas feministas. Al respecto Chodorow resalta haber rechazado, en aquel momento, articulaciones europeas en el campo del feminismo, que tomaban como marco referencial aportes del pensamiento de Lacan vinculados con la categoría de falo. Es así que considera que tales desarrollos, organizados a partir de la categoría de diferencia sexual, ya habían sido investigados por Freud y otros analistas clásicos que se centraron exclusivamente en el complejo de Edipo, la castración y la relación con el padre. Las novedosas articulaciones que el psicoanálisis en Estados Unidos ya comenzaba a manifestar a partir de la incorporación del concepto de identidad de género, en mano de Stoller, resultaron más atractivas para Chodorow. Por ello dirigió su mirada al desarrollo infantil para cercar aspectos centrales de la psicología de la mujer, en particular la relación entre madre e hija. Incluso Jessica Benjamin (2002) ha afirmado que, luego de Stoller, es *The reproduction of Mothering* el espacio conceptual que mayor luz ha arrojado acerca del modo en que a partir del período preedípico comienza a constituirse no solo la feminidad, sino la misma distinción de género.

A criterio de Chodorow, su aportación fundamental son las nuevas contribuciones sobre el desarrollo de la mujer y la dinámica de la psique femenina. Sus aportes no se reducen, entonces, a la diferencia sexual, o al género subjetivo. Claramente, Chodorow va más allá de una preocupación basada únicamente en la vida inconsciente y la realidad psíquica. La autora extiende la comprensión psicoanalítica del desa-

rollo femenino y masculino a los ámbitos de la sociedad y la cultura, lo que decanta en una verdadera reconsideración del género desde el campo psicoanalítico.

Por otra parte, la propia Chodorow señala que se ha canonizado una lectura de sus conclusiones a partir de la óptica inaugurada en el trabajo de Carol Gilligan (1985). Chodorow afirma que las mujeres experimentan un sentido de *self-en-relación* que contrasta con la creación de un *self* por parte de los varones que niega la relacionalidad y la conexión. También afirma que la madre juega un papel importante en la psique de la hija, de modo tal que el núcleo psicológico y la experiencia interpersonal de las mujeres puede ser entendida en términos de este mundo interno madre-hija. Sin embargo, aquellos lectores que no se han detenido cuidadosamente en su obra, señala, han pasado por alto sus consideraciones sobre las dificultades que las mujeres enfrentan en los carriles de la separación e individuación; también sobre las dificultades que las madres tienen en diferenciarse y reconocer a sus hijos. Como fuere, la idea de un *self-en-relación* le ha valido críticas que la ubican como una esencialista que sobrevalora la relacionalidad de las mujeres. Chodorow menciona que tal énfasis en la conexión se debe a su esfuerzo por apartarse del acento otorgado a la separación y a la individuación en el psicoanálisis norteamericano tradicional.

Posteriormente, Chodorow (2012) aboga con más nitidez a favor de un *individualismo-relacional*, donde la separación e individuación se implican mutuamente y requieren del reconocimiento del otro –aspectos desplegados más claramente, y desde otros ángulos en la obra de Jessica Benjamin (1996). Lo cierto es que *The reproduction of Mothering* valora las capacidades de empatía y conexión que, según Chodorow, caracterizan a las madres. Pero también explica con claridad el modo en que estas capacidades son creadas en la psique de las mujeres a través de relaciones intersubjetivas con sus madres.

Por último, un comentario reciente de Chodorow resulta decepcionante para quienes ubicamos en esta obra un cambio de perspectiva de un valor notable a la hora de entretener argumentos en la escena política. La autora menciona que al momento de escribir su primer libro

tenía poco más de treinta años, era hija, pero aún no había sido madre; su interés se centraba en articular psicoanálisis y sociología, pero aún no era psicoanalista. En aquel momento, se vio arrastrada bajo la fuerza del auge del feminismo. Desde allí desafió todo índice de pensamiento biológico, muy importante en un contexto donde la consigna era atacar todo indicio de determinismo biológico-evolutivo, presente en el pensamiento psicoanalítico norteamericano tradicional; donde existía –y sigue existiendo– el supuesto de que la diferencia entre los sexos se determina, en gran medida, biológicamente. Chodorow deja en claro que su postura ha cambiado radicalmente a partir de cómo ha experimentado su propia maternidad. Por otra parte, su experiencia clínica, nos dice, le ha permitido observar la relevancia de los órganos genitales en sus pacientes. Sin intenciones de afirmar consecuencias psíquicas universales de la anatomía genital, actualmente acuerda con Freud (1979j) respecto a que los genitales y la anatomía, y la experiencia corporal como la excitación, la menstruación, el embarazo y la lactancia, están en la base de construcciones intrapsíquicas (Chodorow, 2003). Este giro –bien documentado en la colección de ensayos, escritos entre los años 1971 y 2005, que conforman su último libro (Chodorow, 2012; Wolfe, 2013)– implica el privilegio de nuevas referencias teóricas (Chodorow, 2008, 2010) y un franco abandono de la perspectiva de género en clave feminista en sus desarrollos recientes. También es importante aclarar que, en la actualidad, Nancy Chodorow forma parte de la elite más conservadora del psicoanálisis norteamericano; incluso ha logrado obtener su membresía en la *International Psychoanalytical Association*.

Capítulo 3

Esbozos posmodernos ¹

Jessica Benjamin

Una década más tarde de la aparición de *The reproduction of Mothering*, la publicación de *The bonds of love: psychoanalysis, feminism and the problem of domination* (1996) ubica a Jessica Benjamin como heredera de la tradición teórica norteamericana iniciada por Nancy Chodorow, potente campo donde convergen psicoanálisis y feminismo (Dobles Oropeza, 2003). El germen de este libro se encuentra en las lecturas que Benjamin ha realizado de Simone de Beauvoir (2007). *Le deuxième sexe* constituye un punto de torsión en su pensamiento. En particular, la idea de que

la mujer se determina y diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro [...] se pretende fijarla en objeto y consagrarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será perpetuamente trascendida por otra conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer consiste en ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que se plantea siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inesencial (Beauvoir, 2007, pp. 18, 31).

A partir de aquí, Benjamin vuelve sobre algunas de las líneas argumentativas del psicoanálisis en relación con la constitución de la

¹ Parte de este capítulo ya fue trabajado en Martínez (2016).

subjetividad. La asimetría que marca la relación entre el *infans* y lo otro/madre², conduce a Benjamin a conceptualizar el desarrollo del *self* en general, y de la identidad de género en particular, en términos de dominación-sumisión. Simone de Beauvoir le permite a nuestra pensadora transversalizar tal proceso desde una perspectiva crítica. Si la dominación es masculina y la sumisión es femenina, la variable género se entrama en el proceso mismo de constitución subjetiva.

Allí Benjamin también se centra en la experiencia preedípica; sin embargo, sus aportes se sostienen principalmente en los trabajos de Winnicott, a partir de los cuales realiza articulaciones originales que le permiten explicar la persistencia psicológica de la desigualdad de género. El epicentro de su propuesta se encuentra emplazado en la idea de reconocimiento, extraída de la filosofía de Hegel. Es así que para Benjamin, la clave de la dinámica intersubjetiva se encuentra en un delicado equilibrio otorgado por el reconocimiento mutuo entre dos *sujetos iguales*, cuya ruptura engendra, desde momentos tempranos de la psique, dominación y subordinación. Entrelazar aspectos preedípicos del desarrollo en términos de reconocimiento imprime un nuevo giro al tema. En este contexto analítico, la teoría endógena de las pulsiones no es tematizada. Si bien para Freud algún tipo de dominación es ineludible a la hora de la constitución del ser humano, el arco de tensiones que su pensamiento despliega entre las mociones pulsionales y la civilización genera un marco de análisis que no deja mayores alternativas a la hora de pensar la cuestión más allá de dos opciones: aceptar una autoridad capaz de controlar la naturaleza humana, o sostener que la naturaleza humana es peligrosamente reprimida por el orden social. Las opciones gravitan entre autoridad represiva y naturaleza desenfrenada. La dominación, en la versión de Benjamin, constituye un proceso social complejo profundamente entrelazado en la vida familiar, las relaciones sexuales y otras instituciones sociales. Sin embargo, tal proceso solo puede pensarse a partir de la problemática del reconocimiento que se despliega en todo vínculo intersubjetivo,

² En inglés es posible la condensación de ambos sentidos con la expresión (*m*)*other*, utilizada por varias autoras.

desde los primeros patrones relacionales entre las instancias parentales y *løs* hijos.

La teoría intersubjetiva del desarrollo del *self*

Para decirlo de una vez: Jessica Benjamin intenta comprender las relaciones de género a través de una teoría intersubjetiva del desarrollo del *self*. Para Benjamin, esto implica una aproximación a la constitución y desarrollo del *self* en general, y de las identidades de género en particular, en términos de una dialéctica intrínseca al reconocimiento mutuo. La tesis central de Benjamin es que

la dominación y la sumisión [y en particular la dominación masculina y la sumisión femenina] resultan de una ruptura de la tensión necesaria entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento, una tensión que permite que el sí-mismo y el otro se encuentren como iguales soberanos (Benjamin, 1996, pp. 23-24).

Benjamin describe la relación entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento en términos de una paradoja fundamental que se encuentra en el corazón mismo del *self*. A partir de la idea de la lucha por el reconocimiento de Hegel, la autora argumenta que “la necesidad de reconocimiento supone esta paradoja fundamental: en el momento mismo de comprender nuestra independencia, dependemos de que otro la reconozca” (Benjamin, 1996, p. 49). Pero Hegel, según Benjamin, fue incapaz de concebir la posibilidad de sostener esta paradoja, de modo que la comprensión de cualquier proceso en clave hegeliana implica resolución y renovación de tensión. La autora aboga a favor de resistirse a la tentación de la resolución, y aceptar la paradoja fundamental e irresoluble propia del *self*. En sus palabras, es “la incapacidad para sostener la paradoja [lo que] puede convertir (y a menudo convierte) en dominación y sumisión el intercambio de reconocimientos” (Benjamin, 1996, p. 24).

Su trabajo se desarrolla sobre la base de la convicción de que, frente al fracaso de las relaciones intersubjetivas, el *self* se configura a partir de la estructura sujeto-objeto. Por tanto, según su punto de vista, tal ordenamiento binario y excluyente, desde el cual el *self* signifi-

ca su propia experiencia y aporta inteligibilidad al mundo, no es una condición natural o dada. Así, Benjamin desarrolla una fuerte posición crítica respecto a las teorías que han naturalizado la organización sujeto-objeto en detrimento de la relacionalidad o intersubjetividad.

Es posible detectar, al menos, tres críticas al respecto:

(1) La concepción de lo humano que subyace al pensamiento de Freud permanece ligada a un deseo fundamental de negación del otro. Freud argumentó que el infante humano es en gran medida gobernado por la agresividad. Es así que inevitablemente liga el desarrollo a la internalización de la autoridad del padre: si somos principalmente agresivos, egoístas y destructivos, la socialización consiste esencialmente en ejercer el control de nuestros impulsos básicos, interiorizando al padre para dominar la rusticidad de nuestra naturaleza. Benjamin argumenta que es necesario volver a los supuestos que están en la base de la concepción de lo humano para, desde allí, conceptualizar nuevamente el desarrollo del *self*. Tenemos que postular no solo la agresión primaria, no solo la percepción de otros como objetos o simples obstáculos o instrumentos de la propia satisfacción, sino también una sociabilidad primaria –un deseo primario para interactuar con otros y para el reconocimiento mutuo.

(2) A partir de las teorías feministas de Chodorow y Gilligan, Benjamin critica el supuesto freudiano de que el objetivo normativo del desarrollo del *self* es la separación; es decir, que el desarrollo del *self* implica una transición de un estado de conexión o indiferenciación a un estado de separación o independencia. El supuesto es que para ser sujetos, tenemos que romper con un estado de inmediatez o indiferenciación con la madre; tenemos que movernos de un estado de conexión sofocante a un estado de autonomía independiente, y solo podemos hacer esto por el pasaje de la madre al padre, a través de la internalización de su autoridad. Sin embargo, señala Benjamin, esta descripción del desarrollo del *self* no tiene en cuenta que durante el momento preedípico existe interacción y signos de reconocimiento temprano con la madre. Benjamin argumenta que tenemos que formular un nuevo modelo de desarrollo del *self* que no se reduzca a

un proceso de separación en términos de sujeto y objeto, sino como un proceso que desde el inicio instala en la escena evidencia de dos sujetos en relación. Entonces el objetivo normativo no debería ser el logro de un *self* separado, autónomo, sino más bien el logro de la intersubjetividad.

(3) Benjamin argumenta que Freud naturaliza la estructura de dominación, pues asume un antagonismo transcendental entre sujeto y objeto. Hay una división tajante entre lo externo y lo interno. Tanto los otros sujetos como las instituciones sociales son localizados en la categoría de *objeto*, el que guarda una relación de contradicción y oposición fundamental respecto al sujeto. Benjamin argumenta, una vez más, que no debemos entender el desarrollo humano en términos de una oposición transcendental entre sujeto-objeto, sino de relaciones intersubjetivas.

Para la autora, “la teoría intersubjetiva amplía y complementa [la teoría de la separación-individuación] al concentrarse en el contenido afectivo del intercambio entre la madre y el niño” (Benjamin, 1996, p. 46). Más que enfocar la separación del niño respecto de la madre, la teoría intersubjetiva se centra en la sensación de los sentimientos compartidos, en el entonamiento emocional entre madre y niño. “La teoría intersubjetiva introduce la sintonía, o la falta de sintonía, como concepto importante” (Benjamin, 1996, p. 46). De este modo, para Benjamin, los sujetos pueden estar intersubjetivamente relacionados solo a través de la dimensión afectiva; los sentimientos y emociones compartidos son la única fuerza mediadora. Es así que, para ella, el reconocimiento es siempre, y únicamente, reconocimiento afectivo. Al mismo tiempo, argumenta, “la percatación de que hay mentes separadas y el deseo de sintonía crean la posibilidad de un nuevo tipo de conflicto” (Benjamin, 1996, p. 46). El conflicto central entre afirmación y reconocimiento surge del choque (conflicto) entre el deseo del niño de realizar su propio deseo (autoafirmación) y el deseo de permanecer en acuerdo con la voluntad de los padres (entonamiento). Seguramente Benjamin echa mano a esta idea de intersubjetividad como entonamiento emocional porque ella no concibe que la autonomía del *self*

sea posible sin caer en formas de dominación. En este punto se recorta en primer plano la influencia de Simone de Beauvoir. Como ya hemos señalado, Benjamin menciona explícitamente el análisis de de Beauvoir respecto al ordenamiento diferencial entre varones y mujeres en términos de sujeto-objeto, o *self-otrø*.

A pesar de que el análisis del problema de la dominación que Benjamin efectúa parte de esta consideración de Simone de Beauvoir respecto a que la mujer funciona como *el otrø* del varón, su argumento también presupone una crítica feminista al modelo propuesto por de Beauvoir. En última instancia, Benjamin advierte que mientras de Beauvoir critica la estructura que ordena los sexos bajo la matriz sujeto-objeto, no critica, sin embargo, el supuesto de que la estructura sujeto-objeto resulta necesaria para el desarrollo del *self*. Al menos desde la óptica de Benjamin, Simone de Beauvoir argumenta que el *self* puede ser postulado solo a través de la oposición y de la negación *d'el otrø*. De este modo, las mujeres deben asumir plena subjetividad, deben luchar y definirse a sí mismas como sujetos en contra de un objeto/*otrø*. Contra esta posición, el trabajo de Benjamin se inscribe en una tradición de la teoría feminista que critica el supuesto de que el *self* debe ser postulado en oposición a un *otrø*, y argumenta la necesidad de redefinir al *self* no en oposición a un objeto, sino en relación con *otrø* sujeto. A pesar de que Benjamin intenta redefinir la lógica sujeto-objeto que opera como supuesto no solo en el pensamiento de de Beauvoir, sino en el grueso de los modelos teóricos de subjetivación. Lo cierto es que tal lógica le resulta satisfactoria a la hora de pensar el desarrollo del *self* masculino. Benjamin acepta que el desarrollo del sujeto masculino es un proceso que, bajo los términos culturales en los que se enmarcan los procesos de subjetivación, implica represión, dominación y negación *d'el otrø*.

Las críticas de Allison Weir

Resulta de interés profundizar en algunos aspectos de la obra de Benjamin de la mano de algunas críticas, numerosas, efectuadas a ella. Allison Weir (1996), una de sus principales detractoras, señala que

entre las ideas de Benjamin y las de Beauvoir opera un eslabón intermedio: el trabajo de Nancy Chodorow (1984). A criterio de Weir, Benjamin acepta acríticamente el análisis de Chodorow respecto al desarrollo de la identidad de género. Pero el planteo de Chodorow no apunta a criticar el modelo de sujeto-objeto que de Beauvoir utiliza; más bien intenta alimentarlo a partir de determinantes sociales y psicológicos. La tesis de Chodorow, ya mencionada, postula que las identidades de género, masculinas y femeninas, y la dominación masculina y la subordinación femenina, encuentran su germen en el ejercicio de la maternidad en cuanto institución social. Benjamin resume el argumento de Chodorow de esta manera:

Como en casi todas partes las mujeres han sido las cuidadoras primarias de los niños pequeños, tanto los varones como las niñas se han diferenciado en relación con una mujer, la madre. Cuando consideramos el curso típico de la diferenciación masculina, vemos de inmediato que crea una dificultad especial para los varones. Todos los niños se identifican con su primer ser querido, pero los varones deben disolver esta identificación y definirse como el sexo diferente. Al principio todos los infantes se sienten semejantes a sus madres. Pero los varones descubren que no pueden llegar a *convertirse* en ella; sólo pueden *tenerla*. Este descubrimiento conduce a una ruptura de la identificación, que las niñas no tienen que sufrir. Los varones logran su masculinidad negando la identificación o unidad originales con sus madres (Benjamin, 1996, pp. 98-99).

Así, Chodorow –junto con toda la tradición del psicoanálisis norteamericano que incorpora, a partir de Robert Stoller (1968a), la categoría de identidad de género– explica el desarrollo de las identidades de género, y las relaciones de género, utilizando las categorías de identificación y desidentificación (Greenson, 1995). Este énfasis en la identificación como recurso explicativo es característico del psicoanálisis de las relaciones objetales y de la psicología del *self*. Para Chodorow, digámoslo una vez más, la identidad de género se establece a través de identificaciones con las instancias parentales. De este modo, las niñas forman su

identidad de género por el mantenimiento de la identificación primaria con la madre, y los niños forman la suya por desidentificación de la madre y solo secundariamente por la identificación con el padre.

Allison Weir detecta que Chodorow utiliza los términos conexión y separación de modo intercambiable con los de identificación y desidentificación. Desde allí, Benjamin entiende que sus propias categorías de autoafirmación y reconocimiento son permutables con las de separación/individuación y conexión de Chodorow. Benjamin argumenta que en el desarrollo del *self* masculino, el equilibrio entre el *reconocimiento mutuo* y la *afirmación orgullosa* está alterado.

La identidad masculina, como lo señala Nancy Chodorow, subraya un solo lado del equilibrio de la diferenciación: privilegia la diferencia por sobre el compartir, la separación por sobre la conexión, los límites por sobre la comunión, la autosuficiencia por sobre la dependencia (Benjamin, 1996, p. 100).

De hecho, como este ejemplo indica, los términos de la paradoja de Benjamin son definidos muy en líneas generales. Tanto para Chodorow como para Benjamin, entonces, el papel primario de la mujer en el cuidado de los niños es suficiente para explicar el desarrollo de la identidad de género en términos de una dialéctica de separación y conexión, que en su momento produce la dominación masculina y la sumisión femenina. Weir señala, entonces, que la individuación es comparada con la separación, y la separación es comparada con la dominación. A su vez, este proceso de *individuación* vía *separación* como *dominación*, solo puede ser equilibrado a partir de un mantenimiento de la conexión primaria, de un entonamiento emocional, que es comparado por Benjamin con el reconocimiento.

A criterio de Weir, tal explicación implica una serie de supuestos problemáticos. Benjamin describe el proceso del desarrollo de la identidad de género masculina, y explica la dominación masculina, en los siguientes términos:

El varón desarrolla su género y su identidad estableciendo una discontinuidad y una diferencia respecto de la persona a la que está

más apegado. Este proceso de desidentificación explica el repudio a la madre que subtiende la formación convencional de la identidad masculina (Benjamin, 1996, pp. 99-100).

Weir señala que el rechazo de la madre que subyace a la dominación masculina, está suficientemente reflejado en el hecho de que los varones deben separarse o desidentificarse de ella. Benjamin sugiere que el desarrollo de la identidad de género masculina mediante separación-dominación es un resultado inevitable del hecho de que las mujeres tengan niños.

De todas formas, Benjamin acentúa que la dominación masculina constituye un hecho social, no natural; entonces no es inevitable sino un resultado del hecho de que en la mayor parte de las sociedades las madres son las principales cuidadoras de los niños. La autora nota que solo en familias modernas occidentales de clase media el cuidado de niños es la responsabilidad exclusiva de *una madre solitaria* y reconoce que esta teoría únicamente puede aplicarse a tales familias. Esta ecuación entre separación y dominación es fundamental para el análisis que Benjamin efectúa sobre las relaciones entre los géneros. Weir subraya que la asignación de estatus de sujeto al varón y de objeto a la mujer sigue al hecho, aparentemente inevitable, de que, en palabras de Benjamin, “el varón debe luchar por su libertad respecto de la mujer que lo engendró, con toda la violencia de un segundo nacimiento. En este segundo alumbramiento comienzan las fantasías de omnipotencia y la dominación erótica” (Benjamin, 1996, p. 107).

La necesidad de cortar la identificación con la madre para ser confirmado como una persona separada, y con una identidad masculina [...] a menudo impide reconocer a la madre [...]. Una actitud objetivante viene a remplazar las interacciones anteriores de la infancia, en las cuales aún podía coexistir el reconocimiento mutuo y la afirmación orgullosa (Benjamin, 1996, p. 100).

Como fuere, Weir insiste en que la ecuación de separación y dominación para explicar el desarrollo del *self* y de la identidad de género no es satisfactoria, pues carece de argumentos que permitan

explicar convincentemente el modo en que la ruptura de la identificación primaria produce necesariamente una actitud objetivante que implica dominación.

Señala Benjamin que

Al quebrar la identificación con la madre y la dependencia respecto de ella, el varón corre el peligro de perder totalmente su capacidad para el reconocimiento mutuo. El entonamiento emocional y la armonía corporal que caracterizaron su intercambio infantil con la madre ahora amenazan su identidad [...] Cuando esta relación con el otro como objeto se generaliza, la racionalidad reemplaza al intercambio afectivo con el otro (Benjamin, 1996, pp. 100-101).

Para Weir, en Benjamin la racionalidad es significada como negación y supresión del reconocimiento mutuo o de la intersubjetividad, que anuda con el “entonamiento emocional” (Benjamin, 1996, pp. 28, 100, 210), “armonía corporal” (Benjamin, 1996, p. 100) e “intercambio afectivo” (Benjamin, 1996, pp. 30, 100). De este modo, la identidad masculina se establece por la separación de la madre, que produce objetivación y desarrollo de racionalidad, lo que es comparado con la dominación. Señala Benjamin que “el hecho que el quehacer maternal es asumido por la mujer [...] explica sadismo masculino” (Benjamin, 1996, p. 103).

Benjamin critica explícitamente la ecuación diferencia-dominación que detecta en Freud. Argumenta que mientras Freud asume que la diferenciación del *self* puede continuar solo por la dominación del otro, tenemos que entender el desarrollo del *self* en términos de un equilibrio entre la separación y la conexión. Idealmente, sugiere, deberíamos ser capaces de separarnos de la madre sin rechazarla, manteniendo la conexión original o la identificación con ella. Benjamin argumenta que la dominación, aparentemente intrínseca a la separación, debe ser controlada por el mantenimiento de la conexión primaria. Weir señala que Benjamin no es capaz de criticar la conexión intrínseca entre separación y dominación ya que acepta el análisis de Simone de Beauvoir sobre los anudamientos entre las categorías de *varón* y

sujeto. Detecta también que Benjamin entiende la autonomía en términos negativos, al igual que la separación. De este modo, Benjamin echa mano al entonamiento emocional como la única fuerza capaz de contrarrestar la dominación.

Weir nota aún más insuficiencias en tal modelo cuando se trata de explicar el desarrollo de la identidad de género femenina.

La niña no necesita ese cambio de identificación que la diferencia de la madre. Esto hace que su identidad sea menos problemática, pero constituye una desventaja, en cuanto ella no posee ningún modo obvio de desidentificarse de la madre, ningún sello de la separatividad (Benjamin, 1996, p. 103).

La identidad femenina es al parecer indistinguible de la identificación primaria.³ Así, contra la tentativa de Freud de teorizar la identidad de género femenina en clave fálica, Benjamin acepta la idea de que “la niñita desarrolla su feminidad por medio de la identificación directa con la madre” (Benjamin, 1996, p. 117). Al respecto, Weir también critica los fracasos de Benjamin al intentar matizar el análisis de la identidad de género femenina como producto de la identificación directa. Cuando se propone investigar el *deseo de la mujer*, señala Weir, permanece dentro del paradigma de la identificación, pues argumenta que las niñas desean identificarse con el padre como un modelo de subjetividad separada y autónoma; pero cuando el padre falla en reconocer a su hija como un sujeto separado, la muchacha toma la posición de objeto sexual, como compensación –al ser incapaz de acceder al lugar de sujeto– ella se conforma con tener (o ser tenida por) otro Sujeto. En consecuencia, Benjamin sostiene que la identidad de la niña como objeto, más que como sujeto, se establece por identificación con

³ Aquí la identificación primaria no refiere al concepto freudiano deslindado en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1979h); en el contexto de esta propuesta inaugurada por Stoller más bien alude a las primeras identificaciones feminizantes en sentido cabalmente cronológico. Cabe destacar que existen intentos de Jessica Benjamin por flexibilizar este sentido lineal del desarrollo de los géneros, por ejemplo, introduciendo la categoría de *identificación genérica nominal* (Benjamin, 1997), en lugar de la categoría *identidad genérica nuclear* propuesta por Stoller (1968a).

la carencia del *self* y carencia de deseo de la madre. En sus palabras, “el hecho de que el quehacer maternal es asumido por la mujer no sólo explica el sadismo masculino, sino que también revela una ‘falla geológica’ en el desarrollo femenino, que conduce al masoquismo” (Benjamin, 1996, p. 103).

En suma, para Benjamin niñas y niños tienen que ser capaces de reconocer e identificarse tanto con la madre como con el padre, ambos como sujetos autónomos separados. Pero, considerando la estructura actual de las relaciones entre los géneros, los niños afirman su propia individualidad separada negando únicamente la subjetividad de la madre, y las niñas nunca se afirman como sujetos, y se identifican con la carencia del *self* de la madre. Entonces, si ni las niñas ni los niños son capaces de reconocer a la madre como un *self* separado y autónomo, esto se debe precisamente, afirma Benjamin, a que la madre no es un sujeto autónomo. El recurso al que apela para poder otorgar dinamismo a esta situación poco alentadora, consiste en afirmar –en la misma línea que Simone de Beauvoir (2007)–

que las mujeres/madres necesitan *ser* sujetos. Si ser un sujeto es requisito para ser reconocida como tal, señala Weir, esto no sirve para resolver los problemas que giran en torno a ser un sujeto. El supuesto, al parecer, es que una vez que una *es* un sujeto, entonces, automáticamente será reconocida como tal.

Por otra parte, la relación con el padre plantea el problema contrario. El padre es reconocido por lo que es, un sujeto autónomo. El problema aquí es establecer algún tipo de conexión con él. Benjamin argumenta que tanto niños como niñas quieren identificarse con sus padres, que representan la autonomía y la separación. Contra el modelo que define la identificación del niño con su padre como una identificación defensiva basada en el rechazo de la madre, Benjamin destaca la importancia de la identificación narcisista como un elemento positivo en el desarrollo del *self*. Se esfuerza por argumentar que el desarrollo del *self* no debe ser visto como un proceso basado necesariamente en el rechazo, la dominación, la oposición al otro/objeto; más bien tenemos que ver el desarrollo del *self* en términos de conexión a

un otro sujeto –conexión deseada y agradable. Weir apunta que contra el modelo estoico/trágico del desarrollo del *self*, contra la idea de que la autonomía se establece solo a través de la represión del deseo, del placer, de la naturaleza, Benjamin alega que deseamos la autonomía, deseamos ser reconocidos como sujetos autónomos. Entonces, su solución con la oposición entre autonomía y entonamiento emocional, separación y conexión, autoafirmación y reconocimiento, consiste en teorizar el desarrollo de la autonomía en términos de afecto positivo.

Es a partir de estas consideraciones que Weir dirige sus críticas más agudas al señalar que el afecto *positivo* colisiona con una idea de autonomía *negativa*. Es decir: la autonomía que el padre representa (y que la madre debería representar) es, para Benjamin, una libertad signada por el carácter negativo que la separación adquiere en su sistema de pensamiento. La autonomía es definida como la independencia, la separación, y, de vez en cuando, como la confrontación con el mundo exterior. Esta versión de la autonomía inevitablemente choca con una capacidad para la relación con –o el reconocimiento de– otros; y entonces es, por definición, opuesta a la intersubjetividad. Así, Benjamin construye una idea de autonomía en términos de libertad negativa, pues conlleva dominación. Por otra parte, es dicha autonomía negativa la que Benjamin intenta retener en su modelo teorizando un deseo o un afecto positivo hacia ella, y así generar la tensión y la paradoja que ella cree fundamental para el *self*.

Weir destaca que la separación, tal como la entiende Benjamin, bien podría constituir un momento en el desarrollo de la autonomía. Pues, una vez que se entiende que la autonomía no implica solamente aspectos negativos de la separación, sino la capacidad para participar en un mundo social –capacidad que requiere el aprendizaje de roles sociales y de normas como base para la reflexión– entonces ya no sería necesario echar mano al entonamiento emocional y a la identificación primaria como el único medio posible para la conexión humana, o la intersubjetividad. En pocas palabras: Weir entiende que las relaciones afectivas son condición necesaria, pero no suficiente, para el logro de la intersubjetividad. Entonces propone comprender el desarrollo

del *self* no solo en términos afectivos, a través del modelo de la identificación, sino en términos cognoscitivos y normativos, por medio de un modelo de internalización, más acorde al propuesto por Judith Butler en *The psychic life of power* (2001a) (véase capítulo 5). Pero de hecho Benjamin no acude a la idea de internalización para entender la relación entre autonomía e intersubjetividad. Para ella, la idea de internalización implica dominación:

La mayor parte de la teoría psicoanalítica se ha formulado en los términos de un sujeto aislado y de su internalización de lo que está afuera para desarrollar lo que está dentro. La internalización implica que el otro es consumido, incorporado, digerido por el sí mismo del sujeto (Benjamin, 1996, p. 60).

Según Benjamin, la idea de internalización mantiene el ideal de un sujeto que se desarrolla a través del empleo de un objeto, donde el otro es utilizado por el sujeto como un instrumento para el desarrollo del *self*, o un medio para la separación; entonces no es reconocido como otro *self* independiente. En contraste con la teoría de la internalización, Benjamin recuerda que la teoría intersubjetiva acentúa “el júbilo y la premura por descubrir la realidad externa, independiente, de otra persona” (Benjamin, 1996, p. 61). Para Weir, la afirmación de Benjamin respecto a que la internalización implica, nuevamente, que el *self* utiliza, sin reconocer, al otro, equivale a homologar la sociabilidad del *self* con la dominación. La crítica de Weir no es menor; en última instancia la acusación se dirige a que Benjamin rechaza una teoría del desarrollo del *self* socialmente mediada, a favor de un concepto de *self* que simplemente se autoafirma, y requiere reconocimiento de esta autoafirmación. La crítica de Weir parece reforzar la idea de matrimonio infeliz entre feminismo y psicoanálisis (Flax, 1995), pues detecta en Benjamin un impedimento último, más allá de las buenas intenciones, de ingresar aspectos sociales al campo de la subjetividad.

Retomemos la tesis central de Benjamin: la estructura sujeto-objeto que ordena las relaciones de género –es decir, la dominación masculina y la subordinación femenina– es producto del fracaso de

las relaciones intersubjetivas, lo que puede remontarse al fracaso de reconocer a la madre como un sujeto. A partir de aquí, Weir lanza otra crítica, tampoco menor. Desde su punto de vista, Benjamin comienza con un concepto de *self* que no está constituido, pero que, sin embargo, se autoafirma. Este *self* primario requiere, *a priori*, la atención o el reconocimiento directo del otro para prosperar. Este *self* es capaz de reconocerse inmediatamente a sí mismo y al otro, como un sujeto. Benjamin parece argumentar que, en contra de una teoría de la internalización, existe algo predeterminado en la subjetividad. Tomando como referencia privilegiada a Winnicott, Benjamin argumenta que “La realidad es así descubierta, y no impuesta; la mismidad auténtica no es absorbida desde afuera, sino descubierta adentro” (Benjamin, 1996, p. 58). Del mismo modo, la subjetividad del otro es algo descubierto. Weir insiste en que el error de Benjamin es asumir una teoría intersubjetiva del desarrollo del *self* basada en los siguientes supuestos: (1) los seres humanos son, *a priori*, fundamentalmente sociales; (2) el reconocimiento mutuo es una necesidad humana y un objetivo normativo; (3) los seres humanos traen consigo la capacidad de reconocerse a sí mismos y a otros como sujetos, pues “desde el principio, hay siempre (por lo menos) dos sujetos” (Benjamin, 1996, p. 38).

Benjamin argumenta que, en el desarrollo de la identidad de género masculina, “una actitud objetivante viene a reemplazar las interacciones anteriores de la infancia, en las cuales aún podía coexistir el reconocimiento mutuo y la afirmación orgullosa” (Benjamin, 1996, p. 100). Y “el varón corre el peligro de perder totalmente su capacidad para el reconocimiento mutuo” (Benjamin, 1996, p. 100). Según este análisis, la capacidad para el reconocimiento mutuo es original, innata, y la autonomía (masculina) establecida por la separación es entendida como una pérdida de la capacidad original para el reconocimiento mutuo, o la intersubjetividad. La teoría intersubjetiva implica siempre una perspectiva de las relaciones humanas en cuanto relaciones entre sujetos; la teoría de la internalización introduce, según Benjamin, una *actitud objetivante*, donde el desarrollo del sujeto queda exclusivamente ligado a la relación con un objeto. Así, la teoría de la

internalización perpetúa la actitud del varón hacia la madre de quien tiene que desidentificarse. Todo parece indicar, declara Weir, que, para Benjamin, la intersubjetividad implica quedarse en la díada yo-tú, dos sujetos que se reconocen mutuamente \emptyset al otro, como sujetos particulares y concretos. La generalización de la perspectiva a una tercera persona, o a una instancia social, implica que la internalización opera; esto resulta objetivante y, en consecuencia, la intersubjetividad es destruida.

En síntesis, \emptyset el *self* es verdaderamente una paradoja cuando es entendido como una batalla entre la afirmación de la propia voluntad y el deseo de entonamiento emocional, entre la libertad negativa de separación y la intimidad de la conexión afectiva. Una vez que la autonomía es concebida como separación-objetivación-dominación, y la intersubjetividad como sentimiento compartido, no nos queda más remedio que sostener una paradoja absoluta y eterna. Weir señala que la autonomía debe concebirse como capacidad para la plena participación en un contexto social, lo que implica internalización de roles y normas sociales y, desde allí, apelar a principios para la reflexión crítica. Solo entonces, señala finalmente Weir, la paradoja \emptyset el *self* pierde carácter inmutable. Claramente, Allison Weir no está dispuesta a sostener la paradoja, propuesta inicial de Benjamin, a cualquier precio. Más bien se inclina por su resolución del lado de un sujeto cuya autonomía le permite apropiarse en forma crítica del contexto normativo en el que, inicialmente, fue articulado \emptyset como sujeto.

Jessica Benjamin, después

En su primer libro Benjamin se propuso revisar, desde la crítica filosófica feminista, los aportes de Hegel, Freud, Donald Winnicott, Margaret Mahler, Nancy Chodorow y Daniel Stern. Posteriormente, en su colección de ensayos *Like subjects, love objects: essays on recognition and sexual difference* (1997), la autora se muestra permeable a incorporar las producciones de algunas feministas posmodernas.⁴ A

⁴ Otros aspectos del pensamiento de Jessica Benjamin en torno al deseo maternal, y otras críticas al respecto se exponen en el capítulo 6.

partir de entonces se tornan más explícitas algunas líneas anteriormente insinuadas: los intentos de evitar esencialismos, al mismo tiempo que la propuesta de deconstruir polaridades que consolidan discursos de dominación de género. Allí, Benjamin intenta –no siempre exitosamente– despegarse del sujeto racional de la Ilustración a través de reconceptualizar el *self*.⁵ A criterio de Benjamin, la inclusión de la dimensión de la sexualidad, la fantasía y el inconsciente destruye de entrada la idea de un constructo de *ser humano* en cuanto unitario, coherente y uniforme.

En esta oportunidad Benjamin revisa las principales ideas de su primer libro. La identidad de género es abordada desde una multiplicidad de perspectivas, un procedimiento construido sobre el rechazo del monismo y de oposiciones binarias; se trata de “proponer la contradicción para mantener más de una idea” (Benjamin, 1997, p. 41). Así, Benjamin valora la dimensión del *entre*, por lo que valora la riqueza que emerge a partir de sostener la tensión entre marcos teóricos contrapuestos; por ejemplo, las teorías que enfocan aspectos intrapsíquicos y aquellas que priorizan aspectos relacionales (Hoffman, 1999). Desde aquí, la autora no abandona el concepto de reconocimiento, más bien lo tematiza con nuevos aportes. Según mi punto de vista, son dos los aportes a desatacar en este libro: la idea de *amor identificador* y la idea de *sobreinclusividad*; ambas categorías gravitan en torno a los esfuerzos por construir una línea de desarrollo de las identidades de género vertebradas a partir de la idea de reconocimiento.

⁵ Es posible detectar la influencia de lo que Daniel Stern (1991) denomina *sentido del self*, considerándolo como un principio organizador del desarrollo. El autor describe varios sentidos del *self*, algunos de los cuales pueden ser localizados antes de la autopercepción y del lenguaje, es decir, antes del advenimiento del *yo*. Con “*sentido*” Stern alude a una simple percepción, no necesariamente autorreflexiva. Por “*self*” entiende un patrón constante de percepción, que aparece solo con las acciones o procesos mentales del infante humano. El concepto de *self*, en cualquiera de sus versiones (Kirshner, 1991), es poco preciso; constituye un contenido del aparato mental o psíquico no reducible a ninguna de las instancias delimitadas por Freud (Bleichmar y Leiberman de Bleichmar, 1997); también es definido como un núcleo de la personalidad (Lancelle, 1999). Desde mi punto de vista, Benjamin utiliza esta categoría para evitar centrarse en la instancia psíquica *yo*, movimiento a partir del cual intenta escapar de la categoría de identidad como rígida e inmutable, vinculada típicamente con la instancia antes referida.

Para ello, comienza con el trabajo de investigadores del campo de la infancia, como Daniel Stern (1991), que han insistido en que los prototipos de reconocimiento están presentes desde los inicios de la vida; es decir, que el bebé no está envuelto en el narcisismo primario freudiano. En el período preedípico, niños y niñas adquieren la capacidad de reconocer a su madre identificándose con la diferencia, sin rechazarla o negarla. Así, el período preedípico es, además, aquel en el que Benjamin localiza el *amor identificatorio*.⁶ Ella destaca la importancia que guarda la distinción freudiana entre identificaciones primarias e identificaciones secundarias, consecutivas al amor de objeto o la disolución del complejo de Edipo. Si bien, desde su punto de vista, Freud descuida las identificaciones primarias, ella piensa que estas –con el vínculo erótico que suponen– son cruciales para la sobreinclusividad de niños preedípicos. Dado que en niños y niñas el amor identificatorio hacia los padres y otras personas de ambos sexos juega un papel importante, esto hace que se experimenten a sí mismos como siendo ambos sexos. Más tarde, enfatiza Benjamin, la lógica edípica se construye sobre esta base sobreinclusiva, no sobre la base de la desidentificación (Balsam, 2001).

Claramente, el objetivo de Benjamin consiste en establecer un modelo dialéctico donde la diferenciación de género incluya la posibilidad de establecer lazos relacionales fluidos (Govrin, 2006). Retoma los modos preverbales de entonamiento empático y receptividad que promueven una capacidad para ser *solo en la presencia de otro*. La novedad, en este tramo de su pensamiento, consiste en destacar la posibilidad de estados afectivos compartidos que no derrumben las diferencias. En esta línea, Benjamin apela a las metáforas espaciales de Winnicott (1971) para acentuar los encuentros lúdicos entre dos sujetos en los que se despliegan actos no coercitivos de reconocimiento. A la tensión constante entre reciprocidad y tendencias hacia la dominación antes descritas por Benjamin (1996), se le suman los intentos

⁶ Jessica Benjamin teoriza la sobreinclusividad en términos de identificación con la diferencia, alrededor de la concepción de polimorfismo preedípico de niños y niñas, pero inscribe la bisexualidad freudiana en el plano identificatorio.

de alejarse de una concepción de géneros radicalmente opuestos. Para ello procura refigurar los vínculos homoeróticos preedípicos con los padres, sitio a partir del cual los sujetos pueden recrear identidades de género más flexibles e indeterminadas. Ella sugiere que las figuras materna y paterna actúan como sitios permeables de identificación para los niños de ambos sexos. Así cada objeto de amor encarna múltiples posibilidades de identidad y diferencia, de masculinidad y feminidad, y una relación de amor puede servir a múltiples funciones (Fogel, 2006).

Benjamin aboga, entonces, a favor de concebir combinaciones flexibles entre las identificaciones y cuestiona “la distinción superficial trazada entre la elección heterosexual y la elección homosexual” (Benjamín, 1997, p. 51). Comienza a desafiar los esquemas que demarcan las etapas normativas de la identidad de género y el lugar que allí tiene el deseo hacia el sexo opuesto. Es así que echa una mirada a las teorías posestructuralistas en busca de estrategias para replantear los modelos de complementariedad heterosexual, y sugiere que

ni las relaciones heterosexuales ni las homosexuales garantizan intrínsecamente una postura particular con respecto a la complementariedad o la igualdad; los dos tipos de relación pueden sucumbir a la fijeza o jugar superficialmente con la convención y las identidades previamente fijadas (Benjamin, 1997, p. 101).

Mientras *The Bonds of Love* enfatiza las relaciones preedípicas como un sitio de mutuality

normativa, *Like Subjects, Love Objects* destaca las tendencias preedípicas hacia un género sobreinclusivo, y demanda que “reconociendo ya ciertas distinciones básicas entre la masculinidad y la feminidad, el niño continúa tratando de elaborar imaginariamente ambas opciones dentro de sí” (Benjamin, 1997, p. 92). Así sugiere que la sobreinclusividad es un reino de libertad sexual que proporciona una fuente de resistencia contra leyes y prohibiciones propias de la lógica edípica. Este tramo de la obra de Benjamin no escapa a la crítica. Autoras como Kaja Silverman (1996) y Susan Driver (2005) señalan que

esta noción de sobreinclusividad tiene más que ver con un ejercicio de imaginación que intenta trascender la construcción cultural hegemónica que con un análisis de sujetos culturalmente situados que desafían significados y valores edípicos dominantes. Al igual que a Chodorow, se le critica la pretensión de universalizar. El movimiento entre los extremos de la complementariedad edípica y el magma pulsional, que aún no responde a exigencias de ninguna identidad, propio del carácter perverso polimorfo de la organización sexual infantil (Freud, 1979b), establece un juego que termina por contrastar la universalidad de dicotomías genéricas y sexuales con la universalidad de la pluralidad sexual:

Si el sexo y el género tal como los conocemos son atraídos hacia polos opuestos, estos polos no son la masculinidad y la feminidad. Más bien, el dimorfismo genérico en sí sólo representa un polo; el otro polo es el polimorfismo de todos los individuos (Benjamin, 1997, p. 108).

Otros aportes contemporáneos

Aun con sus limitaciones, el proyecto de Benjamin es importante ya que pone en primer plano pares de opuestos al tiempo que propone desestabilizarlos: las relaciones estructurales de dominación y los momentos de espacios transicionales donde es posible identificarse con la diferencia; fluidez preedípica e identidad edípica. El problema no radica en el intento de plantear las relaciones tensas entre ámbitos sociohistóricos y psíquicos, sino en el privilegio de las normas propias de la familia heterosexual. Incluso así, su marco de pensamiento es prometedor al deslindar elementos teóricos tales como la intersubjetividad, que arrojan un interjuego de diferencias que desafían la edipización; por consiguiente, permite cuestionar la familia nuclear tradicional como único contexto en el que transcurren los procesos de constitución de las identidades de género (Stimpson, 2005).

No cabe duda de la relevancia del pensamiento de Jessica Benjamin. Tan es así que el feminismo psicoanalítico norteamericano contemporáneo estructura sus producciones, a favor o en contra, a par-

tir de esta división entre lógica edípica y relaciones preedípicas. Aun el argumento de que las identificaciones preedípicas pueden existir junto a la elección de objeto edípico suele ser utilizado frecuentemente para subvertir ideas que giran en torno a la primacía del falo y su heterosexismo, y, desde allí, reelaborar la lógica identitaria que imprime el Edipo en sus soldaduras restrictivas entre identificación y elección de objeto (Diamond, 2006).

Resulta importante aclarar que los desarrollos alrededor de la categoría de identidad de género que se han generado en la intersección de feminismo y psicoanálisis en Estados Unidos, de ningún modo han reemplazado las producciones psicoanalíticas ortodoxas al respecto. Es muestra de ello el conjunto de trabajos reunidos por Ethel Person (2005), varias décadas después de la irrupción de *The reproduction of Mothering*, bajo un panel denominado *A new look at core gender and gender role identity in women*. Los panelistas convocados en esta oportunidad fueron Helen Gediman, Adrienne Harris y Nancy Chodorow.

El artículo de Helen Gediman (2005), *Premodern, modern, and postmodern perspectives on sex and gender mixes*, entrecruza el discurso crítico feminista con la clínica psicoanalítica para ampliar la comprensión sobre el género hacia una perspectiva de la multiplicidad. Gediman se propone examinar enfoques posmodernos en términos de nuevos posicionamientos acerca de lo masculino y lo femenino. Desde su punto de vista, no es posible entender el género sin explorar el deseo sexual, la orientación sexual, la elección de objeto, las identidades transgénero y las problemáticas que remiten al cambio de sexo. Por otra parte, la autora afirma que la mujer no es un varón defectuoso, como deslizan las ideas freudianas. Como contrapartida a esta postura que rechaza la envidia del pene en la mujer, Gediman argumenta que los placeres de las mujeres residen en sus propios cuerpos; por tanto, apoya la teoría de una feminidad primaria así como la presencia de ansiedades genitales tempranas propias de las mujeres que no están conectadas a las ansiedades de castración masculinas. Gediman no se muestra conforme con los aportes del posmodernismo, sobre todo con

su tendencia a rechazar la idea de que el sexo es innato, esto es que existe tanto una feminidad como una masculinidad primarias. Para ella, el posmodernismo fracasa en sostener que el género es construido. La autora se autodenomina como una psicoanalista clásica, pues opta por la teoría pulsional freudiana como marco referencial. Si bien reconoce la influencia de la cultura en la manera en que identificamos el género, se declara a favor de sostener la primacía del cuerpo biológico en la configuración de los géneros.

En su contribución, *Gender in linear and non-linear history*, Adrienne Harris (2005) rechaza la concepción esencialista de Gideman. Ella observa que algunas personas se sienten extrañas en la piel de su sexo, mientras que otras consideran que el sentido del propio género emana naturalmente de sus poros, o de una fibra natural del ser. En la experiencia transexual, por ejemplo, en la cual el cuerpo –nos dice la autora– es visto como el sitio de una reconstrucción dramática, las refiguraciones de un cuerpo que debe ser adaptado al sentido psíquico del género son testimonio de un reto para cualquier postura esencialista de género. La perspectiva de Harris devela anudamientos entre feminismo, psicoanálisis y posmodernismo. Para ella, los modos en que el género se ancla en las subjetividades son inevitablemente múltiples. Harris cita el conocido artículo *La feminidad como máscara* de Joan Riviere (1966), precursor, en parte, de la idea de género como performativo (Butler, 2007) (véase capítulo 6). Al igual que los planteos de Riviere en aquel artículo, Harris rechaza cualquier adhesión a la idea de una feminidad primaria. A pesar de su postura, Riviere no conduce la novedad de sus postulados (potencialmente posmodernos) hasta sus últimas consecuencias –tampoco Harris– como para descentrar al cuerpo del lugar protagónico en la configuración de la feminidad.

El aporte de Nancy Chodorow (2005), *Gender on the modern-postmodern and classical-relational divide: untangling history and epistemology*, propone inscribir la categoría de género dentro de una tendencia moderna, que se traslada, nos dice, desde 1920 hasta 1990, basada en la evidencia científica y en la concepción universal y dicotómica

de varón y mujer. Para Chodorow, el feminismo de la década del 70, junto al lema *lo personal es político*, proporcionó la primera entrada posmoderna en una reevaluación psicoanalítica de la feminidad a través del psicoanálisis relacional.

Lo que interesa destacar de estas breves referencias acerca de aportes contemporáneos localizados en la intersección disciplinar en cuestión, es la relevancia, más allá de sus críticas, de los escritos iniciales de Nancy Chodorow (1984) y de las ideas de Jessica Benjamin (1996, 1997), pues enfatizan el modo en que se propaga el género subjetivo no naturalizado. Sobre todo, en un contexto donde otras autoras, a inicios del siglo XXI, ven a la sexualidad y al género como innatos o adquiridos. El esencialismo, en diferentes niveles, está presente en varias autoras contemporáneas; el punto de emergencia es el lugar del cuerpo, y su papel determinante, en la configuración del género y la sexualidad.

Más allá del modelo identificación/desidentificación

Finalmente, los aportes de Jane Flax (2006) introducen un cambio de perspectiva desde el interior mismo del feminismo psicoanalítico norteamericano en sintonía con los aportes de Judith Butler respecto a la identificación. Flax denuncia la insuficiencia de los elementos conceptuales que se refieren al interjuego identificación/desidentificación, aún hoy dominantes, a la hora de pensar el modo en que se construyen las identidades de género. Son necesarios, nos dice, modelos teóricos que conciban al género de manera más fluida a partir de categorías complejas que presten más atención a factores culturales.

El modelo identificatorio, afirma Flax, construye una noción rígida y dicotómica de género. La posibilidad de identificación/desidentificación instala al género como un sistema binario en el que solo hay dos posiciones, pues alguien pertenece a un género en la medida en que no pertenece al otro. Tomando el caso del niño, dentro de este sistema su primera identificación es con una mujer (su madre); el niño construye su masculinidad bajo el requisito de no ser femenino. Para ello se requiere la separación de la madre y la renuncia permanente a cualquier

identificación con ella. Este modelo no solo refuerza un esquema de género rígido, también valida aspectos *normales* o esperables de la masculinidad: sentimientos defensivos, temerosos y potencialmente denigrantes sobre la feminidad y todo lo relacionado con ella.

En el contexto de estas críticas, Flax formula interrogantes que implican un grado de radicalidad aún mayor: ¿por qué existen la masculinidad o la feminidad? El objetivo de la autora es ubicar al género dentro de esquemas que tornan dudosa su propia existencia. Para Flax la diferencia sexual permanece demasiado ligada a la anatomía y a los modos en que se representa el género. El psicoanálisis debe incluir en mayor medida al contexto cultural, a las relaciones de poder propias de la raza y la heterosexualidad normativa, hoy ausentes. Estas ausencias sostienen la reproducción de conceptos sobre el género subjetivo que permanecen sesgados y subsidiarios a los tipos de subjetividades que la sociedad occidental demanda.

Jane Flax (2002) nota que todas las propuestas teóricas que provienen de esta línea del feminismo psicoanalítico se sostienen en supuestos sobre la especificidad de la infancia. Flax deja en claro que no se opone a proyectos conceptuales sustentados en interpretaciones o formulaciones narrativas sobre la experiencia infantil y su posible resonancia en la vida adulta. Sin embargo, estas teorizaciones deberían reconocer la base necesariamente hipotética y retrospectivamente obtenida de las afirmaciones acerca de la infancia. Sin duda tales especulaciones pueden enriquecer las narrativas a través de las cuales interpretamos y construimos la subjetividad, pero Flax duda especialmente de aquellas relativas a la infancia o a la subjetividad humana que articulan y dependen de hechos humanos universales, objetivos y empíricos. Las afirmaciones sobre la infancia, frecuentemente desplegadas para revelar la ‘naturaleza humana’, deben ser entendidas como operaciones del poder normativo y normalizador.

Dado que *læs adultøs* no tienen acceso directo a la experiencia original o a los modos de procesamiento de un niño, todas las explicaciones de estos asuntos son interpretaciones. Quienes habitan la temprana infancia no participan en los juegos de lenguaje de su cultu-

ra. Esta ausencia les permite funcionar como espejo para los adultos, proyecciones que, en última instancia, son histórico-sociales; por lo tanto, nos dicen más acerca de las fantasías contemporáneas y culturalmente específicas de los adultos, que de las cualidades innatas universales de la infancia. La teorización de corte universal propia del psicoanálisis genera una variedad de problemas. Las que parecen ser situaciones infantiles ligadas al cuidado y la dependencia de una madre reflejan la influencia de imperativos y preocupaciones de las formas de vida occidentales contemporáneas. Es así que Flax nos permite pensar que los efectos de verdad que generan estos significados sobre los primerísimos tiempos de la vida subjetiva provienen de las narrativas culturalmente dominantes. Para la autora, las significaciones socialmente sedimentadas y disponibles forman tal material.

Por otra parte, se supone que niños y niñas son capaces de registrar su impotencia, de atribuir independencia y omnipotencia al cuidador, y de reconocer que este otro es femenino. Flax duda de que el niño pueda imaginar que el objeto de su anhelo es un otro independiente, o registrar que se trata de una mujer. Mientras que el niño puede tener una conciencia física intensa y múltiples sentimientos acerca de su cuidador, la detección de su subjetividad independiente, y de su género, probablemente no son algunas de ellas. Las categorías de varón o mujer, nos dice, no son trascendentales, ni están conectadas al cerebro y, por lo tanto, transmitidas a la experiencia. Si bien tales esquemas organizan la realidad contemporánea, es improbable que niños muy pequeños organicen sus sensaciones, deseos, sentimientos o relaciones a través de ellos.

Los interrogantes que, desde el punto de vista de Flax, deben organizar las líneas de indagación de cualquier psicoanálisis feminista deberían ser: ¿cómo llega a reconocerse como mujer o varón un sujeto?; ¿con qué narrativas socialmente construidas nos constituyen los otros?; ¿qué significados psíquicos y sociales se le atribuyen a la infancia?; ¿qué significados preexistentes de género subyacen y participan en la configuración del sujeto psíquico socialmente instituido?; ¿de qué manera las narrativas socialmente disponibles habilitan y li-

mitan la experiencia subjetiva, incluyendo la fantasía y las experiencias adultas, de la infancia?

Otra crítica atendible que esgrime Flax se refiere a la naturalización de la heterosexualidad normativa, lo que limita aún más las reflexiones sobre la constitución y los efectos de los arreglos de género. Los aportes del feminismo psicoanalítico norteamericano parten de la existencia del par complementario masculino/femenino. Focalizan la división y el reparto desigual del poder entre varones y mujeres, pero dan por sentada la existencia de estas dos posiciones. El despliegue de las indagaciones queda restringido a las vicisitudes del romance de esta pareja modélica heterosexual, lo que ocluye líneas cruciales de investigación en cuanto a la diversidad de configuraciones vinculares disidentes. Muy lejos de esto, se da por hecho que varones y mujeres existen como tales, y que se desean mutuamente. Los problemas sociales surgen solo en el nivel de organización de sus relaciones.

Del mismo modo, Flax esperaría encontrar en estos análisis un mínimo señalamiento sobre los procesos de racialización y sus efectos, no menores, en la constitución de la sexualidad, las relaciones de género, las fantasías y la subjetividad (Flax, 2004). Los significados sociales y psíquicos de la maternidad, de la feminidad y del poder también son racialmente diferenciados. Para las mujeres blancas, la maternidad con sus momentos de pureza e idealización parece producir efectos psíquicos muy diferentes a la maternidad de las mujeres negras, las formas omnipresentes y degradadas de la sexualidad asociadas en los imaginarios dominantes contemporáneos con la sexualidad femenina negra. El feminismo psicoanalítico no introduce la dimensión de la etnicidad en la situación de encuentro entre madre y niño, cuestión que niega los arreglos concretos que se libran en el cuidado de niños de los Estados Unidos. Las principales cuidadoras de niños blancos de clase media son mujeres de color. Los efectos psíquicos de este hecho social en la constitución de fantasías deben ser analizados. El problema de las explicaciones universales localiza a la etnia como extrínseca a la blancura y a la homosexualidad como fuera del deseo y los arreglos heterosexuales.

Flax se siente seducida por el giro lingüístico y los entrecruzamientos del psicoanálisis con la teoría *queer* y la obra de Michel Foucault. Por tanto, sus aportes son postulados como una reflexión crítica de sus propios escritos tempranos (Flax, 1978) y como interpretaciones parciales y alternativas, y no como un relato causal desplazante. Es decir, como un intento de dar sentido no a dilemas universales sino a prácticas particulares e históricamente delimitadas. No rechaza la idea de procesos inconscientes o de que la subjetividad se constituye a través de múltiples y frecuentemente conflictivas formas de experiencia. Sin embargo, aquellas categorías no se conforman a partir de un residuo asocial; más bien los seres humanos nos constituimos a través de las prácticas sociales en las que nos encontramos inmersos.

Por otra parte, la autora sugiere que la escena misma que reúne a la madre y a su niño —donde la madre tiene un enorme poder en la vida de aquel, por ser quien gestiona los cuidados básicos propios de quien detenta el dominio exclusivo de la crianza— es en sí misma el producto de una narrativa. Ninguna madre tiene el poder exclusivo de la vida y de la muerte sobre un niño. Ni siquiera la infancia está dominada por las mujeres. A pesar de todos los esfuerzos de una madre concreta, en el mundo contemporáneo el color de la piel, la clase, el género y la localización geográfica del infante lo insertan inmediatamente en distribuciones específicas de poder que marcan modalidades específicas de posibilidades de vida y de muerte. Mientras que la crianza de los hijos tiene sus momentos íntimos, únicos y carnales, cuidar a un bebé nunca es simplemente una relación diádica. El par está siempre incrustado en complejas matrices sociales. Depende de muchos proveedores de alimentos, atención médica y apoyo.

Jane Flax piensa a las relaciones de género como sistemas complejos de poder, incrustados en numerosos circuitos sociales. Las relaciones de género estructuran múltiples identidades, posiciones de dominación y subordinación internamente abigarradas, y organizan esquemas de significados. Los acuerdos entre sujetos marcados como varones y como mujeres son solo un aspecto de las relaciones de género. También incluyen negociaciones con otras relaciones de poder tales

como la etnia y las sexualidades. Las relaciones de género producen y están entrelazadas con múltiples procesos y prácticas de representación. La historización de la sexualidad y la elaboración de discursos recientes sobre el placer constituyen abordajes que van a contrapelo de estas versiones del feminismo psicoanalítico que expulsan otras identidades y corporalidades a partir de prácticas y compromisos hegemónicos y dominantes. El feminismo psicoanalítico debiera tensar en sus proyectos la idea de cuerpos como sitios de poder, condensados de prácticas disciplinarias como la racialización y la heterosexualidad obligatoria, aspecto central de cualquier política antidominio que se proponga gestar concepciones sobre la transformación social.

La preocupación actual de Flax no se reduce a la dinámica intrapsíquica anclada en la biología de los cuerpos –presente en el psicoanálisis norteamericano–, tampoco a la dinámica intersubjetiva de corto alcance presente en el pensamiento de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin, a pesar de la preocupación de estas autoras por introducir, vía identificación, aspectos sociohistóricos que dan cuenta de la desigualdad entre varones y mujeres. El interrogante de Flax invoca una teoría de la conformación subjetiva que permite teorizar la subjetividad como producto de dinámicas sociales. Jane Flax puede articular esta demanda para el campo del psicoanálisis debido a que su pensamiento se encuentra doblemente capturado por el feminismo y el posmodernismo.⁷ La teoría feminista le permite pensar en una dimensión política de la identidad que imprime una mayor complejidad, que no se agota en lo individual (véase capítulo 4) ni en las dinámicas familiares que invisibilizan sesgos de etnia, clase y sexualidad. El posmodernismo la posiciona en actitud de sospecha, sin temor a incorporar la historicidad en el relato psicoanalítico. Bajo la invocación de Flax, desde este triple anudamiento entre psicoanálisis, feminismo y posmodernismo, proponemos la aparición de Butler en sus posibles lecturas: una radicalmente *queer* que rompe con la idea de una interioridad

⁷ Para entender la atracción que el pensamiento posmoderno ejerció en gran número de teóricas feministas, así como el rechazo de otro sector del feminismo respecto a sus postulados, véase Ana María Bach (2010, pp. 143-148).

psíquica sustancial (véase capítulo 5), y otra que articula conceptos del psicoanálisis que retienen la necesidad de otorgar densidad psicológica, nunca sustancial, al sujeto tal como lo entiende Foucault.

Capítulo 4

Dominación erótica y pornografía ¹

Hacia el género del feminismo

Es preciso señalar que, tal como lo ha mencionado inicialmente Robert Stoller (1968a), el sexo corresponde a las diferencias anatómicas inscritas en la superficie del cuerpo (Burin y Meler, 1998). Un cúmulo denso de literatura al respecto acuerda en delimitar al sexo como hecho biológico, constante anatómica que corresponde a los aspectos fácticos del cuerpo. Es posible distinguir así el sexo, en cuanto hecho corpóreo idéntico y fijo, del género, como interpretación cultural del sexo en la variedad de formas y significados que adquieren estos cuerpos en el interior de las múltiples gamas de construcciones culturales posibles, como aquellos “modos posibles de atribución a los individuos, de propiedades y funciones imaginariamente dependientes de su sexo” (Bach, Femenías, Gianella, Roulet y Santa Cruz, 1994, p. 65). Esta perspectiva comienza a configurar algunas consecuencias analíticas que se ubican en la base de ciertas consideraciones que otras autoras señalarán como problemáticas –por ejemplo, que el género se inscribe de manera unilateral sobre el cuerpo (Butler, 1986; Haraway, 1999; Femenías, 2003). Aun así, la contraposición de la naturalidad del sexo al carácter cultural del género ha conmovido, al menos inicialmente, la superficie compacta del determinismo biológico que alimentaba las líneas conceptuales fundamentales en relación con la con-

¹ Parte de este capítulo ya fue trabajada en Martínez (2010).

stitución de la identidad de género y de la identidad sexual. De modo que la distinción entre las categorías de sexo y de género implicó, sin duda, un avance teórico significativo.

Por otra parte, no existe consenso a favor de sostener una clara diferenciación entre género y sexo. Otra amplia gama de especialistas señala el absurdo de construir fronteras que los delimiten nítidamente. Los argumentos que se esgrimen desde cada una de estas posturas no son monolíticos, implican diferentes niveles de argumentación y variadas filiaciones teóricas que inauguran diferencias sustanciales aun entre quienes se alinean tras una misma propuesta. Aun así, el género constituye una categoría de análisis que ha impactado de modo predominante en las ciencias sociales. En términos descriptivos podemos entender por género

la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, valores, conductas y actividades [construidas y asignadas socialmente] que diferencian a mujeres y a [varones]. Tal diferenciación [...] no sólo produce diferencias entre los géneros femenino y masculino, sino que, a la vez, estas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos (Burin y Meler, 1998, p. 20).

Desde aquí, los estudios de género denuncian la lógica binaria, ofreciendo argumentos que visibilizan el hecho de que tal ordenamiento en oposiciones y jerarquías no responde a un orden natural, sino a largos procesos histórico-sociales.

Tal como se ha señalado anteriormente, el género se ha utilizado –desde John Money (1957, 1965) y Robert Stoller (1967) y (Stoller y Wagonfeld, 1982) en adelante– como categoría que permite instalar una distinción entre las concepciones biológicas de macho/hembra y las categorías socialmente construidas de varón/mujer (o niño/niña). Mientras que el sexo, entonces, representa una diferencia biológica, el género se utiliza para definir los modos de construcción social en relación con el carácter femenino y/o masculino de la conducta considerada normal para cada uno de los sexos. Así, a diferencia del sexo, el género varía dramáticamente entre las sociedades y a lo largo de la historia (Simonds y Brush, 2004).

En sintonía con este modo de comprender al género –en contraposición al sexo–, Milton Diamond (2002) acentúa la importancia que entraña una clara distinción de ambos términos, fundamentalmente porque posibilita la conformación de una base conceptual sólida para una adecuada comprensión de la problemática de la identidad en su vertiente psicológica. En el uso que Diamond le otorga, el género queda circunscripto a aspectos sociales o culturales. El género es al sexo lo que, tal como se espera, lo masculino es al macho o lo femenino es a la hembra. En este contexto analítico, el ser humano parece poseer una doble inscripción en dos registros diferentes: biológico, por un lado, y sociocultural, por otro. Los seres humanos, entonces, como entidades biológicas se clasifican en machos, hembras o intersexuales, mientras que como entidades sociales se clasifican en varones y mujeres en virtud del desempeño efectivo que cada sociedad adjudica a cada uno de los sexos. Por otra parte, Diamond deja deslizar que ambos órdenes en los que el ser humano se inscribe no solo son radicalmente diferentes, sino que permanecen independientes, sin establecer entre sí relaciones de causalidad o de necesidad lógica. A partir de aquí, el hecho de que “los machos sin duda pueden vivir, trabajar o jugar como niñas o mujeres [...] y las hembras pueden igualmente vivir, trabajar o jugar como niños o varones” (Diamond, 2002, p. 322) le permite al autor, por un lado, afirmar que a un sexo no le corresponde necesariamente uno de los géneros y, por otro lado, delimitar el carácter mutable del género –sujeto a la fluidez que se manifiesta en la variación de diferentes momentos históricos y en la multiplicidad de sociedades y culturas– frente a la fijeza del sexo –inscripto en la inmutabilidad intrínseca a toda esencia transhistórica.

Como sugiere el autor, la identidad no se encuentra dissociada de los roles sociales que alguien desempeña. Tales roles se organizan de manera diferencial según se trate de varones o de mujeres, de modo que permanecen estrechamente ligados al sexo anatómico. En este sentido, el término rol refiere a patrones de comportamiento exhibidos que son reproducidos de acuerdo a algún tipo de libreto social, los cuales inciden en la conformación de la identidad de género. Mien-

tras que los varones y los roles masculinos se encuentran típicamente asociados a ocupaciones forzosas y peligrosas, las mujeres y los roles femeninos están asociados a la crianza y los cuidados.

La delimitación de las categorías en cuestión conduce a Diamond (2002) a proponer definiciones de algunos términos asociados que, a pesar de ser comúnmente utilizados, no han generado consenso en su significado. El autor entiende por *identidad sexual* el modo en que alguien se percibe a sí mismo o a sí misma como varón o mujer. Una profunda identificación arraigada en la subjetividad bajo la forma de una convicción interior que, por lo general, refleja la apariencia anatómica externa (concordante con lo que se espera para un cuerpo que porta determinados genitales) y, por lo general, se encuentra vinculada con el rol sexual que alguien lleva a cabo (concordante con la elección sexual esperable para un cuerpo que porta determinados genitales). Por otra parte, la *identidad de género* refiere al reconocimiento otorgado a alguien a partir de la percepción social del género atribuido. Normalmente, un macho es percibido como un niño o un varón, cuando niño y varón son términos sociales con expectativas culturales asociadas. Del mismo modo es que una hembra se percibe como una niña o mujer. Las distinciones entre niño y niña, así como entre varón y mujer representan expectativas sociales diferenciales. En este sentido, *género* y *rol de género* se refieren al conjunto de representaciones que circulan en una sociedad determinada en relación con las expectativas de cómo los niños o las niñas, así como los varones o las mujeres, deben comportarse y ser tratados. Es posible afirmar, a grandes rasgos, que el rol de género, entonces, representa una manifestación exteriorizada de la identidad de género. En síntesis, para Diamond, es posible afirmar que alguien *tiene* su sexo y *hace* su género.

Tanto el uso de los términos como la terminología en sí son algo diferentes a los utilizados por John Money, quien no emplea la categoría de identidad sexual y generalmente ha fusionado los significados dados más arriba en cuanto a los términos de identidad/rol de género. A su criterio, la identidad de género es la experiencia privada del rol de género y el rol de género es la manifestación pública de la identidad de

género. La identidad de género puede ser leída, entonces, en el sentido de identidad/rol de género. Pero en este punto la terminología tampoco ha sido coherente con la utilizada por otros. Lejos se está de alcanzar un acuerdo en la utilización de categorías. Stoller (1968a), por ejemplo, llamó a esta realización interna de la propia identidad como *identidad genérica nuclear* masculina o femenina; por su parte, Jessica Benjamin (1997) actualmente propone *identificación genérica nominal*.

Si bien el fluido contacto teórico y clínico con presentaciones transexuales e intersexuales permiten a Diamond una perspectiva lo suficientemente sensible para deslindar la incidencia de otro orden de fenómenos que exceden lo biológico en la delimitación de la problemática, el autor se encuentra con dificultades a la hora de zanjar la cuestión en toda su complejidad. Adscribe al género todo aquello que no es susceptible de ser explicado por el orden biológico, de modo que lo adjudica tanto a lo social como a lo psicológico, sin diferenciar niveles de abordaje. Si bien por momentos sus descripciones parecen referirse a una imposición social, también deja deslizar la posibilidad de un agente que simplemente adopta el género sin explicar el modo en que opera aquello que condiciona.

Lo cierto es que la fuerte tendencia a aprovechar el valor heurístico de la categoría de género comenzó a expandirse rápidamente. De modo que varias autoras contemporáneas no dudaron en transversalizar las elaboraciones teóricas del psicoanálisis con tal variable. Silvia Tubert (2003), quien intenta preservar la noción de diferencia sexual, señala los efectos que el carácter empirista y pragmático ha generado sobre las nociones de inconsciente y sexualidad, pilares básicos del psicoanálisis. Desde su perspectiva, la excesiva importancia atribuida a los factores sociales opera de modo tal que culmina por disolver la especificidad de lo psíquico.² La dificultad, a criterio de Tubert, radica

² Es preciso aclarar que la postura de Silvia Tubert, a diferencia de los planteos norteamericanos expuestos en los capítulos 2 y 3, no se muestra conforme con la introducción de la categoría de género en el campo del psicoanálisis. En sintonía con las propuestas europeas, vislumbra en la categoría de diferencia sexual mayor potencia explicativa a la hora de pensar problemáticas sobre la feminidad y la masculinidad.

en trasponer a lo psíquico una construcción binaria de las categorías sexuales. Por tanto, la acusación va dirigida a todas aquellas autoras que, a partir del uso de la categoría de género, instalan valores sociales convencionales a la hora de definir masculinidad y feminidad. Es así como se toma el dimorfismo sexual anatómico con la pretensión de superponerlo al polimorfismo de la realidad psíquica. En esta misma línea podría interpretarse la cita –ya mencionada en el capítulo previo– de Jessica Benjamin que contrasta la universalidad de dicotomías sexuales con la universalidad de la pluralidad sexual:

Si el sexo y el género tal como lo conocemos son atraídos hacia polos opuestos, estos polos no son la masculinidad y la feminidad. Más bien, el bimorfismo genérico en sí solo representa un polo; el otro polo es el polimorfismo de todos los individuos (Benjamin, 1997, p. 108).

Por otra parte, pensadoras provenientes del campo del feminismo no dudaron en aprovechar la emergencia de la categoría de género en términos de herramienta capaz de quitarle al campo de la biología la omnipotencia de significarlo todo. Asimismo, permitió explicar el modo en que la distribución de roles de género responde a estereotipos. Esto supone afirmar que, por un lado, las diferencias en los patrones de comportamiento asociados a varones y mujeres son culturales y sociales, y, por otro lado, dichas diferencias se naturalizan de forma tal que son aceptadas y reconocidas como constructos sociales que a partir del sexo anatómico imponen, desde el momento mismo del nacimiento, ciertas expectativas y clasificaciones.

De este modo, los movimientos de liberación de las mujeres en su oleada de los años sesenta, anclados en *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir (2007), desplegaron una prolífera producción intelectual multidisciplinaria (Femenías, 2000; Dorlin, 2009) que rápidamente comenzó a configurar la denominada *teoría feminista*. Desde allí se dirigieron los intentos de visibilizar a las mujeres en la esfera de lo social, explicar su opresión y alcanzar el logro de relaciones más igualitarias entre varones y mujeres en todos los ámbitos. Aunque las

formas de explicar la subordinación fueron diversas, todas tomaban como referencia la categoría *mujer*. De este modo el feminismo se configura como

El movimiento político de las mujeres que luchan por la reivindicación de sus derechos. [...] denuncia la sujeción de las mujeres, subraya su injusticia, tiene la convicción de la posibilidad de modificar la situación y la voluntad compartida de superar la estructura de dominación que afecta a la diferencia de los sexos (Santa Cruz, 1994, p. 91).

Tan es así que el feminismo implica tanto un movimiento político de emancipación personal y colectiva, como una labor teórica que apunta a identificar las raíces de la opresión y el trato desigual de las mujeres como herramientas de la lucha liberadora.

Posteriormente, la introducción de la categoría género complejizó el debate, instalando un análisis relacional contextualizado que permitió reformular la noción de mujer ahistórica, esencial y universal (Cangiano y DuBois, 1993). Si bien la categoría de género no forma parte del pensamiento de Simone de Beauvoir (2007), todo su sistema de pensamiento se muestra conforme a las implicancias de dicho concepto al argumentar que la subordinación de las mujeres constituye un fenómeno que no depende de la naturaleza.

La obra de Simone de Beauvoir estableció una plataforma filosófica densa que dotó de sentido y le abrió paso a la categoría de género tal como fue modelada en el campo de la medicina y de la psiquiatría. Desde mi punto de vista, la circulación del pensamiento de Simone de Beauvoir, reactivada en el contexto norteamericano a partir de la revuelta ocasionada por *The Feminine Mystique* (1974) de Betty Friedan, permitió la posterior apropiación de la categoría de género bajo el umbral de su potencialidad política. La producción de John Money en la década del 50, así como la de Robert Stoller a finales de la década del 60, giró en torno a la idea de identidad de género como construcción desvinculada de la biología de los cuerpos. Esta contraposición de la naturalidad del sexo con el carácter cultural del género

fue importante para contrarrestar el determinismo biológico, que se presentaba como uno de los principales enemigos del feminismo. Tal como señala Verena Stolke (2004), el término género ha sido clave en la teoría y política feministas desde los años 70 en su combate contra el sentido común androcéntrico y sexista. Se trató de dismantelar la idea de que la biología es destino, más bien las identidades sociosimbólicas que se asignan a las mujeres en sus relaciones con los varones en la organización de la vida en sociedad son culturales, variables y, por lo tanto, pueden transformarse. Señala Stolke que las feministas Kate Millett (1995) y Germaine Greer (1971) fueron las primeras en incorporar la noción psicoanalítica de género social en sus críticas políticas hacia la ideología fundada en el reduccionismo biológico que sostiene la subordinación de las mujeres. Ambas autoras citan la obra del psicoanalista estadounidense Robert Stoller para alimentar argumentos a favor de la liberación de las mujeres.

De modo que la distinción entre las categorías de sexo y de género ha constituido, sin duda, tanto un avance teórico significativo como una herramienta necesaria para los fines políticos de ciertos sectores del feminismo. Como categoría de análisis, el género ofreció herramientas útiles para la comprensión del carácter relacional y del largo proceso histórico de construcción social que sostiene la diferencia entre varones y mujeres (Hernando, 2012). Al mismo tiempo, denunció la lógica binaria y excluyente que ordena la distribución del poder entre varones y mujeres de forma no equitativa (Burin y Meler, 1998, 2000). Los estudios de género advinieron denunciando el ordenamiento jerárquico de los géneros y ofreciendo argumentos que visibilizaron que las jerarquías no responden a un orden natural, sino a largos procesos histórico-sociales (Conway, Bourque y Scott, 1996). En suma, digámoslo una vez más, la introducción del género en el campo del feminismo generó un gran avance en la comprensión de la diferencia entre varones y mujeres como producto de normas culturales, un avance teórico significativo que permitió comenzar a pensar la subordinación de las mujeres por fuera del campo de la naturaleza.

El problema de la dominación erótica

La idea de dominación erótica es abordada explícitamente por Jessica Benjamin (1980) en su ensayo *The bonds of love: rational violence and erotic domination*. La autora se propone reflexionar sobre el modo en que la violencia se entrama con el erotismo en un contexto cultural que anuda racionalidad y violencia, a tal punto que la fantasía de la dominación erótica impregna la imaginación sexual en las sociedades occidentales. Es así que amor, control y sumisión se condensan en la producción de fantasías que inciden profundamente en el despliegue de los modos del amor convencional entre adultos.

Para Benjamin, estas modalidades de vínculos eróticos cooptados bajo el patrón dominación-subordinación hunden sus raíces en experiencias de la primera infancia, cargadas de anhelo por –y negación del– reconocimiento mutuo.

El reconocimiento que proviene de la primera persona a cargo de los cuidados resulta constitutivo de lo humano. Al menos en nuestras sociedades, es generalmente una mujer quien otorga tal reconocimiento. Ella es la que da sentido a los actos y gestos al *infans*, por tanto, los hace significativos. La conexión vital labrada en estos intercambios, formas incipientes de reconocimiento, construyen el sostén del sentido del *ser* del sujeto, por tanto, es tan necesaria para la supervivencia humana como el alimento. Aun así, esta situación inicial instala un conflicto: el sujeto se ve compelido por la necesidad de establecer una identidad autónoma y la de ser reconocido por otro sujeto. El logro de la autonomía e independencia solo cobra cabal existencia si la mirada del otro se encuentra allí para reafirmar tal situación.

El interés de Benjamin se dirige a la violencia masculina contra las mujeres, tendiente al control y posesión, al repudio y la humillación de lo femenino, que se libra en forma controlada y ritualizada, y que se expresa en la vida de la fantasía sexual y en algunas prácticas sexuales cuidadosamente institucionalizadas. Este tipo de violencia – que la autora denomina racional– hace de la dominación erótica un

sitio donde la participación es voluntaria.³ Benjamin sabe que detrás de esto aguarda la acusación que inscribe esta mirada como una sutil justificación de toda forma de violencia masculina. Sin embargo, nos dice, comprender las fuentes de la violencia debe distinguirse de responsabilizar a la víctima. La autora encuentra una explicación para el modo en que la fantasía de sumisión y control racional se perpetúa por la división de lo femenino y lo masculino. Una postura, tradicionalmente masculina, exagera los límites propios, y la otra, tradicionalmente femenina, exagera la renuncia del yo. Benjamin sostiene que cada género es capaz de representar solo un aspecto de la relación de sí mismø-otrø, ya sea fusionándose o separándose, y cada género desempeña un papel en un todo polarizado. Aclara que nunca se alcanza verdadera independencia, pues incluso la postura masculina de lograr la independencia negando a la mujer es una postura defensiva: el énfasis excesivo en las fronteras entre yo y no-yo significa que la individualidad se define negativamente como la separación de los demás.

La cuestión clave parece ser cómo el énfasis en los límites de la identidad masculina está conectado con la hegemonía masculina en la cultura. El vínculo entre la racionalidad como una actitud mental “masculina” y la racionalidad como una tendencia penetrante en la cultura como un todo se acentúa cuando la descripción que Benjamin realiza sobre lo masculino se corresponde con la visión racional del mundo occidental. Esta visión del mundo privilegia la diferencia sobre la mismidad, los límites sobre la fluidez. Entonces, a la hora de pensar

³ Benjamin toma como material que sirve a su análisis la *Historia de O.*, que acuerda conscientemente la subordinación sexual. Quien la somete a prácticas eróticas sádicas dice: “Aquí estarás al servicio de tus amos [...] dejarás de hacer lo que estés haciendo para cumplir con tu primera obligación, que es la de entregarte. Tus manos no te pertenecen, ni tus senos, ni mucho menos ninguno de los orificios de tu cuerpo que nosotros podemos escudriñar y en los que podemos penetrar [...] has perdido el derecho a rehusarte [...] a nosotros nunca debes mirarnos a la cara. Si el traje que usamos [...] deja el sexo al descubierto no es por comodidad [...] sino por insolencia, para que tus ojos se fijen en él y no en otra parte, para que aprendas que éste es tu amo [...] conviene que te acostumbres al látigo –ya que mientras estés aquí se te aplicará a diario– ello es menos para nuestro placer que para tu instrucción [...] azotes y cadena [...] sujetas a la anilla del collar [...] no se trata de hacerte sentir dolor, gritar ni derramar lágrimas, sino, a través de este dolor, recordarte que estás sometida a algo que está fuera de ti” (Réage, 2011, pp. 36-38).

el ideal de un trayecto constitutivo del sujeto, la polaridad y la oposición se instalan en el centro de la escena cultural en detrimento de la mutualidad y la interdependencia. Esta no tolerancia a la experiencia simultánea de impulsos contradictorios, a la ambivalencia, conlleva el fortalecimiento de una matriz cultural que niega al otro el estatus de sujeto, y le confiere el estatus de objeto. Por extensión, este estatus de objeto se concede al mundo entero, que desde sus inicios fue infundido con la presencia de la madre. En estas tendencias psíquicas, los elementos básicos de la racionalidad occidental toman forma.

A criterio de Benjamin, entonces, el sujeto racional deriva de una experiencia unilateral de la diferenciación —una experiencia que obtura la realidad del otro—. Tanto en la teoría como en la práctica, nuestra cultura atestigua la masculinidad como forma de individualidad anclada en la diferenciación, en la separación y en la negación de las tendencias hacia la mismidad, la fusión y la respuesta recíproca. Es justamente esta forma de establecer y proteger la individualidad la que encaja con la postura dualista y objetiva de la racionalidad occidental. Y ser mujer implica estar excluida de este individualismo racional, ser un objeto de él o una amenaza para él. Por otra parte, ser varón no significa afirmar meramente un lado de la dualidad, la supremacía del sujeto racional, sino que implica insistir en que el dualismo, la división y los límites entre las posturas masculina y femenina deben mantenerse.

Por otra parte, ningún sujeto puede realmente desenredarse a sí mismo de la dependencia de otros sujetos, de su necesidad de reconocimiento. El sujeto aislado necesita y busca la protección de esta dependencia. Para separarse sin estar solo, niega la separación del otro y trata de resolver el problema de la dependencia poseyendo o controlando al otro. Busca ser diferente e individual reduciendo al otro a un objeto, es decir que busca la autonomía dominando al otro. En este contexto, la violencia se basa en la negación de la subjetividad independiente de la otra persona y en la negación de su autonomía. La violencia es también una manera de expresar o afirmar el control sobre el otro, de establecer la propia frontera y negar la de la otra persona. Como una manera de falsa diferenciación, la violencia es una forma

particularmente apta para la afirmación de la identidad masculina. Es un modo de repudiar la mismidad, la dependencia y la cercanía con otra persona, al mismo tiempo que intenta evitar los sentimientos de soledad que de allí se derivan. Uno hace al otrø un objeto, pero conserva su posesión. En este sentido, la violencia también es un intento de resolver los problemas de la autonomía y el reconocimiento, negando la subjetividad de el otrø y su propia identificación con ese otrø .

La sospechada invocación de Hegel por parte de la autora no tarda en hacerse explícita. Nos dice que la relación amo-esclavo explica cómo la necesidad de reconocimiento por otrø sujetø se convierte en un vehículo de dominación. Las dos relaciones básicas con otrø (sujetø) son el reconocimiento y la negación. Cada acción niega al objeto sobre el que se realiza tal acción. Al transformar las cosas estamos negando su forma previa. Si tratamos de controlarlo absolutamente, estamos quitando su forma como cosa que existe de modo independiente; por lo tanto, lo estamos negando completamente. Si el objeto continúa sobreviviendo, si todavía se reconoce a sí mismo en su forma alterada, no es completamente negado. Al conservar su identidad a lo largo de ser diferente, se demuestra ser sujetø consciente de sí mismo, “yo soy como yo”. Porque yo soy yo, sé que yo soy, incluso cuando cambio. Por el contrario, una cosa no conserva su identidad a través del cambio. Puede ser completamente consumida y destruida por mí, o puede permanecer sin ser afectada. No es capaz, como otrø sujetø , de ser negada por mí ni de reconocerme.

En suma, Hegel parece querer decir que, al desear al otrø , queremos ser reconocidos por el otrø . Tratamos de realizar este deseo en un acto, pero si este acto destruye por completo al otrø , el otrø no puede reconocernos. Si consume al otrø , dejándolo sin conciencia, nos convertimos en la incorporación, encarnación de esta cosa muerta o sin conciencia. Para estar vivos en relación con otrø , son necesarias dos cosas: debemos actuar de tal manera que no neguemos completamente al otrø ; y el deseo en nuestro acto debe ser reconocido por el otrø . Por eso, una verdadera diferenciación requiere contar simultáneamente con la negación y con el reconocimiento entre el yo y el otrø .

A criterio de Benjamin, el supuesto masculino de dominio está vinculado a la división de la diferenciación del reconocimiento, a la racionalidad y a la violencia. Por lo tanto, la autora sugiere que los mismos problemas psicológicos circulan tanto a través de formas políticas como eróticas de dominación; ambos casos encarnan una negociación del otro sujeto. Benjamin insta a que cualquier perspectiva política no debe negar la fantasía erótica, ideológicamente articulada; no derrotará a la dominación, sino que solo jugará en ella. El poder de una fantasía, la fantasía de la violencia racional, debe atribuirse a la interacción de grandes fuerzas sociales y profundas necesidades humanas. Los esfuerzos deben apuntar a encontrar los medios para disolver esa fantasía, para tolerar la tensión entre la diferenciación y el reconocimiento mutuo. En ese caso las coordenadas simbólicas que organizan los parámetros vinculares se habrán transformado radicalmente.

El problema de la pornografía

Los debates suscitados en el campo del feminismo en torno a la pornografía son múltiples y polémicos. Es posible establecer, básicamente, dos grandes líneas: aquellas feministas para quienes

la pornografía es por esencia heterosexista, medio privilegiado de la violencia hecha a las mujeres y que, por esa razón, debe ser prohibida; y aquellas para quienes la pornografía, precisamente en virtud de su estatus de medio privilegiado, a través del cual cierta verdad del sexo es producida y difundida, constituye un desafío de subversión de las normas sexuales (Dorlin, 2009, p. 113).

Aun así, la polifonía conformada por los diferentes feminismos requiere un análisis sutil de los argumentos esgrimidos en relación con cuál es, o debería ser, el lugar de la sexualidad en la vida personal, social y política. Por otra parte, el recurso a esencializar las identidades y las sexualidades –tanto femeninas como masculinas– parece ser útil para el feminismo, al menos en un primer tramo del trayecto, a la hora de establecer una plataforma sólida desde la cual combatir la pornografía. Sin embargo, “afirmaciones esencialistas o esencializantes [...] sirven también para, madurados los tiempos, reactualizar

pactos patriarcales de exclusión” (Femenías, 2008, p. 16). Es por ello que resulta necesario delimitar conceptualmente a las identidades de género de un modo más flexible, enfatizando a la vez sus coordinadas políticas. Ante la imposibilidad de una reflexión neutral respecto a la pornografía, un análisis que ubica lo pornográfico en diferentes contextos semánticos permite visibilizar el modo en que dicha categoría se entrama en las prácticas discursivas del sexo. Un postulado que subyace a la mayoría de los posicionamientos en el debate, por antagónicos que sean, sostiene que la pornografía representa *la verdad del sexo*. Esta consideración permite enfatizar la distinción entre *realidad y fantasía* –verdadero arco de tensión que constituye el telón de fondo de la densidad conceptual de tales debates– y permite deslindar, al mismo tiempo, los riesgos que supone la superposición de tales categorías. El debate es complejo y abigarrado. En ese sentido se intentará trazar algunas vías de acceso que, lejos de agotar el tema, se proponen delimitar una primera aproximación al modo en que el feminismo ha digerido la categoría de identidad de género, trasladándolo más allá de su sentido psicológico, otorgándole nuevos sentidos en los intentos de apropiarlo como instrumento útil para la lucha política.

Diferentes posturas⁴

El análisis que Neil Thornton (1986) realiza sobre la temática establece algunas diferenciaciones que se ubican en la base de múltiples posturas. Desde una posición liberal, a criterio del autor, la sexualidad es esencialmente privada. Por un lado, es interpretada fundamentalmente como presocial, biológicamente determinada, y, por otro, se considera que su expresión en cada individuo es un elemento vital de la libertad humana. Al estar biológicamente constituida, la sexualidad permanece anclada en el mundo natural, consecuentemente alejada de los alcances del poder político. Por lo tanto, desde este punto de mira,

⁴ Los desarrollos sobre el tema que integran esta sistematización no me pertenecen. Son absolutamente deudores de las elaboraciones realizadas por Neil Thornton (1986) y Barbara Collins (1990).

la sexualidad es un aspecto peculiarmente íntimo de la experiencia humana, un ingrediente vital y un medio para la expresión personal. En tanto una de las áreas más significativas de la esfera privada, la conducta sexual [constituye un sitio en donde] las normas personales morales son, por lo general, apropiadas y los principios públicos que tienen que ver con el control o la coacción no tienen ningún lugar (Thornton, 1986, p. 27).

Por otro lado, la pornografía es una representación explícita de la actividad sexual, en consecuencia, privada, y su empleo forma parte de esta actividad sexual igualmente privada. Desde aquí, la pornografía no genera mayores inconvenientes, a no ser que desborde lo privado e invada la esfera pública causando daño físico u ofensas a otras personas.

En una perspectiva moral conservadora, tal como la sistematiza Thornton, la actividad sexual es considerada como un *instinto natural* u *otorgado por Dios*. Constituye una fuerza rebelde y potencialmente perturbadora que debe ser limitada por el dominio sagrado de la familia patriarcal nuclear. “Mientras se encuentre dentro de este reino restringido, el sexo es seguro, personal y privado; pero fuera de este reino se hace inmoral, motivo por el cual es legítimo subsumirlo a la rigurosa regulación de lo público” (Thornton, 1986, p. 27). La pornografía, desde esta óptica, representa el sexo explícito, ilícito, y como tal constituye un daño serio ya que amenaza a la familia nuclear y debilita la estructura moral de la sociedad. Su supresión política es, en consecuencia, un deber público.

Dentro del movimiento feminista, según Elisabeth Badinter (2003), el análisis político más influyente sobre la pornografía ha sido realizado por las feministas radicales. Para ellas, la sexualidad es, principalmente, una construcción sociopolítica. La sexualidad configura un espacio de preocupación política que expone claramente el modo en que los varones ejercen poder sobre las mujeres *sin máscaras*. Esta perspectiva, que disuelve parcialmente la distinción liberal entre lo privado y lo público, identifica a la sexualidad como el principal ámbito social del poder masculino. Si bien la dominación masculina se ex-

pande a todas las instituciones sociales, tiene sus raíces en el control de los varones sobre la sexualidad de las mujeres (Dworkin, 1981). El sexo heterosexual se considera, entonces, como la base principal de la opresión de la mujer. Según este punto de vista, la conciencia masculina define a las mujeres como seres sexuales, donde la sexualidad de las mujeres es reducida a la capacidad de despertar el deseo sexual en los hombres. Dicho de otro modo, lo que se supone que es sexual para una mujer es lo que los varones necesitan para la excitación. “Las feministas radicales consideran que en las prácticas (hetero)sexuales, en una sociedad dominada por los varones, predomina la posición dominante-subordinado, ideología de la objetivación sexual y de erotización de la opresión de la mujer” (Collins, 1990, p. 10). Por ello, las feministas radicales no solo rechazan la objetivación sexual, también afirman que la libertad sexual femenina exige relaciones igualitarias en las cuales, dicen, la sexualidad y la emotividad global se entrelacen.

Uno de los primeros análisis del feminismo radical sobre la pornografía, tal como señala Barbara Collins (1990), argumenta que las imágenes pornográficas reducen a las mujeres a objetos. De este modo se ataca al *eros femenino*, caracterizado por la integridad física y emocional, la autonomía y la igualdad. Según las feministas radicales, entonces, las imágenes pornográficas influyen directamente en la violencia contra las mujeres. A criterio de Collins, las feministas radicales aceptan de manera acrítica la reiterada evidencia anecdótica que encuentran en relación con el papel de la pornografía en la victimización de las mujeres. En esta línea de pensamiento, dichas feministas han promovido gran cantidad de proyectos con criterios jurídicos para la lucha contra la pornografía, dado que estas imágenes constituyen el corazón mismo del daño contra las mujeres. Claramente, este enfoque define a la pornografía como una de las formas principales de sexismo. Debido a que la pornografía es interpretada como propaganda de la misoginia sexual, cualquier defensa de la misma es vista como defensa del derecho de los varones a utilizar el sexo para instrumentar el dominio sobre las mujeres. La pornografía, entonces, se encuentra

completamente politizada, y es interpretada como una de las principales manifestaciones de la dominación patriarcal.

Un rastreo más detenido de las diferentes posturas en relación con la sexualidad y la pornografía en el interior del feminismo le permite a Barbara Collins distinguir dos puntos de vista nítidamente diferenciales más allá del feminismo radical. Estos son el feminismo liberal y el feminismo socialista.

El feminismo liberal sostiene que

la sexualidad es resultado de los ideales políticos imperantes [...], los seres humanos son esencialmente agentes racionales. Los supuestos relativos a la autonomía y los ideales políticos definen la buena sociedad y permiten a cada individuo la máxima libertad de interferencias provenientes de otros individuos. [...] Sostienen que la sociedad ha estado históricamente caracterizada por la represión de la sexualidad, especialmente de las mujeres y de las minorías sexuales. Por lo tanto, entienden que la liberación sexual es un componente crucial de la liberación de las mujeres [...] Argumentan que la posición en contra de la pornografía asumida por las feministas radicales alimenta las actitudes y las creencias tradicionales estereotipadas sobre los *modos apropiados* de expresión sexual femenina (Collins, 1990, pp. 12-13).

De este modo, hace hincapié en que, históricamente, las leyes que regulan la sexualidad han incorporado y reforzado una perspectiva que supone que las mujeres necesitan protección, y que la sexualidad masculina es agresiva y debe ser restringida por la ley.

Si bien gran parte de las “imágenes pornográficas pueden resultar ofensivas, las feministas liberales sugieren que también permiten una visión ampliada de las posibles realidades” (Collins, 1990, p. 14). Estos mensajes aceptan una idea de sexualidad no vinculada necesariamente con la reproducción, ni con los varones, tampoco con la domesticidad; de una sexualidad vinculada al placer. Desde este punto de vista, las imágenes pornográficas también pueden proporcionar a las minorías sexuales un medio de autoexpresión y autoafirmación que raramente está disponible en los principales medios de comunicación.

El argumento feminista liberal parece descansar, en última instancia, sobre la protección de la libre elección. Sostiene que censurar o limitar la pornografía conduce a una mayor represión conservadora y dominada por varones. Propone, entonces, la educación sexual y la producción de imágenes pornográficas alternativas definidas por las propias mujeres como medio para recobrar la *sexualidad de las mujeres*.

Desde otra perspectiva, las feministas socialistas han reflexionado sobre las formas en que la naturaleza de las mujeres está construida socialmente. Afirman que aquello que define la especificidad de la identidad de género, los deseos y las necesidades sexuales masculinas y femeninas, se forma a través del significado sexual asignado a la anatomía de los cuerpos en el marco de una

cultura heterosexista, y por una división sexual del trabajo que ha sido universal en la historia humana [...] Para las feministas socialistas, existe un problema común con las otras dos posiciones: tanto las feministas radicales como las feministas liberales basan sus perspectivas sobre un estado imaginado de naturaleza sexual (Collins, 1990, p. 15).

Las feministas socialistas señalan que las críticas de las feministas radicales a la pornografía refuerzan una idea esencialista de la sexualidad femenina, que podría manifestarse si las mujeres fueran liberadas del control de los hombres. Del mismo modo, afirman que los argumentos que sostienen la libertad de los individuos para realizar elecciones sexuales individuales dan por sentado que las sexualidades pueden tener existencia al margen de su contexto.

Es así que las feministas socialistas sostienen que las prácticas sexuales, y el deseo en sí, deben considerarse como situados en un contexto social y material; las experiencias e imágenes solo pueden ser interpretadas de acuerdo con los *códigos imperantes de significado*. Por ende, la sexualidad femenina en una cultura patriarcal capitalista da lugar tanto al erotismo como a la victimización. Las imágenes sexuales de varones y de mujeres son construidas por relaciones y prácticas sociales patriarcales y capitalistas. También analizan los

modos en que las mujeres son vistas, incluso por ellas mismas, no como personas con una multitud de deseos, intereses y capacidades, sino más bien como seres *fragmentados* que dan lugar al fetichismo sexual y a la objetivación de ciertas partes de sus cuerpos. En última instancia, las feministas socialistas tratan de comprender el modo en que la sexualidad ha sido construida en el patriarcado para producir las formas de dominación-sumisión.

La pornografía, desde este punto de mira, es solo una parte del despliegue ideológico. Supone que la representación y los actos sexuales están incrustados en múltiples discursos políticos, religiosos, económicos y sociales. Es claro que las feministas socialistas no interpretan “la pornografía como aquello que conduce a la violación, tampoco como una forma de resistencia cultural, sino como parte de la representación ideológica de género” (Collins, 1990, p. 17). Esas imágenes sexistas, sostienen, se encuentran no solo en la pornografía, sino en diversas manifestaciones que invaden la esfera de la sociedad. Es decir que la pornografía en sí, es un producto histórico variable en relación con los diferentes momentos y lugares. Tan es así que no constituye un modo de imponer imágenes falsas sobre las mujeres, sino una forma de representación de un discurso masculino dominante (Garlick, 2010). En este sentido, afirman que la pornografía desvía a las feministas de críticas más globales. Al igual que las feministas radicales, las socialistas atacan el contenido de la pornografía como sexista, y censuran la explotación de las mujeres debido a que insisten en que tanto la sexualidad como la pornografía son construidas por –e integradas en– la cultura. Asimismo contemplan en sus análisis que el contexto material dentro del cual la sexualidad se desarrolla es modificable; por lo tanto, también la pornografía está sujeta a transformaciones.

No se debería perder de vista, tal como señala Collins, que el objetivo nodal de las feministas socialistas es el cambio social, y, a criterio de ellas, el activismo antipornografía, en última instancia, no se dirige hacia aquel fin. Al considerar que los cambios básicos de las identidades y los comportamientos sexuales no son el resultado di-

recto de suprimir imágenes, no se focalizan en cuán ofensiva pueda ser la pornografía, ya que no encuentran allí la causa principal de la opresión de las mujeres, sino más bien en las estructuras sociales y económicas que crean su dependencia y conducen a su impotencia y objetalización en una cultura misógina. En esta línea, se constituye la crítica a la preocupación excesiva en la literatura feminista respecto al papel de las representaciones sexuales como causa de la opresión de las mujeres, ya que pierde de vista a la familia, la religión, la educación, las prácticas de crianza, los medios de comunicación, el Estado, la psiquiatría, la discriminación en el trabajo y la paga desigual, entre otros elementos que forman parte de un gran espectro.

Finalmente, Barbara Collins concluye que cada uno de los modelos sobre la pornografía conduce a una postura política en cuanto a la sexualidad y a la fabricación y distribución de la pornografía. Mientras que para los liberales las estructuras de poder político son extrínsecas a la vida sexual (privada), para las feministas radicales, por ejemplo, el patriarcado es tomado como una dimensión política inseparable de los aspectos considerados como más individuales e íntimos (Millet, 1995). A partir de allí, la pornografía es identificada con el ejercicio del poder político que afecta a todas las relaciones humanas, incluso penetra hasta lo más privado. Como señala Denise Thompson (1992), la oposición entre lo político y lo erótico es insostenible en términos feministas. Desde el inicio, el feminismo ha señalado la naturaleza política de lo erótico, en donde la sexualidad masculina constituye uno de los pilares centrales en la organización del patriarcado.

Tal como señala Neil Thornton (1986), la violación, los abusos, el acoso sexual y la pornografía se manifiestan en un flujo de prácticas interconectadas que giran en torno a las formas en que los seres humanos experimentan, expresan y viven la sexualidad. En este sentido, de los diversos posicionamientos en el abordaje de la pornografía, tal como hemos visto, se desprenden consideraciones específicas en relación con la naturaleza de la sexualidad. El significado de tal término sufre modificaciones con el transcurso del tiempo, de acuerdo con las diferencias entre cada sociedad y en el interior de ellas

según los diferentes sectores sociales. Incluso algunas sociedades carecen de tal categoría.

Como ya hemos afirmado, las definiciones de pornografía varían según lo que se asume como la *naturaleza de la sexualidad*, el lugar que tiene en la vida personal y política, y de acuerdo a las formas en que esta se articula con las prácticas de producción y de consumo (Attwood, 2002).

En esta línea, podríamos sostener que nada es intrínsecamente pornográfico (Reed, 1994). Incluso así, aunque el intento por reconstruir la pregunta respecto a los significados posibles de la pornografía es necesario e inevitable para un abordaje del tema en su mayor complejidad, nada nos impide señalar el carácter prescriptivo de tales definiciones. La potencialidad de la pornografía para el daño parece construirse en su definición misma. Por tanto, cada postura selecciona un rasgo que considera central y que resulta potencial o efectivamente dañino u ofensivo.

Neil Thornton (1986) demuestra lo problemático que resulta el abordaje del tema; los dilemas que se encuentran en la base de los debates transforman cada posible respuesta en un laberinto que nos devuelve al punto de partida. Por un lado, es posible analizar, junto al autor, que llevar el eslogan feminista *lo personal es político* hasta sus últimas consecuencias implicaría disolver los límites entre lo público y lo privado. Parece más correcto comprender que si bien hay una línea entre lo público y lo privado, el modo liberal de trazarla es insostenible. A criterio del autor, la dicotomía liberal entre lo privado y lo público es una forma de mistificación ideológica que establece compartimentos demasiado artificiales entre dos reinos estrechamente interconectados. Ahora bien, en la interpretación que sitúa a la sexualidad como privada, los liberales han dejado inmune de la regulación estatal a ciertas manifestaciones patriarcales que son sumamente opresivas para las mujeres, por ejemplo, la violación dentro del matrimonio. En relación con la pornografía, por un lado, podría pensarse que los derechos basados en la libertad de expresión y en la intimidad protegen a los autores de productos pornográficos y a los consumidores

masculinos de pornografía al mismo tiempo que dañan los intereses de las mujeres. Esto es un claro ejemplo del modo en que “un soporte político ayuda a sostener el patriarcado” (Thornton, 1986, p. 34). Por otra parte, la prohibición legal de la pornografía reclamada por algunas feministas radicales amenaza la libertad de expresión y la libertad personal, incluyendo a las propias feministas.

Identidades y sexualidades esencializadas

Andrea Dworkin (1981), por ejemplo, entiende a la agresión masculina como una expresión directa de la biología.⁵ Este reparto sitúa a la sexualidad femenina, por contraste, como no agresiva, sensible y basada en lazos de solidaridad y mutuo apoyo. La representación de una sexualidad agresiva como exclusivamente masculina se encuentra en la base de una pornografía que celebra y refuerza el camino con el que los hombres dominan a las mujeres en el sexo heterosexual. En este contexto, la sexualidad masculina es siempre agresiva, egoísta y más o menos violenta (Bourke, 2009). De este modo se insiste en una esencia masculina ontológicamente no susceptible de transformación por hallarse incardinada en una naturaleza ahistórica y atemporalmente entendida (Osborne, 1993).

Podemos pensar que en los planteos de las feministas radicales subyace la búsqueda de una correcta forma de sexualidad, alejada de la *esencia* masculina violenta y dominante.⁶ En efecto, establecen un

⁵ Tal consideración permanece en sintonía con el punto de vista de la sociobiología, desde donde se considera que “hombres y mujeres son diferentes biológicamente en un buen número de características (cromosomas sexuales y diversos rasgos anatómicos y fisiológicos). Se observa también que ambos desempeñan roles diferentes en el entramado social [...] La explicación de los roles distintos ofrecida por la sociobiología humana reside en el principio de las estrategias diferenciales del comportamiento humano. Estas son interpretaciones surgidas de la observación de que conductas como agresión, dominación y liderazgo son propias de los machos animales y del varón. Ellas surgieron evolutivamente a partir de las tareas diferenciales en cuanto a la reproducción y a la crianza, más ligadas a las hembras y a las mujeres dada su constitución genética y fenotípica [...] Los hechos sobre el diferente papel de hombres y mujeres en la sociedad son los que se corresponden más claramente con las diferencias de sexo esencialmente biológicas” (Santilli y Roulet, 1994, pp. 200-201).

⁶ Para profundizar el debate suscitado en torno a la identidad sexual en el movimiento feminista véase capítulo 8.

notable contraste entre una sexualidad ideal y una sexualidad contaminada, o torcida. La feminista lesbiana Denise Thompson (1992), como estrategia política, señala que solo mediante el amor entre mujeres es posible crear una nueva conciencia, cuestión que, a su criterio, está en el corazón mismo de la liberación de las mujeres. Si la sexualidad masculina se ubica en el anverso de la sexualidad de las mujeres —ya que está genítalmente fijada e impulsada hacia la explotación sexual, la dominación, incluso la violencia—, entonces se trata de intentar suprimir las características negativas de la masculinidad e incorporar elementos positivos de las mujeres en la sexualidad.

La sexualidad femenina como específicamente erótica, difusa, suave, fundada en el cuidado y en el respeto de la pareja —es decir, valorada positivamente— parece teñir a tal sexualidad esencializada con un tinte sumiso. En esta línea de pensamiento, la sexualidad humana admitiría una distinción esencial entre mujeres y varones. Entonces, asumir la esencia agresiva del varón conlleva asumir la esencia masoquista de la mujer, lo cual explicaría y justificaría, al menos en una primera aproximación, la participación de las mujeres en la dominación sexual. Como plantea Jessica Benjamin (1996), algunas feministas radicales han tomado como recurso, para evitar afirmar una naturaleza femenina sumisa y vulnerable, explicar su situación por medio de la coerción, ya que “si los hombres son inevitablemente lo que son, ¿cómo podrían las mujeres no ser lo que son?” (Benjamin, 1997, p. 198). La rigidez de la complementariedad entre las identidades esencializadas (una activa y la otra pasiva, una sádica y la otra masoquista) nos conduce al inevitable desenlace de la objetivación para ambos polos identitarios.

Tal como subraya María Luisa Femenías (2008), es posible entender las identidades como esenciales o, por el contrario, como complejas construcciones políticas. Constituyen un ejemplo de la primera opción los desarrollos de Robert Jensen (1996). El autor amplía la crítica feminista radical contra la pornografía. Argumenta que el paradigma dominante de masculinidad permite actos de degradación en las películas pornográficas. Estos actos son las ventanas metafóricas

que dan la posibilidad de ver claramente las formas en que nuestra sociedad considera a las mujeres (Jensen, 2007). Para Jensen, el único modo de terminar con la pornografía y la jerarquía patriarcal es abandonar totalmente el concepto de masculinidad, dado que carga en sí la estructura patriarcal de dominación. Los actos sexuales representados sobre la pantalla constituyen un símbolo, a modo de monumento recordatorio, del modo en que los hombres ganan placer en la degradación de las mujeres. Su acercamiento teórico a la masculinidad afirma que los hombres son naturalmente competitivos, agresivos y buscan el control, la conquista y la dominación. Sus reflexiones están plagadas de argumentos que simplifican la cuestión al extremo y nos guían hacia una comprensión esencializada de las identidades.

Si, por el contrario, optamos por la segunda vía, “reconocemos la identidad en términos de construcción constante, con estabilidad homeostática y pluridimensional, donde el proceso de identificaciones múltiples implica la autodefinición, tanto consciente como inconsciente, de lo que es ser un sujeto mujer” (Femenías, 2008, p. 22) o un sujeto varón. Desde esta perspectiva, Benjamin, a partir de postulados psicoanalíticos, concluye la simpleza de, por ejemplo, el análisis de Catherine MacKinnon, quien asegura que el dominio masculino está sexualizado como placer y anclado en la identidad de género masculina. Nos dice MacKinnon que

La sexualidad se presenta como una dinámica interactiva del género como desigualdad. Detenida como atributo de una persona, la desigualdad sexual toma la forma del género; movilizadora como una relación entre personas, toma la forma de sexualidad. El género emerge como la forma congelada de la sexualización de la desigualdad entre los hombres y las mujeres. Mientras este sea socialmente el caso [...] la desigualdad de género dividirá a la sociedad en dos comunidades de interés. La masculina presenta centralmente a la jerarquía de control. La agresión contra quienes tienen menos poder se experimenta como placer sexual, como un derecho masculino. Para la comunidad femenina, en cambio, la subordinación está sexualizada, tal como la dominación lo está

para la masculina, como placer y como identidad de género (MacKinnon, 2014, p. 22).

En este sentido, es imposible separar de la sexualidad el componente de violencia. Por lo tanto, la creencia en que la violencia es sexo auspicia de postulado subyacente una demonización esencializadora excesiva (Ciclitira, 2004). Con estas afirmaciones se clausura la posibilidad de ir más lejos, como por ejemplo interrogarnos, junto con Benjamin, qué es exactamente lo que hace que la sexualidad transmita relaciones de poder, violencia y destrucción.

Según las feministas radicales más resistentes, la pornografía nada tiene que ver con el amor o con relaciones sexuales de mutualidad: su objeto es “la dominación, la violencia y la conquista” (Steinem, citado por Thornton, 1986, p. 29). Para Andrea Dworkin “la palabra pornografía no tiene ningún otro significado que dominación y violencia contra las mujeres” (Dworkin, 1981, p. 200). Como observa Denise Thompson (1992), tempranamente el feminismo radical fue muy crítico de la heterosexualidad. Lo demuestran las filosas afirmaciones que lanzaron, a finales de la década del 70, en los Estados Unidos, algunos grupos de feministas lesbianas:

Cualquier mujer que forma parte de una pareja heterosexual contribuye a sostener la supremacía masculina reforzando sus cimientos [...] Cada acto de penetración es para la mujer una invasión que socava su confianza y debilita su fuerza. Para un hombre es un acto de poder y dominio que lo hace más fuerte, no sólo por encima de una mujer sino de todas las mujeres. De modo que cada mujer que practica la penetración refuerza al opresor y al poder de los hombres (Leeds Revolutionary Feminist Group, en Thompson, 1992, p. 392).

De este modo, la heterosexualidad es el paradigma de la violencia. El sexo heterosexual es violencia, afirmación que se construye sobre la base de una identidad masculina altamente esencializada.

Carolyn Dinshaw (2008) advierte los riesgos de abordar la sexualidad de manera abstracta, por ello aboga a favor de concebirla como

una actividad que compromete a personas reales. En esta línea, Jessica Benjamin contribuye a dejar de pensar en modelos teóricos que sostienen características de la vida erótica anudadas a identidades de género esencializadas. Es posible comenzar a pensar a la identidad en su carácter intersubjetivo y relacional, renunciando a construcciones de un rasgo único y fijo (Femenías, 2008).

El espectro esencialista de la identidad de género

Actualmente, en la múltiple literatura sobre el tema, es posible hallar un relativo consenso en cuanto a comprender la configuración de la identidad personal como un fenómeno complejo en el que intervienen diversos factores. Estos van desde la dimensión intrasubjetiva hasta la adquisición de diversas capacidades suscitadas en el proceso de socialización y educación en sentido amplio (Mayobre Rodríguez, 2006). Como ya hemos mencionado, Robert Stoller (1968a) entiende por identidad de género al sentimiento de pertenencia al conjunto varón o mujer, que se establece precozmente, antes del conocimiento que cada niño tiene de la diferencia sexual anatómica y del papel de los genitales en la reproducción. Dicho de otro modo, el sentimiento que el propio niño tiene de ser varón o mujer (Lamas, 1986). En palabras de Emilce Dio Bleichmar, el

conjunto de prescripciones y prohibiciones para el ejercicio de una conducta, así como un sentimiento del ser que se reconoce (femenino o masculino) por desempeñar las actividades y conductas propias de su condición, y es reconocido por los otros en tanto se ajusta a ese desempeño esperado. (Dio Bleichmar, 1992, p. 135)

Si bien todo parece indicar que el proceso de construcción de la identidad generizada no se realiza de la misma manera en las niñas que en los niños, hay quienes no acuerdan con estas consideraciones. Por un lado, los géneros –vale decir, las normas diferenciadas elaboradas por cada sociedad para cada sexo– no tienen la misma consideración social; existe una clara jerarquía entre ellos. En esta perspectiva no faltan quienes aseguran que esa asimetría se internaliza en el pro-

ceso de adquisición de la identidad de género, que se inicia desde el nacimiento con una socialización diferencial mediante la que se logra que los individuos adapten su comportamiento y su identidad a los modelos y a las expectativas creadas por la sociedad para los sujetos masculinos o femeninos.

Desde un punto de mira que considera la alianza entre feminismo y posmodernismo, Nancy Fraser y Linda Nicholson (1992) se apartan de todo tipo de explicación que, a modo de metanarración, consolida explicaciones globales, esencialistas y monocausales. En esta línea, rechazan en bloque cualquier tipo de explicación del ordenamiento actual de los géneros basada en la socialización de los roles de género, del mismo modo que también desechan explicaciones que giren en torno a la identidad genérica. A criterio de las autoras, dicha categoría supone al menos tres premisas ineludibles:

[a] Todas las personas tienen un profundo sentido del yo que se constituye en la primera infancia a través de las interacciones con el padre o la madre y que permanece relativamente constante de ahí en más. [b] Ese yo profundo difiere significativamente en varones y mujeres pero es relativamente similar entre mujeres y entre varones. [c] Ese yo profundo tiñe todo lo que una persona hace (Fraser y Nicholson, 1992, pp. 20-21).

Es claro que el establecimiento de estas premisas las impulsa a rechazar explicaciones que integren en sus marcos conceptuales la categoría de identidad genérica. Por el contrario, autoras como Jessica Benjamin (1996, 1997) y Nancy Chodorow (1999) se han esforzado por explorar nuevas perspectivas. La búsqueda de múltiples aristas que les permitan el ingreso a tal categoría sorteando el riesgo de quedar impregnadas de esencialismo y ahistoricismo constituye un objetivo que sobrevuela sus conceptualizaciones.

Jessica Benjamin (1997) advierte que el concepto de identidad genérica trae consigo el riesgo de concebir a la misma como un todo coherente, homogéneo y uniforme. Propone, entonces, una concepción del desarrollo temprano de las identificaciones genéricas en la que la

categoría misma de identificación, en cuanto proceso intrapsíquico, es central. Sustituye la categoría de identidad genérica nuclear, así conceptualizada por Robert Stoller, por la de identificación genérica nominal, denominación con la que refiere a la representación primordial que se lleva a cabo durante el primer año de vida, producto de interacciones generalizadas (Benjamin, 1997). A criterio de la autora, la categoría de identificación genérica nominal como proceso resulta más apropiada que la de identidad genérica nuclear en cuanto producto. La perspectiva de proceso hace de la identidad un tanto más volátil, donde circulan sucesivas identificaciones, una multiplicidad en sí misma, un juego continuo de aspectos diversos, fracturados, del *self* que plasman la idea de que existen *diferencias dentro* (Braidotti, 2000). En la línea de la perspectiva que se pretende transmitir, resultan articulables, al menos en parte, algunos conceptos de Nancy Chodorow, quien propone pensar el modo en que se recrean las categorías dicotómicas de género socialmente ofertadas desde la singularidad de cada uno de los sujetos. Es así que la identidad de género conjuga producciones de significación provenientes de la cultura con aspectos procedentes de la historia libidinal e identificatoria (Aulagnier, 2004) de cada quien. Recreación constante a lo largo de toda la vida.

La concepción de *identificaciones múltiples* alienta el rechazo de concebir a la identidad en términos de coherencia y falta de ambigüedades. Si bien el sentido de pertenencia a uno de los núcleos identitarios organiza toda la experiencia genérica, la identidad plena como emanada de un núcleo delimitado y coherente, y que además clausura la condición de género replegándola sobre sí misma y clasificándola en polaridades rígidas, no es más que una de las tantas ficciones que obedece a la lógica del pensamiento moderno (Butler, 2007). El yo y su identidad muestran su faz inestable al estar sometidos, aunque sea en parte, a la posibilidad de cambio.

En este contexto, varias autoras han cuestionado el binarismo propio de la lógica moderna, desde donde realiza sus aportes el psicoanálisis en lo referente a la identidad sexual. Shulamit Reinharz (1992) rechaza la idea de posiciones fijas: prefiere pensar que nos movemos

alrededor de un *continuum*; Alison Young (1992) propone la analogía con los colores de un espectro; Mary Gergen (1992) y Jessica Benjamin (1997) se posicionan a favor de una postura superadora que intenta tender un puente entre polaridades, establecer una conexión no excluyente entre opuestos. En este sentido Denise Thompson (1992) relativiza la existencia de identidades rígidas, discretas y dicotómicamente organizadas.

Lo erótico, lo obsceno, lo pornográfico

Helen Longino (citada por Thornton, 1986) afirma que la pornografía aprueba la degradación del comportamiento sexual de la mujer, el cual queda en evidencia principalmente a través de *características contextuales*. Aunque las mujeres que participan en los materiales pornográficos son representadas con la sensación de placer sexual, por lo general, de acuerdo a la autora, aparecen disfrutando de su propia humillación, y en cada situación se insinúa que su placer sexual es subsidiario o auxiliar del placer sexual de los varones. En ese contexto, la pornografía maltrata a las mujeres al reducirlas, en la representación de los materiales, a objetos sexuales a ser explotados y manipulados para satisfacer el placer carnal de los hombres. La mujer es utilizada, entonces, para servir al deseo sexual de un hombre sin tener en cuenta su propia voluntad.

Todo parecería indicar que la naturaleza misma de la pornografía requiere que las mujeres sean tratadas como objetos sexuales. En esta línea de pensamiento es posible afirmar que en la pornografía se encuentra la aprobación de una conducta sexual que resulta humillante y degradante para las mujeres, así como la infracción más patente a su dignidad. Sin embargo, la existencia de otras pornografías específicas para otro tipo de público plantea un problema para el concepto de pornografía que manejan las feministas radicales, quienes parecen hacer referencia, principalmente, a los materiales –visuales o escritos con contenido heterosexual y sexualmente explícitos– diseñados para excitar sexualmente a los espectadores o lectores masculinos (Thornton, 1986). Aunque Helen Longino (citada por Thornton, 1986) afirma que

aun cuando en los materiales en los cuales los varones no forman parte de la acción siempre es sencillo deducir, a partir de rasgos contextuales, la degradación de las mujeres, la existencia de otras pornografías específicas, como la de gais, no deja absolutamente en claro que la pornografía sea irremediabilmente sexista.

Por otra parte, ¿todas las representaciones sexistas presentes en la pornografía desarrollan y refuerzan el sexismo y el odio hacia las mujeres en los consumidores de pornografía? En primer lugar, cualquier intervención feminista contra la pornografía debe encontrar un modo de singularizarla y distinguirla de aquello que se considera como simplemente erótico. Si, al menos momentáneamente, aceptamos junto a Thornton que por erótico podemos entender a toda representación sexualmente explícita que expone a los seres humanos de modo tal que preserva su dignidad humana, entonces podemos preguntarnos: ¿es posible tener una pornografía aceptable, es decir, representaciones liberadas de material moralmente objetable que sigan siendo una fuente de placer sexual, incluso de excitación sexual?

Desde otra perspectiva, Cassandra Amesley (1988) analiza el modo en que la definición de sexo de las feministas radicales multiplica en extremo las zonas de peligro potencial para las mujeres. En su análisis interrelaciona lo erótico, lo obsceno y lo pornográfico sin ignorar el bagaje ideológico de cada uno de estos términos. Amesley asume, como punto de partida, que en el campo representacional de la sexualidad existe un espacio que diferencia las representaciones deseables de las indeseables.

Si Thornton opone en su análisis lo erótico a lo pornográfico, Amesley, al igual que Dominique Maingueneau (2008), sitúa en los extremos del espectro a lo obsceno, por un lado, y a lo erótico, por otro. En sus intentos de cercar el significado retórico de lo obsceno concluye que, a diferencia del modo en que el término parece estar instaurado socialmente, no se corresponde de manera absoluta con la capacidad de generar sentimientos asquerosos u ofensivos. Lo obsceno hace referencia a un lugar de una extensa red en donde ciertos grupos con intereses diferentes compiten por abrirse paso y aplicar

dicho término al material que ellos desean borrar del discurso público. En este sentido, en palabras de Amesley:

el término obscenidad lleva consigo los códigos de poder y control y la capacidad coactiva de hacer cumplir la definición de un término. Por lo tanto, el debate alrededor de la pornografía *qua* obscenidad es un debate que concierne la intervención en las prácticas discursivas de sexo (Amesley, 1988, p. 92).

En esta trama, la autora sitúa la pornografía como término medio entre lo erótico y lo obsceno, y así se distancia de las feministas radicales, para quienes la pornografía es en sí misma indeseable, lo que conduce a rechazar el término de entrada. Es decir, si se trueca lo pornográfico por lo obsceno, y aceptamos el cambio terminológico, lo pornográfico queda liberado del rechazo inicial, por lo que surge la posibilidad de ponerlo a consideración, otorgarle nuevos significados y comprenderlo en su sentido retórico. En consecuencia, el intento de agregar un término más trastoca el esquema que divide la sexualidad humana en dos polos, en cuyos extremos se ubican las mujeres, por un lado, y los varones por otro, y que identifica a los varones con lo pornográfico y a las mujeres con lo erótico. Por un lado, permite un primer deslizamiento hacia una desnaturalización posible; por otro, abre la posibilidad de considerar, tal como lo formula Feona Attwood (2002), el contexto semiótico de las representaciones sexuales a fin de ubicar los materiales pornográficos en relación con las cuestiones de género, estilo, sensibilidad, dirección y forma.

Cuestiones del contexto geográfico y social, la ubicación y el acceso, la situación, el poder y las características de los grupos de consumidores, son cruciales para establecer no solo qué tipos de representaciones están disponibles para el consumo, y a quiénes se refieren, sino dentro de qué tipo de relaciones esta configuración se lleva a cabo y cómo impacta en la experiencia de los consumidores. También necesita ser investigado el contexto histórico y cultural de los materiales, ya que constituye un modo de establecer la forma en que estos

están culturalmente marcados como pornográficos o no pornográficos, como materiales restringidos o no restringidos, como representaciones de bajo, alto o mediano gusto, como peligrosos o seguros, opresivos o transgresores. La audiencia de lectura de material sexualmente explícito, y la colocación y el uso de este material en relación con la construcción de identidad de género, conocimiento, placer y comportamiento sexual se encuentran, a criterio de Atwood, influenciados por todos estos factores contextuales.

Realidad y fantasía

Como hemos visto, algunas feministas radicales asumen que la conexión entre la pornografía y la violencia sexual es absolutamente obvia; no obstante, como indica Neil Thornton (1986), falta evidencia en las investigaciones realizadas hasta el momento que develen el eslabón causal entre la pornografía y la violencia sexual. Algunas situaciones de laboratorio, en el marco de estudios conductistas, se han montado en el esfuerzo por establecer los efectos de la pornografía. Los resultados son favorables respecto a la tesis que sostiene que la pornografía causa directamente actos particulares de violencia contra las mujeres. De todas formas, es indudable lo inapropiado que resulta extrapolar una situación experimental por fuera del laboratorio del experimentador. En estas situaciones artificiales no se observa el verdadero comportamiento violento, sino un sustituto que involucra objetos representativos en una situación fingida (Williams, Cooper, Howell, Yuille y Pahlus, 2009; Carroll, Padilla-Walker, Nelson, Olson, McNamara Barry y Madsen, 2008). En consonancia, las feministas liberales afirman que los datos provenientes de las investigaciones de las ciencias sociales no apoyan las amplias generalizaciones realizadas por las feministas radicales en sus ansias de denunciar la pornografía. Aunque algunas de estas últimas citan estos datos para sustentar sus afirmaciones, las feministas liberales sostienen que es evidente la selección de los datos utilizados, por lo que hay una clara distorsión en la utilización de las múltiples investigaciones sobre los efectos de imágenes sexualmente explícitas.

La psicología conductista no es un basamento lo suficientemente sólido para demostrar una conexión causal entre el consumo de pornografía y la violencia sexual contra las mujeres. El punto flaco que torna vulnerable tales pretensiones parece estar en la distinción crucial entre la fantasía sexual y el mundo de la acción humana.

Si suponemos que la violencia de los varones es un eslabón causal inmediatamente posterior al empleo de pornografía, en donde el comportamiento se ve obligado a poner en marcha lo representado en esta última, delimitamos un modelo de ser humano gobernado por estímulos y respuestas en el cual la fantasía avanza y coloniza la motilidad misma. Siguiendo estas coordenadas, abordar la pornografía como la violencia contra las mujeres, o como la mascarada de un comportamiento sexista, implicaría confundir fantasía y realidad, ya que “la pornografía no es una representación en palabras o cuadros de un mundo de verdaderas personas y acontecimientos, sino la representación de un mundo de ficción” (Thornton, 1986, p. 36). También para Jessica Benjamin los conflictos que suscitan los debates sobre la pornografía refieren, en última instancia, a la disyunción entre fantasía y realidad. La autora se muestra en contra de considerar que los contenidos de la pornografía develen la verdad oculta en la realidad, específicamente la dominación y destrucción inherente a la excitación sexual de los varones, tal como lo afirma Dworkin.

Equiparar lo que expresa la pornografía a lo que todos los varones requieren en su vida sexual no parece ser conveniente a los fines de conseguir argumentos sólidos. Por otra parte, tal como señala Benjamin, estas afirmaciones dan por sentado que los deseos del ser humano son sencillamente lo que parecen, por lo que desarticulan la compleja trama que el psicoanálisis ha tejido entre deseo, sexualidad y fantasía. El excesivo acento en la dimensión de la fantasía ha llevado a algunos psicoanalistas a buscar la verdad del sujeto en las formaciones inconscientes que emergen como producto del levantamiento de la represión. Por el contrario, algunas feministas han colocado en primer plano el significado traumático de los acontecimientos reales. Confundir estos planos implica equiparar las representaciones de la

fantasía con la realidad; por tanto, no distinguir entre lo concreto y lo simbólico. Los movimientos antipornografía, en general, incurren –a criterio de Benjamin– en este error y atribuyen a las imágenes pornográficas la misma eficacia traumática que los hechos reales. La argumentación, entonces, se plantea en términos de efectos reales. En palabras de la autora:

La violencia real no puede limitarse a la relación especular con la excitación sexual ni ser contenida por ella; excede la representación. La Pornografía, con algunas excepciones, nos limita a la imagen, la escenificación, la hazaña simulada. [...] Clausura el espacio entre el símbolo y el objeto, y hace que el objeto representado parezca ser ‘la cosa’ que provoca excitación, pero la cosa es precisamente no real (Benjamin, 1997, p. 224).

Ahora bien, las líneas argumentativas de Neil Thornton y Jessica Benjamin parecen, aunque más no sea por momentos, ir demasiado lejos. Pensar las representaciones que se despliegan en los materiales pornográficos como un mundo desprovisto de realismo no se transforma en un alivio para la violencia entretejida en la realidad de muchas mujeres, muy bien documentada (Kitzinger, Wilkinson y Perkins, 1992).

Thornton parece advertir estos desvíos y aclara que indudablemente fantasías pornográficas y conducta sexual se conectan y articulan de algún modo. Sea como fuere, cualquiera que sea la conexión no puede ser tan directa y sencilla como el modelo conductista nos haría creer. Este modelo de condicionamiento no tiene lugar para incluir la complejidad que supone incorporar la categoría de fantasía en los escenarios de la sexualidad y de la pornografía. Algunos esfuerzos pueden haberse vistos perjudicados al buscar respuestas y aliados en teorías pobres. Como resultado, algunos análisis de feministas radicales respecto de la pornografía simplifican demasiado la conexión entre la fantasía sexual y el comportamiento. Por un lado, reducen la sexualidad humana al acto sexual (genital); por otro lado, ubican la dimensión de la fantasía con el poder de influenciar directamente sobre el comportamiento.

En tal sentido, sostener que la pornografía ejerce una influencia directa sobre la constitución del carácter sexual masculino no solo implica afirmar la existencia de un carácter sexual masculino específico, sino que también supone que la identidad sexual del ser humano se encuentra completamente determinada por los discursos sociales. Por ejemplo, MacKinnon (2014) da por sentado que la psicología de los géneros opera a través de la definición social de los varones y las mujeres (Benjamin, 1997). Muchas feministas suponen que la pornografía es capaz de moldear la vida de las personas; esto explica que no duden en afirmar que las construcciones sexistas de las mujeres en el interior de la pornografía se transfieren a la conducta interpersonal.

Según Esther Reed (1994), la pregunta no es acerca de las imágenes *per se*, sino acerca de cómo son percibidas. Una representación de actividades se convierte en pornográfica debido a las formas convencionales en que las representaciones son vistas. Elizabeth Wilson menciona que la imaginación es ‘pornográfica’, no la imagen (Wilson, citada por Reed, 1994). La pregunta no es de contenido sino de forma, producción y consumo. Reed intenta deshacer el concepto de pornografía. Antes que apelar a los rasgos diferenciales con otros materiales a la hora de definir lo sexualmente explícito, prefiere apelar a los *reinos de la representación*.

Reed afirma que la fuerza del llamado enfoque posmoderno permite, en primer lugar, establecer las reglas sociales como centro de atención. En segundo lugar, rechaza la homogeneización de la cultura occidental como monolíticamente patriarcal en su uso de imágenes pornográficas. Por otra parte, si es cierto que el material es pornográfico solo en términos de la forma en que se usa, podemos suponer que toda la pornografía es ilusoriamente creada de manera independiente de los hechos que se despliegan efectivamente en el mundo real. Tal posicionamiento transforma problemáticas centrales –la explotación sexual, la comercialización y la trata de seres humanos, o las normas que regulan la explotación sexual– en completamente irrelevantes dentro de los términos del debate sobre la pornografía.

Esencias versus construcciones políticas

Sin duda el feminismo ha permitido vincular la pornografía con procesos sexistas más generales, con un malestar cultural mucho más amplio y profundo. Sobre todo, el feminismo radical sostiene que la pornografía reproduce, despliega y propaga significaciones que constituyen una expresión directa que recapitula la estructura del patriarcado de un modo crudo y desenmascarado, a modo de un monumento recordatorio de la subordinación de las mujeres que se alza en medio de nuevos sexismos, sutiles y sofisticados, que entretejen una igualdad ilusoria entre los sexos.

Es así como las feministas radicales se han centrado en la pornografía como una de las fuentes principales de sexismo, como una manifestación ideológica nodal de la dominación sexual patriarcal. Al realizar un análisis desde un punto de vista unitario (Segal, 1998), es posible pensar que las feministas radicales tomaron a la pornografía como representante metonímica de la totalidad del patriarcado. Mientras los ataques van dirigidos hacia aquel blanco claramente localizado, el sexismo, naturalizado, sigue filtrándose de manera masiva, y sutilmente cifrado, a través de múltiples expresiones culturales.

Esencializar la identidad de género masculina como modo de luchar contra la pornografía y el patriarcado ha sido una estrategia de cierta línea del feminismo, a la que es posible contraponer una profunda reflexión sobre las coordenadas políticas que subyacen a las identidades de género. Si optamos por esta última opción, podemos pensar en las identidades masculinas en términos de reproducción de patrones que se encuentran en la base de la masculinidad hegemónica y generan una plataforma identitaria que otorga reconocimiento e inteligibilidad social a quienes degradan a las mujeres, social y sexualmente. La vinculación existente entre el reconocimiento alcanzado por la reproducción de los patrones normativos que integran la homosocialidad y la violencia sexual contra las mujeres ya ha sido convincentemente demostrada (Flood, 2008). Si, tal como afirma Nancy Chodorow (1984), la identidad de género masculina se constituye de manera reactiva ante lo femenino rechazado, entonces el repudio continuo hacia las mujeres

no solo posibilita a los varones la obtención de reconocimiento por otros miembros del grupo sino, también, la autoafirmación del propio sentido de mismidad.

Como fuere, ante cierta línea del feminismo que opta por esencializar las identidades, es posible deslindar otros posicionamientos, como el de María Luisa Femenías (2008), que nos conducen a pensar el modo en que las identidades de género constituyen complejas construcciones articuladas en el contexto de un mundo en que los géneros conllevan significados unívocos y esencialmente inalterables, y claramente sirven al cumplimiento de una política patriarcal de regulación y control social/sexual. Esta perspectiva instala un viraje en sintonía con el modo en que la perspectiva *queer* entiende el modo en que el género es asumido bajo coacción a diario. La perspectiva *queer* en relación con las identidades de género ha insistido en el alejamiento del esencialismo para comenzar a decodificar los mandatos de género como datos que responden a estrategias de poder (véase capítulo 5). Desde allí es posible, tanto para mujeres, varones y otras localizaciones subjetivas/políticas alternativas al binario, emprender la búsqueda de nuevas figuras de lo erótico que escapen a las capturas pornográficas de las formas patriarcales de sexualidad.

Identidad y feminismo: Allison Weir y Morwenna Griffiths

Sin duda, el debate sobre la importancia de la identidad, tanto individual como colectiva, es central en la teoría feminista contemporánea. La especificidad del problema analizado hasta el momento lo contiene y lo plasma de modo ejemplar. Sin embargo, si quisiéramos mencionar dos notables contribuciones a este debate nos referiríamos a *Sacrificial Logics: Feminist Theory and the Critique of Identity* de Allison Weir (1996) y *Feminisms and the Self: The Web of Identity* de Morwenna Griffiths (1996). Tanto Weir como Griffiths se preocupan por la relación entre las identidades individuales y colectivas y por las implicaciones de esta relación para una política feminista. El debate que se libra en el campo del feminismo en torno a la identidad nos ins-

ta a pensar los complejos anudamientos entre subjetividad y campo social, dado que la identidad se produce por esta doble inscripción. Ambas pensadoras se aproximan a esta problemática, aunque de diferente forma. Allison Weir cuestiona de manera continua el supuesto que solo concibe a la identidad –y especialmente a la identidad femenina– como constituida a través de la represión, la negación y la sumisión. Tal supuesto circula desenfrenadamente en las propuestas filosóficas que se despliegan desde Simone de Beauvoir hasta Jacques Derrida.

Weir argumenta convincentemente que esta lógica de la identidad como negativa y sacrificial constituye un verdadero problema para muchas feministas cuando intentan subvertir su carácter paradójal. Esta lógica negativa de la identidad se torna sacrificial porque se funda en el sacrificio y la exclusión de la diferencia. Muchas propuestas que provienen del campo del feminismo proponen una identidad relacional con la esperanza de corregir el exceso con el que se prioriza la separación –entendida como el ideal normativo para el logro de la identidad masculina–. Weir señala que un modelo feminista para comprender la identidad debe incluir la diferencia, la conexión y la heterogeneidad, e insta a las feministas a no renunciar tan fácilmente a la abstracción y, por lo tanto, a la capacidad crítica.

Morwenna Griffiths sitúa su propuesta conceptual dentro de la tradición filosófica analítica, aunque también se inspira en la filosofía continental, señalando cierta superposición entre estos enfoques. Ella piensa la identidad en términos de una red. Argumenta en contra del sesgo masculinista de la filosofía tradicional que privilegia concepciones de autonomía, egoísmo y racionalidad, y aboga a favor de construir un marco epistemológico que parta de la experiencia. A sabiendas de que el campo de la epistemología feminista es diverso, Griffiths discierne que toda epistemología que se postule como feminista debe ocuparse de las condiciones sociales a partir de las cuales la conciencia subjetiva del *self* femenino se pliega. Por otra parte, debe intentar dar respuesta a la devaluación y la opresión social de las mujeres y de las niñas –que suele traducirse en una autodevaluación–; por lo tanto,

toda postura epistemológica feminista es ético-política. Por último, debe concebir las producciones de conocimientos feministas como una *continua espiral*, por lo que debemos contar con una vigilancia epistemológica que nos aleje de la seducción que ejercen los conceptos inmutables y estables.

A partir de sus consideraciones epistemológicas, Griffiths deriva cuatro principios metodológicos que hacen de la experiencia un elemento central en la adquisición del conocimiento:

(M1) solo puede obtenerse utilizando un método que permita reflexionar sobre la experiencia, (M2) utilizando la teoría, (M3) en una serie de diferentes perspectivas grupales/políticas lo que pondrá en cuestión esa experiencia; todo lo cual (M4) indica un proceso interminable de retorno a los conocimientos previos usando las nuevas percepciones para utilizar, luego, el resultado para volver a trabajar las nuevas percepciones (Griffiths, 1996, p. 68).

Para demostrar estos principios metodológicos se basa en lo que ella llama *autobiografía crítica*; es decir, autobiografía que describe las experiencias de vida e incorpora también la política y la teoría. Al partir de la perspectiva concreta de que las mujeres reflexionen sobre su propia situación como mujeres, Griffiths espera alejarse de la falsa universalización en la filosofía tradicional hacia una abstracción situada.

La autora despliega una propuesta para pensar la propia identidad como una red que está constituida en parte por las circunstancias materiales y que surge de nuestras interacciones con los demás. Griffiths sostiene que hay una dimensión social y política irreductible a la propia identidad. Además, afirma que no debemos olvidar que las emociones, la racionalidad y la autonomía se construyen dentro de un contexto social y político. En este contexto, la autora apela a la idea de pertenencia y sus correspondientes sentimientos de resistencia, amor, rechazo y aceptación para ilustrar cómo construimos nuestras identidades. El detallado relato de Griffiths sobre el *self* desde el punto de vista de las emociones difiere de manera notable de la tradición filosófica occidental dominante. Ella argumenta que los sentimientos y las

emociones se construyen políticamente. En contextos sociales específicos aprendemos los modos de responder racionalmente y también los modos en que nos sentimos. Tanto la racionalidad como los afectos se entretrejen políticamente, los juicios sobre quién es racional y los juicios sobre cualidades de afectos dependen de la validación de comunidades que están sujetas a normas sociales y políticas históricamente situadas.

Griffiths expande sus consideraciones sobre las emociones para incluir dos de estas que son centrales del yo: la autoestima y la autocreación. Señala que en las teorías generales de la construcción del yo no se presta atención a cierto conjunto de emociones tales como la crueldad, la humillación, la dominación, el orgullo y la vergüenza. La autora se refiere a los modos hegemónicos que rigen la creación del yo actualmente: la autonomía, en el sentido de la creación del sí mismo, y la conecta con la dominación y la crueldad, que señala como específicamente masculinas y no femeninas. En contraste con Weir, Griffiths acepta la ecuación que anuda separación y autonomía con dominio, y rechaza ambos como típicos de un sesgo filosófico masculinista. Para ser justos, Griffiths aboga por una redefinición de la autonomía como autocreación. Este concepto de autocreación debe contener tanto la importancia de la autodeterminación como la del conocimiento de que una vida que vale la pena incluye relaciones.

Griffiths concluye que la transformación no solo es posible, sino que es inevitable tanto en el nivel personal como en el colectivo. Ofrece una nueva metáfora de un *self* entendido como un entretrejido a partir de retazos o fragmentos, forma que permite tomar cabal dimensión del modo en que somos agentes, en múltiples niveles de complejidad, de un proceso de autocreación.⁷

Weir examina cómo la identidad ha sido concebida en el trabajo de varias teóricas feministas: Simone de Beauvoir, Judith Butler, Nancy Chodorow, Jessica Benjamin, Jacqueline Rose, Luce Irigaray y Julia Kristeva. Para cada una de estas teóricas feministas el concepto de

⁷ Idea absolutamente deudora de la concepción freudiana del yo como raudal de identificaciones (Freud, 1979h), y en franca sintonía con la idea de un yo como instancia subjetiva sometida a proceso identificatorio, tal como la conceptualiza Piera Aulagnier (1991a).

identidad –de un modo u otro– juega un papel central. De hecho, Weir argumenta a favor de cuestionar la categoría de identidad como punto de referencia del feminismo, si es que su meta es el cambio social. Su examen enfatiza la identidad subjetiva, aunque reconoce que el análisis de la propia identidad implica inevitablemente discutir la identidad colectiva, la identidad social y el impacto que la misma noción de identidad tiene en el lenguaje, como criterio organizador que coagula significados. Weir sostiene que las teóricas feministas han equiparado erróneamente la identidad con la represión y es esta formulación de la identidad como represión la que conduce a la teoría feminista hacia un callejón sin salida. La autora muestra cuán penetrante es este modelo de identidad. La impresionante variedad de teóricas feministas que ella analiza puede agruparse en dos enfoques: las feministas que optan por el psicoanálisis de las relaciones objetales y las feministas posestructuralistas. Si bien existe una cierta superposición entre estos enfoques, en términos generales, las feministas que echan mano del psicoanálisis entienden la identidad como constituida primariamente a través de las relaciones con otros, mientras que las feministas posestructuralistas ven a la identidad como constituida primordialmente por pliegues, juegos o dinámicas específicas del lenguaje, los discursos o la cultura, según el caso. Para Weir, tanto el enfoque psicoanalítico de las relaciones objetales como el enfoque posestructuralista aceptan equivocadamente la noción de que la identidad supone una lucha o enfrentamiento entre el *self* y el otro.

La lectura de Weir nos dice que las feministas en su conjunto aceptan la noción de que la identidad implica dominación y exclusión. Mientras se utilice esta categoría, sin examinar sus supuestos, las teóricas feministas se verán obligadas a rechazar a la identidad como un ideal positivo para las mujeres.⁸ A criterio de la autora, las raíces de tal supuesto problemático se encuentran en la interpretación que de Beauvoir realiza de Hegel; referencia que ha permeado la mayor parte de las propuestas conceptuales del feminismo.

⁸ Véase el capítulo 5 para obtener otras razones por las que sospechar de la categoría de identidad.

Las teóricas de las relaciones de objeto, como Chodorow, alimentan una idea del yo como intersubjetiva y relacional. Weir afirma que este enfoque combina la separación con la dominación y, desde allí, rechaza la separación. Sin embargo, este rechazo de la separación plantea el problema de la inadecuada diferenciación del yo respecto de otros. Las feministas posestructuralistas, como Butler, ven al yo como constituido a través de los sistemas simbólicos del discurso y del lenguaje. Weir observa en esta concepción posestructuralista un componente necesariamente restrictivo y represivo que lleva a Butler y a otras feministas enfiladas en la misma perspectiva a rechazar la identidad en su totalidad. Entonces, desde estas reflexiones puede entenderse la preocupación de Weir: el rechazo de la identidad o la inmersión en la identidad de los demás deja a las feministas sin base para la solidaridad y la acción política.

A partir de aportes de Julia Kristeva, Weir intenta imaginar nuevas coordenadas para pensar la identidad, fuera de la pregnancia que imparten las ideas de negación y represión. La obra de Kristeva se caracteriza por una serie de ambivalencias. Entre ellas cavila una identidad basada en una lógica de la exclusión y una identidad que incluye la diferencia y la heterogeneidad. Weir extrae este segundo aspecto. La marca posestructuralista de Kristeva se manifiesta en su idea de un sujeto articulado discursivamente. Sin embargo, Weir detecta en Kristeva una concepción de lenguaje que lo sitúa como una interacción compleja entre práctica y estructura. Esta visión del lenguaje como práctica, más que como simple estructura, incluye una dimensión social en la subjetividad, que la rescata de la ahistoricidad propia de las aproximaciones de raigambre estructuralista.

Entonces, la teoría de Kristeva proporciona un modelo de identidad para las mujeres más adecuado a los ojos de Weir, pues al conectar la participación del lenguaje y de lo simbólico con aspectos sociales, evita equiparar la identidad con la represión y la exclusión. Es así que Weir argumenta que la teoría de Kristeva no da lugar a una lógica sacrificial de identidad, sino que permite un complejo modelo de identidad que incluye heterogeneidad y diferencia. El modelo de identidad

de Kristeva produce un nuevo tipo de subjetividad, un *sujeto en proceso* (Weir, 1996, p. 178). Esta idea de un *sujetø* en proceso reconcilia la necesidad de unidad y diferencia. El infante logra su identidad a través de la identificación con un *otrø* que participa en el sistema sociosimbólico del lenguaje. Este proceso de identificación, a criterio de Weir, evita la trampa de repudiar completamente al *otrø* y, por otra parte, elude la identificación absoluta con *el otrø*. Dicho modelo de identidad presente en Kristeva evita la lógica sacrificial de identidad encontrada en el resto de la escena académica del feminismo.

Dado que este modelo de identidad no exige ni exclusión *del otrø*, ni identificación total con *el otrø*, proporciona una forma de conceptualizarla que puede incorporar la diferencia. Además, la socialidad es el núcleo de este modelo de identidad, que explica la capacidad de participar en el mundo social y, por lo tanto, de cambiarlo. Weir concluye su libro instando a las feministas a adoptar un modelo de *self* que incluya la diferencia, la conexión y la heterogeneidad. Defiende un concepto de identidad como “la capacidad de experimentarse uno mismo como participante activo y relativamente coherente en el mundo social” (Weir, 1996, p. 185). Dos características esenciales de esta identidad son la reflexividad y la intersubjetividad. Por reflexividad la autora entiende la capacidad de reflexionar sobre las elecciones y la identidad propia. La intersubjetividad refiere a las marcas de las elecciones que se realizan y al carácter socialmente construido de las identidades que se asumen; es decir, son los productos de la interacción social.

Tanto la reflexividad como la intersubjetividad implican un significado que es a la vez un proceso social e individual. Weir sostiene que el intento de conciliar diferencias y contradicciones en la propia identidad es esencial para no articularnos como *sujetøs* en términos sacrificiales. Argumenta que las capacidades de autoconocimiento, autorrealización y autodirección son esenciales para la capacidad de un individuo para definir y problematizar su propia identidad.

Tanto Weir como Griffiths teorizan a la identidad individual como inextricable de lo social. Ambas defienden una visión de la identidad

construida mediante recursos sociales como el lenguaje, las instituciones y la cultura. Lo central de cada argumento es el deseo de proporcionar un modelo de identidad que pueda explicar tanto la crítica social como la acción política. Este es un tema crucial para las feministas. Las dos autoras contribuyen a comprender cómo los modelos actuales de identidad impiden los objetivos feministas de la crítica y la transformación social. Y cada una provee un modelo de identidad que considera aspectos sociales sin renunciar a la capacidad de crítica social.

Respecto a Weir, considero que la red de arrastre por la que sistemáticamente filtra a la teoría feminista supone la destrucción de muchos supuestos básicos sin una propuesta clara en su lugar. Las críticas que realiza sobre el feminismo psicoanalítico norteamericano anclado en la teoría de las relaciones objetales son agudas. Sin embargo, su matriz crítica pierde contundencia de cara a lo que la autora denomina feminismo posestructuralista. El modo en que Weir tematiza los abordajes que Butler hace respecto a la identidad constituyen la última forma en que yo lo haría. Por otra parte, la caótica superficie textual que traza la deriva de la escritura de Kristeva hace del hallazgo de Weir casi la proyección de un anhelo, lo cual no quita potencia a su propuesta, aunque no debiera estar tan contundentemente anclada allí. Acuerdo con Amal Treacher (1999) en que el constructo de Weir acude demasiado a la cognición y al conocimiento consciente y, por tanto, elude las preguntas teóricas complejas sobre la identidad, las identificaciones inconscientes y aspectos de nuestro *self* tales como ausencia y carencia, y cómo estos procesos inconscientes estructuran, junto con lo social, el modo en que nos reconocemos a nosotrøsmismø y al otrø, hablamos, actuamos, sentimos y transformamos. Aun así, admite la importancia para el feminismo de trazar un campo más complejo que tenga más en cuenta la multiplicidad de identidades y experiencias para que la acción política y social se realice efectivamente.

Capítulo 5

La vertiente *queer* de Judith Butler

Teoría *queer*

El término *teoría queer* aparece como el novedoso título de una conferencia organizada por Teresa de Lauretis en 1990. Desde entonces tal expresión ha impactado de forma notable en la teoría feminista y de género, así como en los estudios gays y lésbicos, por su capacidad de problematizar y desestabilizar las categorías de pensamiento utilizadas hasta el momento (Watson, 2005). En primer lugar, la teoría *queer* ofrece un modo de abordar la sexualidad más allá de cualquier etiqueta que denote desviación o normalidad. Tan es así que la seductora utilización del término *queer* ha proliferado desde entonces debido a su potencia disruptiva (Hemmings y Grace, 1999). Si bien para varios intelectuales este término se convirtió casi de inmediato en una categoría conceptualmente vacía de la industria editorial, cooptada por las instituciones que pretendía dismantelar, la teoría *queer* muestra un ritmo de producción acelerado y desordenado que se ha independizado de su intención inicial, más ligada a una provocación que a una posición teórica consistente. Es así que parece configurarse como una oposición radical a la norma, una forma de resistencia a la homogeneización cultural que permite contrarrestar los discursos dominantes a través de otras construcciones y posicionamientos subjetivos en el interior de una cultura heteronormada.

Queer puede ser traducido como extraño, torcido o raro. Su uso ha servido como un insulto denigrante para señalar a quienes son identifi-

cados fuera de los alcances de la sexualidad hegemónica y normativa. Sin embargo, el término fue resignificado y apropiado en un sentido positivo, de tal modo que la posición marginalizada y excluida que designa lo *queer* deja de ser una localización indeseada. En este sentido, *queer* designa la asunción orgullosa y afirmativa de una posición subjetiva radicalmente novedosa que no pretende ingresar en los marcos normativos, como tampoco liberarse mediante afirmaciones identitarias disidentes; más bien pretende subvertir o socavar el dimorfismo sexual como principio de inteligibilidad cultural, que torna al sexo dicotómico, hetero y estable mediante una semiotización jerarquizante de la diferencia (Maffía, 2010). En este sentido, no pretende hundir sus raíces en las subjetividades a través de identidades fijas y monolíticas (Gedalof, 2000). Lo *queer* supone la fluidez del movimiento continuo, la no captura en las categorías que ofrece la norma: admite la ambigüedad, el no lugar, el tránsito, el estar entre. Por tanto, más que una identidad, *queer* señala una disposición o un modo de vivir.

La teoría *queer* ha sido influida por los aportes del posestructuralismo y del psicoanálisis que se refieren a la identidad, la sexualidad y al papel de lo simbólico en la construcción de las mismas. Los primeros trabajos en ella estuvieron influenciados por la obra de Michel Foucault (2008a, 2008b), Judith Butler (2007), Eve Kosofsky Sedgwick (1998) y Gayle Rubin (1989). La atención se focalizó en la deconstrucción, desmontaje y desafío de la heterosexualidad hegemónica que impregna los arreglos culturales actuales y articula todo el espectro de las expresiones y deseos sexuales, e incluye las identidades sexuales dominantes y marginadas.

En algunos aspectos, Jacques Lacan fue especialmente influyente al destacar la precariedad de la identidad (Glynos, 2000; Leeb, 2008) y la noción de un yo constituido a través del encuentro con lo simbólico. Del mismo modo, varios autores han explorado las construcciones binarias, presentes en la constitución de las identidades sexuales y de género, desde un enfoque que privilegia los efectos discursivos del lenguaje. Sin duda, el pensador más referenciado en las producciones reunidas en este campo de estudios es Michel Foucault (2008a, 2008b).

Sus ideas sirvieron como marco fundamental para el surgimiento de la teoría *queer*. Foucault ilustra el modo en que la sexualidad se constituye como tal al ser tomada como objeto de determinados saberes institucionales. Esto significa que mediante el examen de los discursos fue posible comprender cómo ciertos actos y conductas se transformaron en blanco de determinados discursos y, por lo tanto, fueron sujetos al poder disciplinario y así entrampados en identidades –como la homosexual, entre otras categorías que a lo largo de la historia han surgido para capturar la disidencia sexual– interiorizadas a modo de atributos esenciales. La identidad, en los escritos de Foucault, alude a aquella instancia que *sujeta*, históricamente constituida –nunca ahistórica–, acerca de la cual el saber predica la verdad. El artilugio ideológico que devela Foucault es que el saber extrae su fuerza del poder, no de la verdad –después de todo, la verdad, al igual que el *sujetø*, no es más que un efecto.¹ Este enlace entre discurso e identidad constituye el corazón de la teoría *queer*. Foucault también afirmó que el poder no es una propiedad ejercida por una mayoría dominante, sino que se trata de relaciones e interacciones. Resulta particularmente importante para la teoría *queer*, sin embargo, la idea de *resistencia*: en cualquier relación en la que opera el poder también se produce la posibilidad de la resistencia (Foucault, 2012; Minton, 1997; Halperin, 2007).

El impacto del pensamiento del filósofo francés produjo, de este modo, un giro radical antiesencialista en la forma en que se venía pensando la identidad sexual (Evans, 1997; Basaure, 2009; Green, 2010). Como señala Ofelia Schutte:

a partir de la década de los ochenta, la influencia del posestructuralismo y particularmente de la última etapa de las obras de Michel Foucault cambió –o quizá sería más apropiado decir giró en una nueva dirección– la interpretación del análisis de la sexualidad y

¹ Destacamos las palabras de Foucault: “Hay efectos de verdad que la sociedad occidental [...] produce a cada instante. Se produce la verdad. Estas producciones de verdades no pueden disociarse del poder y de los mecanismos de poder, porque estos últimos hacen posibles, inducen esas producciones de verdades y, a la vez, porque estas mismas tienen efectos de poder que nos ligan, nos atan. Lo que me preocupa son esas relaciones verdad/poder, saber/poder” (Foucault, 2012, pp. 73-74).

de la noción de género entre grupos feministas norteamericanos [...] a lo cual se unió la crítica del uso de concepto de género en su versión ligada a la oposición binaria masculino/femenino (Schutte, 1994, p. 11).

De estos aportes se desprenden los principios fundamentales de la teoría *queer*, los cuales se contraponen a –pero surgen a partir de– varias fuentes teóricas provenientes de los estudios gays y lésbicos de los años 70 y 80 en Estados Unidos (Giffney, 2004). Este contexto sociopolítico albergó el proyecto de liberación de identidades sexuales no subsidiarias de la heteronormatividad. Es así que la teoría *queer* configuró una respuesta a los retos que planteaban tales políticas de identidad en el marco de los movimientos de liberación gays, lésbicos y de otras minorías (Sawiki, 1991). En este contexto, el sexo comienza a pensarse como una ficción regulatoria (Femenías, 2003) que, como tal, debe ser desnaturalizada. Para ello la teoría *queer* ancla el género en el lenguaje performativo para desvincularlo de los alcances del pretendido determinismo biológico del sexo.

Resulta evidente, por otra parte, que estøs intelectuales se expresan de forma más deconstructiva que propositiva; por este motivo no sería muy razonable imaginar a la teoría *queer* como la formulación de un cuerpo organizado de enunciados o un conjunto de ideas más o menos homogéneas. El intento de cercar una posible descripción o definición de lo *queer* trae consigo un carácter polémico: conceptualizar una perspectiva que claramente hace hincapié en la incognoscibilidad radical de sus formaciones futuras no deja de ser una ambición paradójica. Toda construcción de conocimiento estable y coherente se produce simultáneamente, en el interior de esta teoría, con sus limitaciones o con su caducidad (Weeks, 2012).

Por otra parte, la teoría *queer* se caracteriza por una variedad de métodos que interrogan los modos normativos de deslindar la sexualidad y su relación con la identidad. Hunde sus raíces en la deconstrucción posestructuralista (Morris, 2004) para revelar la constitución histórica de la sexualidad y del género. En este contexto cobran especial relevancia categorías tales como *heterosexual*, *gay* y *lesbiana*;

se enfatiza fundamentalmente su reificación en identidades estables (Brickell, 2006). La perspectiva *queer* devela, entonces, el carácter de construcción frágil e inestable que subyace a la ficción de posiciones sexuales fijas aglutinadas en identidades binarias, coherentes, discretas, monolíticas e invariables, como también se interesa por los complejos anudamientos existentes entre género y sexualidad (Butler, 2001a; Wright, 2005; Richardson, 2007; Jagose, 2009).

El blanco de la oleada deconstructiva se dirige, de manera privilegiada, hacia el modo en que las sociedades asumen y reiteran un encadenamiento causal y coherente entre sexo-género-sexualidad. Las normas sociales de género pretenden capturar los cuerpos, los identifica como *machos* o como *hembras*, determina un género linealmente asignado (masculino o femenino) y los orienta de acuerdo a una única dirección del deseo (al sexo/género opuesto). El proceso a través del cual se producen y reiteran compulsivamente los cuerpos dimórficamente sexuales (Hird, 2004), por un lado, y la norma heterosexual, por otro, se inscribe en esta lógica, que asegura el mantenimiento de la continuidad y de la coherencia entre sexo-género-deseo (Butler, 2007). La lógica que da las directrices y los límites para pensar a los sujetos y a las prácticas es binaria. Fuera del binarismo que entreteje todo este artilugio ideológico se sitúa lo impensable, lo ininteligible... lo *queer*.

Dentro de los dominios fluctuantes de la teoría *queer* la discontinuidad y la incoherencia no son atributos que deben ser evitados a cualquier costo. Por el contrario, la discontinuidad o incoherencia por parte de quienes no se conforman a las normas de inteligibilidad cultural por las que deberían ser definidos, sostienen formas de pensamiento que resisten, cuestionan y rompen los límites de las prácticas e identidades sexuales establecidas (Khayatt, 2002).

Retomando un aspecto ya señalado, parece claro que la nomenclatura *queer* resulta engañosa, pues no constituye un sistema claramente unificado de trabajo; más bien se trata de una perspectiva utilizada por diversas disciplinas para explicar no solo el modo en que se constituyen las identidades, sino cómo se reproducen. De alguna forma, las identidades (sexuales, de género, entre otras) pueden entenderse como

producciones narrativas y relacionales (McNay, 2003), y no como identidades estables preexistentes.

Como fuere, aunque fuertemente criticada y resistida, la teoría *queer* se ha convertido en un importante movimiento intelectual en los últimos tiempos. Como tal, ofrece una nueva lente para examinar y entender las relaciones sociales y las dinámicas culturales. Propone un nuevo punto de mira epistemológico y un conjunto de consideraciones metodológicas para examinar, analizar y comprender críticamente las relaciones sociales, en particular las organizadas en torno a construcciones actuales que involucran la sexualidad y el deseo (Valocchi, 2005). Además, pone de relieve la centralidad de las relaciones de poder y destaca la necesidad de examinar y comprender los contextos de manera histórica, geográfica y política.

Feminidad primaria e identidad de género después de Judith Butler

La idea de feminidad primaria, ya sea ligada a la producción y registro psíquico que se desprende de la especificidad de un cuerpo anatómico (véase capítulo 1), o enlazada a la producción y registro psíquico que se articula a partir del juego identificatorio que circula en los vínculos tempranos (véanse capítulos 2 y 3), ha contribuido a alimentar/complementar, desde un punto de vista psicológico, la identidad *mujer* que aglutina la política feminista (véase capítulo 4). Desde el punto de vista de Judith Butler, este “grupo de seres corporizados en la posición social de ‘mujeres’ que ahora, bajo el nombre de feminismo, tienen algo distinto que decir” (Butler, 1992, p. 75), se identifican entre sí no solo apelando a una identidad política. Comienza a configurarse una identidad subjetiva culturalmente construida, una sensación sentida por el yo. Es así que la autora se interroga sobre la existencia de un grupo de características femeninas específicas ligadas naturalmente al hecho de ser mujer. Butler se propone cuestionar la integridad ontológica de la categoría *mujer* tal como se articula en el feminismo radical norteamericano (véanse capítulos 4 y 8).

El psicoanálisis ha contribuido a esta línea problemática. Sobre todo en su versión norteamericana, esta teoría ha buscado cercar los momentos del desarrollo en los que se adquiere la identidad de género. Tan es así que, en palabras de Butler:

la teoría psicoanalítica ofreció a la teoría feminista una forma de identificar y fijar la diferencia entre los géneros a través de una meta-narración de desarrollo infantil compartido y al mismo tiempo ayudó a las feministas a mostrar la forma en que la misma noción de sujeto es una prerrogativa masculina dentro de los términos de la cultura (Butler, 1992, p. 77).

Las reformulaciones que la autora ha realizado en torno a tal categoría multiplican las controversias. Para Butler (1990), el género no es una identidad estable, sino más bien una identidad débilmente constituida en el tiempo a través de una repetición estilizada de actos. Un yo generizado de manera permanente es una ilusión. Claramente se produce una ruptura con el modelo sustancial de identidad que, por ejemplo, subyace a la propuesta de Stoller (1968a).

Entonces, Butler (1990) vincula la idea de una identidad de género cosificada con la categoría de actos constitutivos. Son estos actos lo que establecen performativamente la ilusión de una identidad de género naturalizada. De este modo, la producción de género se entrama con actos, sutiles estilos corporales, que al repetirse en el tiempo generan la firme creencia de, por un lado, la existencia un núcleo yoico generizado de manera permanente y, por otro, la localización de este núcleo en el lugar de agente causal de los actos que se corresponden coherentemente con la especificidad de la identidad que le ha dado origen.² En este sentido, los actos de género establecen en los espectadores sociales, y en el actor mismo, la vinculación implícita de esta

² A partir de los aportes de Susan Sontag (1984) y las críticas posteriores de José Amícola (2000) en torno a la sensibilidad *camp*, es posible pensar cómo la utilización de ciertos objetos y elementos estéticos a modo de provocación por ciertos sectores de las disidencias sexuales, en el contexto norteamericano, pueden considerarse como otra pieza clave a la hora de pensar la *performance* de género. Sobre todo, si concebimos a la estética *camp*, en cuanto teatralización impostada de lo femenino, como un elemento capaz de deshacer el género.

performance con la identidad que aparentemente los origina (López Penedo, 2008). Claramente, esta vinculación permanece solapada, subyacente, al mismo tiempo que perpetúa la naturalización de las normas de género que entretejen la compleja ficción que se pone en juego a cada instante (Butler, 2006a). Pero ¿qué es aquello que nos permite afirmar, junto con Butler, que no hay una esencia que el género exprese o exteriorice, sino, más bien, que son los actos de género los que crean la idea de género permanente al tiempo que su génesis permanece oculta?

Butler (2007) focaliza la figura de la *drag queen*, un varón, o una mujer, que se viste y actúa como una mujer de modo exagerado, grotesco y provocativo, con el fin de alcanzar un efecto cómico, dramático o satírico a través de la parodia. Nota cómo sus actuaciones en escenarios teatrales suelen convocar mucho público y generar enorme satisfacción y aplausos. Efecto un tanto diferente al que produce la mujer *trans* que ocupa cualquier espacio público, quien, por lo general, provoca miedo, ira, incluso violencia. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? Es claro que el campo se configura de manera distintiva en relación con la proximidad y las posibilidades identificatorias (Butler, 1990). La *performance* de la *drag queen* en los escenarios del teatro se inscribe claramente en el interior de una actuación. En ese contexto es mucho más sencillo desrealizar el acto, diferenciar y separar la actuación de la realidad. Por el contrario, en contextos cotidianos la *performance* de género queda absorbida por la realidad naturalizada de la *conformidad de género*; es decir, la coherencia esperada entre los actos de género y el sexo biológico de quien lleva a cabo esos actos. Butler nos dice que la *performance* de género en contextos no teatrales queda libre a la censura de las convenciones sociales en su faz punitiva y reguladora de una manera más clara. En este punto, la parodia de género desplegada por una mujer trans en la calle se torna peligrosa a falta de convenciones teatrales que delimiten su carácter puramente imaginario. Se presenta, entonces, una modalidad de género que no puede ser fácilmente asimilada dentro de las categorías preexistentes que regulan la realidad de género.

La mujer trans, en el pensamiento de Butler, se constituye en una figura que posibilita una elucidación crítica. A simple vista, ella parece resaltar la diferencia entre sexo y género, ya que se trataría de una anatomía que es revestida por un significado social y cultural que no se corresponde con su sexo. En este caso, la vinculación entre los actos de género y una identidad de género esperada, de acuerdo con la anatomía, es cuestionada. La expectativa de que todas las vertientes confluyan –sexo biológico, actos de género e identidad de género– se encuentra regulada por la pregnancia de la percepción del sexo como dato fáctico y fijo. Entonces, usualmente se espera que el sexo coincida en forma armónica con la identidad de género que se le asigna desde la cultura; y esta identidad, supuestamente preexistente, es la que genera actos, posturas y gestos específicos. Cuando hay armonía entre todos estos elementos, el nivel de mimesis es tal que la diferenciación entre sexo y género no tiene sentido, permanece perfectamente oculta, y cada uno de estos elementos parece formar parte de un todo coherente, monolítico y unívoco.

Las políticas de identidad

Si tenemos en cuenta estas ideas de Butler no llama la atención su sospecha y rechazo de las políticas de identidad. Todo parece indicar que desde su punto de vista, las políticas organizadas a partir de la identidad *mujer*, como plataforma desde la cual se efectúan reclamos, no solo implican una confusión ontológica, sino que, incluso, perjudican a la causa del feminismo al ocultar los mecanismos que constituyen la subordinación de las mujeres que dice representar. Desde el inicio de *Gender Trouble* Butler (2007) afirma que la crítica feminista debería comprender que el modo en que se produce la categoría *mujer* como

‘el sujeto’ del feminismo es, de por sí, una formación discursiva y el resultado de una versión específica de la política de representación. Así, el sujeto feminista está discursivamente formado por la misma estructura política que, supuestamente, permitirá su emancipación³ (2007, p. 47).

³ Es en este entrecruzamiento entre teoría feminista y el pensamiento de Michel Foucault donde irrumpe la marca *queer* del pensamiento de Butler. Si la incorporación de la

Las políticas de identidad ocultan los orígenes políticos y discursivos de la fabricación del núcleo de la identidad de género (Thoms, 2006). Sin embargo, al deconstruir las políticas de identidad es posible, dice Butler (2007), establecer los términos mismos a través de los cuales se articula la identidad en clave política.

Una estrategia de Butler parece ser la interrupción de las múltiples formas en las que se produce el género. Tales interrupciones, apuesta, revelarán la contingencia de la identidad de género. Este develamiento, por otra parte, desnuda la identidad de género y la expone como un constructo vulnerable (Butler, 2007). Esta formulación se mantiene con cierta vaguedad a lo largo de *Gender Trouble* hasta que, finalmente, en las últimas páginas, toma forma bajo la estrategia del *pastiche*. Butler distingue cuidadosamente al *pastiche*, como imitación, de la noción de original, para, posteriormente, encontrarlos en colisión; esto es: la parodia y la burla no encuentran un original en el cual reflejarse debido a la *estructura imitativa del género*. El *pastiche*, asegura en aquel momento, creará problemas de género que socavarán las construcciones de género (Butler, 2007).

Butler vuelve a la cuestión de la resistencia en *Bodies that matter* (2008), donde presenta un refinamiento de su teoría. La autora teoriza, en esta oportunidad, sobre las restricciones significativas que recaen sobre las posibilidades de resistencia. La resistencia, sostiene, no puede tomar la forma de la misma dinámica mediante la cual lo simbólico reitera su poder si lo que se busca es el desplazamiento de ese orden de cosas (Hekman, 2000). Lo que esto significa es que la resisten-

categoría de género en el feminismo, en el sentido que ya Simone de Beauvoir instaló en sus conceptualizaciones, marcó un primer giro –que implicó el abandono de marcos referenciales biologicistas que situaban la verdad del sexo en la biología/morfología de los cuerpos, para privilegiar las interpretaciones o capturas que la dimensión social, cultural e histórica realiza de cuerpos dimórficamente sexuados–, Judith Butler instala un segundo giro que exige nuevos esquemas de pensamiento, pues supone, esta vez, el abandono del *fundacionalismo biológico* que otorga sentido a la categoría de género tal como se venía pensando, a la que le resulta imposible despojarse de fantasmas normativos de cuerpos que configuran sedes naturalmente adecuadas para albergar tales interpretaciones, e instala el debate en los albores del *construccionismo social*, donde el cuerpo pierde toda naturalidad (véase capítulo 9). Es así que sexo y género se vuelven intercambiables.

cia no implica el rechazo radical de la ley simbólica que organiza las identidades, al menos en el sentido de abrazar sus contrarios, opción que culmina por reforzar, en lugar de desplazar, dicha ley simbólica (Butler, 2008).

Sexualidades *queer*

En este marco conceptual, en el que Butler echa por tierra la idea de una estructura fija e inmutable que restringe la posibilidad de transformación más allá de la Ley Simbólica que la ordena, tanto en el nivel político social como en el subjetivo, el análisis en torno a la identidad de género que efectúa no puede ser desgajado, si somos estrictos, de su punto de vista *queer* respecto a la sexualidad.

La sexualidad ha sido objeto de estudio de diversas disciplinas científicas. Su abordaje admite diferentes enfoques. De acuerdo a especialistas en el tema (Córdova Plaza, 2003), es posible situar tres grandes aproximaciones: una concepción biologicista, el modelo de influencia cultural y la llamada perspectiva construccionista.

La concepción biologicista aborda la sexualidad como una función innata, cuyos fundamentos biológicos la constituyen en un impulso básico, muy individualizado y decisivo para la conformación de la identidad. Desde aquí, la sexualidad es una actividad instintiva que se despierta a través de estímulos y a la cual le siguen ciclos de respuesta idénticos y estereotipados.

Por otra parte, el modelo de influencia cultural sitúa a la sexualidad como un medio para destacar la plasticidad de la cultura humana, así como la supremacía de lo social sobre lo biológico. Aun así, a pesar del amplio despliegue de variedades de adornos culturales que se han demostrado a través de la etnografía, la sexualidad se sigue pensando como un impulso universal y biológicamente determinado que se vehiculiza mediante los procesos de endoculturación y socialización. Es decir, sin los ropajes culturales el fin de la sexualidad es la reproducción y la actividad heterosexual es su expresión fundamental. De este modo, no se problematiza el carácter natural de la sexualidad y, por lo tanto, se la considera como una derivación del género. Entonces, los

diferentes papeles que cada cultura asigna a varones y a mujeres en la reproducción determinan sus prácticas sexuales y sus roles de género.

A partir de la década del 70 el impacto en las ciencias sociales del feminismo, del pensamiento de Michel Foucault (Dorlin, 2009) y de los movimientos lésbico-gais en busca del reconocimiento de sus derechos civiles, influyeron en la producción de la denominada perspectiva construccionista. Desde este punto de mira, la sexualidad es comprendida como inmersa en un conjunto de relaciones que se despliegan en el interior de configuraciones culturales. Tal consideración expone un “panorama caleidoscópico de taxonomías a partir de las cuales los diversos grupos sociales clasifican, definen y dan sentido a sus comportamientos” (Córdova Plaza, 2003, p. 340). Es decir, no solo se descarta cualquier forma de esencialismo, sino que se considera a la sexualidad como una construcción social. La sexualidad es entendida como potencialidad humana que requiere de contenidos culturales para poder desplegarse. Cada sociedad regula sus propias normas en materia sexual y establece los límites entre lo aceptado y lo segregado; por ello es construida, sancionada socialmente y cargada de significaciones compartidas por el conjunto social. Tal enfoque subsume la naturaleza a interpretaciones de un momento histórico particular, como legitimadora de un estado de cosas eminentemente cultural. En este sentido, lo natural debe entenderse como lo profundamente arraigado en convencionalismos sociales (Haraway, 1999).

En esta línea, desde una perspectiva foucaultiana, David Halperin (2000) focaliza en el modo en que los discursos ideológicos se apropian del ser humano, lo que le permite abordar la sexualidad como producto cultural. Con el objetivo de demostrar la afirmación de Foucault (2008b) respecto al concepto de sexualidad en cuanto producción moderna, Halperin realiza un estudio de la Antigüedad clásica para develar la dimensión ideológica y el carácter arbitrario de nuestras propias experiencias sociales y sexuales, el modo en que la sexualidad ha adquirido autonomía –como una esfera de existencia separada– y su funcionamiento como principio de individuación de la naturaleza humana. Lejos de ser una categoría absolutamente descrip-

tiva, la sexualidad articula un modo particular y concreto de organizar e interpretar lo erótico.

En el contexto del tratamiento que la modernidad otorga a lo erótico, la sexualidad constituye “una característica positiva, distinta y constitutiva de la personalidad humana, como la base caracterológica de los actos, deseos y placeres sexuales de un individuo, la fuente determinada de la cual procede toda expresión sexual” (Halperin, 2000, p. 23), lo que constituye, claramente, un modo de generar identidad sexual a la par de sus efectos individualizantes.

Halperin deslinda en forma convincente el modo en que la sexualidad ha sido construida científicamente como positiva, diferente y constitutiva de los seres humanos. La elección sexual se constituye en reveladora de la naturaleza humana, un determinante significativo de la identidad personal que opera a partir de un aparato conceptual disponible para su abordaje, inexistente en otros momentos históricos. Argumento que muestra la contingencia histórica de los andamiajes teóricos construidos alrededor de la sexualidad en la modernidad.

Foucault (2008b) expone cómo la emergencia de la *scientia sexualis* ha provocado un punto de ruptura en relación con el *ars erotica*. Se delimita así a la sexualidad como dispositivo de poder de la modernidad, a la vez que se brindan las herramientas para pensarla en orden a un conjunto de relaciones sociales que poseen como matriz la articulación entre dos binomios: heterosexual/homosexual y varón/mujer.

Dicha articulación permite introducir la categoría de género para pensar su vínculo con la sexualidad y, posteriormente, delimitar su localización en relación con la diversidad sexual. Es en este contexto conceptual que las diversas y múltiples prácticas e identidades sexuales y de género son agrupadas bajo la categoría *queer*, marcando una clara subversión del sistema fundado en la combinatoria del dimorfismo sexual (macho/hembra, masculino/femenino), el causalismo (sexo/género) y el heterosexismo (heterosexualización del deseo y falocentrismo). Como alternativa ante la amplitud del término *homosexual* y las implicancias políticas de la categoría *queer*, suelen utilizarse las siglas LGTTTB para delimitar el colectivo integrado por les-

bianas, gais, trans (transexuales, travestis, transgéneros) y bisexuales. Se discute continuamente la incorporación de nuevas iniciales como I –intersexuales–, Q –*queer*–, P –pansexuales–, A –asexuales–, incluso S –*straight*– para designar a los denominados *aliados heterosexuales*, detalle que expone el modo en que la diversidad sexual, en última instancia y en cierto sentido, no se reduce únicamente a la política de cualquier colectivo, sino que también se localiza en los modos singulares de subjetivación/sexualización. No hay categorías que puedan subsumir tal multiplicidad.

Como hemos mencionado, Judith Butler, en los Estados Unidos, ha provocado un vuelco en los esquemas con los que se venía abordando la temática. La autora entiende que tanto el sexo como el género, son lábiles y resignificables en el constante ejercicio paródico de la sexualidad (Femenías, 2003). Es en este sentido que para Butler (2007) no hay identidad genérica detrás de las expresiones del género y, en consecuencia, la identidad está realizativamente construida por las mismas prácticas o expresiones que se dice que son sus resultados (Femenías, 2000). Respecto del sexo/género, entonces, la identidad no es una premisa. Desde esta perspectiva, la identidad de género funciona como virtualmente normativa y regulativa, ya que opera como un sistema de control y regulación de las subjetividades de manera que los individuos responden a los patrones establecidos (Femenías, 2003).

El fantasma heteronormativo

A criterio de Butler (2008), el fantasma normativo de una heterosexualidad obligatoria – que opera a través de la naturalización y la reificación de normas heterosexistas– sobrevuela las conceptualizaciones que intentan dar cuenta de la identificación. Valiéndose de la categoría de *restricciones constitutivas*, reflexiona acerca de las formas en que la sexualidad está construida en virtud de mandatos simbólicos apremiantes y constitutivos profundamente instalados. Es así que pensar en términos de demandas simbólicas de asumir una determinada posición sexuada nos conduce, junto a Butler, al intento de comprender la complejidad de la trama que se entreteje en el ámbito

en el que se imponen las restricciones sobre el sexo y la sexualidad. En otras palabras, los límites de lo que puede construirse y de lo que no puede construirse. La autora devela los sesgos de algunas conceptualizaciones construidas sobre las bases de una heterosexualidad normativa no examinada.⁴ A partir de allí, visibiliza el modo en que en la articulación entre complejo de castración y complejo de Edipo subyacen, como las dos caras de una misma moneda, tanto una demanda simbólica como una amenaza de castigo. Estas determinan la constitución de una fuerza obligatoria que fija los límites de un desarrollo normal –vale decir, una posición heterosexual–, y más allá del cual se ubican las posiciones rechazadas como abyectas,⁵ a saber, las posiciones de gay y lesbiana, entre otras.⁶

La matriz de inteligibilidad heterosexual

Tal como relata Denise Thompson (1992), gran parte de las primeras feministas radicales que criticaron duramente la heterosexualidad fueron mujeres heterosexuales. Sus críticas radicalizadas no apuntaron simplemente a reformular los términos a través de los cuales la heterosexualidad se concretaba, sino que lucharon arduamente para demolerla por completo. Otras, casi inadvertidamente, reforzaron la idea de que la heterosexualidad era la única sexualidad *real*, y excluyeron la consideración del lesbianismo como una alternativa posible. Por lo tanto, tales reflexiones suponían que la sexualidad era completamente heterosexual.

⁴ Butler denuncia los sesgos de conceptualizaciones que provienen tanto del psicoanálisis norteamericano sin perspectiva feminista o con perspectiva feminista, como del campo del feminismo.

⁵ Es esta lectura de Judith Butler sobre el complejo de Edipo y el complejo de Castración la que instala una captura *queer* de la identificación, pues este mecanismo psíquico es gestionado por los discursos normativos que integran la matriz de inteligibilidad heterosexual, recurso conceptual que explica el modo en que las normas sociales arraigan en el proceso mismo de constitución subjetiva mediante esa compleja construcción discursiva denominada identidad, en la que, vía identificación, los sujetos gestionan su ser en la esfera ficcional de una interioridad psicológica.

⁶ Como intento de imaginar otras alternativas al asunto, véase Goldsmith, 2001.

La crítica de las feministas heterosexuales a la heterosexualidad fue de corta duración –ya quedaba poca evidencia a mediados de la década de 1970–, excepto en aquellos aspectos que involucraban a los derechos reproductivos, la autonomía de las mujeres, la violencia conyugal y el abuso sexual, entre otros, ninguno de los cuales fue etiquetado estrictamente como heterosexual por mucho tiempo.⁷

A partir de la década del 70, las reflexiones teóricas de algunas feministas lesbianas irrumpen en la escena académica. Gayle Rubin (1986), tomando los aportes de Lévi-Strauss respecto a las estructuras elementales del parentesco, se centra en la función material y simbólica de las mujeres como objeto de intercambio entre los hombres. Al analizar el *tráfico* de mujeres, sentó las bases para la comprensión feminista de la economía política del sexo, al mismo tiempo que interpreta la heterosexualidad como una institución que sustenta el sistema de género. Los modos de organizar la sexualidad se jerarquizan y la heterosexualidad en el matrimonio, monógama y reproductora se constituye en centro normativo.⁸ El resto de las sexualidades adquieren, entonces, carácter periférico. En este sentido, Rubin es una precursora de los estudios *queer*, ya que señala cómo el tabú del incesto presupone otro tabú que permanece implícito, el tabú de la homosexualidad (Meler, 2008). Al intentar develar los mecanismos que actúan en la definición de una sexualidad normal y legítima, la autora deja deslizar los efectos políticos de las prácticas sexuales. Entonces, entendida como institución social, la heterosexualidad es susceptible de ser cuestionada.

Bajo la influencia de estas producciones, Adrienne Rich (2013) acuña la expresión *heterosexualidad obligatoria*. Establece las conexiones existentes entre la condición de las mujeres, la estructura

⁷ Para un recorrido específico sobre algunas líneas de este debate véase capítulo 8.

⁸ Louis-Georges Tin (2012) señala que la heterosexualidad constituye una cultura en la cual la atracción por el sexo opuesto aparece representada, cultivada y celebrada. En muchas sociedades donde las prácticas heterosexuales son habituales, estas no se ven exaltadas bajo la forma de amor o pasión. La importancia concedida a la heterosexualidad amorosa responde a una configuración sociohistórica propia de nuestras sociedades occidentales (Illouz, 2012).

de la familia, la maternidad como institución y la aplicación de un modelo de conducta sexual: la heterosexualidad reproductora (Rich, 1983, 1986). Estas elucidaciones trastocan las categorías de feminidad y masculinidad pensadas en términos naturales (Wiederman, 2005).

Posteriormente, en 1980 Monique Wittig, a diferencia de Adrienne Rich, efectúa un repudio radical de todas las identidades creadas en el sistema patriarcal. Sospecha de la categoría misma de *mujer*: a su criterio no es más que un constructo artificial, ideológico, de un sistema de género dominado por varones (Braidotti, 2000). Rechaza el esencialismo que está en la base de la noción de mujer entendida desde un modelo de heterosexualidad reproductora. Tanto la maternidad como la familia son comúnmente tomadas como naturales e inmodificables, y no son comprendidas como socialmente inducidas y como producto de una cultura determinada. Wittig propone a las feministas desechar el concepto mistificador de *mujer* para remplazarlo por otra categoría mucho más polémica y subversiva: la de *lesbiana*. Así pone en tela de juicio el sistema de género con su dicotomía sexual convenientemente organizada en el marco social de la heterosexualidad obligatoria. Para la autora, la heterosexualidad es, entonces, un sistema de opresión y apropiación de las mujeres por los varones, que produce un cuerpo de doctrinas sobre la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión, nociones que agrupa bajo la categoría de pensamiento recto o pensamiento heterocentrado (Soley-Beltran, 2003).

Tales autoras posibilitan las articulaciones necesarias que impulsan una primera crítica radicalizada en relación con las complicidades discursivas que incluso el propio feminismo ha mantenido con ciertos dispositivos de poder, al no cuestionar la heterosexualidad con sus categorías subsidiarias de varón y mujer manipuladas como conceptos ontológicamente cerrados.

Como ya hemos sugerido, Judith Butler (2007) detecta el componente heterosexista que atraviesa el binomio masculino/femenino. Es la categoría de diferencia sexual la que determina, en última instancia, los criterios de inteligibilidad dentro del campo social. En otros términos: instituye una matriz que organiza las identidades y distribuye

los cuerpos, les otorga un significado específico. Los aportes de Butler permiten un primer movimiento hacia el desmontaje del sistema sexo/género.

En esta línea, la *matriz de inteligibilidad* que Butler deslinda, claramente heterosexual, determina que un ser humano corresponde siempre a un género, y que dicha pertenencia acontece en virtud de su sexo. De este modo, se produce un encadenamiento que establece una continuidad coagulada entre sexo, género, deseo y práctica sexual, lo que otorga inteligibilidad a los cuerpos que guardan estabilidad, coherencia y unicidad en su identidad personal; incluso torna un imperativo la complementariedad entre sexos diferentes.

De este modo, la matriz heterosexual define tanto la coherencia como la incoherencia, la continuidad como la discontinuidad. Aquellos cuerpos cuyo género no es concordante con su sexo anatómico, aquellos cuyas prácticas y deseos sexuales no se corresponden con el deseo heterosexual, incluso aquellos cuerpos que no poseen una definición clara de su anatomía caen por fuera de la matriz de inteligibilidad. Estos cuerpos son rechazados, excluidos, patologizados.

En este contexto, la heterosexualidad no constituye simplemente una opción sexual (Thompson, 1992; Kitzinger, Wilkinson y Perkins, 1992), sino un régimen de poder discursivo hegemónico, cuyas categorías fundadoras –varón y mujer– también son normativas y excluyentes. La matriz de inteligibilidad heterosexual, entonces, opera a través de la producción y el establecimiento de identidades en cuyas bases se ubica el presupuesto de la estabilidad del sexo binario.

La discontinuidad entre sexo y género

Butler (2007) se aboca, por otra parte, al análisis de lo que desde su punto de vista es la relación mimética entre sexo y género. El análisis butleriano supera la perspectiva que ubica la categoría de género únicamente como la inscripción cultural del significado en un cuerpo predeterminado (Butler, 1986). En este contexto, el género no es a la cultura lo que el sexo a la naturaleza, sino que constituye un artefacto discursivo de producción a través del cual el sexo es culturalmen-

te construido. En otras palabras, podemos entender por género, junto con Butler, aquel medio discursivo que otorga a un sexo –*natural*– un carácter prediscursivo, de superficie políticamente neutra sobre la cual actúa la cultura. Es así que tanto el sexo como el género remiten a una construcción que instituye una normatividad a la que los cuerpos deben ajustarse. Es en este sentido que, al no ubicar al sexo más allá de las inscripciones culturales, Butler (2007) desestima la distinción sexo/género, piedra angular para gran parte del feminismo (Haraway, 1995).

No cabe duda de que tal trastocamiento cuestiona de modo radical la manera en que ha sido pensada la construcción de las identidades, al mismo tiempo que posibilita pensar las coordenadas políticas y los arreglos de poder que subyacen a tales conceptualizaciones y a tales procesos. De acuerdo a Butler, todo sexo anclado en una naturaleza que encuentra su lugar más allá de los límites del lenguaje oculta ser el resultado de una construcción cultural, una forma efectiva de mantener la estabilidad interna del marco binario del sexo. Tal estrategia no solo provoca el efecto que liga el sexo a un campo prediscursivo, sino que oculta tal procedimiento de producción.

La categoría de género y sus anudamientos con los modos en que se piensa la identidad, deben ser reformulados. Comúnmente, la noción de género queda supeditada a la categoría de identidad, por lo tanto, conforma un atributo esencial de los individuos que integra una identidad preexistente. A partir de allí, es posible afirmar que un ser humano *es* de un género en virtud de su sexo. La confusión –a criterio de Butler, ingenua– entre sexo y género se encuentra en la base de un principio unificador del yo. Los *yoes generizados* se distribuyen en la esfera social a partir del reparto, de acuerdo con el criterio normativo del sexo, de los atributos dicotómicamente opuestos. Ambos polos identitarios guardan coherencia interna y son antitéticos en relación con el conglomerado sexo/género/deseo, motivo que sostiene la ficción de la conformidad de género y de la organización complementaria entre los géneros.

Por otra parte, la experiencia de una disposición psíquica en orden a una identidad cultural de género se considera un logro, en el sentido

que presupone la diferenciación del género opuesto. En el interior del par binario, que teje la trama de la matriz de inteligibilidad heterosexual, se fortalece la restricción de uno de los géneros, y al mismo tiempo, designa la inscripción a una unidad de experiencia que integra sexo, género –como designación psíquica y cultural del yo– y deseo –cuando es heterosexual–. En este sentido, la heterosexualidad se alimenta de la coherencia y unidad interna del género (Butler, 2001a). Sexo, género y deseo se articulan en una unidad que se diferencia de su par dicotómico en una forma de heterosexualidad en la que hay oposición y complementariedad.

En suma, la identidad no puede ser pensada al margen de su determinación de género. Es claro que las categorías de niño o niña con las cuales se nos denomina desde el nacimiento no son descriptivas; por el contrario, ponen en marcha una serie de repeticiones que constituyen un imperativo fuerte. Los atributos diferenciales de género contribuyen a humanizar a los individuos dentro de una cultura determinada, pero aun así, como hemos señalado, el género no posee una esencia que posteriormente se exprese o exteriorice (Butler, 1990). Por otra parte, como afirma Butler (2000), cualquier consolidación del efecto de identidad opera sobre el establecimiento de diferenciaciones y exclusiones para poder conservar sus límites y fronteras. La producción de un exterior abyecto constituye la matriz misma: la posibilita, pero al mismo tiempo la desafía (Hawkesworth, 2010). La heterosexualidad obligatoria se constituye como el original, lo auténtico. Los efectos naturalizados de los géneros heterosexuales son el resultado de estrategias de imitación que intentan constantemente aproximarse al ideal de la identidad heterosexual. Si la identidad heterosexual conforma el origen y el fundamento de todas las imitaciones, entonces la heterosexualidad siempre se encuentra en proceso de imitar, aproximándose a su propia idealización. Butler no duda en afirmar que la heterosexualidad debe ser comprendida en términos de repetición compulsiva y coercitiva, lo que arroja como efecto la idea de su propia originalidad.

En suma, si bien opera el supuesto de que las sexualidades y las expresiones de género alternativas constituyen copias derivadas de un

original que es fundamento de todas las copias, con Butler podemos sospechar de tal idea de origen: ¿Cómo puede algo constituirse como original si no existen consecuencias secundarias que confirmen retrospectivamente su originalidad? A partir de allí Butler concluye que sin la idea de homosexualidad como copia, la heterosexualidad no podría ser construida como origen (Butler, 2000).

El núcleo imitativo de las identidades fallidas

Ahora bien, si por un lado partimos de la idea de que el género es, al menos en gran medida, reproducido por imitación, y si por otra parte, admitimos que las identidades gais y lesbianas, entre otras, están implicadas en las normas heterosexuales, ya que integran su exterior constitutivo, aun así, nada nos obliga a concluir que tales identidades abyectizadas se deriven de la heterosexualidad como única red cultural (Butler, 2008). En el acto de elaborarse compulsivamente a sí misma, la heterosexualidad evidencia su constante riesgo. Su compulsión por repetir conlleva necesariamente la exclusión de lo que amenaza su coherencia. Si la identidad heterosexual se encuentra en permanente riesgo, no es extraño, entonces, que se apele a la ficción de naturalización (Femenías, 2013) y permanencia inmutable que evite aquellas formas identitarias prohibidas.

Una de las críticas efectuadas al pensamiento de Butler alude al carácter voluntarista que sus ideas dejan deslizar en relación con la performatividad (Femenías, 2003). Sin embargo, la crítica que la autora realiza a la categoría moderna de *sujetø* le permite pensar la dimensión psíquica en términos de exceso (Butler, 2008). Afirmar la existencia de un *sujetø* volitivo que elige voluntariamente a qué género pertenece significa negar este exceso psíquico. Por otra parte, la sexualidad, siguiendo a Butler, excede toda actuación o cualquier narrativa, por lo que jamás es completamente absorbida en una práctica o por una actuación. El exceso psíquico, la dimensión inconsciente, entraña el riesgo de alterar el efecto de identidad en cada intervalo existente entre los actos que dan sustento a la performatividad. Lo psíquico no guarda en sí la existencia de un núcleo oculto a la espera

de una expresión liberadora. Por el contrario, se sitúa dentro de una cadena significativa como lo inestable de toda reiteración.

Sea como fuere, la noción de identidad como rígida y restrictiva es hegemónica en el modo en que se comprende, al menos mayoritariamente, el ordenamiento de los seres humanos en relación con el género –por mencionar solo un núcleo identitario–. Es aquí donde la categoría de identificación en clave *queer* se torna imprescindible para lograr una explicación en su mayor complejidad posible. La identidad nunca se obtiene por sí misma, y su compulsión de repetirse da cuenta de que nunca se alcanza por completo. La performatividad del género explica el modo en que las identidades de género son construidas, aunque no determinadas (Butler, 2008), por las normas heterosexuales, proceso que entraña una actuación coercitiva que genera exclusión, castigo y violencia radical hacia *lo otrø*. Es de este modo que los aportes de Judith Butler adquieren pleno sentido si no perdemos de vista su preocupación política respecto a las consecuencias que estas normas de sexo/género implican para las vidas humanas. Normas que hacen... y deshacen (Butler, 2006a), articulan... y desarticulan, constituyen... y, muchas veces, exterminan.

***Performance* de género: de la espacialidad de la identidad a la temporalidad de las identificaciones**

No hay duda de que el concepto de identidad de género advino como categoría nodal para la organización feminista norteamericana de finales de los años 70. Es a esta idea de identidad de género que Butler se opone, sobre todo al sustancialismo que supone (Lloyd, 1999). Vincula a este carácter de la identidad con la metafísica de la sustancia o de la presencia (Flax, 1995), que remite fundamentalmente a la idea de una esencia interna que antecede a cualquier código social y lingüístico. En el contexto de la identidad de género, el sustancialismo se traduce e instala bajo la idea de algo –un cúmulo de propiedades– que se consideran fundamentales, *a priori* respecto a la dimensión social, para el despliegue de la identidad femenina, naturaleza maternal (Irigaray, 1985c; Muraro, 1994; Kristeva, citada por Ze-

rilli, 1996), un modo específico de razonar (Gilligan, 1985), pasividad natural (Deutsch, 1973), una naturaleza erótica específica (Irigaray, 1998, 2007, 2009; Cixous, citado por Segarra, 2010), entre otras cualidades. Esta perspectiva desde la cual se aborda la identidad genera aproximaciones descriptivas, y permite el análisis y la articulación política solo a partir de la enumeración de características relevantes de identidad. Dichas ontologías de género establecen, por lo tanto, lo que cuenta como sexo inteligible.

Queda claro que desde la publicación de *Gender Trouble*, cualquier análisis feminista de la identidad no puede evadir la teoría de Judith Butler (2007). Desde el inicio de su libro la autora deja en claro que uno de sus objetivos nodales apunta a la crítica de la identidad *mujer*, así como el modo de hacer política que se constituye a partir de allí. En suma, la crítica respecto a la identidad se enmarca en otra crítica, tal vez filosóficamente más densa, que la misma Butler lanza hacia la categoría moderna de *sujetø* (Femenías, 2000, 2003), entendido en términos sustanciales, articulado en torno a una identidad central. En este marco, Butler sugiere que es la metafísica de la sustancia la que aporta las claves que estabilizan los conceptos de sexo, género y sexualidad, coagulándolos en identidades fijas y permanentes producidas a través de un ordenamiento obligatorio de atributos en secuencias que cristalizan la denominada coherencia de género (Butler, 2007). El supuesto ontológico del *sujetø* moderno que implica la existencia de una identidad de género detrás de las expresiones de género es, digámoslo una vez más, falso. Tampoco, exhorta Butler, existe estatus ontológico del cuerpo por fuera de los diversos actos que constituyen su realidad de género (Butler, 2007).

A partir de esta perspectiva, es posible abordar el concepto de identificación desde otras aristas que nos permitan reflexionar acerca de las condiciones en las que se asumen las posiciones sexuadas y de género. Asumir dichas posiciones supone, para Butler, identificarse con una ubicación dentro de la esfera simbólica, en relación con los esquemas reguladores. Para la autora, identificarse implica imaginar la posibilidad de aproximarse a dichos esquemas, a través de los cuales

la imposición heterosexista opera mediante la regulación de la identificación fantasmática, vinculada a la dimensión de la fantasía en el sentido dado por Laplanche y Pontalis (Butler, 2008). En esta línea, Butler diferencia la lógica de la identidad y la de la identificación (Femenías, 2003). Las identificaciones que responden a la lógica bivalente y excluyente de los esquemas modernos de pensamiento conllevan, como ya hemos dicho, a construcciones identitarias normativas que exigen continuidad y coherencia. En este sentido, Butler entiende a las identificaciones como múltiples y desafiantes.

En su último trabajo, Nancy Chodorow (2003) también revaloriza la dimensión de la fantasía. Pero sus reflexiones en torno al registro fantasmático no la confrontan con la necesidad de cuestionar la lógica binaria que se localiza en la base del ordenamiento actual de los géneros. En ese punto, Butler (2007) lleva la potencialidad instituyente de la fantasía, y su capacidad de señalar la ficción en el corazón mismo de la categoría moderna de sujeto, hasta sus últimas consecuencias. Jessica Benjamin (1996, 1997), por otra parte, explicita la importancia de no excluir la fantasía en los desarrollos teóricos que implican la identidad de género. Pero tal inclusión solo se concreta de manera parcial, pues en su perspectiva el registro identificatorio –que en Benjamin no incluye estrictamente la dimensión fantasmática en su sentido cabal– se lleva todo el protagonismo. Más allá de esta consideración, Jessica Benjamin (1997) deja en claro que en el interior del simplificado eje igualdad-diferencia que ordena gran parte de las producciones conceptuales, las articulaciones susceptibles de ser establecidas entre las categorías de identidad e identificación, por ejemplo, están determinadas por la lógica que ordena los elementos dentro de dicho eje. Consecuentemente, la identidad es destino y la identificación solo debe dirigirse a lo igual (Medina, 2003). Al mismo tiempo, en este contexto conceptual, reconocer la diferencia significa establecer el límite entre lo que uno es y lo que uno no es, incluso lo que uno no podría llegar a ser jamás (Benjamin, 1997). En este sentido, acentúa la importancia de la identificación del niño con el progenitor del sexo opuesto, énfasis que conduce a la aparente paradoja que supone la identificación

con la diferencia. Esta identificación rompe con la frontera que nos conduce a identificarnos con lo que se supone que es igual a nosotros mismos y repudiar lo que difiere de los núcleos identitarios constituidos, producto de la identificación con lo idéntico.

Butler señala que la ficción ontológica que entreteje a la identidad *mujer* encubre, por otra parte, los actos a través de los cuales se constituye. La identidad *mujer*, impuesta en términos de entidad estable y natural, nos ciega, entonces, a los procesos subyacentes implicados en su constitución. En esta línea, la autora se propone trazar una genealogía de género que permita develar los actos contingentes que constituyen la apariencia del género como necesariamente natural (Butler, 2007). Las aparentes sustancias fijas y perdurables varón y mujer se producen por medio de un ordenamiento obligatorio y heteronormado de ciertos atributos en secuencias que imprimen coherencia al género; es a partir de aquí que Butler quiere exponer la fuente normativa detrás de este proceso.

En suma, Butler elabora ideas alternativas respecto a la identidad de género, que giran en torno a la idea de performatividad. Esta tesis, presente en *Gender Trouble* (2007), sufre algunas variaciones en *Bodies that Matter* (2008). Aquí admite que en *Gender Trouble* su propósito no fue definir al sexo como una *actuación* en el sentido de que un sujeto preexistente desempeña un papel: afirma que su intención fue definir el sexo como performatividad en el sentido de una reiteración forzada de normas que constituyen al sujeto (Femenías, 2000, 2003). No es un juego que transcurre bajo la égida de una voluntad autónoma, sino más bien que tal proceso permanece limitado por normas hegemónicas de género (Butler, 2008).

Por su parte, Jane Flax (1995) sugiere que, frecuentemente, la mayoría de los académicos dedicados a teorizar la identidad de género asumen la existencia de límites claros que demarcan, a modo de un territorio, un género de otro. Así, las relaciones de género instalan dos identidades diferenciadas a modo de categorías excluyentes: varones y mujeres. Aunque el contenido de lo que significa ser varón o mujer puede ser histórica y culturalmente variable, lo que es invariable es la

oposición entre ambas categorías. El género, en este sentido, señala un conjunto de atributos diferenciales que se adscriben de manera diferencial de acuerdo al sexo. Además, el carácter de exhaustividad propio del modo en que se organiza el género determina la imposibilidad de compartir características entre ambas territorialidades de género. De este modo se configura, por decirlo de algún modo, una concepción que instala una dimensión espacial de las identidades de género.

Judith Butler, con su idea de performatividad, imprime un giro hacia una concepción temporal respecto al modo en el que se venía comprendiendo el asunto (Lloyd, 1999). Desde su punto de vista, y como ya hemos dicho, el género no es la expresión de una sustancia previa: es más bien algo que se hace (Butler, 1990). Es en este sentido que el énfasis se desplaza de lo espacial a lo temporal, esto es, en términos de Butler, “una corporalización del tiempo marcada con el género” (Butler, 2007, p. 274). Lloyd (1999) señala que la idea de espacio no desaparece sino que se reconstituye. Si las identidades de género suponían un espacio metafórico que opera a modo de continente sustantivo y auténtico de la subjetividad, ahora tales territorios se ven invadidos. Si las identidades de género son concebidas como espacios sociales sin los cuales no es posible la subjetivación, Butler nos dice que sujetos que habitan una franja poblacional espectral y desterritorializada inspiran, interpelan y convocan a una subversión performativa de género que, lejos de reclamar una parcela identitaria en un nuevo trazado cartográfico, tienen por objetivo último abolir las espacialidades inherentes a la lógica de la identidad e instalar una concepción alimentada por la lógica de las identificaciones, múltiples, cruzadas, que en su dinamismo temporal no restringen las posibilidades del sujeto a límites monolíticos y permanentes (Femenías, 2003).

En cuanto al género, Butler nos dice que los performativos deben entenderse en términos de “práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (2008, p. 18). Así se hace eco de líneas conceptuales provenientes de Austin y Derrida. Claramente Butler rechaza la idea de un agente autónomo de los actos elocucionarios performativos, cuestión que la aleja de Austin. Desde

su perspectiva, deudora en este punto del pensamiento de Derrida, la intencionalidad siempre está limitada por la iterabilidad del signo. Entonces, la repetición es central para la idea de performatividad. Los enunciados o actos performativos no son eventos singulares sino, más bien, los efectos de la duplicación citacional. En términos psicoanalíticos se trata de identificaciones que se arrojan hacia la norma en cada circuito citacional, movimiento que delimita las fronteras identitarias cada vez que el circuito se pone en marcha y que es guiado por los arreglos de poder que circulan en el campo social.

La performatividad, tal como la delimita, opera a través del “poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone” (Butler, 2008, p. 19). No se trata de un acto que constituye de una vez y para siempre una identidad que provee al sujeto del sentido de su ser y sustancia. Se trata de citación y repetición. El carácter seductor de la propuesta radica en la posibilidad de concebir una citación paródica para producir ciertos efectos disruptivos, subversivos. Como consecuencia de ello, Butler ataca la idea de identidades de género estables:

En vez de una identificación original que sirve como una causa determinante, la identidad de género puede replantearse como una historia personal/cultural de significados ya asumidos, sujetos a un conjunto de prácticas imitativas que aluden lateralmente a otras imitaciones y que, de forma conjunta, crean la ilusión de un yo primario e interno con género o parodian el mecanismo de esa construcción (Butler, 2007, p. 270).

Si, para la autora, las identidades de género no tienen un estatus ontológico más allá de los actos que lo componen, entonces tales identidades constituyen una ficción, un centro ausente; esto es, una sedimentación de “gestos, movimientos y estilos corporales [que] crean la ilusión de un yo con género constante” (Butler, 2007, p. 274). *Straight* o *queer*, en estos términos, no son categorías fijas: no identifican o representan grupos particulares de sujetos que poseen atributos sustanciales. Se trata de un hacer, de una cita, que bien puede modificar-

se. Las direcciones identificatorias pueden variar, a criterio de Butler (2007), abriendo nuevas posibilidades. La cuestión es abandonar la idea de una identidad sustancial y adscribir a la idea de identificaciones. El desafío de la agencia es, por decirlo de algún modo, luchar contra el campo magnético en el que gravita el poder que imanta las identificaciones hacia la norma. La apuesta es redirigir las identificaciones para destruir la idea restrictiva de sustancia y permanencia. La captura *queer* de Butler invita a la fluidez, al flujo no encausado, a una nueva posibilidad de determinación que rompa con la repetición normativa y permita la posibilidad de que el sujetø se refigure como siendo otra cosa.

Más allá de la apuesta política que la teoría *queer* carga sobre la identificación, desde mi punto de vista este marco teórico logra desvincular la identificación de los trayectos marcados por el imperativo de la complementariedad que el sistema de género imprime a los sexos biológicos. Diana Fuss (1995) plasma esta idea de un modo excelente al decir que la identificación nombra el ingreso de la historia y la cultura al interior del sujetø. El sujetø, nos dice, es identificación.

Hacia una intersección compleja

Es la teoría *queer* la que, mediante esta comprensión de la identificación con direcciones desafiantes, abre las puertas del sujetø para un ingreso legítimo de aspectos sociohistóricos, normativos. Esto puede leerse como un ingreso de Foucault en el interior del sujetø psicoanalítico freudiano. Tal ingreso es un desafío, con grandes ventajas a la hora de remover sesgos y aspectos esencialistas. Sin embargo, también guarda riesgos tendientes a conceptualizar un sujetø absolutamente colonizado por norma. El desafío consiste en sopesar tales consecuencias a partir de la puesta en forma de una propuesta teórica de Judith Butler que pertenece a otro tramo de su obra, en la cual se intenta resituar el lugar de la identificación para retener la idea de sujetø agentes.

Susan Hekman (2000) señala que en *The Psychic Life of Power*, Butler (2001a) se aleja de los problemas inherentes a las políticas de

identidad para centrarse en modelos teóricos que abordan la identidad en un nivel de abstracción aún mayor. Si bien sus argumentos continúan abogando a favor de rechazar cualquier núcleo interno de la subjetividad, también reconoce, bajo la forma de una insinuación, que alguna versión de un núcleo es necesaria para la vida psíquica. Destaca que si los niños pueden

persistir psíquica y socialmente, debe haber dependencia y formación de vínculos [...] El niño no sabe a qué se vincula; sin embargo tanto el bebé como el niño deben vincularse a algo para poder persistir en sí mismos y como sí mismos (Butler, 2001a, pp. 18-19).

Además, en una discusión sobre la posibilidad de un sujeto ético, menciona que:

podríamos redefinir el ‘ser’ como precisamente la potencialidad que cualquier interpelación concreta deja sin agotar. Es muy posible que este fracaso de la interpelación socave la capacidad del sujeto para ‘ser’ en el sentido de la identidad consigo mismo, pero también puede mostrar el camino hacia una forma de ser más abierta, e incluso más ética, en el futuro o para el futuro (Butler, 2001a, p. 145).

En esta obra Butler tematiza cuestiones fundamentales, por ejemplo, la definición de la resistencia como el fracaso de la subjetivación, también la negación de un sujeto idéntico a sí mismo. Sin embargo, irrumpe un elemento interesante: un *ser* que escapa a la subjetivación. Al interrogarnos qué estatuto ontológico tiene este ser, todo parece indicar que Butler se ve obligada a introducir algún elemento esencial, a pesar de su insistente negativa a admitir la existencia de toda entidad previa a la incidencia de las normas sociales. Esta postura resulta de interés, pues admitir la posibilidad de este elemento que escapa a la subjetivación inaugura la posibilidad de articular una teoría del sujeto en el entrecruzamiento entre aspectos del psicoanálisis y el pensamiento foucaultiano. Tal articulación sopesa los aportes sobre identidad de género realizados desde la teoría *queer* alimentada por los primeros segmentos del pensamiento de Judith Butler (1990, 2007,

2008). Si bien la identidad marca una instancia regulativa que inaugura la ficción de una interioridad psíquica, es posible rescatar una esfera de funcionamiento no cooptado por la sujeción, esfera donde transcurre la agencia⁹ sin sujetø, la posibilidad de resistencia. En este ámbito psíquico, las identificaciones no se gestionan libremente de manera voluntaria, como si fuese posible una muda de identidades a modo de estratagema premeditada de subversión de los marcos reguladores de género. Es en este sentido que se intentan mostrar líneas del pensamiento de Butler que rescatan los procesos a partir de los cuales se teoriza al sujetø en un grado de complejidad mayor que articula, o al menos lo intenta, Freud y Foucault, una versión innovadora del insistente intento de diálogo entre psicoanálisis y teoría social (Prager, 2004).

Como ya se ha señalado en el capítulo 3, Allison Weir (1996) denunció un tinte esencialista en la conceptualización inicial de Jessica Benjamin (1996), pues, en sentido estricto, deja de lado aspectos sociales. Recordemos que en Benjamin –al menos desde la mirada de Weir– la internalización se despliega en una escena de dos sujetos concretos: solo allí se dirime la posibilidad de reconocimiento o dominación. Tanto Jessica Benjamin (1996) como Nancy Chodorow (1984) exploran el juego identificatorio en un nivel imaginario (Driver, 2005), esto es: el modo en que *el otro* opera, en el interior de una relación o vínculo concreto, como modelo para la construcción de la propia subjetividad generizada. Especialmente Benjamin (1997) retoma la idea de múltiples posibles posiciones identificatorias, siempre en un nivel imaginario, ya que no queda del todo claro el modo en que esta búsqueda de posicionamientos identificatorios más fluidos y múltiples incide en la reconfiguración de aspectos simbólicos. Más allá de los límites de una subjetividad que abrace la diferencia conservando el reconocimiento *del otro*, Benjamin no prevé ninguna alternativa al orden simbólico, cifrado en clave fálico-edípica, que critica.

Este debate permite pensar la importancia de entender la constitu-

⁹ Para un análisis pormenorizado sobre el problema de la agencia en Butler, véase Butler (2001b); Casale (2006).

ción de las identidades de género en el marco de un modelo de subjetivación que, sospechando de cualquier tipo de esencialismo propio de atributos subjetivos *a priori*, conciba la emergencia del sujeto desde la trama histórico social, pero que, al mismo tiempo, no condene al sujeto emergente a la alienación perpetua respecto de la norma social que le da origen. Desde aquí Weir (1996) reivindica cierta noción de autonomía que comprende a la identidad de género como incrustada, encarnada, localizada, constituida, fragmentada y sujeta a los sistemas de poder, a la opresión y a la explotación. Sin embargo, esto no debe sofocar la posibilidad, sugiere Weir, de entendernos como actores capaces de reflexionar, cambiar e incidir en el mundo y en nosotros mismos.

La propuesta de Judith Butler (2001a) en *The Psychic Life of Power* trae consigo elementos que van en esta dirección. La autora intenta articular ideas foucaultianas en torno al sujeto/sujeto –dimensión que le permite quitar sustancia a la idea de sujeto moderno que ha hegemonizado el campo teórico a la hora de pensar lo humano– con ideas freudianas alrededor de la psique –dimensión a partir de la cual Butler pretende otorgar densidad, sin sustancia, al sujeto foucaultiano;¹⁰ esto es: posibilidad de agencia que permita al sujeto ir más allá de la norma.

La propuesta teórica en esta compleja intersección parte, entonces, de una línea menos radical del pensamiento de Butler. Es de interés tematizar tal modelo teórico para analizar, luego, las implicancias que tiene pensar la identidad de género en este contexto.

Elementos psicoanalíticos del sujeto butleriano

Es sabido que Judith Butler recurre frecuentemente al psicoanálisis en diferentes tramos de su obra, pero en *The Psychic Life of Power* (2001a)¹¹ este recurso cobra una dimensión notable. No podría ser de

¹⁰ Esta idea, y también la forma de enunciarla, pertenece a María Luisa Femenías (2014).

¹¹ A no ser que se explicita lo contrario, todas las referencias y afirmaciones sobre Butler en este capítulo pertenecen y deben quedar circunscriptas a *The Psychic Life of Power* (2001a).

otro modo, puesto que allí se cristalizan parte de sus intentos por articular una teoría sobre la formación del sujeto (Ré, 2011).

Butler entiende que la subjetividad constituye un espacio virtual donde las condiciones de poder se reiteran y persisten. Es así que el sujeto es un efecto materializador del poder. Por tanto, cualquier análisis que se proponga abordar la subjetividad no puede obviar una teoría del poder, y cualquier tematización del poder requiere la escena del sujeto para su despliegue materializador. *The Psychic Life of Power* ensaya esta compleja articulación a partir de la colisión entre psicoanálisis y pensamiento foucaultiano.

Butler recurre al mecanismo de la identificación, pieza que considera fundamental para comprender el modo en que psique y poder son coextensivos. Por tanto, la teoría de la psique y la teoría del poder se enlazan mediante aquel *mecanismo psíquico del poder* que articula al sujeto abrazando la sumisión. Menciona que “el poder que en un primer momento aparece como externo, presionado sobre el sujeto, presionando al sujeto a la subordinación, asume una forma psíquica que constituye la identidad del sujeto” (Butler, 2001a, p. 13). En un tramo posterior de su libro, esta idea se conecta con la identificación melancólica a la que la autora recurre para dar cuenta del modo en que este mecanismo produce espacialidades psíquicas. Si la interiorización de un espacio psíquico se conforma mediante identificación melancólica, y si el poder *externo* adviene psique mediante subordinación, entonces la identificación es el mecanismo psíquico que produce al sujeto mediante la interiorización del poder, anclando al sujeto en la subordinación. La identificación en clave butleriana explica la emergencia del sujeto mediante su trayecto topológico. Al respecto Butler menciona: “la vuelta parece funcionar como inauguración topológica del sujeto, como momento fundacional cuyo estatuto ontológico será siempre incierto” (Butler, 2001a, p. 13).

A criterio de Butler la sujeción al poder forma al sujeto. Esta dinámica se produce en un campo normativo en el que los vínculos con los objetos se encuentran organizados por prohibiciones internalizadas. Esta esfera social está altamente controlada por repudios radica-

les que regulan normativamente la dirección de la identificación y del deseo, son reguladas normativamente. El sujeto se forma mediante prohibiciones fundacionales que decantan en sanciones sociales internalizadas –esto no es otra cosa que el sujeto–. Estas restricciones gestionan y regulan las identificaciones, por lo que la conformación del sujeto no cabalga sobre una *identificación ciega*. Las identificaciones huyen de la abyección y se dirigen hacia aquellos sitios que proveen reconocimiento y que implican sometimiento a los marcos normativos existentes, precio a pagar por la subjetivación. Butler no desconoce que existen movimientos disidentes, en los cuales el reconocimiento se encuentra a toda costa, aun bajo formas no legítimas. Las identificaciones que nos constituyen se ordenan de manera ambivalente; suponen la obtención del valioso reconocimiento que torna inteligible al sujeto bajo el costo de, muchas veces, una abyección invivible, de laoclusión de nosotros mismos como posibilidad.

Este análisis de la formación del sujeto a través de la identificación plantea limitaciones teóricas insalvables ante las posibilidades de pensar la resistencia. La identificación en sí misma no alcanza para desestabilizar a las identidades. A pesar de su proyecto político, la captura lacaniana que Butler realiza del concepto no permite escapar de un pegoteo a los límites simbólicos establecidos que coagulan las formas con las que el sujeto piensa las posibilidades de *sí mismo*. El recurso al psicoanálisis en general, y a la identificación en particular, no constituye una contribución provechosa a la hora de pensar la posibilidad de transformación del sujeto. La identificación colapsa el espacio para la resistencia, inscribe el poder de manera masiva *dentro del* sujeto, entrapa el elemento *exterior* a sí a partir del cual se conforma el sujeto. Aun en este contexto conceptual, Butler no ofrece modos para pensar la posibilidad de que el sujeto no quede absolutamente cooptado por la influencia totalizante de las identificaciones, formas para pensar modalidades a partir de las cuales el sujeto oponga resistencia, incluso luche en contra de identificaciones constitutivas. En sentido estricto no es posible desestabilizar las identificaciones, es el campo de valencias simbólicas el que estabiliza las direcciones de la identi-

cación. Desde mi punto de vista, Butler pone demasiadas expectativas en un mecanismo que genera un retorno a la lógica de la identidad que ella misma pretende atacar.

Paradójicamente, en *The Psychic Life of Power* –obra en la que Butler incorpora gran cantidad de recursos psicoanalíticos para recortar su teoría de la formación del sujeto– la autora no tiene en cuenta la dimensión inconsciente del sujeto en la articulación con Foucault que se propone. Dimensión donde, según ella misma reconoce, podemos pensar la posibilidad de agencia. En palabras de Butler:

El sujeto, ese ser viable e inteligible, se produce siempre con un coste, y todo aquello que se resiste a las exigencias normativas por las cuales se instituyen los sujetos permanece inconsciente. La psique, por tanto, que engloba al inconsciente, es muy distinta del sujeto: es precisamente lo que desborda los efectos encarceladores de la exigencia discursiva de habitar una identidad coherente, de convertirse en un sujeto coherente (Butler, 2001a, p. 98).

No incluir los aspectos inconscientes no deja espacio al yo para la resistencia. El sujeto no es otra cosa que un jinete impotente e indefenso a caballo de la identificación. Si en los primeros tramos de su obra, Butler (2007, 2008) localizó en la identificación una lógica diferente a la de la identidad, en *The Psychic Life of Power* tales planteos pierden potencia explicativa. El propio mecanismo de identificación, a esta altura, produce una vuelta sobre sí mismo y queda sujeto al poder.

De la identificación al carácter *ex-stático* del sujeto

Si tomamos otros segmentos del pensamiento de Butler es posible detectar, sin embargo, líneas de fuga al carácter encriptado que asume la identificación en *The Psychic Life of Power* a partir de la modelización lacaniana que la autora hace de tal mecanismo. En *Bodies that matter*, a partir de referencias a Lacan, Butler menciona que:

Estrictamente hablando, no puede decirse pues que el yo se identifique con un objeto exterior a él; antes bien, el ‘exterior’ del yo se demarca ambiguamente por primera vez a través de una identifica-

ción con una imago, que es en sí misma una relación, o en realidad se establece en y como lo imaginario una frontera espacial que negocia lo ‘exterior’ y lo ‘interior’ (Butler, 2008, p. 119).

En este caso, la identificación permanece ligada al continuo establecimiento de una frontera vacilante e imaginaria.

Por otra parte, en *Undoing Gender*, Butler enfatiza que “los términos que componen el propio género se hallan, desde el principio, fuera de unø mismø, más allá de unø mismø, en una socialidad que no tiene un solo autor” (Butler, 2006a, pp. 13-14). En esta línea, la autora retoma la noción de sujetø *ex-státicos* entendida como estar fuera de unø mismø. En uno de los ensayos que integran tal libro, titulado *Longing for Recognition*, Butler toma como eje algunas de las ideas de Jessica Benjamin —es decir, del psicoanálisis de las relaciones de objeto, con lo que nuevamente echa mano a la identificación. Teniendo en cuenta esto, desde una lectura apresurada, el ensayo puede sugerir un intento de Butler por retomar de manera subterránea su propósito en *The Psychic Life of Power*. La autora enfatiza que øl sujetø está inevitablemente ligado a los términos que articulan el campo social, lo cual, en primera instancia, parece estar en la base de una posible relación entre el carácter *ex-stático* døl sujetø y el mecanismo de la identificación, donde esta última adviene para explicar, en términos psicoanalíticos, la formación *ex-stática* døl sujetø como una psique que ha sido constituida por normas sociales preexistentes y localizadas fuera døl sujetø.

Sin embargo, Butler es clara cuando menciona que la propuesta de Benjamin, centrada en la posibilidad de pensar las identificaciones preedípicas en términos sobreinclusivos (Benjamin, 1997), rechaza la noción de un yo *ex-státicamente* involucrado en øl otrø. En sus palabras:

Para ser uno mismo se debe pasar a través de la pérdida de sí, y después de atravesarla nunca más ‘retornará’ a ser lo que era. [...] ser un yo es estar a cierta distancia de lo que uno es [...] estar siempre siendo arrojado fuera de uno mismo, como Otro de uno mismo (Butler, 2006a, pp. 211-212).

El carácter *ex-stático* del sujeto no parece, entonces, estar en sintonía con la identificación. Al contrario del tal carácter, la identificación arroja como consecuencia teórica inexorable la instalación de un núcleo sin el cual no es posible pensar al sujeto. La identificación marca una dinámica inversa al *ser arrojado fuera de uno mismo*, pues las identificaciones toman aspectos de los objetos y a partir de allí modifican al yo. Tal modificación opera por añadidura. Se trata de sedimentaciones –como dice Freud–, capas que se añaden en torno a un núcleo. Aunque Lacan deja en claro que es un aspecto imaginario, con realidad de ficción, opera como una reificación teórica potente a la hora de pensar la articulación del sujeto. En este sentido, la identificación no arroja al sujeto fuera de sí; por el contrario, arrastra al otro hacia sí.¹² Butler menciona:

el yo que estoy perfilando aquí está más allá de sí mismo desde el inicio y está definido por su *ex-stasis* ontológico, esta relación fundamental con el Otro en la cual se encuentra a sí mismo ambiguamente instalado fuera de sí mismo. Sugiero que este modelo es una manera de cuestionar cualquier afirmación relacionada con la autosuficiencia del sujeto y con el carácter incorporativo de toda identificación (Butler, 2006a, p. 214).

Butler se refiere a que este carácter *ex-stático* del yo se vincula con una “noción del yo que

invariablemente se pierde a sí mismo en el otro que procura la existencia del yo” (Butler, 2006a, p. 213). Esta perspectiva no va por la misma vía que los vínculos apasionados, antes planteados, vinculados a los procesos de identificación. A esta altura de su obra –en *Undoing Gender*–, cuando su pensamiento ha asumido cierto giro (Femenías, 2012), ya no es la identificación lo que le permite a Butler pensar la formación del sujeto. A partir del 11 de septiembre de 2001 el problema gira en torno a la pérdida y la vulnerabilidad al momento

¹² En sintonía con esta propuesta de reconcebir la identificación bajo la lógica del sujeto *ex-stático*, véase la diferencia que establece Kaja Silverman entre identificación *incorporativa* e identificación *ex-corporativa* sistematizada en el capítulo 7.

de pensar la posibilidad de lazos interpersonales en la conformación de una comunidad política (Femenías, 2012; Butler, 2006b, 2009).

Como fuere, su obra reúne tal complejidad como para hallar líneas argumentativas que permiten entretejer nuevos imaginarios posibles más allá de la captura identificatoria del sujeto en, y por, la norma. Desde mi punto de vista, el mecanismo de la identificación proveniente del psicoanálisis debe ser refigurado a partir de la noción de sujetos *ex-státicos* que Butler toma del campo de la filosofía, la que permite, finalmente, pensar la posibilidad de una transformación subjetiva acorde a la propuesta política que sostiene sus conceptualizaciones.

Cuerpo

Capítulo 6

Una persistencia fundacional

Presencia/ausencia del cuerpo

El cuerpo no ha sido sometido a un examen epistemológico explícito en las producciones pertenecientes al psicoanálisis norteamericano, al menos en las fuentes indagadas para este estudio. Sin embargo, es posible notar el modo en que los autores consultados apelan constantemente a tal categoría como núcleo de referencia último que se agota en sí mismo y, como tal, no exige un examen específico. Aquí se ofrece, entonces, un rastreo de los modos en que el cuerpo es figurado en el psicoanálisis norteamericano. En primer lugar, se presenta el modo en que se lo ha modelado teóricamente en escritos clásicos, que han marcado la perspectiva presente, de manera explícita o subyacente, en los desarrollos actuales. En segundo lugar, se expone el lugar del cuerpo en producciones teóricas que intentan dar cuenta de construcciones psíquicas diferenciales de acuerdo al sexo. En la meticulosa búsqueda bibliográfica no se hallaron producciones que aborden la temática desde una perspectiva en la que el cuerpo se dibuje como alguna otra cosa que la base sustancial y natural que determina no solo la identidad de género, sino la especificidad de lo psíquico.

El cuerpo en los aportes clásicos

La referencia nuclear en torno al cuerpo está dada por los aportes de Paul Schilder (1931). Tan es así que el grueso de los trabajos que abordan tal categoría dentro del espectro del psicoanálisis norteameri-

cano se ven obligados a mencionarlo. Sus aportes se interrogan, fundamentalmente, acerca de las relaciones específicas que el ego mantiene con el cuerpo. Desde su punto de vista, el cuerpo se diferencia de cualquier objeto del mundo, pues mantiene una relación de cercanía con el ego, mientras que el mundo constituye un objeto distante. En cualquier caso, el ego siempre se enfrenta a sus objetos, uno de los cuales es el cuerpo. En su concepción, las imágenes, pensamientos, sentimientos y percepciones poseen como condición previa la existencia del ego, el que mantiene constantemente *la intención de objeto*. Cabe aclarar que Schilder entiende por ego a toda realidad psicológica uniforme y constante, aquello inmutable a lo largo de toda la vida. Este ego que Schilder delimita permanece incompleto sin el cuerpo –ese objeto que, en cuanto su mitad, lo completa: *mi cuerpo*–.

Paul Schilder (1923) fue pionero, por otra parte, en conceptualizar la idea de *imagen del cuerpo*, como aquella representación que se desarrolla y permanece dentro de la alternancia y el constante cambio producto de la interacción continua del cuerpo y el ambiente mediante impresiones o estímulos táctiles, kinestésicos o visuales. Por lo tanto, si existe un grave desequilibrio entre el interior y la sensibilidad periférica, la formación de la imagen corporal se verá seriamente perjudicada. Posteriormente, en esta misma línea, Greenacre (1958) destaca el lugar del cuerpo en el establecimiento de la identidad, en relación con el proceso de individuación. Este autor enfatiza aspectos dinámicos al señalar que el *sentido del yo*, ligado a la imagen del cuerpo, se mantiene y se vitaliza constantemente a partir de la redefinición continua que acompaña la comparación y el contraste con el cuerpo de los demás. Por su parte Schilder (1923) deja en claro que el ser humano no es consciente de sí mismo mediante sus sensaciones propioceptivas. La fuente a partir de la cual se construye la realidad psicológica en general, y la del cuerpo en particular, proviene de estímulos que se transmiten principalmente a través de la piel y del resto de los órganos sensorio-perceptivos, que el autor agrupa bajo la categoría de *sensaciones límite*. Aunque no es explícito al respecto, probablemente tal denominación proviene de su idea de que toda realidad psicológica se articula

a partir de la formación de un *auto-límite* derivado de estos estímulos.

Hartmann y Schilder aseguran que las sensaciones que integran la experiencia subjetiva de nuestro cuerpo proceden de zonas localizadas apenas por debajo de la superficie y, sobre todo, de los orificios del cuerpo (Mahler y McDevitt, 1982). Destacan que la experiencia inmediata de la parte interior de nuestros cuerpos se reduce a la percepción de una mera masa pesada y, en lo que respecta a las partes del cuerpo, solo se registran a partir de un leve sentido de la gravedad. No obstante, Schilder y Wechsler (1935) investigaron empíricamente qué ideas tienen los niños acerca del interior de sus cuerpos. Los resultados parecen sugerir que los niños normales prestan poca atención al interior de sus cuerpos y se centran en la periferia. Un resultado a destacar: ante la pregunta respecto a *qué hay debajo de su piel, en el interior de su cuerpo*, la mayor parte de los niños respondieron con convicción ¡*Yo, yo mismo!* A partir de aquí los autores destacan una paradoja de nuestra experiencia corporal: a pesar de que las sensaciones que se toman en cuenta para la construcción de la imagen del cuerpo provienen de la superficie del mismo, nadie considera ni ubica su ser en la superficie de la piel. La realidad psicológica es localizada dentro de los límites de la piel, a pesar de no tener representaciones sutiles o refinadas acerca del interior de nuestro cuerpo. Por otra parte, los autores afirman que esta idea de *piel que contiene* se vincula con la representación de nuestro cuerpo como un todo, representación emblemática de nuestro propio ser coherente y monolítico. Cabe destacar que sugieren que la coherencia del ego se desprende del carácter total propio de la *gestalt* del cuerpo garantizado, justamente, por el carácter envolvente de la piel.

Es así que, para este conjunto de autores, el núcleo de nuestro sentido de identidad individual depende de la integración del *self* corporal; proceso gradual que, según ellos, apenas se expresa a través de comportamientos específicos. Hartmann y Schilder (1927, citados por Mahler y McDevitt, 1982), así como Schilder y Wechsler (1935), acuerdan en señalar que existen dos grupos de esquemas del *self* corporal. Un grupo alude a los mecanismos de formación del auto-límite. Otro grupo remite a la integración de partes del cuerpo en función de

una imagen corporal total que asegura la función sintética del ego, tal como Schilder lo ha descripto.

Gran parte de las conceptualizaciones sobre el cuerpo en la literatura específica del psicoanálisis norteamericano refieren al texto freudiano *Inhibición, síntoma y angustia* (1979m), en el cual el cuerpo es vinculado a las experiencias de dolor (Szasz, 1955). De acuerdo a este punto de mira, el dolor articula la dimensión del cuerpo con el ego, el cual, en cuanto espacio psíquico, no solo toma como objetos a otras personas a lo largo del desarrollo, sino que también se relaciona y toma al propio cuerpo como un objeto más. Szasz intenta demostrar las limitaciones de la teoría psicoanalítica clásica ya que, a su criterio, no permite integrar adecuadamente al dolor dentro de su marco explicativo. Por otra parte, destaca las ventajas teóricas que brinda entender al cuerpo en términos de objeto.

A partir de Freud (1979m), Szasz (1955) no duda en afirmar que el cuerpo adquiere representación psíquica en varios registros. Algunos aspectos permanecen en el *ello* –por ejemplo, aspectos pulsionales que surgen, al menos en parte, de ciertas zonas del cuerpo denominadas erógenas (Freud, 1979b). Otros permanecen bajo la esfera del *ego*, por ejemplo, el concepto que comienza a construirse tempranamente denominado *self* corporal. Es en este punto donde Szasz señala la necesidad de nuevos aportes en torno al cuerpo, ya que ninguna de estas inscripciones mencionadas permite pensar la dimensión del cuerpo en su mayor complejidad posible. Del mismo modo, señala el autor, tampoco alcanza con sumar a los modos de representación antes aludidos la idea del cuerpo como parte de la *realidad externa*. Para Szasz (1955), los conceptos de *ello*, *yo* y *superyó*, junto a la idea de realidad externa, no son suficientes a la hora de lograr una comprensión acabada sobre el dolor como proceso relacionado con el cuerpo. No ajeno al contexto norteamericano, el autor toma la teoría de las relaciones objetales, pues esta noción refiere a un proceso de interacción mutua entre el *yo* y algún otro sistema al que la teoría denomina *objeto*. Desde este punto de mira el *ego* y el objeto son conceptos complementarios, no es posible comprender la actividad del *ego* separadamente de

su relación con los objetos. Entonces, el cuerpo es considerado como un objeto vis a vis con el ego. A pesar de que Szasz entiende por ego a una organización coherente de los procesos mentales, ancla en Schilder la idea de que este se relaciona con el cuerpo en cuanto un objeto.

Otros autores norteamericanos que también asumen el supuesto de que el cuerpo es un objeto del ego son Anna Freud (1968), Joachim Flescher (1948) y Ralph Greenson (1954), entre otros. Estos autores enfatizan el carácter exploratorio del vínculo que los infantes tienen con su cuerpo: incluso bebés de pocos meses juegan con los dedos de sus pies, con las manos. Las sensaciones que se desprenden de forma espontánea por el encuentro con las partes del cuerpo resultan satisfactorias para el bebé. Cuando el proceso de relación que el ego establece con las partes del cuerpo se va complejizando progresivamente, el proceso de relación ego-cuerpo se afianza. Señala Ives Hendrick (1951) que un *instinto de dominio* motoriza al ego en su afán de adaptarse y explorar las diversas funciones del cuerpo. Por su parte Szasz sugiere que las interrelaciones entre el desarrollo de las funciones del cuerpo y el ego constituyen un proceso de dominio progresivo que el ego ejerce sobre el cuerpo, en cuanto objeto. La contracara de este proceso es la complejización en la integración ego-cuerpo.

Szasz destaca que el ego primitivo cobra existencia a partir de la percepción de los estímulos que provienen de los objetos. A criterio del autor, en un bebé completamente satisfecho no habría emergencia del ego. En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1979m) dedica comentarios al lugar del dolor físico.¹ A partir de aquí, Szasz (1955) sitúa al dolor en el despertar de la conciencia, bajo la forma de displacer ligado a los estímulos desagradables que irrumpen en ese primer objeto del *self* primitivo, esto es: el cuerpo. Edoardo Weiss (1934) intenta distinguir entre el dolor físico y el dolor mental, a pesar de que su artículo muestra el carácter vacilante y difuso de tales límites.²

¹ Butler retoma estas consideraciones y las entrama en otro contexto conceptual para mostrar el carácter construido de lo que denomina *imaginario morfológico corporal* (véase capítulo 9).

² El hecho de que Butler también vuelva sobre este punto (véase capítulo 9) no deja

Por su parte, Paul Schilder (1931) y Joachim Flescher (1948) ubican al dolor como un organizador de la imagen del cuerpo. Hay dos factores que, para los autores, tienen un papel especial en la creación de la imagen del cuerpo: el dolor y el control motor de las extremidades. Finalmente, para destacar el papel del dolor en el modo de concebir el cuerpo en la literatura norteamericana en materia de psicoanálisis, cabe señalar el aporte de Anna Freud (1968), quien subraya las maniobras de protección que el yo temprano emplea en sus intentos de evitar el dolor corporal.

Otro aspecto a resaltar es la importancia que algunos autores otorgan a la estimulación del cuerpo del bebé a partir de los primeros contactos con la madre (Hoffer, 1949). El intercambio sensorio-perceptivo en los primeros tiempos de la vida no solo contribuye a la diferenciación y, por tanto, eventualmente, a la separación-individuación; más bien parece ser condición necesaria para la emergencia del primer sentido del *self* corporal como entidad. De hecho, Hoffer establece que este contacto cuerpo a cuerpo con la madre funda un sostén mental en el que descansan la vivencia de límites corporales e, incluso, el sentimiento de estar vivo. Esto implica el logro de la integración de las imágenes que representan las partes del cuerpo en una imagen de sí mismo total a la que se apela cuando se ve amenazada la integridad de la imagen del cuerpo en su conjunto.

Por su parte, Lofgren (1968) ofrece una aproximación al cuerpo en términos de representación fantasmal del mismo. En sus desarrollos el tema es tratado a partir de una estrecha vinculación entre la inervación motora voluntaria de las partes del cuerpo y los fenómenos fantasmales que se ponen de manifiesto ante la pérdida, por accidente, de tales partes del cuerpo. Menciona que, a diferencia de las extremidades, las partes del cuerpo que no tienen motilidad voluntaria no producen fenómenos fantasma compensatorios. A partir de allí, Lofgren concluye que en aquellas partes corporales en las que no hay movimiento intencional, voluntario –el autor utiliza al pene como un ejemplo– no hay

dudas respecto a que, pese a no referenciarla, conoce la literatura psicoanalítica clásica que aborda la categoría en cuestión.

fantasma. El pene, a criterio de Lofgren, posee tal grado de autonomía que adquiere un carácter de objeto vis a vis con el resto del *self*, cuyo anclaje en la imagen corporal posee otro estatuto al eludir la función sintética del yo. Por ejemplo, nos dice, en los inicios de la vida, cuando aún no existe un ego –contracara del hecho de que los bebés no dominan voluntariamente los movimientos de las partes de su cuerpo– el bebé experimenta manos o pies como objetos que no le pertenecen. En suma, Lofgren enfatiza la idea que considera al pene como una parte no anclada firmemente en el yo corporal para argumentar la importancia del movimiento voluntario en el proceso de integración de las partes del cuerpo a partir de la función sintética del yo. Todo aquello del cuerpo que eluda el control del yo muestra resistencia a ser integrado en la imagen corporal.

El cuerpo como *self* corporal

Es posible advertir que el cuerpo es tematizado en términos de *self* corporal. Los aportes de Joseph Lichtenberg (1978) resultan paradigmáticos del modo en que se aborda el tema. El autor plantea que el cuerpo debe ser entendido en relación con el concepto psicoanalítico de *prueba de la realidad*, la capacidad de distinguir entre estímulos internos y externos. Tal capacidad, señalan, se instala progresivamente a partir de diferentes etapas. Sus aspectos se refinan a lo largo de un desarrollo progresivo (Mahler y McDevitt, 1982). De este modo la realidad adquiere formas más complejas desde el punto de vista del individuo, donde la discriminación interior y exterior es solo un eslabón inicial del proceso. Las operaciones que permiten la prueba de realidad implican al cuerpo como una superficie sin la cual no es posible el procesamiento de la realidad.

Claramente, el foco se centra en la actividad psíquica que emerge a partir de las sensaciones y de las funciones del cuerpo en cuanto primer objeto de la realidad a ser domeñado. Se encuentra en la base del sentido de la realidad que debe ser experimentada en términos de unidad y constancia. No ajeno a la marca norteamericana que ha hegemonizado las modalidades en que los pensadores del campo psicoanalítico abor-

dan las explicaciones, Joseph Lichtenberg (1978) se propone desplegar una línea de desarrollo del *self* corporal, entendiendo que el sentido del *self* es siempre una mezcla equilibrada de todos los aspectos de la propia experiencia que emergen a partir de la realidad corporal.

El cuerpo, entonces, es el contacto inicial con la realidad. Del registro incipiente de las sensaciones, estímulos y de la sensorialidad del cuerpo comienza a construirse lo psíquico (Mahler y McDevitt, 1982). Justamente la esfera de aquello que el autor denomina como *self* corporal es delimitada, de manera explícita o subyacente, en términos de esfera interna que debe ir diferenciándose, en grados de complejización creciente, respecto de la realidad. La realidad es entendida en calidad de mundo objetivo, externo, al que todo individuo que transcurre de un modo esperable por la línea de desarrollo propuesta debe ser capaz de percibir y reproducir fielmente. Así, por otra parte, la realidad es equiparada con los eventos y objetos (animados e inanimados) del mundo exterior. Se instalan como dos esferas diferenciales las percepciones y objetos externos, por un lado, y los recuerdos y fantasías, por otro. El grado de contaminación entre ambas esferas instala un *continuum* entre normalidad y patología (Mahler y McDevitt, 1982). El peso otorgado a la naturaleza objetiva de la realidad como una entidad psicológica es notable. Por otra parte, aspectos tales como los deseos subjetivos y dinámicas descritas como pertenecientes a la esfera de los conflictos internos adquieren su lugar, pues los autores reconocen que la percepción no siempre es fiel a la realidad. Esto se debe a problemáticas ligadas al campo de la patología, cuya dinámica se explica a partir de trastornos que surgen en las tempranas relaciones de objeto y tempranas identificaciones.

Por otra parte, el *sentido de realidad* (Weisman, 1958; Frosch, 1964; Novey, 1966) adviene como un concepto que puebla los contextos semánticos en los que aparecen las categorías de cuerpo y realidad. Todo parece indicar que la idea de sentido de realidad irrumpe para conceptualizar aspectos patológicos delimitados a partir de los desajustes respecto a la realidad objetiva. Entre los autores existe consenso en entender por tal concepto a un cúmulo de fenómenos que

gravitan en la esfera experiencial. Desde allí el *self* corporal queda ligado a la gama completa de experiencias centradas en diferentes niveles del cuerpo: su superficie, su interior y las imágenes (conscientes, preconscientes e inconscientes) que el *self* ha logrado modelar a partir de tales experiencias.

Un conjunto significativo de autores alineados en la tradición de Schilder (1923, 1931) enfatizan la idea de cuerpo como objeto de la realidad a ser representado. Las imágenes producto de esta actividad integran diferentes registros, pues son componentes del ello (imágenes inconscientes), del yo (que organiza el esquema corporal) y del superyó (ideales y prohibiciones centradas en el cuerpo). Desde esta tradición es que leen la idea de *self* corporal en Freud, quien describió el lugar del cuerpo, aseguran, como el núcleo del yo. En sentido estricto, Freud mencionó que “el yo es sobre todo [...], él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, 1979i, p. 27); a pie de página aclara:

O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico (Freud, 1979i, pp. 27-28).

Como fuere, la idea de *self* corporal supone que la experiencia del cuerpo es el núcleo alrededor del cual se forma el *self*; por lo tanto, el *self* corporal emerge en la temprana infancia. Deriva, entonces, de la superficie del cuerpo y se refiere a los límites del cuerpo, que permiten establecer, en última instancia, los límites entre lo interior y lo exterior, entre yo y no-yo. A estas consideraciones Lichtenberg (1978) agrega que el *self* corporal refiere, también, a una importante agrupación de imágenes cargadas de emoción que representan la experiencia corporal, la que se extiende más allá del período infantil, durante toda la vida, y además comprende la totalidad de la experiencia del cuerpo—superficiales e internas. Las imágenes del *self* corporal pueden ser diferenciadas, entonces, de (1) las imágenes no centradas en el cuerpo; (2) las imágenes del yo experimentado en relación con los objetos

vistos como claramente separados; (3) las imágenes del *self* grandioso asociado con imágenes idealizadas de sí mismo (Lichtenberg, 1978).

El sentido de la realidad del *self* corporal da cuenta del modo en que el cuerpo contribuye al sentido de realidad del individuo. Es el cuerpo y sus patrones –como el hambre, el sueño, el dolor–, los límites de su superficie y su funcionamiento, los que otorgan realidad al yo en términos de una unidad cohesionada. Tal sentido de realidad del *self* corporal se desarrolla en una serie de etapas confusamente delimitadas:

(1) La primera etapa delimita al cuerpo como el medio a partir del cual la realidad psíquica experimenta sus sensaciones e intensidades. Es así que, durante esta etapa infantil temprana, la realidad comienza a diferenciarse de aspectos internos a partir de la intensidad de la experiencia corporal.

Durante este período, el *infans* experimenta psíquicamente su cuerpo en términos fragmentarios. Es desde este modo de experiencia que comienza a operar la prueba de realidad. Las experiencias, en la gama de sus intensidades, permiten la emergencia de representaciones ancladas en el funcionamiento físico del cuerpo y sus estímulos. Por otra parte, el sentido de la realidad en esta etapa temprana de la infancia constituye un reflejo directo del modo fragmentario en que se experimenta el cuerpo. Cuanto más intenso, en un rango que permanece por debajo de un umbral aceptable, más fuerte es el sentido de realidad. Finalmente, si bien el sentido de realidad comienza a funcionar de esta forma, la prueba de la realidad no opera en esta etapa temprana del desarrollo, pues se trata de una función propia del yo que es capaz de diferenciarse de los objetos. Más tarde, el yo emplea la calidad de la intensidad y vivacidad sensorial para diferenciar las percepciones de la realidad respecto de la actividad mental interna. Este criterio, en la experiencia infantil temprana, está sujeto a fallas patológicas en las que la intensidad de las alucinaciones, sueños y sensaciones somáticas puede dar lugar a un fuerte sentido, aunque *falso*, de realidad.

En este marco adquieren especial relevancia las experiencias que ocurren en el vínculo madre/bebé. Entre el adulto encargado de la

crianza y la vida psíquica del bebé opera el cuerpo y la intensidad de sus excitaciones como eslabón intermedio. Cabe señalar que, al no introducir otra dimensión en juego, todo parece indicar que los autores suponen que lo psíquico emerge desde lo biológico. No queda claro el estatuto ontológico de aquello que registra al cuerpo para dar existencia a lo específicamente psíquico. Algunas líneas desarrolladas en las producciones de los pensadores en cuestión ubican en el centro de la escena al funcionamiento de un aparato perceptual cognitivo autónomo, capaz de formar representaciones psíquicas que correlacionan con las principales experiencias corporales: sensaciones táctiles, alimentarias, hambre, movimientos digestivos, distensión del intestino y de la vejiga, estados de sueño, por nombrar algunas fuentes de la vida psíquica que recuperan los autores.

La representación de estas experiencias corporales permanece bajo un carácter fragmentario durante un período considerable de la primera infancia, pues la psique infantil no posee los medios necesarios para discriminar entre sus intermitentes ráfagas de experiencia psíquica y la realidad. Allí la realidad aún se reduce a la experiencia psíquica. Solo posteriormente, poco a poco, se construye una representación más general del cuerpo. Si bien esta complejización responde, de acuerdo a Lichtenberg (1978), a la relación entre representaciones corporales tempranas, el autor reconoce que el esquema corporal parte de la dotación genética constitucional del bebé.

Se trata de eventos corporales, en los cuales el papel de la intensidad comienza como un factor cuantitativo. Por lo general, estas primeras intensidades corporales provienen –según los autores– de sensaciones táctiles implicadas en la alimentación, y se transforman psíquicamente en la representación de un impulso y la parte del cuerpo involucrada en su satisfacción (Szasz, 1955). El impulso psíquico, modelado a partir de la excitabilidad del cuerpo, también adquiere un factor cuantitativo otorgado por intensidades variables: la fuerza con la que se experimenta el deseo y las imágenes de partes del cuerpo asociadas con su satisfacción. Es esta cualidad de intensidad la que sugiere a los autores que el ego en desarrollo se organiza en torno a la

prueba de realidad. En esta línea señalan Lewin y Basch (1975, citados por Lichtenberg, 1978) que las percepciones son percibidas como reales en virtud de su mayor intensidad, viveza y claridad. Es así que el ego hace un uso adaptativo del criterio de intensidad, aunque permanece sujeto a una amplia gama de distorsiones.

(2) Durante la segunda etapa, las imágenes del *self* corporal provenientes de la superficie se vuelven más diferenciadas respecto de las que emergen de aspectos internos, y son integradas bajo un todo. Es aquí cuando los límites y las fronteras de la superficie corporal son probados por el yo, instancia que, ahora, posee límites envolventes, y ha significado en términos de placer y displacer los ritmos, patrones y estados de las funciones superficiales e internas del cuerpo. Se trata de un avance en el desarrollo, conceptualizado en términos de maduración, en el cual el infante adquiere coherencia psíquica al experimentar su cuerpo y la prueba de realidad a partir de criterios que establecen los límites del cuerpo y definen su estado interno.

Fundamentalmente, en este período lo psíquico desarrolla la coherencia y la matriz de identificaciones que otorgan identidad al yo. Allí se agrupan experiencias del cuerpo y los núcleos de funciones del ego se diferencian, lo que permite la distinción entre la superficie del cuerpo y el cuerpo interno. Por otra parte, el sentido de realidad del cuerpo se desarrolla simultáneamente en dos líneas: una establece la realidad de los límites del cuerpo; la otra, la realidad de los estados ligados a las necesidades del cuerpo y su funcionamiento. La prueba de realidad comienza como una función de la matriz de identificaciones del *self* incipiente, aún indiferenciado. El *self* temprano es capaz de establecer criterios de referencia primitivos para organizar el espacio, el tiempo y la causalidad. Cada uno de estos implica criterios empleados para probar los límites del cuerpo.

(3) En la última etapa, el niño mayor utiliza criterios más complejos con el objetivo de definir y poner a prueba el sentido de realidad del *self* corporal como parte de un todo; se trata del sentido de la propia cohesión, de lograr un sentido de realidad de la experiencia corporal y la prueba de la cohesión del *self*. Aquí, la superficie del cuerpo y su

interior se integran en una unidad experimentada coherentemente. El cuerpo se convierte en un punto de estabilidad tanto para la cohesión del yo como para otorgar sentido a la propia experiencia en términos de continuidad y de mismidad a través de los cambios. Por otra parte, el sentido de la realidad del *self* corporal en este período contribuye a la cohesión incluso de la percepción del propio cuerpo. Un sentido bien integrado del cuerpo *interior* y *exterior* es un requerimiento para la formación de las importantes discriminaciones que componen el procesamiento de la realidad. Autolímites estables son requisito previo para una sensación discreta del *self* separado de los objetos percibidos de forma discreta. Mahler y McDevitt (1982) señalan que la conciencia psíquica de las necesidades corporales combinada con un adecuado cuidado por parte de los padres instala un sentido interno estable de la realidad corporal, así como la creencia en una realidad compartida. Por otra parte, la experiencia del *self* corporal está sujeta a fluctuaciones que pueden ejercer un efecto perjudicial en el sentido de la realidad. También, la comprobación de la realidad de la superficie del cuerpo implica criterios de carácter cada vez más complejo para incluir la prueba de la identidad sexual y la integridad del cuerpo contra las amenazas de la situación edípica.

Interesa destacar estas últimas consideraciones ya que permiten una aproximación al modo en que, desde esta perspectiva, se entiende al cuerpo en su dimensión sexuada. Lichtenberg (1978) señala que, durante la pubertad, luego de la creciente sensación de control de todas las actividades corporales, viscerales y musculares, el individuo se enfrenta a una pérdida alarmante del control del cuerpo en forma de cambios: erecciones espontáneas o menarca. Este momento constituye un desafío al sentido de la realidad, pues en niños y niñas púberes la erección, el orgasmo y la menarca constituyen un punto focal alrededor del cual el sentido de realidad vinculado con los genitales se reorganiza, al tiempo que produce nuevo sentido del tiempo, de los ritmos del cuerpo ligados a las necesidades sexuales emergentes, que requieren anticipación y control volitivo en la búsqueda de la satisfacción. Clower (1975) destaca que esta reformulación de la imagen corporal

es de crucial importancia en la niña, ya que le permite la aceptación del útero y la vagina como órganos femeninos.

En suma, tradicionalmente el *self* corporal ha sido considerado como una superficie fáctica que permite, en principio, instalar la prueba de la realidad. Es el cuerpo y su capacidad de registrar intensidades el que posibilita distinguir lo interno y lo externo como fuentes de estímulos diferenciales. Por otra parte, el cuerpo adviene como fuente de impulsos instintivos junto a experiencias tanto en el nivel de la imagen corporal como de las sensaciones del funcionamiento del cuerpo. Resultados de observaciones infantiles y la investigación clínica indican que, en diferentes etapas de la vida, desde la temprana infancia en adelante, la maduración y el desarrollo del *self* corporal se integran con el resto de las actividades psíquicas que contribuyen a la conformación del modo en que el sujeto experimenta la realidad. Es así que el desarrollo del *self* corporal en cada período involucra aspectos que contribuyen a la complejización de la prueba de realidad.

A pesar de que los aportes de los autores mencionados no son actuales continúan organizando el grueso de las producciones académicas del psicoanálisis norteamericano ortodoxo, en el cual el cuerpo opera como fundamento naturalizado de lo psíquico en general, y de la identidad de género en particular. A continuación, interesa exponer una serie de artículos en los que emerge con claridad el lugar del cuerpo naturalmente sexuado en la producción lineal de la subjetividad entendida como epifenómeno de lo biológico.

La biología de los cuerpos como fundamento

Estos escritos tempranos constituyen la trama de las publicaciones posteriores a la década del 60, que alimentan en ellos una perspectiva esencialista en torno al cuerpo. Esto se evidencia claramente en los aportes vinculados al desarrollo psicológico de la masculinidad y la femineidad. El anclaje de este soporte teórico en un cuerpo naturalizado habilita los aportes psicoanalíticos sobre la identidad de género permanecen ligados a una perspectiva biológica (véase capítulo 1).

El artículo de Gert Heilbrunn (1979) sintetiza la matriz teórica que

de manera más o menos explícita se encuentra presente en todos los textos indagados que, dentro del espectro del psicoanálisis norteamericano, refieren al cuerpo. Motivado por la preocupación de localizar los fundamentos anatómicos de los aportes freudianos, el autor se empeña en buscar los correlatos biológicos de los conceptos psicoanalíticos. Para ello toma datos provenientes de avances en el campo de la anatomía, la neurofisiología y la neuroquímica.

Heilbrunn ancla su perspectiva biologicista en Freud. Si bien reconoce que el padre del psicoanálisis dedicó la mayor parte de su vida científica a observaciones de corte psicológico, también afirma que existen expresiones presentes en su obra que sugieren la insistencia freudiana en la importancia de la herencia, la química y los factores de la etiología. Retoma algunas afirmaciones freudianas, por ejemplo, en *Introducción del narcisismo* (Freud, 1979d) respecto a que “debe recordarse que todas nuestras provisionalidades psicológicas deberán asentarse alguna vez en el terreno de los sustratos orgánicos” (Freud, 1979d, p. 76). Luego, en *Más allá del principio de placer* observó que:

la biología es verdaderamente un reino de posibilidades ilimitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos. Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis (Freud, 1979g, pp. 58-59).

Posteriormente, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* declaró:

dada la íntima trabazón entre las cosas que separamos como corporales y anímicas, cabe prever que llegará el día en que desde la biología de los órganos y desde la química se abrirán caminos de conocimiento –y esperamos que de tratamiento– hacia el campo de los fenómenos neuróticos (Freud, 1979l, p. 217).

Dicho nuevamente: Heilbrunn aboga a favor de sostener la interrelación entre el cuerpo y lo psíquico, aunque enfatizando la dependencia de lo psíquico respecto a las funciones que se despliegan en el sustrato orgánico. El autor reconoce el avance de las neurociencias

durante el segundo tercio del siglo XX (Fonagy y Target, 2007); desde entonces, afirma, se ha producido un giro en el campo de la neuroquímica. Para el autor es posible anclar los principios metapsicológicos del psicoanálisis en los hallazgos de la neurobiología. Heilbrunn prioriza, entonces, el modelo médico presente en la obra de Freud, a partir del cual los conceptos de su teoría pueden ser vinculados a un sustrato anatómico y fisicoquímicamente programado.

Solo por mencionar algunas líneas nodales de su pensamiento, el autor decodifica la idea de pulsión en términos de dotación genética que sostiene el despliegue de una serie de impulsos instintivos de origen celular. Entiende que el psicoanálisis plantea al comportamiento humano motivado por la búsqueda del placer y la huida del dolor, y aquellas experiencias dolorosas son empujadas a la esfera del inconsciente por el mecanismo psíquico de la represión. Una vez allí, los recuerdos reprimidos permanecen activos debido a esa carga emocional llamada investidura. Para ello se requiere un flujo constante de energía para contrarrestar las catexias de los contenidos potencialmente reprimidos. Es así que el funcionamiento mental gira en torno a tres polos: ego/no ego (mundo exterior), dolor/placer, actividad/pasividad. Al mismo tiempo, factores provenientes del medio inducen al ego a juzgar e integrar facultades para realizar maniobras adaptativas que conduzcan a un máximo de gratificación de impulsos y a un mínimo de displacer.

En este contexto, Heilbrunn localiza dos tipos de correlaciones orgánicas fundamentales que pueden ser exploradas para su posible correspondencia con los conceptos psicoanalíticos mencionados. El primer grupo se refiere a la localización anatómica de sectores descubiertos capaces de servir como estaciones centrales para las modalidades emocionales básicas del hambre, la sed, el miedo, la rabia, la placidez, el placer y el displacer. El segundo grupo comprende datos neurofisiológicos y químicos con consecuencias de gran alcance para los procesos de memoria y aprendizaje. Las propiedades topográficas y moleculares combinadas proporcionan, para el autor, la base fisiológica de los procesos psíquicos. Todas las unidades anatómicas reciben,

transmiten o generan emociones básicas a partir de la estimulación eléctrica de áreas específicas. Por ejemplo, tal como documenta el autor, la porción medial del hipotálamo y el núcleo amigdalino inducen rabia; la estimulación de la circunvolución cingular anterior provoca miedo intenso; la estimulación de la porción amigdalina lateral lleva el potencial para la complacencia y la intrepidez. Por lo menos siete u ocho estaciones en el sistema límbico transmiten apetitivo, impulsos sexuales placenteros, mientras que otros grupos de células generan sensaciones desagradables. También destaca Heilbrunn que estudios recientes han revelado que el *locus coeruleus* de la médula envía fibras extremadamente delgadas de no más de media micra de espesor a través de largas distancias a la corteza y el cerebelo, lo que opera coordinando todos los centros de placer. La rama ventral del sistema nervioso se origina en la formación reticular del tallo cerebral inferior e inerva el hipotálamo y las partes ventrales del sistema límbico, lo que regula las actividades principalmente ligadas a la motivación. La vía dorsal se origina en el *locus coeruleus* e inerva la corteza cerebral y el hipocampo, lo que regula particularmente las funciones cognitivas. La conciencia y el registro de los estímulos entrantes dependen de toda la corteza cerebral y el sistema reticular. La integración experiencial, incluyendo el juicio y el pensamiento, ocurren con mayor probabilidad en las capas corticales de los lóbulos frontales. La formación de la memoria tiene lugar en el hipocampo. Por otra parte, puede generarse el recuerdo de eventos pasados a partir de la estimulación eléctrica de la corteza temporal.

A los fines de este capítulo interesa recortar algunos de los conceptos con los que trabaja. Una de sus preocupaciones se refiere a los correlatos biológicos de la polaridad femenino/masculino. Para el autor, lo femenino y lo masculino pertenece al campo de la biología: se trata de la diferencia morfológica de dos tipos de cuerpos configurados a partir de los cromosomas XX, femeninos, y XY, masculinos. Heilbrunn también nos informa que todos los mamíferos siguen un patrón embriológico femenino básico de desarrollo, hasta que un punto crítico de preponderancia de los andrógenos por sobre los estrógenos

determina la masculinidad. Este giro en la preponderancia hormonal está predeterminado por el potencial genético del cariotipo XY. La ausencia de andrógenos, por otra parte, permite al organismo continuar su desarrollo en formato femenino.

Del mismo modo, el comportamiento masculino y femenino parece descansar sobre la feminización o masculinización del cerebro por los andrógenos o estrógenos. Depósitos de andrógenos experimentales en el hipotálamo de ratas hembras en un período experimental crítico las tornaba agresivas; también mostraban una actitud activa ante la cópula, todas características masculinas, nos dice el autor. Del mismo modo, nos informa que implantes de estrógenos en el hipotálamo en ratas macho recién nacidas producen una *orientación femenina* de por vida en estos animales: su actividad motora se reduce y suelen adoptar una postura en cuclillas, típicamente femenina, que les permite ser montados por otros machos. Otro argumento utilizado proviene del comportamiento ligado al sexo de primates jóvenes, que puede ser revertido por manipulación hormonal e intervenciones cerebrales en períodos críticos. También se mencionan estudios del comportamiento de bebés humanos masculinos y femeninos: allí se evidencian diferencias en la fuerza muscular, la movilidad, las respuestas sensoriales, el comportamiento vincular con adultos y la aparición y calidad de juego genital temprano (Galenson y Roiphe, 1976; Kleman, 1976). La feminización de niños y la presencia de patrones femeninos estereotipados en niñas fueron reportadas en un estudio con niños y niñas cuyas madres habían recibido progesterona durante el embarazo. En un estudio inverso, las niñas cuyas madres habían tomado una combinación de estrógenos con progestágenos muestran efectos diferentes. Estas niñas muestran una mayor incidencia de conducta varonil, interés disminuido en la ropa de estilo femenino, mayor nivel de actividad e interés en el atletismo, un comportamiento más agresivo hacia padres y compañeros del mismo sexo (Ehrhardt, 1977). El autor encuentra estas observaciones en sintonía con la formulación de Stoller (1976) acerca de una fuerza biológica que influye en gran medida en la conformación de la identidad de género nuclear, que

parece estar en consonancia con la polaridad femenino/masculino presente en la obra de Freud.

En cuanto al par actividad/pasividad, el autor menciona que Freud (1979e) nunca cambió o modificó su afirmación original de que la feminidad se asocia con la pasividad y la masculinidad con la actividad; por ello asegura que, probablemente, las características asociadas con la actividad corresponden a atributos biológicos que se encuentran en la base de configuraciones específicamente masculinas, lo mismo en relación con la pasividad y su asociación con la feminidad. La contraposición actividad-pasividad fue descrita por Freud como “precurSORA de la polaridad sexual, con la cual también se suelda más tarde” (1979f, p. 298). También menciona que

el yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una actividad hacia el mundo exterior, de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias (Freud, 1979e, p. 129).

Las estructuras y sustancias relacionadas con la actividad remiten a centros cerebrales que generan conducta agresiva. Estos centros se encuentran en el hipotálamo, la corteza de la circunvolución cingulada posterior y la zona dorsomedial de la amígdala. Las hormonas encargadas de la actividad son la epinefrina y la tirotrópina hipofisaria, adrenocorticotropina y gonadotropina que activan sus glándulas diana para liberar tiroxina y hormonas, andrógenos y estrógenos. Los productos de la tiroides promueven el consumo de oxígeno de la mayoría de las células del cuerpo y de este modo estimulan el metabolismo entero. Los corticosteroides están implicados en la estimulación de la síntesis de proteínas. Los andrógenos en animales de experimentación provocan agresión bulliciosa y alegre. Los estrógenos, por su parte, causan búsqueda activa de una pareja sexual.

Las estructuras y sustancias relacionadas con la pasividad refieren a centros estructurales de placidez que se sitúan en la mitad lateral

de la amígdala, la parte posterior del hipotálamo, la parte anterior de la circunvolución del cíngulo y el área septal. Las observaciones a partir de la estimulación de estas áreas, así como su ablación, aportan pruebas que al autor le resultan convincentes sobre la programación del cerebro de los mamíferos respecto a la alternancia entre placidez y agresividad. Se puede deducir a partir de la estrecha yuxtaposición de estas estaciones que existe una relación recíproca entre ellas. Las sustancias endócrinas comprometidas con la pacificación de la acción son: las hormonas pituitarias que impiden el consumo de oxígeno de todas las células, las endorfinas, la progesterona que prepara el útero para cambios progestacionales y suprime el comportamiento estral. En esta línea, investigadores como Benedek y Rubenstein (1939, 1942, citados por Heilbrunn, 1979) encontraron que durante el período preovulatorio, fase estrogénica del ciclo menstrual, los sueños y las fantasías de mujeres estudiadas se caracterizaron por la agresividad sexual y luchas competitivas, mientras que en el período posovulatorio, en el cual prima la progesterona, los sueños y las fantasías fueron de complacencia, calidez y protección. Finalmente, hormonas como la insulina y las prostaglandinas, entre otras, junto a numerosas enzimas, determinan el carácter pasivo del balance metabólico de energía.

Por su parte, Charles Sarlin (1963) se centra en el estudio de la identidad femenina. El autor localiza dos problemas en torno al concepto de identidad femenina vinculados al cuerpo. Por un lado, la renuncia a la sexualidad centrada en el clítoris. Por otro lado, y de manera asociada, el cambio de la relación de objeto en el que la niña preedípica debe renunciar al apego materno y desarrollar una relación de objeto heterosexual siguiendo las exigencias del conflicto edípico.

Sarlin deja en claro que la identidad se basa en la integridad de la estructura del ego, que a su vez hunde sus raíces en las estructuras fisiológicas y biológicas del cuerpo. Desde su punto de vista, la identidad femenina es entendida como la expresión de la personalidad de una porción de la especie de mamíferos, determinada por las características corporales que diferencian a esa porción: la función de lactancia materna y la gestación intrauterina del feto. Incluso, afirma,

la representación del *self* femenino debe establecerse sobre la base del cuerpo femenino, y la representación de su objeto sexual debe ser del sexo opuesto, si es que los objetivos biológicamente fijos se quieren lograr. Los límites de estas representaciones del *self* y su relación de objeto deben permanecer fuertes y claramente definidos.

El autor sitúa algunas características en cuanto a la estructura del ego que deben establecerse en toda identidad madura verdaderamente femenina. En última instancia, Sarlin habla de mujer cuando:

1. La representación del *self* debe manifestar la diferenciación anatómica respecto al cuerpo masculino. Esto es, su imagen corporal debe ser representada como femenina y no como fálico-masculina.

2. Las representaciones de sus pulsiones libidinales deben ser vaginales. La agresión pregenital, incluyendo la envidia y la competencia, deben ser neutralizadas y en gran medida sublimadas.

3. La representación de su objeto libidinal genital primario debe ser una imagen masculina heterosexual; pero su capacidad para el amor no puede limitarse a la expresión físico sensual, ni estar restringida a un solo sexo.

Dado que, desde esta perspectiva, la identidad femenina se encuentra determinada por factores anatómicos, el autor ofrece aquellos datos esenciales que operan en la formación de la misma. La mujer es entendida como la hembra mamífera que se diferencia del macho por los senos y la función específica de lactancia. La gestación intrauterina, también presente en algunas formas inferiores, es asimismo una función exclusiva de la hembra. Desde el punto de vista puramente biológico, una vez que el macho ha realizado su función de impregnación, su papel adquiere una importancia secundaria. De hecho, en algunas formas inferiores el macho es sacrificado una vez que esta tarea se ha cumplido; pero las responsabilidades maternas de las mujeres solo han comenzado.

Otro dato biológico que el autor destaca es la tendencia que poseen las mujeres hacia la bisexualidad anatómica. Afirmar Sarlin que la niña se encuentra con mayores obstáculos en el logro de la madurez psico-sexual debido a su disposición bisexual y a las manifestaciones prege-

nitales patológicas que tienden a la regresión. En este sentido, llama la atención del autor que el clítoris –al que se refiere como un órgano que constituye un vestigio, ya que ha perdido su significado funcional con la diferenciación evolutiva de los sexos– pueda seguir desempeñando un papel tan importante en la vida erótica de las mujeres.

En el varón, por otro lado, los restos vestigiales de su bisexualidad anatómica no juegan ningún papel comparable. No hay en el varón ningún remanente de órgano femenino capaz de orgasmo, comparable a la vagina. El clítoris, por otra parte, es el vestigio del pene masculino, y compite –incluso usurpa– la función orgásmica de la vagina, el órgano genital primario de la madurez heterosexual femenina.

La capacidad del clítoris para la respuesta orgásmica sin la participación vaginal establece un problema para la mujer, ausente en el varón: la necesidad de elegir y el concomitante dilema de la renuncia. Solo con el desarrollo de un ego maduro la mujer es capaz de renunciar. Es, pues, como consecuencia del hecho básico de la bisexualidad biológicamente determinada que todos los seres humanos deben someterse a la maduración del desarrollo psicosexual antes del establecimiento de una identidad definitiva, ya sea masculina o femenina. Cuanto menos eficaz es esta maduración, mayor es la tendencia a que la persistente influencia de la herencia bisexual subyacente se manifieste a través de un infantilismo psicosexual.

Dictada por necesidades biológicas y fisiológicas, la vía para el desarrollo psicosexual de la identidad femenina sigue un curso mucho más tortuoso y complicado que en el varón. Cuando Freud se refirió a la necesidad de la renuncia a la satisfacción propia del clítoris como requisito para el logro de la feminidad, junto con los problemas asociados con el pasaje que va desde la madre preedípica hasta la relación edípica con el padre, sugirió un desarrollo psicosexual femenino extremadamente conflictivo que encuentra su máxima expresión en el período fálico, cuando la diferenciación sexual llega a ser reconocida y la identidad y sus objetos se cristalizan.

En suma, las representaciones del *self* y del objeto se encuentran sometidas a un proceso evolutivo de maduración. Tanto para varones

como para mujeres es de suma importancia la temprana relación entre el bebé y la madre. Pero, nos dice Sarlin, para la hembra solo se completa el ciclo de maduración cuando alcanza la capacidad de invertir los papeles de la oralidad infantil y convertirse en quien alimenta. En resumen, siguiendo el principio biológico de la teoría de la recapitulación, el autor concluye que la identidad femenina se caracteriza por una multiplicidad de impulsos sexuales que emergen de partes corporales específicas asociadas posteriormente a la función materna y al masoquismo femenino, características esenciales de la identidad femenina arraigadas en la anatomía de la hembra.

Marjorie Barnett (1968) reconsidera el período edípico desde el punto de vista de las diversas diferencias anatómicas y fisiológicas entre los sexos. Enfatiza la diferencia en la capacidad orgásmica de niños y niñas de edades comprendidas dentro de esta etapa del desarrollo. Tan es así que, desde su perspectiva, las diferencias biológicas trazan destinos diferentes para niños y niñas en relación con el desarrollo y la naturaleza de las relaciones de objeto, el sentido de la realidad, y más tarde, la sexualidad adulta.

Ya en la década del 90, Robert Friedman (1996), en su artículo *The role of the testicles in male psychological development*, retoma los aportes de Schilder (1923) para dar cuenta del modo en que el cuerpo está representado en una totalidad compuesto por superficie, sensaciones internas, orificios y zonas productoras de placer. La imagen corporal, agrega, supone continuos intentos por llenar las partes faltantes y alcanzar un cierre. En esta línea, el autor denuncia el supuesto con el que ha operado el psicoanálisis: como los genitales masculinos se ven fácilmente y pueden ser manipulados —a diferencia de los genitales femeninos— una vez que el niño llega a la etapa fálica, la inscripción de la imagen corporal no ofrece dificultades. Friedman afirma que este supuesto no incluye la función de los testículos en la imagen corporal. Sostiene que el psicoanálisis moderno niega la función de los testículos en el desarrollo de la masculinidad. El autor intenta visibilizar los fundamentos biológicos del desarrollo psicológico masculino, pues el desarrollo de la masculinidad se basa en la biología del cuerpo. Des-

taca, entonces, las implicancias radicales de la biología del cuerpo del varón —especialmente un sector no tenido en cuenta, los testículos— en la psicología masculina.

Sin duda, el psicoanálisis norteamericano ha capturado los desarrollos teóricos de Freud bajo un espectro de lecturas biologicistas. Irene Meler (2003) ha señalado de modo agudo la forma en que el psicoanálisis —es posible agregar que especialmente el psicoanálisis norteamericano— se encuentra poblado de referencias a una *biología imaginaria* encriptada en los supuestos epistemológicos del reduccionismo biológico propio del pensamiento social conservador. Tal como hemos visto aquí, el lugar del cuerpo determina, claramente, la existencia de lo psíquico. Si colocamos el foco de atención en el lugar que el cuerpo adquiere cuando se trata de teorizar sobre la identidad de género, o lo masculino y lo femenino, o la sexualidad masculina y la sexualidad femenina, nos encontramos con el reduccionismo biológico presente en las líneas ejemplares expuestas en este capítulo.

Capítulo 7

Variaciones sobre la maternidad ¹

El cuerpo de la maternidad. ¿Y si la Otra desea?²

La discusión en torno a la maternidad adquiere relevancia aquí al interrogarnos sobre cómo se configuran los cuerpos de las mujeres en el interior de las estructuras del parentesco. En este debate, en el que ha estado involucrado el feminismo psicoanalítico norteamericano, emerge de manera más o menos explícita la categoría cuerpo. Allí es posible deslindar el viraje de perspectiva al respecto que implican los aportes del feminismo al campo del psicoanálisis.

Como ha sido señalado, el problema de la heteronorma se filtra continuamente en la producción de conocimiento desde múltiples disciplinas, incluido el psicoanálisis. El deseo de la madre es conceptualizado como portador de una única dirección: el padre. Si bien algunas pensadoras feministas se han encargado de revalorizar los deseos maternos, aun así es posible detectar el modo en que el ideal binario de las identidades sexuales complementarias y reproductivas atraviesa tales escritos, al mismo tiempo que refuerza las narrativas edípicas falocéntricas.

¹ Parte de este capítulo ya fue trabajada en Martínez (2013b).

² Tal como es evidente, esta expresión constituye una paráfrasis del interrogante *¿y si la otra habla?* de Luce Irigaray (2007). Señala Ofelia Schutte al respecto: “si la economía (fálica) del discurso es tal que el sujeto (él) habla y el objeto (ella) permanece en silencio, ¿qué pasaría si la otra comenzara a hablar? ¿Podemos imaginar su discurso?” (Shutte, 1990). La expresión es retomada posteriormente por Gayatri Shacravorti Spivak (2011), en su caso: *¿Puede hablar el subalterno?*

Varias teóricas provenientes del campo del feminismo psicoanalítico han cuestionado el modo en que el pensamiento freudiano y lacaniano naturaliza el desarrollo de la identidad de género y de la identidad sexual. En tales escenarios, la madre ocupa el sitio de una figura ligada a la carencia, la fusión primaria o la omnipotencia ilusoria.³ Sin bien la heterogeneidad de líneas existentes en el interior del psicoanálisis ofrece diferentes explicaciones sobre las dinámicas que se llevan a cabo en el período preedípico o edípico, existe una tendencia común a reducir lo maternal a lo simbiótico, lo presimbólico y lo diádico, ámbitos que transcurren en un cuerpo a cuerpo, naturalizado, con la madre (Irigaray, 1985c). Es así relegada al lugar de objeto del deseo, tanto del niño –que se analiza como modelo paradigmático del desarrollo psíquico– como del padre, y no de quien desea.

Los logros de la separación-individuación (Mahler, 1984), la consolidación y dirección del deseo, entre otros temas, se edifican sobre una concepción de maternidad fundada de manera ahistórica. Las figuras de la madre (Tubert, 1996) se asocian casi exclusivamente con los estados preindividualizados de dependencia, irracionalidad e impotencia, mientras que las figuras del padre (Tubert, 1997), con aquello que facilita la agencia emocional, moral, intelectual y sexual. Mientras tanto, la madre primordial es asociada con figuras extraordinarias y fascinantes de placer ilimitado. Todo parece indicar que tales construcciones excluyen la posibilidad de considerar un sistema de relaciones simbólicas y sociales a través de las cuales las madres puedan negociar y articular sus propios deseos, más allá del mandato de la maternidad.

El término *Madre* refiere a una categoría psicoanalítica, la *imagen* (Veggetti-Finzi, 1992, 1996), que connota un objeto primario y fantasmático psíquicamente construido mediante mecanismos como la escisión y la proyección. Es así que la idea de un sujeto maternal históricamente encarnado permanece alejada de estos desarrollos. La

³ Para un desarrollo detallado de esta idea véase el temprano ensayo de Irving Harrison (1979), quien expone diversas fuentes, especialmente los propios escritos científicos y personales de Freud, como evidencia de la vinculación entre traumas tempranos y la figura de la madre, lo que el autor denomina *temor hacia la madre*.

teoría psicoanalítica feminista ofrece un punto de partida privilegiado para un análisis del sujeto maternal que involucra tanto los aspectos fantasmáticos como los socioculturales, y que rescata su dimensión corporal sin reducirla a un objeto intrapsíquico ni sociológico. Aun así, dentro del psicoanálisis feminista existen diferentes aproximaciones a la complejidad intrínseca a la maternidad. En este contexto, el desafío consiste en abrir un campo conceptual en medio de los marcos teóricos existentes que postule la figura de la madre como un sujeto activamente deseante, capaz de concentrar tanta atención teórica como las fantasías conscientes e inconscientes que el niño construye de ella. La propuesta aquí es trazar un recorrido que dé cuenta de algunos abordajes conceptuales sobre la maternidad para señalar algunas consecuencias de la abstracción de la categoría de *madre* en relación con las experiencias de la maternidad de las mujeres.

Maternidad y Sujeto Mujer

Cabe destacar que, tal como señala Silvia Tubert (1996), en la mayor parte de las culturas, en tanto se trata de organizaciones patriarcales, las categorías de mujer y de maternidad se superponen. Un análisis feminista de la maternidad ha permitido desmontar la ecuación mujer = madre. Asimismo, la perspectiva de género ha posibilitado zanjar la cuestión desde otro punto de mira, que impone una reorganización de las categorías con las que contábamos para explicar tal fenómeno. Por ello, un abordaje conceptual de la categoría *maternidad* no puede realizarse al margen de otras categorías como la de *mujer* y la de *sujeto*. Pensar estas relaciones permite visibilizar superposiciones arbitrarias, entre otros vicios que se mantienen una y otra vez en las consideraciones sobre el tema. En este sentido, es necesario crear un espacio conceptual en el que se pueda articular una concepción alternativa del sujeto femenino no definida exclusivamente por su capacidad reproductora.

Como señala María Luisa Femenías (2000), la categoría sujeto surge, teóricamente, con la modernidad:

Los desarrollos y los análisis modernos sobre el sujeto [...] suponen que [...] es varón racional y libre. Racionalidad y libertad son

las características esenciales que posibilitan que ese sujeto moderno sea cognoscente, agente de acciones voluntarias y de responsabilidad moral y legal. El mundo que está frente a él es imagen, objeto, espectáculo o representación de una conciencia fundante y auto-constituyente. La autonomía del individuo radica en su libre voluntad y en su carácter racional, gracias al cual construye y reconstruye el orden del mundo (Femenías, 2000, p. 53).

Las grietas producidas por las limitaciones de este sujeto universal y abstracto ponen al descubierto el sesgo sexista de la modernidad. Queda fuera de discusión que, a lo largo de la historia, las mujeres se han enfrentado a dificultades para lograr reconocimiento como sujetos libres, con igual capacidad legal, política y científica que los varones (Femenías, 2000).

Es a partir de esta categoría moderna de sujeto, y del valor posicional que las mujeres adquieren respecto a ella, que comienzan a tomar forma los constantes reclamos de derechos reconocidos para los varones. Como es sabido, *Le deuxième sexe* (2007) sitúa a Simone de Beauvoir como una exponente privilegiada de la lucha por la emancipación de las mujeres, clásicamente conocida como feminismo de la igualdad. Por el contrario, en oposición al constructo moderno mismo de sujeto, surgen posiciones que plantean la necesidad de rechazar la igualdad y apelar a la diferencia. Las feministas de la diferencia comenzaron a plantear la crisis del sujeto en un movimiento que prefiguraba la posmodernidad. Las fuertes críticas, como señala Elisabeth Badinter (2003), apuntaban a que de Beauvoir habría soslayado la diferencia entre los sexos, negando la existencia de la identidad femenina y predicando un universal abstracto que, en verdad, no es más que la máscara del universal masculino. De este modo habría participado, a su pesar, en la producción de una ilusión aún más alienante para las mujeres al animarlas a alinearse con sus amos (Badinter, 2003). De Beauvoir es ubicada como culpable del virilismo, movida por el deseo de borrar la diferencia de las mujeres y capturada por la trampa del androcentrismo (Agacinski, 1998).

Esta tensión entre, por un lado, la lucha por la inclusión en la categoría sujeto y, por otro, el rechazo de la misma, constituye el

telón de fondo de los debates en torno a la maternidad y sus diversas figuras (Tubert, 1996).

Simone de Beauvoir se negó a definir a la mujer por la maternidad, y de este modo inauguró una de las propuestas con las que el feminismo ha abordado el tema de la maternidad. En sus textos, de Beauvoir se muestra renuente a reducir a la mujer a la figura de la madre. Si bien reconoce que para el sistema patriarcal ambos significados están profundamente entrelazados, queda claro que ofrece fundamentos para que las mujeres rechacen la maternidad, incitando la exclusión del rol maternal para la existencia de la mujer. Desde su óptica, la maternidad es concebida como una prisión, un espacio de rutina y opresión. El anhelo de traer un niño al mundo, para la autora, siempre se produce en un campo de determinaciones sociales. Aunque no se obligue a la mujer, se la puede encerrar en situaciones cuya única salida es la maternidad. Es así que el patriarcado es desenmascarado por la autora en las diversas formas en que contiene y modeliza el deseo femenino, haciéndolo coincidir con el llamado *natural* de la reproducción contenido en sus cuerpos.

Si abordamos la maternidad como hecho biológico cuya localización es el cuerpo de la mujer, en cuanto superficie fáctica que permite la reproducción de los cuerpos, esta es claramente subsumida en la perpetuación de la especie, al mismo tiempo que se apodera de la existencia femenina imponiéndose como único sentido posible. En palabras de de Beauvoir, la futura madre

se encuentra prendida en las redes de la Naturaleza, es planta y bestia, una reserva de coloides, una incubadora, un huevo. [...] es un ser humano [...] que se ha convertido en pasivo instrumento de la vida. [...] la gestación aparece como creadora, pero es la suya una extraña creación, que se realiza en la contingencia y la ficción (Beauvoir, 2007, p. 480).

La autora lleva al absurdo algunas afirmaciones, imaginando que el óvulo es una pequeña mujer, y la mujer un óvulo gigante, para desnudar el presupuesto de que la capacidad reproductiva del útero representa metonímicamente la totalidad de la mujer. Si bien todo parece

indicar que es necesario incluir el análisis de la categoría cuerpo para lograr una comprensión más acabada, aun así esta afirmación guarda, según las consideraciones de Silvia Tubert (1996), al menos dos falacias. Por un lado, la categoría madre no agota a la de mujer. Por otro lado, la maternidad no incluye la totalidad de la reproducción dado que la fecundidad requiere del principio biológico masculino. Aunque de Beauvoir presenta descripciones que hacen del cuerpo materno una verdadera pesadilla, no faltan quienes afirman que la visión horrorosa que presenta de la maternidad enmarca su descripción sacrílega de una función sagrada (Zerilli, 1996). En el capítulo de *Le deuxième sexe* dedicado a la madre dice:

el embarazo es, sobre todo, un drama que se representa en el interior de la mujer; ella lo percibe como un enriquecimiento y como una mutilación; el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota; ella lo posee y también es poseída por él; ese feto resume todo el porvenir, y, al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta como el mundo; pero esa misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada. Una existencia nueva va a manifestarse y a justificar su propia existencia, por lo cual se siente orgullosa; pero también se siente juguete de fuerzas oscuras, es zarandeada, violentada (Beauvoir, 2007, pp. 479-480).

La maternidad como espacio presimbólico

Desde otra orilla, es posible delimitar algunos desarrollos que parten de una sobrevaloración de la maternidad. Algunas autoras como Adrienne Rich y Julia Kristeva, a partir de la asunción de la capacidad generadora del cuerpo femenino, consideran a la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder específicamente femeninos. Desde aquí se disparan las principales críticas a *Le deuxième sexe* por su visión absolutamente negativa de la maternidad y por su apuesta a que las mujeres asuman el sujeto masculino de la modernidad. En este sentido, Susan Hekman (1991, citada por Zerilli, 1996) destaca que de Beauvoir no deja de tener como referencia una concepción de sujeto racional, autónomo y autogenerado. Al buscar la igualdad in-

tenta incluirse dentro de esta categoría de sujeto. El reclamo por parte de las mujeres de gozar de los privilegios y del estatus de ese sujeto implica, inevitablemente —a criterio de Hekman— repudiar lo femenino, incluyendo la maternidad. Se ha atacado el espíritu igualitario y universalista de la Ilustración, así como concebir la identificación necesaria entre ambos sexos como único medio para liberar a la mujer. Por ello es que optan por afirmar la diferencia sexual y reconocen que, al repudiar la maternidad, rechazan entonces, tácitamente, la feminidad misma— lo que en última instancia significaría repudiarse a ellas mismas. Desde este enfoque la mujer, tal como la piensa de Beauvoir, está condenada por su biología a la pasividad y a la alienación. La anatomía como destino y la consideración de la biología femenina como una maldición sobrevuelan las páginas de su obra.

Tal como Linda Zerilli (1996) señala, Julia Kristeva conceptualiza el cuerpo materno como un espacio dual y ajeno, en el cual se desvanece el sujeto estable de la modernidad. Para Kristeva la maternidad suprime la antítesis sujeto-objeto, pues la madre se encuentra fundida con su bebé. Aunque este enfoque aboga a favor de concebir conceptualmente las identidades como plurales, fluidas, y en cierto modo, no idénticas, acarrea asimismo el riesgo de alienar a la madre en los discursos naturalistas. También podemos hallar este cuestionamiento a las dicotomías, entre otras formas restrictivas del pensamiento moderno, en algunas descripciones de Adrienne Rich, quien especifica:

El hijo que llevé en mí durante nueve meses no puede definirse ni como un yo, ni como un no yo. Las mujeres, lejos de existir como ‘espacio interior’, se adecuan poderosa y vulnerablemente al ‘adentro’ y al ‘afuera’, pues para nosotras ambos conceptos forman dos continuos y no dos polos (Rich, 1986, pp. 113-114).

La autora presenta un análisis de las paradojas de la identidad femenina. Como señala Rosi Braidotti (2000), Rich analiza “especialmente la maternidad como una experiencia que determina el sentido de identidad sexuada de una mujer, al tiempo que continúa siendo una institución que aplica la ley de los padres” (Braidotti, 2000, p. 223).

La identidad sexuada se ubica, maternidad mediante, en la intersección de la experiencia y de la institución comandada por las leyes heteropatriarcales en la base de la organización social en su conjunto. Más allá de cuestionar la posibilidad de delimitar una experiencia por fuera de algún tipo de forma institucionalizada, no deja de ser interesante que el modo en que aborda conceptualmente la maternidad como experiencia le permite a Rich definir la condición femenina no reactivamente, sino de una manera creativa, a la luz de valores positivos anudados al hecho de ser mujer (Braidotti, 2000).⁴

Kristeva se refiere a lo materno como un espacio heterogéneo y presimbólico. Este espacio se ubica en la base de una crítica posmoderna a la opción de globalizar los problemas de las mujeres bajo la etiqueta de la *Mujer* –como categoría universal–, de erradicar la diferencia sexual y promover una representación abstracta de la humanidad. Lo que resulta preocupante del pensamiento de Kristeva es su particular concepción de lo materno como espacio presimbólico. Es evidente que esta consideración inscribe la temática en una dimensión anterior al lenguaje simbólico, es decir en lo natural de la mujer, a modo de un deseo propio de la especie, una realidad metafísica recurrente. Esta perspectiva cabalga sobre la propuesta de situar la dimensión de la maternidad más allá de la representación, como un eje esencializador de la identidad de género femenina, al mismo tiempo que tropieza con posibles consecuencias poco deseables a los fines de las reivindicaciones planteadas; con lo cual, alimenta aquello de lo que pretende desembarazarse. Si la especificidad de lo materno, en el pensamiento de Kristeva, se despliega más allá de las fronteras del lenguaje, entonces es evidente que la autora alude a lo materno en términos de un no-sujetø. Las múltiples consecuencias de esta conceptualización se despliegan por sí mismas: las madres quedan reducidas al plano de los objetos, puro cuerpo biológico, sin voz, relegadas al silencio, portadoras pasivas de la teleología de la especie. Esta con-

⁴ Esta dimensión creativa guarda semejanzas importantes con algunos aportes de los desarrollos teóricos de Nancy Chodorow (2003) en relación con la conformación de la identidad de género.

cepción de la maternidad, en relación con la categoría de *sujetø*, es un claro ejemplo del peligroso filo, muchas veces dañino, de aquellas conceptualizaciones que atentan contra la dignidad humana de las minorías oprimidas al naturalizarlas en existentes que no acceden a la categoría de *sujetøs* con posibilidad de enunciación.

Por otra parte, los desarrollos conceptuales de Julia Kristeva no son unívocos (Paris, 2003). Ofrecen varias líneas dentro de las cuales es posible extraer articulaciones que, más allá de sus propuestas preculturales, inauguran perspectivas fructíferas para pensar la maternidad, ya no como categoría de análisis, sino como mujeres que constituyen *sujetøs* deseantes, concretamente situados. A este respecto, Kristeva (2001) sitúa la dimensión de lo semiótico como un espacio que reúne la carga libidinal preverbal localizada en las relaciones preedípicas. Es en la particularidad de estas comunicaciones sensuales donde Kristeva ubica, en clave semiótica, la sexualidad materna. Por este motivo es que algunos vectores de su pensamiento resultan útiles, pues ubica en el campo de la maternidad la posibilidad del despliegue de un proceso significativo que moviliza las experiencias y el cuerpo de las madres, quienes adquieren así una voz propia, aunque permanezca desarticulada de lo simbólico.

A criterio de Susan Driver (2005), un aspecto destacable de los escritos de Kristeva refiere a la capacidad de trazar la brecha entre los placeres preedípicos de la madre y la función simbólica, que instaura el orden social que sacrifica y denigra los deseos de las mujeres que corren por las vías de la reproducción. Kristeva (1987) expone sus propias contradicciones, luchas y singularidades como una mujer sexuada y madre, una madre que desea apasionadamente. Sin duda, la autora esgrime una estrategia discursiva que intenta revertir la falta de significado asociado con el cuerpo materno para, en última instancia, derrumbar la disyunción socialmente sancionada entre maternidad y sexualidad.

El cuerpo primigenio de la maternidad

Por otra parte, Silvia Veggeti-Finzi (1996) aborda la temática de la maternidad a partir del análisis de algunos mitos ligados a los oríge-

nes. Desde una perspectiva psicoanalítica, la autora localiza la génesis del componente materno de la feminidad en la fase preedípica. En dicha etapa, a criterio de la autora, el niño forma parte de la identidad materna: ambos conformarían una totalidad fantasmática. Al mismo tiempo, sitúa la maternidad en un registro experiencial imposible de ser capturado por las formas histórico-sociales. En este contexto conceptual, la autora inscribe a la maternidad en la tensión de aspectos simbólicos, imaginarios y reales. Los aspectos simbólicos de la maternidad parecen ser aquellos que han sido cooptados por el Edipo, los otros aspectos adquieren carácter preedípico. Veggeti-Finzi liga estos elementos no edípicos a configuraciones fantasmáticas de tipo visual entendidas como figuras innatas que orientan el comportamiento, por un lado, y a la sedimentación de cosas no pensadas, producto de huellas arrojadas por la percepción que no son organizadas por la actividad de representación, por otro lado. Estos últimos elementos, que la autora denomina como producto de fijaciones y con carácter residual, haciendo referencia al modo en que opera la represión originaria, se ubican en la base de estados emocionales no estructurados mentalmente en términos de intencionalidad.

La autora recurre al mito, en cuanto herencia arcaica, como una dimensión que vertebra la maternidad, al tiempo que la sitúa en los márgenes del tiempo histórico y las formas culturales. El inconsciente constituye el espacio donde discurren estos fantasmas originarios, *imagos* que preceden a cualquier experiencia personal. La madre arcaica, para Veggeti-Finzi, es un fantasma originario, una *imago* innata, en ese sentido preedípica. La maternidad es entendida, entonces, como un hecho natural y, como tal, “en un orden genealógico del mundo, antecede a la cultura” (Veggeti-Finzi, 1996, p. 127). Constituye una experiencia imposible de ser localizada genuinamente en un tiempo o en un espacio, entonces carga en sí algo de aquello indecible. En suma, la maternidad aparece caracterizada como un cuerpo primigenio que contiene todo, como un nudo imposible de desatar, como algo que permanece por fuera de nuestro mundo intelectual, como un sustrato que, aunque alimenta los procesos psíquicos, permanece fuera de su

economía. Constituiría un *a priori* de toda experiencia, inscrita en el registro de lo real —es decir, fuera del tiempo y del espacio—, una existencia sin localización simbólica específica de la cual solo percibimos efectos secundarios.

La autora destaca la producción de un aparato conceptual, desde la Antigüedad, que opera a modo de pensamiento espontáneo sobre la maternidad, la que es conceptualizada en términos de materia no formalizada y enlaza los saberes sedimentados desde hace siglos en torno a la feminidad.

Para Veggeti-Finzi tal núcleo real es elaborado socialmente a través de prácticas discursivas que culminan construyendo saberes. Sin embargo, para esta autora, la maternidad no se agota en estos procedimientos de control, pues, a su criterio, las redes de tales saberes no logran erradicar el silencio impenetrable que la envuelve. La *imago Madre* irrumpe de manera exitosa en la escena psíquica, retorna en su imposibilidad de ser elaborada simbólicamente debido a su carácter *Real*.

Inscribir la maternidad en lo real trae como consecuencia su vinculación con la angustia, lo ominoso, el miedo y lo terrorífico, dimensiones sobre las cuales se construye la cultura en sus intentos reparatorios en relación con el vacío producido por lo reprimido originario. A partir de las propuestas de Bachofen (citado por Rich, 1986) acerca de la existencia de un matriarcado originario o primigenio, la autora enlaza la existencia de aquel supuesto momento histórico con una realidad interior que recapitula íconos en las profundidades del inconsciente, a modo de figuras primordiales que se inscriben tanto en la mente como en la cultura. Por otra parte, Veggeti-Finzi sostiene la imposibilidad de que la *imago* materna emerja plenamente en la conciencia y en la cultura. Para justificar tal posición, la autora no duda en afirmar el carácter contradictorio de lo materno:

su localización entre la noche y el día, la vida y la muerte, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma. Se trata de una contradicción que el lenguaje no puede recoger en su estructura de orden, en la linealidad del tiempo de la narración (Veggeti-Finzi, 1996, p. 135).

Queda claro que la autora inscribe la especificidad de lo materno sobre la base de una *imago* primigenia que opera en el sujeto aún antes de que este reciba sus marcas en términos de identidad sexual, incluso de género, aun antes de que pueda decir *yo*. En suma, lo materno constituye un existente atemporal e impersonal. Los desarrollos de Veggetti-Finzi confluyen con los de Julia Kristeva que sitúan la maternidad en términos de una experiencia que transita por fuera de lo simbólico.

A mi criterio, en su análisis de la maternidad, Veggetti-Finzi borra dos dimensiones fundamentales que no deben ser desechadas. Por un lado, la dimensión histórica de los cuerpos y su lugar en la producción de subjetividad; por otro lado, la importancia de las apropiaciones singulares de las significaciones sociales; es decir, los modos particulares de subjetivación. Poner la dimensión histórica en el centro de las posibles explicaciones sobre la complejidad que entraña el tema de la maternidad, anudándola a la categoría de subjetividad en términos de los modos en que cada quien se apropia y recrea aquella dimensión a través de la cual fue constituido, aporta una perspectiva que abarca el tema en su mayor complejidad. No deben perderse de vista los riesgos que entraña situar el punto de mira en *imago*s ahistóricas, por fuera de toda posibilidad de simbolización fluida.

Un punto de vista constructivista se ofrece como otra opción posible para abordar el tema. La maternidad, desde esta perspectiva, se recorta a partir de la creación de determinadas representaciones atravesadas por profundas relaciones de poder, en el interior de un orden simbólico dominante. De este modo nos alejamos de aquellas líneas argumentativas que se aproximan a la problemática en cuestión abordándola como puro reflejo o efecto directo de un cuerpo biológico.

Retórica del cuerpo materno

Linda Zerilli (1996) nos brinda una interpretación interesante de los argumentos anteriormente expuestos por Simone de Beauvoir; la resitúa como una interlocutora válida para los debates posmodernos del feminismo que giran en torno a la problemática de la maternidad. La lectura propuesta por la autora asegura que la crítica efectuada por

de Beauvoir a la maternidad no refrenda la categoría de sujeto (masculino) moderno, sino que la desmonta. A diferencia de Kristeva, lo materno en de Beauvoir –a criterio de Zerilli– se sitúa dentro de lo simbólico, como un espacio político de resistencia feminista en donde la mujer se vincula con la representación. La localización de la obra de Simone de Beauvoir de acuerdo a estas coordenadas políticas es lo que le permite a Zerilli decodificar un uso retórico del cuerpo materno. Se trataría entonces de una sofisticada estrategia discursiva feminista de desfamiliarización, que apunta, en última instancia, a provocar un efecto de distanciamiento, de disyunción, entre una mujer y su vientre. Al conseguir subvertir las nociones esencialistas del destino femenino, revela lo que se encontraba encubierto por las representaciones culturales de un aparente instinto maternal. De Beauvoir ofrece la posibilidad de pensar una mujer en oposición a este significado cultural de una maternidad natural que se autorrealiza (Zerilli, 1996). La estrategia de Simone de Beauvoir nos conduce, de este modo, a través de las imágenes horrorosas de la maternidad, a reflexionar sobre lo que se suele dar por sentado, lo que permanece incuestionablemente naturalizado. El desplazamiento que se pretende propulsar va desde concebir la identidad de género femenina de forma esencializada, hacia una comprensión reflexiva que sitúa las coordenadas políticas de la identidad.⁵ Entender la identidad en términos de proceso, como una construcción continua (Aulagnier, 1991a; Benjamin, 1997; Femenías, 2007, 2008) trae consigo la asunción de la responsabilidad subjetiva en la toma de decisiones individuales, como, por ejemplo, la maternidad misma. Al mismo tiempo permite redimensionar la responsabilidad en las elecciones de las mujeres más allá de un exclusivo deseo maternal monolítico, supuestamente comandado desde la naturaleza misma de la femineidad, y que, en última instancia, según esta perspectiva, resulta impuesto por los fuertes mandatos heteropatriarcales destinados a asegurar la continuidad de la especie. En palabras de Simone

⁵ Para ver cómo emerge esta tensión entre concebir a las identidades como esencializadas o como complejas construcciones políticas en los debates sobre la pornografía, véase capítulo 4.

de Beauvoir: “Hay que tener muy en cuenta que las decisiones y los sentimientos confesados por la joven madre no siempre corresponden a sus deseos más profundos” (Beauvoir, 2007, p. 474).

Jessica Benjamin

Jessica Benjamin se ha convertido en una referente ineludible del feminismo psicoanalítico norteamericano. Si bien la autora se alinea en el psicoanálisis de las relaciones objetales, sus aportes han contribuido a la reformulación de presupuestos fundamentales de tal teoría. En relación con el psicoanálisis, por un lado, Benjamin retiene la importancia que guardan algunos conceptos nodales, tales como el mecanicismo de la identificación, la dimensión del inconsciente y el estatuto de la fantasía en la vida intrapsíquica. Por otro lado, la autora incluye en su análisis los aportes de las teorías relacionales, las cuales conceptualizan el lugar que adquieren los vínculos humanos en la constitución subjetiva. A partir del entrecruzamiento de ambos enfoques –intrapsíquico e intersubjetivo– Benjamin (1997) extrae conclusiones en relación con el modo en que se constituyen las polaridades de género a lo largo del desarrollo en función de la diferencia sexual. Asimismo, reflexiona sobre las modalidades a través de las cuales se organiza el deseo, en función de consolidar una organización social patriarcal que sostiene la dominación masculina y la sumisión femenina.⁶

Como ya hemos visto, en su primer libro –*The Bonds of Love: psychoanalysis, feminism and the problem of domination*– Benjamin (1996) expone la incidencia de la identificación de género en la dominación sexual, a la luz de la crítica filosófica del binario occidental que enfrenta al *self* –en cuanto sujeto– con el otro –en cuanto objeto–. Al conectar tal división con las estructuras sociales de poder, la autora instala una novedosa explicación psicodinámica sobre el modo en que se despliega la compleja red de dominación de género, sexual y social. Al mismo tiempo sienta las bases para la comprensión del reconocimiento mutuo como la capacidad humana que, aunque fracturada por

⁶ Para un aporte filosófico en torno a la maternidad desde un punto de vista feminista véase el aporte clásico de Sara Ruddick (1989).

el ordenamiento actual que adquieren los géneros, puede transformar las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres.

La autora afirma que existe una tensión inherente entre el reconocimiento de *el otro* y la afirmación del *self*, que, aunque no de forma inevitable, culmina en una lucha de poder. En la medida en que las estructuras psíquicas y sociales refuerzan la división sujeto/objeto, solo es posible ocupar una de estas posiciones, lo que conduce a la ruptura de la capacidad de reconocimiento mutuo (Benjamin, 1996). Del mismo modo, las polaridades de género y sexuales restringen la dirección de las identificaciones y el deseo, en donde la masculinidad se plantea en oposición a la femineidad y la homosexualidad, a la heterosexualidad. Benjamin (1997) enfatiza que la posibilidad de pensar en vínculos intersubjetivos —es decir, integrados por sujetos iguales— es clave para la transformación de las relaciones sexuales y de género que ponen a las mujeres como objetos de deseo de los varones, y no como sujetos de deseo por propio derecho.

A pesar de las críticas que ha recibido, es preciso destacar que la autora coloca en primer plano el carácter paradójico del reconocimiento y delimita su papel en el desarrollo. La trayectoria del desarrollo de la intersubjetividad y el reconocimiento mutuo se inicia con una reconsideración de la relación madre-hijo existente en la teoría de la separación-individuación de Margaret Mahler (1984; Mahler, Pine y Bergman, 1977). Sus críticas implican una reformulación de la teoría de las relaciones objetales, la que, según la autora, se centra en *el niño* como un *self/sujeto* que tiende hacia la autonomía y la separación. En este contexto, la madre es representada como *el otro/objeto* que facilita o dificulta este desarrollo. A partir de los resultados de las investigaciones del desarrollo infantil de Daniel Stern (1991), Benjamin plantea una visión alternativa del desarrollo en el marco de la relación madre-hijo que acentúa la reciprocidad, así como el refuerzo mutuo de la necesidad tanto de *el niño* como de la madre por el placer del reconocimiento.

Sin embargo, aunque Benjamin (1996) retoma la teoría de las relaciones objetales para explicar las divisiones de género y sexuales en

función de la relación de objeto con la madre (Chodorow, 1984), también hace hincapié en el papel simbólico que el padre desempeña en la separación-individuación, especialmente para las niñas. La autora sostiene que niños y niñas conservan su temprana ligazón ambivalente y su identificación con aspectos de ambas instancias parentales. Ya hemos indicado que Benjamin (1997) denomina a este aspecto como *fase sobreinclusiva* del género, concebida como una faceta necesaria del desarrollo, en la cual prima la fantasía de ser y tener características de ambos géneros.

Jessica Benjamin (1996) ingresa al análisis de la maternidad a través de su conceptualización sobre la tensión necesaria para el logro del reconocimiento y la mutualidad. Recordemos que la autora sitúa al reconocimiento mutuo como una necesidad psíquica universal, que centra el drama de la individuación en la relación madre-niño. Benjamin replantea la intersubjetividad en última instancia como una lucha del *self* por diferenciarse del *otrø*, sin desvincularse completamente en términos de reconocimiento con ese *otrø*. El deseo de la madre se convierte en un elemento nodal de esta tensión, en tanto favorece al mismo tiempo la separación y la conexión. En este sentido, brinda elementos conceptuales para reconsiderar el deseo, más allá del imperativo edípico de rechazar defensivamente el reconocimiento del *self*/cuerpo materno, remarcando los lazos de mutualidad entre la madre y el niño. Es así que el mundo concreto de una madre –sus sentimientos, percepciones y deseos específicos–, diferente del de su hijo, es inscripto en un válido *espacio de no-madre* (Alizade, 2010) que el marco de la mutualidad insta a reconocer y respetar.

Las críticas de Susan Driver

A las críticas de Allison Weir se añaden las señaladas por Susan Driver (2005). Nos dice que Benjamin se centra casi exclusivamente en un modelo de maternidad ligado a la estructura dominante de familia nuclear heterosexual. Al no cuestionar este modelo de familia que asegura la dominación masculina, la potencialidad de la teoría intersubjetiva de Benjamin queda restringida, como han señalado va-

rias pensadoras. Las estructuras elementales del parentesco sitúan a las mujeres como objetos de deseo e intercambio masculino (Rubin, 1986), de modo que la voz de las mujeres queda silenciada bajo las cláusulas del *contrato sexual* (Patteman, 1995). Aunque se le atribuye a la madre una participación activa en el desarrollo del niño, los intercambios preverbales y verbales libidinales son limitados a los cuidados maternos. Comprender la experiencia deseante de la madre más allá de una categoría que cuenta solo en el nivel teórico, no está en juego en el pensamiento de Benjamin. La importancia de la madre parece reducirse a un factor subsidiario del desarrollo del niño, adquiriendo un valor posicional en cuanto diferencia, como la frontera que marca los límites de la propia fantasía del niño.

En *Like Subjects, Love Objects*, Benjamin (1997) se enfoca en las relaciones homoeróticas preedípicas. Sugiere que las figuras materna y paterna actúan como sitios permeables de identificación para los niños de ambos sexos. Mientras *The Bonds of Love* enfatiza las relaciones preedípicas como un lugar potencial de mutualidad, *Like Subjects, Love Objects* destaca las tendencias identificatorias preedípicas hacia la diferencia, el género *sobreinclusivo*. Benjamín (1997) explica que la sobreinclusividad es un reino de libertad sexual que proporciona una fuente de resistencia contra la legalidad y las prohibiciones edípicas. Es claro que esta noción de sobreinclusividad tiene más que ver con una posición que permanece bajo la esfera de la economía fantasmática del niño en relación con el ordenamiento culturalmente dominante sobre los géneros, que con el análisis de un sujeto históricamente situado que desafía significados y valores edípicos hegemónicos. El análisis de Benjamin de la maleabilidad de un niño preedípico en relación con la transición por diferentes posicionamientos de género y sexuales ignora las experiencias deseantes de la madre.

Teóricamente, la afirmación de una madre en relación con su propio deseo es entendida como un factor que adquiere importancia en función de la lucha de un niño que busca, a su vez, realizar su propio deseo. Las fantasías, deseos, anhelos, y la sexualidad materna son menos relevantes. Tales nociones de deseo materno son despojadas de

su contexto y de la especificidad de las experiencias. Tal como señala Susan Driver (2005), el nivel de abstracción de las referencias de Benjamin al referirse al reconocimiento que el niño realiza del deseo de la madre, pasa por alto la posibilidad de que tal deseo, en una amplia gama de expresiones que dan cuenta de la madre como sujeto encarnado e históricamente situado, podría influir en las concepciones teóricas de la intersubjetividad. En esta línea parece necesario ampliar la perspectiva iniciada por Benjamin, pues los sujetos/madres también son capaces de desestabilizar las relaciones heteronormativas dominantes, en conjunción con las propias tendencias psíquicas sobreinclusivas de un niño.

A partir de los trabajos de Benjamin y de Kristeva, por mencionar dos ejemplos analizados, emerge una confianza ciega en las representaciones características de la gente de raza blanca, heterosexual, de clase media, naturalizando la estrechez de los límites que impiden otras posibilidades para interpretar la maternidad de modo alternativo.

Madre Sujeto/Mujer no-Sujeto

A esta altura, es oportuno ensayar un enlace posible, antes anunciado, entre las categorías de *mujer*, *maternidad* y *sujeto* que nos permita avanzar. Para ello, Linda Zerilli presenta un rodeo que resulta, a mi criterio, ordenador de lo desarrollado hasta el momento. La autora señala:

La madre marca el lugar en el que las mujeres son, por cierto, no-sujetos, los no-sujetos de 'la maternidad forzosa'. La madre como sujeto existe, entonces, allí donde las mujeres como sujetos no son: ausentes no a causa de su localización cósmica en un espacio materno más allá del tiempo paterno, sino en razón de su situación patriarcal en una cultura patriarcal (Zerilli, 1996, p. 185).

La problemática para el feminismo queda claramente delimitada: no es la madre como sujeto lo más preocupante, sino la mujer como no-sujeto. De Beauvoir abre un espacio conceptual que genera las condiciones de posibilidad para el establecimiento de nuevas significaciones alternativas de lo materno, puntapié inicial para la elabora-

ción de una concepción de sujeto femenino que no esté definido por la maternidad. Esta constituye una de las diversas propuestas ante la alternativa de la búsqueda de un sujeto no-varón.

Si bien de Beauvoir intenta impactar a las mujeres para despertarlas del sueño maternal, no cuestiona la realidad biológica del cuerpo materno en cuanto constante anatómica que se corresponde con los aspectos fácticos del mismo. Es sobre el cuerpo, entendido de este modo, que se elabora la significación social. Pero los discursos culturales sobre la maternidad solo pueden recubrir, si seguimos esta línea de pensamiento, un solo sexo: el femenino.

Si volvemos a centrarnos en la propuesta de Veggetti-Finzi, una expresión de la autora permite avanzar en algunos aspectos relevantes, a saber: “Una vez más, ante las Grandes Madres nos enfrentamos con contenidos mentales que anteceden al sujeto y a su economía pulsional, con una dimensión humana pre-individual, en términos junguianos con un arquetipo” (Veggetti-Finzi, 1996, pp. 146-147). Quisiera prestar especial atención al supuesto que maneja la autora en relación con la existencia de una dimensión específicamente humana que antecede al sujeto. Esto supone, de alguna forma, anclar lo humano en el terreno de lo prediscursivo, por fuera de los límites de la cultura. Los desarrollos conceptuales de Judith Butler (2007, 2008) ofrecen algunas líneas para contrarrestar esta perspectiva.

Maternidad y heteronorma

Para Butler, el lenguaje construye la materialidad de los cuerpos, en el sentido de que nunca podemos referirnos a un cuerpo en estado puro, porque toda referencia a un cuerpo es ya una construcción lingüística (Femenías, 2003). Es así que, en sentido estricto, no hay cuerpo –tampoco sujeto– sin significación. Entonces, siguiendo a Foucault (2008b), Butler concluye que la idea de una existencia extradiscursiva sobre la especificidad de la identidad femenina constituye una estrategia discursiva tendiente a mantener la ficción del destino de la reproducción, altamente naturalizado, en la identidad de género femenina (véase capítulo 9).

Un estudio genuino de la maternidad, entonces, desde este punto de mira, no concibe una vía de análisis que permite un acceso sin más a lo que una madre es, como si se tratara de operar como el escultor que deja aparecer las formas aprisionadas en el bloque de mármol, quitando el excedente *per vía di levare* (Breuer y Freud, 1979). Desde el punto de vista del constructivismo político, es imposible acceder a lo que, por ejemplo, una mujer es, más allá de la representación que pretende dar cuenta de ello. Más bien, todo parece indicar que el monopolio de la producción de representaciones hegemónicas opera añadiendo sentido *per vía di porre*, tal como funciona la sugestión (Breuer y Freud, 1979), interesante mecanismo de control social/sexual.

En este sentido, Silvia Tubert (1996) se inclina a abordar la cuestión en términos de representaciones —o figuras— de la maternidad, las cuales son, a criterio de la autora, producto de una operación simbólica que atribuye sentidos, significaciones, a la dimensión materna de la feminidad. Figuras portadoras y productoras de sentido.

Conceptualizar la maternidad desde una perspectiva que incluya una dimensión de los cuerpos históricamente situados y su lugar en la producción de subjetividad, nos permite pensar la maternidad en el interior de las nuevas modalidades de familiarización de tal forma que se incluyan los cambios, tanto en las relaciones familiares como en las relaciones sexogenerizadas. Las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo han ido adquiriendo un nivel de visibilidad notable.

A partir del debate que se ha desatado en relación con considerar —o no considerar— a las uniones homosexuales como potenciales relaciones parentales, Judith Butler (2006a) comienza a pensar el estatuto de la sexualidad y su vinculación con las formas en que la misma se ha ido organizando de acuerdo a diferentes momentos sociohistóricos. Una gama cada vez más amplia de relaciones que no se conforman de acuerdo al modelo de la familia nuclear, da cuenta de la necesidad de pensar detenidamente la conexión entre la sexualidad humana y las relaciones reproductivas en el interior del matrimonio como única forma posible de inscribirla culturalmente.

En este contexto, Butler ensaya un modo posible de entender el

parentesco, tal vez uno de los más lúcidos, con la suficiente amplitud como para superar los límites que imprimen únicamente las modalidades biológicas de zanjar la cuestión. A criterio de Butler, deberíamos pensar el parentesco como “una serie de prácticas que instituyen relaciones de varios tipos mediante las cuales se negocian la reproducción de la vida y las demandas de la muerte” (Butler, 2006a, pp. 149-150). A partir de aquí,

las prácticas del parentesco serán aquellas que surjan para cuidar de las formas fundamentales de la dependencia humana, que pueden incluir el nacimiento, la cría de los niños, las relaciones de dependencia emocional y de apoyo, los lazos generacionales, la enfermedad, la muerte (Butler, 2006a, p. 150).

Queda claro que abordar el tema a partir de esta perspectiva comienza, desde un principio, a desvincular el parentesco de la presuposición del matrimonio y de las *ficciones de la línea sanguínea*.

Butler no desconoce la complejidad del asunto, y continúa explicitando las formas en que nuevas, o diferentes, modalidades de parentesco han sido y son vigiladas intensamente, al mismo tiempo que patologizadas. Tales estrategias de poder constituyen un epicentro a partir del cual se propagan presiones normalizadoras en el marco de una deslegitimación social y política.

Casi a contracorriente, cuando se debate acerca de formas de unión consideradas como abyectas⁷, el matrimonio es separado del parentesco. Tan es así que las propuestas legislativas que apuntan a regular el matrimonio gay suelen excluir el derecho a la adopción o al acceso a tecnologías de reproducción. Esto es prueba de que los *poderes normalizadores del Estado* nunca ceden sus dominios completamente. Es así que las

variaciones en el parentesco que parten de las formas de familia basadas en la heterosexualidad diádica normativa y afianzadas

⁷ Tal como señala María Luisa Femenías, “lo abyecto –concepto que [Judith Butler] toma de Julia Kristeva- designa precisamente el lugar de lo inhabitable, lo invivible, la zona social más densamente poblada por quienes no disfrutan del estatus de sujeto, pero que –paradójicamente– definen su dominio” (Femenías, 2003, p. 13).

mediante el voto matrimonial se presentan no sólo como peligrosas para el niño, sino también como peligrosas para las leyes supuestamente naturales y culturales que se dice sostienen la inteligibilidad humana (Butler, 2006a, p. 152).

Quitar el velo que cubre los arreglos de poder le permite a Butler dirigir el debate hacia cuáles son los criterios que delimitan lo legítimo y lo ilegítimo. La autora deja deslizar que no es extraño que algunas parejas homosexuales aspiren al matrimonio. La *ley santificadora* adquiere rápidamente el carácter de objetivo último. Por un lado, es probable que la sexualidad se piense, aún, en términos de matrimonio, al mismo tiempo que el matrimonio es concebido como la compra de la legitimidad. De modo que el acceso al matrimonio absorbe la sexualidad en una forma instituida como legítima. Si bien Butler no pretende hacer girar sus observaciones en torno al par legítimo/ilegítimo, esta interesante observación inicial permite seguir el debate hacia otras direcciones, dado que expone los modos en que la sexualidad suele ser comprendida, de manera explícita o subyacente: como una totalidad monolítica susceptible de ser cooptada por algún discurso.

El feminismo psicoanalítico norteamericano, caracterizado principalmente por integrar la dimensión histórico-social a sus producciones conceptuales, nos ha enseñado las serias limitaciones de estos modos de aproximarnos al estudio de la sexualidad. Al mismo tiempo nos advierte acerca de las consecuencias normalizadoras –que generan claras estrategias de dominación– de quedar sometidos a las ficciones discursivas que se arrogan la potencialidad de declarar lo permitido y lo prohibido apelando a parámetros apolíticos o extradiscursivos, como si el accionar humano se regulara a través de leyes naturales.

Butler rescata la perspectiva crítica como necesaria para desmantelar las políticas basadas “en un desconocimiento –y en una despolitización– de las mismas relaciones de fuerza mediante las cuales se instituye su propio campo de operaciones” (Butler, 2006a, p. 156). Es, entonces, desde una perspectiva crítica que se pueden deslindar las fallas de los discursos hegemónicos a la hora de monopolizar de manera absoluta la sexualidad *legítima*. En este sentido los mismos términos,

ordenados a partir de una lógica binaria, que constituyen el campo de la inteligibilidad sexual, generan zonas intermedias entre lo legítimo y lo ilegítimo, regiones híbridas sin nombres claros. La denominación misma cae en una crisis, y genera dificultades a causa de la variabilidad y la violencia de los límites establecidos por las prácticas legitimadoras que ordenan el campo de inteligibilidad de manera incómoda, cuando no violenta. Sin embargo, los sujetos transitan y se deslizan a través de estos *no lugares*, en donde el reconocimiento, incluso el autorreconocimiento resulta precario. Entonces, la existencia de estas regiones (de ontología incierta, difíciles de nombrar) sugieren, a criterio de Butler, la existencia de prácticas sexuales que no emergen como coherentes en el léxico disponible de la legitimación.

Por otra parte, la autora detecta el modo en que el Estado suele ocupar el lugar en donde se articula una fantasía institucionalizada de normatividad, que delimita una explicación ideológica del parentesco, a la cual se apela, a su criterio, bajo la esperanza de tornarse socialmente coherente.

Sea como fuere, es claro que la resistencia a la plena aceptación del matrimonio gay –más aún, de concebir una parentalidad gay– denuncia a dicha temática como un espacio que absorbe constantemente otros miedos políticos, a saber: el avance de las nuevas tecnologías (Tubert, 1991; Tort, 1994) y su impacto sobre la demografía, incluso sobre la unidad de la nación misma, entre otros temores imaginables producto de colocar a la parentalidad por fuera de la familia. En este punto resulta interesante la imaginería que Donna Haraway (1995) condensa bajo la categoría de *cyborg*.⁸

⁸ El feminismo radical norteamericano de los años 70, en la versión de Shulamith Firestone (1970), fue precursor en imaginar el modo en que el avance de la tecnología podía ser utilizado para la liberación de las mujeres. Firestone apuesta a que la tecnología libere a las mujeres del proceso biológico de la reproducción. Desde su punto de vista, las mujeres alcanzarán la libertad de forma plena cuando el avance tecnológico permita engendrar y gestar por fuera de sus cuerpos. Desde el punto de vista del feminismo de la diferencia francés, Julia Kristeva (2000) señala el modo en que la anticoncepción, propia de la era científica, no impide el deseo de procreación y maternidad. Se trata, dice Kristeva, de repliegues psíquicos del amor materno que opera como sitio para que el infante humano pueda efectuar el pasaje de *Zoé* a *Bios*, de la fisiología a la biografía. Es así que en la

Butler destaca la importancia que guarda la significación con que se revisten los términos. En Francia, algunos autores hacen referencia a la cultura para designar las condiciones universales de la inteligibilidad humana, y no para significar las formaciones culturalmente variables de la vida humana. La filósofa francesa Sylviane Agacinski sostiene que

la cultura misma requiere que un hombre y una mujer produzcan un hijo y que el hijo tenga ese punto de referencia dual para su propia iniciación en el orden simbólico, entendiendo por orden simbólico la serie de reglas que ordenan y apoyan nuestro sentido de la realidad y de la inteligibilidad cultural (Citada por Butler, 2006a, p. 171).

A mi criterio, Butler dedica demasiado espacio a los argumentos anticuados y conservadores de Agacinski, sin duda motorizada por responder a ciertas acusaciones iniciadas por la autora francesa. A partir de los argumentos de Agacinski, Butler relativiza, si no desestima, el relato estructuralista que explica el origen de la cultura basado en el supuesto capital de la diferencia sexual natural.

Agacinski no es la única teórica que se suma a las filas de quienes defienden la diferencia sexual como premisa necesaria a la hora de pensar configuraciones vinculares capaces de contener y viabilizar la vida humana. Sin ir más lejos, Julia Kristeva (1987) cae en una lectura normativa de aquellas madres que desean y aman por fuera de la alianza heterosexual. Así, aunque Kristeva deslinda el potencial erótico disidente de la subjetividad materna, capaz de burlar la ley simbólica patriarcal y la lógica racional, califica los ejemplos históricos de madres lesbianas y madres solteras que desafían las ideologías dominantes como reacciones inútiles. Las tendencias heteronormativas presentes en los textos de esta autora trabajan en contra de la potencialidad de sus ideas. En las referencias explícitas que Kristeva (1987) hace de la homosexualidad femenina, aleja tal dirección del deseo sexual de la

maternidad está la clave de la vida, una potencialidad de otorgar sentidos diversos. Es así, concluye Kristeva, que la posibilidad misma de la vida será femenina o no será.

figura de la metáfora puesta en marcha por el deseo maternal, modo en que enmarca el amor heterosexual. La autora inscribe la homosexualidad femenina en el narcisismo primario como un sitio de goce inefable. Kristeva se vuelve funcional a la homogeneización de los heterogéneos sujetos maternos.

Butler (2007) critica fuertemente a Kristeva. Por un lado, denuncia el modo en que esta ancla la especificidad del cuerpo materno por fuera de los límites del lenguaje. Por otro lado, se encarga de analizar en detalle el modo en que la pluma de Kristeva refuerza la heterosexualidad compulsiva (Rich, 2013).

Asimismo, Butler lanza una afirmación fuerte: a su criterio, gran parte de los intelectuales franceses siguen sosteniendo la funcionalidad del tabú del incesto⁹ –que supone no solo la salida exogámica, sino también la unidad del clan– en el interior de un estructuralismo resurgido a la fuerza de manera anacrónica, como estrategia para sostener la unidad cultural francesa –identificada con la universalidad– frente a la amenaza de una pureza cultural que ya se ha comenzado a perder por los fuertes movimientos inmigratorios. Butler no solo afirma que el tabú del incesto supone el tabú de la homosexualidad (sutileza ya esgrimida por Gayle Rubin) sino también el tabú del mestizaje, dado que la defensa de la cultura que encuentra su cauce a través de la familia heterosexual es una extensión de las nuevas formas de racismo europeo.

El cuerpo femenino: Eclipse de mujer

La dimensión histórico-social introducida por el feminismo psicoanalítico norteamericano nos abre paso hacia una perspectiva que

⁹ No debe perderse de vista la complejidad que entraña tal planteo. Según Irene Meler, el tabú del incesto no debe ser entendido solo en su función de resguardar la identidad del colectivo social y promover un intercambio ordenado. Desde su mirada, este enfoque antropológico debe articularse con una perspectiva centrada en la subjetividad, donde se conocen los terribles efectos de la trasgresión de la diferencia adulto/niño y de la traición a la confianza primaria que el infante deposita en sus cuidadores. En esta línea, y a pesar de que sus desarrollos se muestran críticos respecto al estructuralismo (Meler, 2012), nos alerta sobre la tendencia de los estudios *queer* a cuestionar el tabú del incesto, considerándolo un extravío que corre el riesgo de dar legitimidad al abuso sexual contra menores. Para mayor profundidad de la perspectiva que la autora imprime a la temática, véase Meler (2006).

al menos posibilita una mirada política sobre el cuerpo, la cual, al mismo tiempo, permite efectuar las desnaturalizaciones necesarias para conceptualizar de otro modo las nuevas formas de agrupamientos humanos,¹⁰ sean considerados familias o no, se utilicen las nominaciones del sistema de parentesco con el que contamos o no, como productos históricos, como emergentes epocales que no se integran de modo armónico bajo el eje normativo de las instituciones modernas. Sin embargo, el género como diferencia (hetero)sexual se ha convertido en el marco de referencia central para teorizar al sujetø maternal. Otras posiciones que maticen el sujetø emergente de la matriz heterosexual (Butler, 2007) –como la raza, la etnia, la clase, la elección sexual– han sido invisibilizadas. Es necesario apostar al descentramiento e impugnación de estas tendencias de homogeneización dentro de las teorías del psicoanálisis feminista, a favor de comenzar a oír la voz, las historias que quienes se inscriben en la posición de sujetø maternas relatan de su experiencia. Como fuere, el feminismo psicoanalítico norteamericano nos brinda la posibilidad de pensar en nuevas modalidades de subjetivación –femeninas, masculinas, o estrictamente ninguna de ellas– que excedan ampliamente la categoría restrictiva de maternidad y sus vinculaciones con los cuerpos de las mujeres. En el interior de las estructuras del parentesco, la maternidad

¹⁰ Es necesario aclarar que existen referentes dentro del campo del feminismo que apelan a líneas del psicoanálisis que resultan convenientes a la hora de anclar una política feminista en concepciones del cuerpo altamente naturalizadas. Sarah Richmond, por ejemplo, defiende la idea de corporeidad biológica propuesta por Melanie Klein. Desde allí expresa una ferviente crítica al rechazo feminista del concepto de biología, y propone “remediar de alguna manera el olvido en el que el feminismo ha tenido a Klein. [señala que] el desarrollo de Klein del psicoanálisis clásico que precede al ‘giro lingüístico’ lacaniano, adoptado por la teoría feminista, proporciona un cuerpo de pensamiento más productivo para ser explotado por las teóricas del feminismo. Rechazando la idea de la naturaleza humana, la teoría feminista se ha privado de algunas valiosas intuiciones acerca de los seres humanos y de una comprensión que puede proporcionar propuesta para el cambio. La delineación por parte de Klein de nuestras disposiciones mentales innatas, biológicamente fundamentadas, y su refinado análisis de su interacción con el entorno social en la formación de la personalidad, ofrecen indicaciones valiosas acerca de los parámetros que podrían restringir las posibilidades de transformación, y deberían limitar la transformación feminista” (Richmond, 2001, p. 85).

eclipsa las subjetividades de las mujeres a partir de decodificaciones esencialistas del cuerpo.

Las ideas de Kaja Silverman

Como hemos visto anteriormente, Nancy Chodorow y Jessica Benjamin han intentado explicar el modo en que la maternidad se vuelve objeto de deseo, en principio normativamente impuesto, de gran parte de las mujeres. ¿Cómo es posible dar cuenta de este destino identificadorio para las mujeres desde una explicación teórica que gire alrededor del cuerpo? ¿Cómo es posible pensar los límites de la identificación con la no conformidad de género?

Debemos a Kaja Silverman (1996) una profunda sistematización en torno a una nueva mirada sobre el cuerpo desde una perspectiva que articula feminismo y psicoanálisis. Silverman delimita algunos aspectos en su análisis del cuerpo que ponen límites a la idea *queer* de sujetos móviles, con múltiples y fluidas identificaciones contradictorias. Su reflexión toma por objeto la idea freudiana de yo corporal, inscribiendo el tema, desde el inicio, en la dinámica compleja que se libra entre el terreno psíquico y el dominio político.

Cuerpo sensacional e *imago* visual

Silverman confronta, en primer lugar, líneas diferenciales que coexisten en la obra freudiana en torno al cuerpo. Por un lado, es posible detectar una disyuntiva instalada entre cuerpo y psique; por ejemplo, en *Pulsión y destinos de pulsión* (1979e) Freud afirma que las pulsiones acceden a la vida psíquica a partir de representantes ideacionales. Asimismo, en *La interpretación de los sueños* (1979a) elude la localización física de la realidad psíquica. Sin embargo, también afirma que “el yo es sobre todo (...), él mismo, la proyección de una superficie”, es decir que “el yo deriva (...) de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo” (Freud, 1979i, pp. 27-28). Es esta última referencia a Freud, revisitada a la luz de la teoría feminista, y seguramente de referencias de intelectuales franceses que incorpora, lo que le permite enriquecer los desarrollos sobre el cuerpo existentes en el escenario psicoanalítico norteamericano.

En *The threshold of the visible world* (1996), Silverman entrecruza la idea freudiana de que el yo deriva de sensaciones producidas en la superficie corporal con el aporte lacaniano que refiere al yo en términos de representación de una representación corpórea –afirmación que se desprende de *Le stade du miroir*–, donde ambas representaciones tienen un estatus visual. El desafío de la autora es articular ambas vertientes: *imagen especular*, que da cuenta de la aprehensión del cuerpo como un objeto separado, y *cuerpo sensación*, que da cuenta de la aprehensión del cuerpo como propio mediante exploración táctil de la superficie cutánea. La conformación del yo/cuerpo transcurre, para Silverman, en la constitución e integración de tal *mismidad/otredad*, como dos caras de la misma moneda.

Preocupada por darle entidad psíquica a la sensación corporal, Silverman retoma los aportes de Schilder (1923, 1931) para rescatar las sensaciones táctiles, cutáneas y cinestésicas en la formación de la imagen del cuerpo, que lejos de ser un *a priori* remite, más bien, a algo que se construye dolorosamente y, luego, a la raigambre de sensaciones psíquicamente registradas que comienzan a referir a un solo cuerpo y que, unificadas del algún modo, ocupan un único punto en el espacio. La presencia del otro es clave para que el cuerpo cobre existencia. Pues la sensación cutánea, sugiere Schilder, es algo que se le confiere al objeto desde afuera. Por ello, instala límites claros entre el mundo exterior y el cuerpo. Por otra parte, Silverman expone la perspectiva de autores franceses –principalmente Laplanche (1989, 2001)– al afirmar que el cuerpo no es, de ningún modo, el simple producto del contacto físico que brinda un otro; más bien se configura por los deseos dirigidos hacia él. Menciona que los aportes lacanianos que teorizan al yo como producto de relaciones especulares, aunque sumamente valiosos, han dificultado dimensionar el papel de las sensaciones corporales.

Como fuere, el sentido unificado del *self* se construye sobre la base de los entrelazamientos mutuos entre la dimensión sensorial y la dimensión visual de las representaciones del cuerpo. Silverman apea a *Les origines du caractère chez l'enfant* de Henri Wallon (1975)

para reafirmar esta idea elípticamente. Para Wallon el yo exteroceptivo y el yo propioceptivo permanecen inicialmente desconectados. Propone, entonces, un *stade du miroir* –al que posteriormente Lacan (1988) echa mano para modificar aspectos nodales– al que concibe como un largo proceso, no un acontecimiento puntual, que marca un antes y un después de una vez y para siempre. En su versión original, Wallon postula que el reflejo en el espejo no es suficiente para que el infante realice una aprehensión de *sí-mismo*. Es en la convergencia de lo propioceptivo y lo exteroceptivo donde el yo es delimitado. El infante de Wallon responde al reflejo de su cuerpo como un objeto separado y luego ese reflejo constituye una *imagen en relación*, o lo que Silverman denomina como una *identidad-a-distancia*. La paradójica nominación de la autora da cuenta, justamente, de la condición o cualidad de *ser-otrø*.

Los aspectos propioceptivos entran relaciones con la imagen y constituyen el punto de referencia a partir del cual el yo percibe los objetos –incluida la imagen especular– como exteriores, por fuera. Silverman se empeña en dotar de importancia a la propioceptividad. Apela incluso al significado que se desprende de su etimología –*proprius capere*– que remite a captar y atrapar lo individual y característico, es decir que se trata de un sujetø que aprehende su propiedad. La propioceptividad se refiere, en última instancia, al mapeo no visual de la forma del cuerpo. Nos dice Silverman que si la imagen provee identidad, lo propioceptivo provee *presencia* –esto es, para la autora, el despliegue de los músculos del cuerpo con el propósito de ajustarlo sin dificultad a un envoltorio espacial imaginado–; algo que la imagen especular, visual, nunca asegura por sí misma.

El significado de presencia que construye Silverman no es ingenuo. Su definición incluye no solo la materialidad de los músculos de un organismo previo, sino también propósitos de ajuste y formas imaginarias, aspectos que corresponden a otro orden de cosas. Esta idea de presencia marca, entonces, la imposibilidad de pensar el despliegue de los músculos al margen del entorno cultural. La postura, por ejemplo, no constituye un rasgo intrínseco del cuerpo humano.

Silverman remite a Foucault (2008a) para pensar la propioceptividad que integra la función postural –el ego sensorial de Schilder (1923, 1931)– como el producto de las interacciones entre el cuerpo y el contexto sociohistórico. Aunque el despliegue postural implica propioceptividad, esta no puede reducirse a los aspectos involucrados en la postura. La propioceptividad refiere, entonces, a la reunión y unificación de sensaciones –antes dispersas– provistas por los diversos órganos sensoriales en sus diferentes espacios y registros (Grosz, 1994).

Por otra parte, el concepto de propioceptividad admite la posibilidad de pensar los efectos de las interacciones entre el cuerpo del infante y el entorno parental. A partir de estos intercambios es que el sujeto llega a tener un cuerpo *sensorialmente* marcado por aspectos –al mismo tiempo constitutivos de la dimensión sensorial y, entonces, del cuerpo mismo– tales como el género, la etnia, la preferencia sexual y otras diferencias culturalmente construidas e impuestas. Asimismo, Silverman rescata la piel por su papel propioceptivo privilegiado en la producción de una *gestalt* corpórea no visual. La piel adquiere una función nodal en la sensación que el sujeto tiene de sí como cuerpo extenso en el espacio. Otro elemento importante que destaca la autora: los aspectos sensoriales tornan indistinguibles yo y cuerpo; sensación física y su registro mental resultan indisociables.¹¹ Posteriormente, este carácter de indisociabilidad se trastoca cuando los aspectos propioceptivos o sensoriales se integran con la *imago* visual. Entonces el sujeto experimenta un ser-sí-mismo –lo que los franceses denominan como el *moi* del ego– localizado bajo el envoltorio, imaginario, de un cuerpo con el que el yo debe entablar una relación, privilegiada, al igual que con otros objetos del mundo.

La Pantalla y la Mirada

Silverman toma otros aportes que Jacques Lacan expone en *Les quatre principes fondamentaux de la psychanalyse* (1987) para enri-

¹¹ Para un desarrollo de Judith Butler respecto al problema de establecer límites entre lo psíquico y lo corporal véase capítulo 9.

quecer su punto de vista. La idea de reflejo especular es dejada a un lado; la autora se referirá a la *Pantalla* y la *Mirada* para dar cuenta de una identidad visual en cuanto representación externa en la que \emptyset el sujeto confía. A diferencia de *Le stade du miroir*, en la *Pantalla* el periplo de \emptyset el sujeto en su asunción de una identidad-a-distancia, en la que participa la *imago* visual, no transcurre por el reconocimiento en la superficie del espejo. Se trata, ahora, de un sujeto que confía en una *Mirada*, inaprehensible e ilocalizable, gracias a la cual logra su acceso estructurante a la *Pantalla*. Entonces, \emptyset el sujeto solo puede reconocerse exitosamente en ella –siempre de manera errónea– a partir de esa imagen, o conjunto de imágenes, a través de las cuales él es culturalmente aprehendido. Por otra parte, nos dice Lacan, la mirada de la madre es necesaria para que \emptyset el sujeto permanezca alineado con el reflejo imaginario. Puesto que en el drama especular la mirada de la madre representa una mirada que posee otro estatuto: la *Mirada* –ratificación simbólica proveniente de la cultura de la que toda identificación depende.

La *Mirada*, nos dice Silverman, superpone al infante con el reflejo estructurador, y así hace posible la identificación de \emptyset el sujeto con lo que nunca puede ser. La alteridad y el carácter ficticio de la imagen que opera como modelo identificatorio cobran mayor fuerza en estas referencias. Si el reflejo especular atestiguaba la simultánea contigüidad espacial de \emptyset el niño, ahora la *Pantalla* no implica tal relación icónica o indicial. La *Pantalla*, a diferencia del espejo, resulta opaca, no refractante, pues no hay, enfatiza la autora, conexión existencial entre ella y \emptyset el sujeto que se define a través de ella, tampoco ningún vínculo analógico necesario. Por un lado, Silverman destaca la conexión imaginaria entre sujeto e imagen; por otro lado diferencia la mirada de \emptyset el sujeto de la *Mirada* cultural que confiere autoridad visual. Entonces, lo determinante es cómo nos percibe esta *Mirada* sedimentada en las miradas, inclusive la propia. En este contexto, Silverman señala que no podemos conjurar de modo simple la aparición de una nueva *Pantalla*. En el nivel colectivo queda la esperanza de luchar por cambiar la existente, y en el plano individual generar estrategias por sustituir

la imagen por la cual somos convencionalmente vistos con el objetivo de resemantizar la imagen normativa.¹²

El valor de los aportes de Silverman radica en el análisis enfáticamente político de los modelos visuales. Al separar la mirada de la *Mirada*, la autora destaca la desnaturalización de la relación entre el sujeto y la *Pantalla*; y, por otra parte, señala la no necesaria ni invariable identificación del sujeto con el Ideal. La imagen que devuelve el espejo, con la que el sujeto se alinea mediante la *Mirada* en el interior del dispositivo de la *Pantalla*, no siempre configura un Ideal cultural. Es en este contexto que Silverman ensaya su versión de la *Pantalla* al definirla como el repertorio de representaciones por medio de las cuales nuestra cultura se figura todas esas variedades de la diferencia en las cuales se inscribe la identidad social. Desde aquí, toda atribución idealizadora implica su opuesto, y esas formas de diferencia dependen de una franja poblacional abyecta alineada e identificada imaginariamente con lo negativo, más que con lo ideal. En última instancia, la *Pantalla* no es otra cosa que imágenes culturales a través de las cuales los sujetos son aprehendidos culturalmente. La *Pantalla* guarda versiones de la diferencia a partir de las cuales no solo se producen yoes corporales ideales. Es sobre la base de indicios físicos –como la presencia o no de pene o la pigmentación de la piel– que la *Mirada* proyecta imágenes sobre los cuerpos-literales, modo en que la autora denomina aquel dato *a priori* lógicamente necesario a la hora de deslindar cómo opera el dispositivo de la *Pantalla*.

En suma, la *Pantalla* resulta estructurante del sujeto, donde ni los atributos del cuerpo-literal ni un *self* interno esencial cuentan como determinantes. En la *Pantalla* constituye un punto de partida fantasmático donde se elabora, en el mismo proceso, la anatomía imaginaria y su identidad concomitante. No puede predicarse la existencia del cuerpo, ni siquiera como una tenue unidad, antes de la imagen, la postura, el contacto y la *Mirada* intrínsecos a la *Pantalla*. Es así que los

¹² De un modo u otro, esta sugerencia de Kaja Silverman (1996) se encuentra en sintonía con la estrategia del *pastiche* mediante las *performances* subversivas propuestas por Judith Butler (2007) (véase capítulo 5).

indicios físicos mediante los cuales la diferencia es identificada no son más que elementos insignificantes dentro de un conglomerado incoherente desprovisto de forma y valor.

Cuerpo-igual-a-sí

Llegamos, después de este recorrido, al aporte más interesante de Silverman: la idea de *cuerpo-igual-a-sí*. Para alimentar esta idea la autora enfatiza un modelo de identificación diferente. Acertadamente, Silverman detecta el modo en que la versión freudiana de la identificación se comporta de modo tal que el sujeto se alinea imaginariamente a un otro de modo incorporativo. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, por ejemplo, Freud señala que “desde el comienzo mismo, la identificación [...] se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal” (Freud, 1979h, p. 99). Posteriormente, en *Totem y Tabú*, Freud hace literal la metáfora canibalística con la que caracteriza a la identificación cuando relata el modo en que la horda de hermanos asesina y devora al padre:

Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. [...] Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él (1979c, pp. 143-144).

Una vez devorado, el padre cobra existencia con otro estatuto al ser introyectado. En aquellos textos en los cuales Freud tematiza la formación del yo, la identificación juega un papel relevante en cuanto proceso a partir del cual el otro es interiorizado como *self*, ya sea mediante la lógica de la melancolía en *Duelo y melancolía* (1979e), o comandado por el despliegue propio del complejo de Edipo en *El yo y el ello* (1979i). Silverman no duda en afirmar que la lógica a partir de la cual el sujeto se articula en función de la norma es incorpora-

tiva, y desde allí es que el yo corporal se *con-forma* y se mantiene, ilusoriamente, en términos de totalidad. Apelando a una identificación exteriorizadora –o, como la denomina Silverman, *ex-corporativa*– la autora instala la posibilidad de deshacer la ilusoria unidad y presencia del yo corporal.

El trayecto *ex-corporativo* de la identificación constituye una vía por la cual \emptyset el sujeto se identifica a distancia de su *self* propioceptivo y en la que la *imago* visual del reflejo especular permanece externa, sin la exigencia de una unidad corporal imaginaria. Ante el modelo de un yo corporal que deglute –esto es: que se consolida asimilando las coordenadas corpóreas del otro, devorando la otredad corporal–, la coherencia del yo se mantiene repudiando todo aquello que no puede devorar vía identificación; es decir, negándose a cobrar existencia en y a partir de modelos de corporeidades radicalmente ajenos. A esta restricción identificatoria es a lo que Silverman denomina como principio del cuerpo-igual-a-sí. Desde aquí no llama la atención que un sujeto heteronormado rechace alinearse imaginariamente a ciertos modelos corporales rechazados como diferentes, o se adhiera obstinadamente a otros que son incorporados fácilmente. Este juego identificatorio propio del cuerpo-igual-a-sí no es sin la *Mirada* que procura al sujeto imágenes idealizadas o abyectas de sí. Solo en el plano de este juego de imágenes que tornan al cuerpo-igual-a-sí \emptyset el sujeto puede experimentar, aunque más no sea momentáneamente, que es idéntico a sí mismo.

El principio del cuerpo-igual-a-sí ordena el juego de las diferencias. Aquellos sujetos *privilegiados* en cuanto al género, la clase, la etnia y la preferencia sexual –por nombrar solo algunos núcleos identitarios– no buscarán alinearse identificatoriamente con modelos que amenacen la coherencia e idealidad de su yo corporal. Se trata de evitar situarse dentro de esos cuerpos.¹³ Entonces, Silverman introduce

¹³ Aquellos sujetos que son localizados en posiciones desalineadas respecto a la idealidad de las imágenes valoradas por la *Mirada* parecieran estar más preñadas a identificaciones *ex-corporativas*, seguramente esto se debe a lo que Silverman advierte cuando señala que cuando la imagen proyectada resulta desidealizadora \emptyset el sujeto la experimenta

la idea de *umbral* que opera como límite para la identificación. La imagen especular cumple el papel de límite, aquello que no se puede cruzar. El yo, en otros términos, no permanece pregnante a cualquier *imago* visual. El sujeto, conforme a las normas de género, étnicas, sexuales imperantes, únicamente admite aquellas identificaciones que resultan congruentes con su forma. Solo resta mencionar el modo en que los sujetos *no-conformes* al género muestran una lógica identificatoria diferente a la *in-corporativa*. Al menos en algún aspecto, la identificación *ex-corporativa* se encuentra en el corazón de toda falta de conformidad entre las posiciones identificatorias y aquello que la *Mirada* sanciona. Por otra parte, la identificación *ex-corporativa* supone pagar el precio de la abyección, modo en que la *Pantalla* gestiona la posibilidad de identificarse con la diferencia. Por último, estos sujetos desalineados respecto a la *Mirada* refuerzan la lógica identificatoria *in-corporativa* de los sujetos heteronormados, puesto que los sujetos *no-conformes* al género acorde a la *Mirada* cultural —que sanciona, bajo el sello de idealidad, la mimesis sexo-género— bien podrían constituir una alegoría de la incongruencia respecto a la forma ideal, aquello repudiado como sitio temido de la identificación (Butler, 2008), aquello que nunca podrá ser objeto/sujeto de amor identificatorio (Benjamin, 1997).

como una imposición externa. En algún sentido esto da cuenta del modo en que gran parte de quienes portan figuras de la diferencia se *in-corporan* al modelo regido por el principio-de-cuerpo-igual-a-sí, pero en tales casos igual-a-sí no refiere a valorar positivamente la diferencia que portan, dotándola de idealidad contracultural, sino que remite al modelo normativamente instaurado como ideal, interiorizado identificatoriamente. Es en tales casos donde esta identificación fluctúa entre los límites de lo *in-corporativo* y lo *ex-corporativo* según se priorice tomar como modelo aquello a lo que no se está alineado de entrada o tomar como modelo aquello que corresponde con la idealidad cultural. El fragmento de la novela *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers resulta altamente ejemplificador: “Muchas veces, mientras estaba arando o trabajando [...] he pensado y razonado sobre la época en que Jesús va a descender nuevamente sobre la tierra [...]. Me imagino que voy a estar de pie ante Jesús con todos mis hijos y nietos y bisnietos y parientes y amigos, y le diré: ‘Jesucristo, todos nosotros somos pobres personas de color’. Y entonces Él pondrá su santa mano sobre nuestra cabeza, e inmediatamente todos nos volveremos blancos como el algodón. Ésta es la idea que alberga mi corazón muchas, muchas veces.” (2008, p. 157).

Capítulo 8

Identidad sexual: lo político y lo erótico ¹

El problema de la identidad sexual confrontó al feminismo norteamericano durante la denominada segunda ola de los años 70. En aquel momento, la heterosexualidad de mujeres feministas se volvió una posición problemática ante la mirada del feminismo radical lésbico. El presente capítulo rastrea, en un principio, algunas líneas del debate al respecto, lo que nos permite aproximarnos a la complejidad de las formas en que el cuerpo ha sido capturado analíticamente por las diversas posiciones que subyacen a las teorías feministas. La relevancia de la vía elegida radica en el lugar esencializado que reciben los cuerpos como sede de la sexualidad y el género en los argumentos utilizados. En una segunda instancia se presentan, de manera más explícita, dos formas en que el cuerpo ha sido conceptualizado en dos exponentes de relevancia notable dentro del campo de la teoría feminista: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray.

Identidad sexual en clave lesbiana

Gran parte de las producciones teóricas localizadas en la teoría feminista se han vertebrado a partir de las fuertes críticas hacia el valor que el *Falo* recibe como ordenador privilegiado y exclusivo del orden simbólico (Irigaray, 2007). Desde la década del 70, y hasta la actualidad, el *falo* ha constituido una referencia ineludible para muchas femi-

¹ Parte de este capítulo ya fue trabajada en Martínez (2015a, 2015b).

nistas en sus intentos de inaugurar nuevas categorías conceptuales que trastocan los modos patriarcales y falocéntricos de ordenar el campo social, y que, al mismo tiempo, conmuevan las modalidades de subjetivación que en su interior se despliegan. Señala Victoria Hersford (2005) que dentro de un orden simbólico codificado en estos términos, la lesbiana no puede ser otra cosa que una figura espectral, pues su presencia cultural se conjura, paradójicamente, a través de un proceso de desrealización. La lesbiana aparece, sostiene la autora, como un ser incidental, impalpable, fugaz y opaco, no como un sujeto anclado sólidamente en el mundo y entramado en la sociabilidad. El carácter espectral de la figura

de la lesbiana le sugiere a Hersford que el lesbianismo es la idea reprimida en el corazón de la cultura patriarcal, una representación que solo adviene sobre las bases de lo indeseado.

En este contexto, el feminismo radical lésbico ha puntualizado con énfasis el lugar de sometimiento al que las mujeres son relegadas por los varones en el contexto de la cultura patriarcal. Es así que varias pensadoras del feminismo lésbico se han pronunciado en contra del *falo* como organizador simbólico. Han objetado la hipertrofia del recurso al imaginario fálico para elaborar un simbolismo que utiliza tal imagen como modelo de poder y placer, y que es producto de la dominación social masculina (Meler, 2013). Desde esta postura los vínculos eróticos con varones se consideran como contradictorios con la persecución de objetivos feministas. En este contexto conceptual, Judith Butler irrumpe con nuevas formas de abordar la temática. Sus aportes teóricos imprimen un giro al modo en que se venía pensando el género y la sexualidad. Su enfoque permite superar supuestos teóricos esencialistas que impiden incorporar la diversidad y la multiplicidad de presentaciones de género y sexuales en nuestros esquemas de pensamiento.

La (hetero)sexualidad a debate

En octubre de 1992, *Feminism & Psychology* emitió un número especial dedicado a la heterosexualidad. Su introducción editorial – bajo el título *Theorizing heterosexuality*, y a cargo de las académicas

feministas británicas Celia Kitzinger, Sue Wilkinson y Rachel Perkins (1992)– muestra una profunda preocupación por descentrar la heterosexualidad en cuanto único patrón normativo naturalizado en la producción de conocimientos. Para las autoras, ni el feminismo ni la psicología –al menos en el grueso de sus teorizaciones– se han preocupado por situar a la heterosexualidad como un tema de análisis explícito. En este sentido, la atención analítica siempre se ha focalizado en la homosexualidad como lugar de emergencia de aquello desviado o torcido.

La relevancia de esta publicación radica en el carácter novedoso de la estrategia de las editoriales: colocar en el centro del debate a la heterosexualidad. Las autoras se apoyan en el clásico artículo *Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence* de Adrienne Rich (2013), quien se muestra preocupada por los efectos del heterocentrismo no examinados en el feminismo. Sacan provecho específicamente de la idea que vertebra el ensayo de Rich: la heterosexualidad de las mujeres no puede ser producto de una simple elección o preferencia, sino algo que es impuesto bajo coerción y mantenido por la fuerza, encubierto bajo la creencia subjetiva de *ser* heterosexual de forma libre e innata. La supresión de la existencia lesbiana bajo la pluma feminista, a criterio de Rich, no solo es antilésbica, sino antifeminista; por lo tanto, también distorsiona la experiencia de las mujeres heterosexuales. Se trata, en última instancia, de exhortar a las feministas –especialmente a aquellas heterosexuales– a que examinen la heterosexualidad como una institución política.

Allí no faltan expresiones provocadoras. Se denuncia que la literatura feminista reduce la producción de Rich a un homenaje rutinario, a un texto clásico carente de sentido; por lo tanto, su potencialidad analítica es ignorada y la tiranía implacable de la heterosexualidad coercitiva, afirman, continúa en el interior del feminismo. En esta línea, las autoras mencionan explícitamente la ironía presente en el hecho de que tres lesbianas (las editoras) generen el espacio que las feministas heterosexuales no han sido capaces de crear por sí mismas. Parece claro el llamado insistente y provocativo a recibir respuestas que reabran el debate.

Coyunturas políticas de la identidad sexual

Ahora bien, ¿qué significa ser una lesbiana para las editoras? Para ellas, aceptar la etiqueta de lesbiana, e identificarse con ella, supone un acto de autodenominación con el que se afirma el compromiso ineludible, como mujeres y lesbianas, de rechazar el orden heteropatriarcal. Claramente la identidad sexual es resituada de un modo estratégico. Se proponen un acto colectivo de resignificación que cuestione la propia percepción de la identidad sexual en términos esencializados, para reinscribirla como una compleja construcción política que permite reivindicar, de manera conjunta, aquel rasgo identitario que el patriarcado ha enseñado a despreciar. A criterio de las autoras, la mayor parte de las feministas heterosexuales no han experimentado tal actitud reflexiva que troca lo personal en político, de modo que para ellas la heterosexualidad que portan no constituye una identidad política de la forma en que el lesbianismo sí lo es para las feministas lesbianas.

Las producciones de gran parte de las académicas heterosexuales que publicaron en el *Special Issue* exponen posturas en contra de anudar las posibilidades múltiples y dinámicas de las identidades a posiciones monolíticas como, por ejemplo, heterosexual o lesbiana. Shulamit Reinharz (1992) valora la idea de *continuum* en detrimento de *posiciones fijas*; Alison Young (1992) piensa la plasticidad de la identidad sexual a partir de la analogía con los *colores de un espectro*; Mary Gergen (1992) se niega a capturar la temática bajo los dilemas de *oposiciones binarias*; Nira Yuval-Davis (1992) destaca la innegable construcción social de la sexualidad y la presencia ineludible de *deseos bisexuales*; Mary Crawford (1992) señala el problema de las categorías en oposición, pues la categoría heterosexual no puede existir sin la correspondiente categoría homosexual; por otra parte, destaca que tal oposición oscurece las infinitas dimensiones en las que cada quien podría ubicarse como un ser sexual.

Sin embargo, las editoras, entre otras feministas lesbianas como Kadiatu Kanneh (1992), dejan deslizar que la simpatía por la multiplicidad y la fluidez por parte de feministas heterosexuales se debe al he-

cho de que, salvo en contadas ocasiones, la heterosexualidad no es una postura política asumida de manera deliberada. La vinculación entre el malestar que expresan las feministas heterosexuales y sus posiciones no examinadas parece clara a los ojos de las editoras. En este contexto, en su mayoría, las feministas heterosexuales no aprecian la relevancia que la etiqueta *Lesbiana* posee para quienes la utilizan. Es así como se inclinan por jugar con un continuo de categorías, lo cual, a criterio de las editoras, da cuenta de un comprensible deseo por liberarse de la miserable prisión de la identidad heterosexual no politizada, buscando la disolución de las categorías excluyentes y dicotómicas a favor de reconocer la diversidad individual y, al mismo tiempo, los lazos comunes entre todas las mujeres.

En esta línea, las autoras destacan el abismo que separa la identidad feminista lesbiana de las identidades feministas heterosexuales. A pesar de que es indiscutible que muchas mujeres heterosexuales se han incorporado a las filas del feminismo mediante una toma de conciencia de las desventuras del sistema patriarcal, muchas otras mujeres son feministas como resultado directo de su lesbianismo, levantándose contra la opresión heteropatriarcal. La diferencia radical, a criterio de las editoras, en que el lesbianismo constituye una elección deliberada que armoniza con la política feminista.² Si bien existe una extensa literatura que analiza la importancia del lesbianismo en el logro de los objetivos feministas, no hay escritos teóricos que justifiquen la compatibilidad entre la heterosexualidad y el cumplimiento de tales objetivos. Ahora bien, ¿es la elección sexual un acto que guarda tal grado de voluntarismo o autonomía como para generar un patrón de medida del compromiso en relación con determinados objetivos políticos?

² Al respecto, Beatriz Gimeno Reinoso (2005) afirma que “Las mujeres pueden aprender a sentir deseo por otras mujeres, la mayoría de ellas intuyen que esto es posible, los hombres saben que es posible. Las mujeres han aprendido a desear a otras mujeres a lo largo de la historia, muchas mujeres lo hacen cada día, aunque no todas concienten que su cambio es una auténtica huida de la heterosexualidad. La pregunta, pues, es la siguiente: ¿Es posible para las mujeres escoger su objeto de deseo de manera que éste se corresponda con lo que es una opción política y vital? Es posible” (Gimeno Reinoso, 2005, p. 225).

El *continuum* lésbico-heterosexual

Para las feministas lesbianas las cosas parecen ser diferentes. Autodenominarse como lesbiana supone realizar una declaración política que no necesariamente niega la fluidez, el cambio o las contradicciones a lo largo de la vida. Las editoras no dudan en afirmar que los términos heterosexual y lesbiana no son simétricos, pues las consecuencias de aceptarse de una u otra forma son diferentes. Hay etiquetas más seguras y menos controvertidas; pertenecer a un grupo dominante no supone las mismas exigencias que pertenecer a un grupo oprimido, el cual necesita ser reivindicado de manera continua. Es en este sentido que para las autoras, heterosexual y lesbiana no son los extremos opuestos de un *continuum*, no pertenecen al mismo espacio conceptual. Las feministas lesbianas disponen de un conjunto de significados explícitamente políticos. El hecho de incluir la categoría *lesbiana* dentro de la categoría *mujer* sin un meticuloso análisis político de la heterosexualidad es una ilusión tan destructiva como incluir la categoría *mujer* dentro de la categoría *hombre*. Las editoras sugieren, entonces, la necesidad de una inminente politización de la categoría *heterosexual* –objetivo del *Special Issue*–.

En estos términos, una mujer que porta una identidad heterosexual (re)produce las diferencias de género que la heterosexualidad requiere, contribuye a su propia opresión y mantiene inalterable la diferencia de poder entre las mujeres heterosexuales y los varones. Tal como afirman Carol Nagy Jacklin (1992) y Halla Beloff (1992), la heterosexualidad es un privilegio frente a otras formas de sexualidad. Esto explica, desde este punto de mira, la falta de perspectiva crítica en torno a la heterosexualidad. Resulta muy raro, desde tal perspectiva, que las mujeres heterosexuales exploren su propia participación en la propagación de la supremacía masculina, pues, como destacan las editoras, el poder no solo oprime a las lesbianas: también construye activamente a la mujer en cuanto heterosexual. Varias pensadoras sostienen que ser lesbiana implica alejarse de la categoría *mujer*. Por ejemplo, Monique Wittig (2005) y su controvertida afirmación *las lesbianas no son mujeres*, cuestiona la heterosexualidad como insti-

tución. Ahora bien, a partir del hecho de portar una identidad sexual lesbiana ¿se sigue de suyo la posibilidad de escapar a los circuitos heterosexuales de pensamiento, solo por nombrarlos en los mismos términos que Wittig?

Múltiples pensadoras han destacado que durante el despliegue de la segunda ola del feminismo se invisibilizó el hecho de que parte de sus integrantes no solo eran mujeres, sino también lesbianas. De modo inevitable, la dimensión de la diferencia se gesta e irrumpe en el interior mismo del movimiento. El surgimiento de una sexualidad no hegemónica como núcleo identitario emergente instala una división, de modo tal que el hecho de ser mujer –sometido a debate décadas más tarde– es puesto en tensión con la identidad sexual. Se conforma, simultáneamente, continuidad y discontinuidad entre las integrantes del movimiento según el núcleo identitario que se priorice –género o sexualidad–. En este sentido, no es posible para el feminismo expulsar la diferencia sin atacarse a sí mismo.

Varias pensadoras han enfatizado la idea de *continuum* como modelo que permita reconocer las conexiones entre lesbianas y heterosexuales, lo que garantizaría el reconocimiento de las lesbianas dentro del feminismo. No obstante, tampoco faltan quienes priorizan las diferencias como única vía para visibilizar la existencia lesbiana. Por otra parte, es posible complejizar aún más la cuestión. Tal como señalan las editoras, tanto la *inclusión* que cabalga sobre la opción de priorizar la igualdad, como la *exclusión* de cara al énfasis en las diferencias, pueden servir para borrar al lesbianismo del feminismo y reforzar la institución de la heterosexualidad obligatoria. En este sentido, afirman que las lesbianas pueden adquirir legítima visibilidad dentro del feminismo solo cuando la institución de la heterosexualidad obligatoria se someta a análisis político.

La mirada político-lésbica de Denise Thompson

El artículo *Against the dividing of woman: lesbian feminism and heterosexuality* de Denise Thompson (1992) incluido en el *Special Issue* resultó, junto con la introducción editorial, controvertido. A di-

ferencia de las editoras, Thompson aboga por la existencia de un *continuum* de intereses y experiencias entre lesbianas y heterosexuales por el solo hecho de ser mujeres. A su criterio, el lesbianismo no es únicamente la preferencia sexual de una minoría; el feminismo debe definir el significado de ser una lesbiana dado que, para la autora, ello mismo implica una redefinición de lo que significa ser una mujer.

A partir de las ideas de Adrienne Rich (2013) y Janice Raymond (1986), Thompson se opone a la supremacía masculina; para ello enfatiza la continuidad de toda mujer en el interior del feminismo. La clave de ello es el lesbianismo, pues permite que una mujer pueda amar a otra en un vínculo en el que es posible reconocer a otra mujer –y a sí misma– como individuo humano no carente de nada. Por lo tanto, la autora no puede dejar de enfatizar la crucial importancia para el feminismo de la existencia del lesbianismo político, el que toma cuerpo en aquellas mujeres que son capaces de retirarse de los circuitos del sistema heterosexual que mantiene a los varones como modelo de lo humano y a las mujeres como sus auxiliares.

Thompson destaca que el lesbianismo no es solo deseo y/o actividad sexual genital de una mujer con otra mujer, sino más bien una redefinición de las mujeres desde sí mismas. En un mundo heteropatriarcal, el lesbianismo nunca es sencillamente algo en lo que una mujer se convierte por casualidad. Ahora bien, si el análisis discurre por los significados de la heterosexualidad y el lesbianismo como categorías políticas en virtud del patriarcado, ¿es la identidad sexual reductible a las innegables coordenadas políticas que subyacen a ella? En este sentido, Thompson menciona que la oposición entre lo político y lo erótico es insostenible en términos feministas. Si bien es cierto que desde el inicio el feminismo ha señalado la naturaleza política de lo erótico, no menor dentro de la institución de la heterosexualidad, tal afirmación no agota la complejidad de la cuestión.

Thompson acentúa el modo en que muchas de las mujeres heterosexuales, durante el calor de las luchas reivindicativas propias del feminismo de la segunda ola, optaron por ser lesbianas. Es así que muchas lesbianas que solían ser heterosexuales cambiaron su orientación

sexual, pusieron en marcha activa y conscientemente un deseo lésbico. Lo que resulta aún más interesante del relato de Thompson: algunas feministas heterosexuales militantes de la segunda ola decidieron mantener una política feminista radical; consecuentemente reconocieron la dominación masculina como enemigo principal y decidieron amar a otras mujeres como un compromiso feminista nuclear a pesar de su deseo heterosexual. ¿Es posible abandonar una identidad sexual erótica a cambio de una identidad sexual política? ¿Los objetivos políticos de un grupo de pertenencia pueden impactar de tal modo como para hacer virar la dirección del deseo? ¿Existe una realidad erótica, prediscursiva, en la cual se inscribe la identidad sexual más allá de los discursos sociales o políticos?

Tal como se ha señalado, Thompson destaca la idea de *continuum*. Para la autora las categorías mujer, lesbiana y heterosexual no son excluyentes entre sí. Desde su punto de vista, las lesbianas, aunque nunca hayan sido heterosexuales, no pueden escapar al diluvio de la hegemonía heterosexual que impregna toda la cultura, que exhibe y promueve incesantemente sus valores como la única realidad. Por otra parte, las mujeres heterosexuales pueden reconocer la familiaridad del lesbianismo, pues saben lo que es amar a mujeres a través de la amistad, redes de apoyo, sororidad, solidaridad, incluso las experiencias en el vínculo con su madre.³

Como fuere, a criterio de Thompson, la creación de las categorías lesbiana y heterosexual, dicotómicamente organizadas, sostienen y fortalecen al patriarcado. A criterio de la autora, el machismo falsifica la existencia de las mujeres y las define solo en relación con los varones. Es en ese sentido que la hegemonía masculina no puede aportar inteligibilidad a aquellas mujeres que no necesitan de los varones. La heterosexualidad es impuesta a las mujeres, quienes son sometidas mediante una amplia gama de violencias y privadas de otras alternati-

³ Los aportes del feminismo psicoanalítico norteamericano vistos en los capítulos 2 y 3 bien podrían constituir una explicación psicodinámica complementaria a estas ideas de Thompson. Es posible notar en Nancy Chodorow (1984) y en Jessica Benjamin (1996, 1997) cierta simpatía por el feminismo de la diferencia, en su versión norteamericana.

vas legítimas posibles. Sin embargo, a pesar de que la imposición del deseo heterosexual rompe vínculos eróticos entre mujeres, aun así, para la autora, es posible sortear la designación heterosexual. Es factible que las mujeres puedan amarse y reconocerse entre sí independientemente de los modos en que el patriarcado define esos vínculos.

La mirada psicodinámica y heterosexual de Wendy Hollway

Las respuestas a la introducción editorial de Kitzinger, Wilkinson y Perkins, así como al artículo de Thompson incluido en el *Special Issue*, no tardaron en aparecer. Wendy Hollway (1993) publica una de estas –*Theorizing heterosexuality: a response*– en el mismo *Journal*. En ella critica los supuestos que entreteje el *Special Issue* sobre heterosexualidad y propone un enfoque teórico diferente a partir de sus propias experiencias como mujer heterosexual. Hollway no cuestiona la importancia histórica que han tenido las críticas hacia la heterosexualidad realizadas por feministas radicales, pues abrieron paso a desenmascarar la jerarquía de poder intrínseca a las relaciones heterosexuales. Aun así, la autora observa el modo en que el discurso feminista radical construye discursivamente el sexo heterosexual en términos de relaciones de poder opresivas y unidireccionales. También detecta la homologación, más o menos sutil, de las mujeres heterosexuales con el deseo de ser dominadas. A partir de allí Hollway intenta instalar, en su mayor complejidad posible, las relaciones entre las categorías de poder y género, así como los efectos del deseo y la significación en la sexualidad, inscribiendo estas problemáticas feministas en un plano psicológico.

Hollway observa, en primer lugar, que los trabajos de las feministas heterosexuales que el grupo editorial decide publicar no abordan las cuestiones del deseo, el placer y la satisfacción sexual en una variedad que vaya más allá de la *miseria heterosexual*. En segundo lugar, la ausencia de un abordaje psicodinámico de la sexualidad desemboca en una inadecuada conceptualización del poder y de su significación en las prácticas sexuales. Para Hollway, las relaciones de poder se ba-

san en lo que el sexo significa. Los significados del sexo son múltiples. A criterio de la autora, el feminismo no debe reproducir el supuesto de que el poder del varón –dentro o fuera del sexo– es monolítico. El sexo heterosexual es un espacio contradictorio del cual el feminismo debiera sacar provecho a través de la producción de explicaciones alternativas de la sexualidad de los varones que no colabore con los supuestos sexistas que giran en torno al poder incuestionable del falo/pene.⁴

El problema pareciera reducirse a la institución de la penetración del pene, junto con sus significados políticos y culturales, bajo el régimen del heteropatriarcado. La introducción editorial, al igual que los artículos de Jenny Kitzinger (1992) y Patricia Duncker (1992) manejan un análisis del poder, y del pene como su significante *princeps*, en términos monolíticos y unidireccionales. El único significado susceptible de adherirse al pene es aquel que lo confina a la penetración en el sentido de una intromisión no deseada, en la forma de violación. Sin duda, la teoría intersubjetiva de Jessica Benjamin (1996) constituye un referente implícito que vertebra las ideas de Hollway, pues afirma la posibilidad de establecer un vínculo de seguridad, confianza y amor en la relación con un varón, signado por la mutualidad. En tal caso el pene puede adquirir otros significados menos invasivos. Para Hollway, un vínculo en el que sus integrantes se constituyen como sujetos iguales puede romper la separación del *otrø*, simbolizada por la separación de los cuerpos, y tal ruptura puede permitir la expresión y gratificación de los deseos infantiles tempranos de conexión.

Lejos de situar el afluente de los significados de la sexualidad en un heteropatriarcado delimitado de forma monolítica, Hollway prioriza la historia individual y biográfica a través de las relaciones sociales y emocionales que son poderosamente expresadas en el sexo. La profunda necesidad de amparo y protección en la infancia es una experiencia que trasciende la división de género. En ese sentido también los varones encuentran sostén en el vínculo sexual con una mujer. La intimidad lograda en la reciprocidad y simetría de todo vínculo es

⁴ Para ampliar esta línea del debate hacia otras direcciones véase el capítulo 4.

asimismo posible en el interior de la heterosexualidad, en tanto esta relación puede configurar un lugar que reúne las condiciones a través de las cuales cada integrante de la pareja puede hallar en el otro seguridad y protección contra un mundo lleno de desafíos, mundo que amenaza tanto a varones como a mujeres desde los primeros tiempos de su constitución subjetiva.

Hollway no se piensa a sí misma subsumida o enquistada bajo la voluntad de un varón, a modo de un objeto frágil al que deben dedicarle protección continua. Tal modo de significar su propia experiencia como mujer le permite afirmar que no existe una desigualdad real en las posiciones emocionales, tampoco una división esencial de la vulnerabilidad y la protección diferencial para cada uno de los géneros. Por el contrario, hay mutualidad en la vulnerabilidad y en la protección. Todo parece indicar que para Hollway se trata de combinar la reactualización de historias infantiles, edípicas, casi al modo de una complementariedad feliz entre dos elecciones anaclíticas de objeto (Freud, 1979d), donde él es un padre protector y ella una madre nutricia. La unidad es de una perfección tal que ni siquiera las inequidades de género encuentran su lugar. Para la autora las significaciones que entretejen una relación son exclusivas de cada relación, homosexual o heterosexual.

De este modo entiende que los significados, potencialmente simétricos, que atraviesan las fronteras individuales y mitigan la soledad, no son patrimonio privilegiado del lesbianismo. El hecho de que las feministas lesbianas radicales construyan la sexualidad en clave lesbiana –libre de opresiones e incluso por fuera de las relaciones de poder– como contrapunto de la crítica hacia la heterosexualidad, opaca la complejidad de sus propias relaciones. A criterio de Hollway, mutualidad y reciprocidad no implican ausencia de relaciones de poder; aun así el sexo heterosexual no significa inevitablemente una relación entre opresor y oprimida, y la significación invasiva del pene como representante metonímico de la totalidad del varón no tiene por qué elevarse al estatus de verdad universal. El heteropatriarcado, afirma, es una constelación múltiple y contradictoria, de modo que no se debe

perder de vista que existen relaciones entre dos sujetos que no necesitan proyectar su debilidad, partes rechazadas o idealizadas, en el otro. El análisis feminista radical, según Hollway, pierde de vista que en el interior de esta constelación hay espacios en los que las parejas heterosexuales pueden acceder a la mutualidad e intersubjetividad. De aquí deriva una posible noción de amor que permanece ausente, al menos en estos términos, en los discursos feministas radicales en cuestión, los cuales, a su criterio, se reducen a la irracionalidad política de una fantasía romántica heterosexista que no hace más que perjudicar a las mujeres feministas, sean heterosexuales o lesbianas.

Hollway acusa al feminismo radical de caracterizar al pene por sus connotaciones invasivas en términos de verdad universal. Ahora bien, otorgar tal estatuto de verdad universal al blanco al que se dirigen las luchas, ¿significa inventarse un enemigo imposible de derribar? ¿Las feministas, entonces, se proponen a sí mismas el juego infinito de cambiar lo imposible? ¿El discurso feminista refiere a la universalidad del pene, cuya significación permanece eternamente coagulada, por fuera del alcance de las transformaciones sociales? ¿O más bien esta postura puede referirse a la función específica y a la significación que el pene recibe en el interior de la cultura falocéntrica?

Sea como fuere, el debate es complejo, aglutina múltiples niveles de análisis que aumentan el espesor conceptual de las diferentes posturas y torna laberínticas las múltiples líneas argumentativas expuestas. Los posicionamientos ocultan filiaciones teóricas y la adherencia a supuestos diferenciales que rompen la posibilidad de un diálogo. El objetivo no es resolver la tensión, sino presentar una línea teórica que nos permita avanzar hacia otra perspectiva.

Dos enfoques: Adrienne Rich y Michel Foucault

Tanto *Compulsory heterosexuality and lesbian existence* de Adrienne Rich (2013) como *Histoire de la sexualité* de Michel Foucault (2008b, 2008c, 2010) constituyen textos ineludibles para el estudio de las sexualidades. Ambos se han ubicado como hitos importantes de líneas genealógicas ineludibles para generaciones posteriores

de intelectuales. Sus publicaciones emergieron en la misma época, aunque en continentes diferentes. Aun cuando parten de marcos teóricos disímiles, intentan delimitar una misma problemática: ambos argumentan que las identidades sexuales –y la sexualidad misma– se construyen social, histórica y culturalmente. Incluso enfatizan, aunque desde concepciones muy diferentes, la existencia de relaciones de poder más amplias. Como fuere, a pesar de las enormes diferencias de sus obras, y de que nunca establecieron diálogos entre ellos, resulta al menos intelectualmente estimulante deslindar las trayectorias diferenciales que se han desplegado a partir de los dos textos pioneros señalados a la hora de pensar el tema de la sexualidad y sus capturas normativas.

Michel Foucault y Adrienne Rich no solo pensaron y escribieron en torno a la sexualidad desde trayectorias intelectuales y políticas diferentes, sino que se dirigieron a públicos distintos, expresaron diversos proyectos, por lo que las condiciones para la recepción de cada una de las obras fueron, también, diferentes. Rich, conocida como poeta y ensayista, se mantuvo comprometida con la lucha política del feminismo. En ese momento Foucault era conocido como filósofo. Tales diferencias delinearon perspectivas y estilos diversos a la hora de abordar un mismo problema central. Adrienne Rich se preocupó por demostrar que la heterosexualidad no es natural, sino una institución política que oprime y sofoca la existencia lesbiana (Rich, 2013, 2009). Michel Foucault, por otra parte, imprimió un giro al modo en que se solía pensar la sexualidad hasta ese momento. Desde su punto de vista, las prohibiciones y restricciones que reprimen el sexo se entraman con mecanismos que producen positivamente sujetos y cuerpos disciplinados, en el marco de un sistema institucional de discursos y de prácticas en torno a la sexualidad. Foucault (2008a, 2008b) introduce un concepto de poder que no solo opera por la vía de la negatividad, en términos de exclusión, impedimento, prohibición, opresión. El poder, por el contrario, constituye un principio productivo, una positividad, al tiempo que se distribuye como un juego de relaciones de fuerzas que cubre

todo el campo social; se trata de una red de tejidos móviles de predominio y subordinación.

Todos los discursos que denuncian la represión de un sexo legítimo o verdadero son cuestionados por Foucault (2008b).⁵ Al enfatizar los vínculos privilegiados entre poder y sexo, el autor demuestra convincentemente el modo en que aquellas identidades sexuales a las que se suele apelar como vía para la liberación de un sistema opresivo están integradas al mismo régimen de política sexual denunciado.⁶ Las funciones de la represión configuran tácticas de una estrategia de poder que se ejerce sobre el sexo y los cuerpos. Desde la perspectiva de Foucault, la categoría lesbiana no sería un conjunto de placeres sexuales que entretejen esencialmente una identidad –como se podría pensar desde el punto de mira de Adrienne Rich– sino, más bien, el

⁵ Resulta de especial interés la postura de Anthony Elliot, para quien “la forja de una identidad propia obedece a una represión y a un dominio de impulsos inconscientes. Ahora bien, es un completo error pensar que la identidad propia nace de una ‘yugulación’ monádica de un deseo espontáneo original. Es insuficiente la idea de que existe un núcleo personal y atemporal de deseo yugulado [...]. No es cierto que los individuos posean un núcleo de subjetividad concreto que no forme ya parte de los contextos cotidianos que definen su inmersión en el mundo social” (Elliot, 1995, p. 100).

⁶ Probablemente bajo la invocación del eslogan *queer ‘acts not identities’* –inspirado en la erótica propia del uso de los placeres en la antigua Grecia (Foucault, 2010) que permite desarticular el deseo de la lógica binaria del sexo (Butler, 1999)– David Halperin (2004) señala el modo en que la identidad gay ha configurado un espacio conflictivo donde han triunfado aspectos sociales por sobre los sexuales. La identidad gay se ha transformado, entonces, en un modo convencional de ser aceptado bajo la integración en la heteronormatividad, bajo el precio de purgar el erotismo sin amor que resultó disruptivo inicialmente. El autor alerta sobre el modo en que la sexualidad gay cae bajo la coartada de la identidad gay. El interés del autor transcurre por *desujetarse* del sujeto gay –es decir, de la identidad gay–, aunque con los recaudos necesarios, pues Halperin reconoce la complejidad del tema y advierte acerca de que la lucha contra la identidad no debe transformarse en una lucha contra la erótica gay. Esta consideración nos conduce al corazón mismo del nudo que Foucault (2008b) realiza en *La voluntad de saber* respecto a la forma en que se venía recortando la lógica de las identidades, pues nos enfrenta a la imposibilidad de retener formas de sexualidad más allá de la identidad que la coloniza previamente, lo que implicaría un implacable triunfo de la identidad más allá de la posibilidad de *resistencia* (Foucault, 2008b), de *agencia* (Butler, 2001b), de *imaginación radical* (Castoriadis, 1993), de esa *otra escena* (Mannoni, 2006), o como queramos llamarle. Posteriormente, Foucault concibe la posibilidad de “Hacer que el placer de la relación sexual evada el campo normativo de la sexualidad y sus categorías” (Foucault, 2013, p. 119).

resultado de la producción de un sitio dentro de las taxonomías subsidiarias al dispositivo de la sexualidad, vigente en las sociedades modernas a partir del siglo XVII.

Las décadas posteriores a la publicación de ambos textos atestiguan el modo en que Foucault ha sido utilizado como marco de referencia en mayor medida que Rich. Como puede observarse en la literatura especializada sobre el tema, se recogen más citas de la obra de Foucault. Por otra parte, las referencias al ensayo de Adrienne Rich son escasas o nulas por parte de jóvenes investigadores que se inscriben en la tradición de los estudios culturales o dentro de la teoría *queer*, incluso en aquellos trabajos en los cuales la heterosexualidad se instala como categoría central. El atractivo que encierra el pensamiento de Foucault seguramente se debe al carácter paradójico de sus planteos. Sus formulaciones permiten pensar cómo el sujeto, a través de las identidades que porta y, al mismo tiempo, lo sujetan a las normas, se constituye en el interior de estructuras sociales políticamente saturadas. Por el contrario, Adrienne Rich sugiere la existencia de un sujeto esencialmente definido, preexistente, que solo de manera secundaria es cooptado y oprimido por la estructura social.

De Adrienne Rich a Monique Wittig

La perspectiva de Adrienne Rich ha abogado por toda una línea de pensamiento. Como es sabido, durante los años 70 el feminismo lésbico emerge desde el movimiento de liberación de la mujer. *La mujer identificada con mujeres* (2009), uno de los textos más representativos de este sector, escrito por las Radicalesbians, propone atacar la estructura heterosexual como una estrategia radical para destruir los vínculos alienantes que atan a las mujeres en relaciones de subordinación. El texto insta a la autoidentificación como lesbianas enfatizando el sentido político más que sexual. La identificación con otras mujeres es presentada como un posible punto de fuga del ordenamiento social que los roles reciben sobre la base del sexo. Frente a tal amenaza, de lo que Gayle Rubin (1986) ha dado en llamar sistema sexo/género, la

etiqueta *lesbiana* funciona como una categoría totalizadora que captura a aquellas mujeres que deciden sobrepasar los límites asignados a su rol sexual.

Es en este contexto que la propuesta se refiere a lograr el despojo de las definiciones, incluso de los modelos de reacción definidos por los varones, para evitar propagar el sistema de clasificación masculino a partir del cual se define a las mujeres en términos de objeto de posesión e intercambio (Jeffreys, 2011). Para las Radicalesbians, el lesbianismo implica quedar por fuera de tales definiciones, pues una lesbiana es una mujer que no pertenece a ningún varón. Tal exclusión supone la acumulación de autoodio. Este sentimiento recorre todas las páginas del escrito, incluso integra la definición misma de lo que el grupo entiende por una lesbiana, la que es definida como “la rabia de todas las mujeres, condensada y a punto de estallar” (Radicalesbians, 2009, p. 75). La línea argumentativa que vertebra esta definición sostiene que la cultura masculina envenena la existencia femenina, genera un sentimiento de vacío, alienación de sí misma y de sus propias necesidades, al mismo tiempo que rompe las posibilidades identificatorias entre mujeres, de modo tal que se tornan extrañas entre sí. En efecto,

las mujeres se odian tanto a sí mismas como odian a otras mujeres. Intentan escapar identificándose con el opresor, viviendo a través de él, ganando estatus de identidad de su ego, su poder, sus logros. Y al no identificarse con otras ‘vasijas vacías’ como ellas mismas, las mujeres se resisten a relacionarse en todos los niveles con otras mujeres que reflejarán su propia opresión, su propia condición secundaria, su propio auto-odio [...] en ese espejo sabemos que no podemos amar y respetar verdaderamente aquello que nos hemos visto obligadas a ser (Radicalesbians, 2009, pp. 80-81).

Sea como fuere, frente al autoodio que entreteje la identidad que los varones imponen a las mujeres, surge la necesidad de construir lazos entre mujeres, en un sentido político, a través de estos anudamientos identificatorios; entonces, surge la posibilidad de generar nuevos sig-

nificados desarrollados en función de referencias mutuas. El lesbianismo se presenta como una ocasión privilegiada para reforzar y validar las auténticas identidades de las mujeres.

Varias pensadoras se alinean en esta tradición. Como ya hemos mencionado, Denise Thompson (1992), entre otras, señala que, en el marco de culturas patriarcales, la sexualidad se organiza de modo falocéntrico. Bajo esta óptica las mujeres son subordinadas, ya que la sexualidad femenina no es pensada sino como complemento de la satisfacción del varón. La supremacía masculina que plantea Thompson no solo expone claramente la forma en que las mujeres son relegadas al plano de los objetos, sino que también señala las articulaciones entre el falocentrismo y la heterosexualidad. La autora, al tiempo que se muestra en contra de la heterosexualidad en cuanto institución política, propone el fortalecimiento de los vínculos eróticos entre las mujeres como acto político de combatir la heterosexualidad compulsiva y obligatoria (Rich, 2013).

Tal como afirma Thompson, todas las mujeres tienen –o deberían tener– el objetivo común de liberarse de la supremacía masculina. Es en ese sentido que adhiere a la idea de *continuum* lésbico de Adrienne Rich. En el pensamiento de Thompson, el lesbianismo constituye una forma de liberación del sistema (hetero)sexual falocéntrico que inscribe a las mujeres como receptáculos adecuados del deseo de los varones. Monique Wittig (2005) también localiza en la figura de la lesbiana un modo posible de oposición y repudio a las identidades delimitadas por el sistema patriarcal. Sin embargo, las propuestas de ambas son radicalmente diferentes. Wittig, a diferencia de Denise Thompson, sospecha de la categoría misma de *mujer* ya que, a su criterio, no es más que un constructo artificial, ideológico, de un sistema de género dominado por los varones. La *mujer*, como concepto, mantiene inscrita una marca falocéntrica, pues está cargada de proyecciones y expectativas que provienen del imaginario masculino, por lo que resulta una categoría poco confiable desde el punto de vista epistemológico, y sospechosa desde el punto de vista político (Braidotti, 2000). La autora repudia de manera radical el esencialismo que está

en la base de la noción de mujer entendida desde un modelo de heterosexualidad reproductora.

Por otra parte, como ya mencionamos, Monique Wittig propone a las feministas desechar el concepto mistificador de *mujer* para remplazarlo por otra categoría mucho más polémica y subversiva: la *lesbiana*. La autora afirma que la lesbiana no es una mujer, pues representa una forma de conciencia política que rechaza las definiciones de mujer forjadas por los varones. Además, centrarse en la categoría de *lesbiana* pone en tela de juicio el sistema de género con su dicotomía sexual convenientemente organizada en el marco social de la heterosexualidad obligatoria (Di Signi, 2013).

Lynne Segal: más allá del esencialismo, más acá de lo político

Desde otra perspectiva que denuncia el sesgo esencialista que entretene la idea de una identidad lesbiana liberadora, Lynne Segal (1997) se ha expresado profundamente en contra del punto de vista con que Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) enfocan el tema. Desde una postura que articula la mirada psicoanalítica con los debates desplegados en el interior de los estudios culturales, la autora no niega el carácter institucional de la heterosexualidad, tampoco su relación problemática con las políticas feministas. Más bien rescata la complejidad intrínseca a los procesos de subjetivación, a partir de los cuales tanto mujeres como varones se constituyen en una heterogeneidad experiencial que excede ampliamente la identidad en términos políticos. Si bien Segal reconoce los modos en que los discursos y las prácticas opresivas que delimitan la masculinidad hegemónica y dominante son conjugados con la iconografía y la regulación de la sexualidad como heterosexualidad normativa, a su criterio el falocentrismo simbólico, las fantasías sexuales y los (des)encuentros entre los sexos mantienen vinculaciones precarias, por lo que no constituyen elementos factibles de ser ordenados linealmente en pos de identidades rígidas. En última instancia, la autora se opone con firmeza a los intentos de Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) por pensar la sexualidad en términos de identidad política.

Lynne Segal (1994) enfatiza las formas en que las categorías identitarias son instrumentadas por regímenes reguladores, ya sea como categorías normalizadoras que sostienen estructuras opresivas, o como categorías utilizadas cual puntos de encuentro para una impugnación liberadora de esa misma opresión, perspectiva que vincula a la autora a partir de lazos de filiación teórica con Michel Foucault (2008b) y Judith Butler (2007). En esta línea, cuestionar el hecho de que las mujeres puedan disfrutar sexualmente con varones nos conduce, a criterio de la autora, a una errónea teorización feminista sobre la sexualidad y a una comprensión pobre sobre la opresión de las mujeres que hace incompatible, para ellas, la búsqueda del placer heterosexual con la búsqueda de la igualdad de género.

Kitzinger, Wilkinson y Perkins sitúan al lesbianismo como la única práctica sexual que aleja a las mujeres de su opresión; en sus palabras: “Afirmar nuestro lesbianismo es un acto feminista liberador. Cuando decimos que somos lesbianas [...] hacemos una declaración política” (Kitzinger, Wilkinson y Perkins 1992, pp. 229-300). Para las autoras, el término heterosexual es, en el mejor de los casos, un embarazoso complemento del término feminista, y en el peor de los casos, parece una contradicción en los términos. En este contexto, Segal señala la imposibilidad de dar crédito al carácter absurdo de cualquier análisis de las orientaciones sexuales que parta de los supuestos que sostienen tal premisa. Por otra parte, remarca la contradicción que supone el modo en que, a partir de la manipulación de los efectos que provoca la sexualidad, las autoras siembran desaprobación, hostilidad, culpa y ansiedad en el interior del escenario feminista al que ellas adscriben.

Sin duda, la complejidad intrínseca al dominio de lo sexual brinda un campo fértil a tales debates. Seguramente, tal como ha afirmado Michel Foucault (2008b), el lugar vertebrador de la sexualidad en la cultura occidental moderna, inscripta en los dominios de la individualidad y la naturaleza, explica el despliegue apasionado y con intensas contradicciones de los debates en torno al sexo.

En la propuesta del feminismo lésbico radical, la sexualidad constituye la fuente de opresión de las feministas heterosexuales: ellas

mismas serían quienes, al no politizar sus identidades sexuales, fabrican la miseria que sostiene sus frustraciones personales. Optar por la identidad lesbiana, en términos políticos, conduciría a las feministas por otra vía: entender la sexualidad lesbiana como una vía de escape de los discursos normativos. Por otra parte, politizar la identidad sexual sugiere que la totalidad de la vida erótica es susceptible de ser colonizada por la dimensión política; en consecuencia, asumir políticamente una identidad lesbiana impacta, de acuerdo con el feminismo lésbico radical, en la proliferación de experiencias corporales no codificadas de modo falocéntrico.

Segal no está dispuesta a reconocer la existencia de tales experiencias, por lo que, a su criterio, el combate frente al patriarcado que abraza las desigualdades de género no debe librarse en clave lesbiana, tal como propone de manera explícita o subyacente Luce Irigaray (2007) en *Spéculum de l'autre femme*. La influencia de Judith Butler (2007) y Michel Foucault (2008b) en el pensamiento de Segal la conduce a abordar la cuestión por la vía de estrategias tales como la rearticulación y la resignificación a partir de los términos con los que contamos para pensarnos, entendernos, describirnos y relacionarnos. Si bien en algún sentido el lenguaje nos entrapa, también se presenta como una totalidad fallida que no nos determina absolutamente y no nos priva de apelar a recursos subjetivos para intentar reinscribirnos.

Por otra parte, la propuesta de Kitzinger, Wilkinson y Perkins se encuentra en clara sintonía con la escritura propia del feminismo de Catherine MacKinnon (2014), para quien “el feminismo es una teoría del modo en que la erotización de la dominación y la sumisión crean género, crean mujer y varón en la forma social en que los conocemos” (MacKinnon, 2014, p. 50). Tal perspectiva, como ha señalado Wendy Brown (1995), refleja una forma de fantasía masculina hiperpornográfica que trata a las mujeres como sinónimos de su sexualidad. Todo parece indicar que un análisis simplificado de la sexualidad, entendida en términos políticos, no puede constituir el único eje para el análisis de las causas de la subordinación de las mujeres en la sociedad patriarcal. No deben perderse de vista las

multifacéticas estructuras políticas, sociales y discursivas que entretengan las jerarquías de género.

Segal reconoce que uno de los motivos que produjo el despliegue de la segunda ola del feminismo a fines de los años 60 fue la movilización alrededor de los conflictos y desencuentros sexuales con varones; sin embargo, constituye un error grosero anudar la idea de una relación necesaria entre una elección sexual lesbiana o heterosexual y la consecución de los objetivos feministas. En aquel momento, tal como señala la autora, muchas mujeres optaron por rechazar totalmente la etiqueta heterosexual. Tal vez porque el encuentro del feminismo norteamericano con Michel Foucault no se produjo hasta los 80 (Butler, 2007), nadie se preguntó si tratar a las prácticas sexuales únicamente como una forma de identidad política, susceptible de ser intercambiada, lejos de ser algún tipo de liberación o de resistencia constituía más bien un modo de opresión.

Claramente Segal no está a favor de sostener los supuestos de una heterosexualidad instalada como innata o natural que, como ha demostrado Butler (2001a, 2007, 2008), se vuelve heterosexismo para todos aquellos a quienes excluye y oprime. A partir de aquí cualquier teorización en relación con las prácticas sexuales, sea cual fuere, que reafirme categorías de identidad que tienen sus orígenes en la patologización, inferiorización y exclusión se torna inadmisibles. Es amplia la literatura al respecto que se ha dedicado a trazar la genealogía de la sexualidad moderna para detectar la violencia que se oculta detrás de sus categorías, al mismo tiempo que demuestra que invertir un sistema binario, y cambiar los valores inscriptos en él, no solo no hace nada para socavarlo, sino todo lo contrario.

Como es sabido, las concepciones de género propias de la cultura occidental están configuradas por un conjunto de binarios concebidos jerárquicamente. En este sentido, afirmar que las experiencias y los comportamientos de mujeres y varones nunca escapan a los códigos falocéntricos es tan correcto como afirmar que nuestras experiencias y comportamientos sexuales siempre fallan en asegurar tales códigos. Eve Sedgwick sugiere que para trastocar las categorías sexuales y de género que resultan opresivas es necesario fomentar “nuestra capaci-

dad para llegar a una comprensión de la sexualidad que aceptará una cierta irreductibilidad en ella a los términos y relaciones de género” (Kosofsky Sedgwick, 1990, p. 16).

Cabe notar que la mirada política sobre la identidad sexual que adoptaron ciertos sectores radicales del feminismo lésbico culmina por esencializar el cuerpo que opera como sede natural de tales identidades sexuales, puesto que su sistema político se construye a partir de la naturaleza opresiva de los varones –entendidos como cuerpos con pene–. Estos, por el solo hecho de ser varones, son pilares carnales del patriarcado, y por ende oprimen, subordinan y violentan a las mujeres –localizadas bajo la bondad del otro polo dicotómico que correlativamente les corresponde. Por un lado, es necesario analizar dónde se localiza la fuente del problema: o bien la opresión y la violencia hacia las mujeres se encuentra inscrita en la esencia de los cuerpos de los varones concretos, o bien es necesario centrar el análisis en las nociones dominantes de masculinidad que moldean el comportamiento masculino aceptable, así como en las nociones dominantes de feminidad que hacen lo propio con el comportamiento femenino aceptable. Es sabido que ambos sexos cooperan en la reafirmación de códigos patriarcales. Por otro lado, es necesario diferenciar las prácticas sexuales que podrían denominarse heterosexuales de la heteronorma como constitutiva de identidades más allá de la biología y la morfología de los cuerpos. En sintonía con estas distinciones es que Segal insiste en afirmar que no hay ningún ajuste necesario entre masculinidad, actividad y deseo, como tampoco lo hay entre feminidad, pasividad y receptividad sexual, sea cual fuere la orientación sexual. Del mismo modo insiste en sostener que no hay ninguna relación entre la experiencia sexual de placer o de dolor –con o sin cuerpos codificados como masculinos– con la válida persecución de los objetivos feministas.

Los cuerpos del feminismo: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray

Las capturas que el feminismo ha efectuado respecto a la categoría de cuerpo son múltiples y variadas. Si un propósito posible fuese de-

limitar exponentes que, de algún modo, se vinculan a esta corriente de pensamiento, estas bien podrían ser Simone de Beauvoir (2007), Luce Irigaray (2007) y Judith Butler⁷ (2007). Con producciones que emergen en diversas localizaciones geográficas y en distintos momentos, todas ellas ofrecen aproximaciones diferentes. Como es sabido, la distinción sexo/género y sus vinculaciones con la categoría cuerpo continúan siendo el centro de un debate fundamental para la teoría feminista, que emerge de manera relevante en *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir (2007). Con posterioridad, Irigaray se muestra en disconformidad con aquellas ideas, divergencia que puede apreciarse principalmente en *Spéculum de l'autre femme* (2007) y en *Être Deux* (1998).

En este contexto los aportes franceses se vuelven ineludibles. Interesa señalar, entonces, algunos aspectos de estas obras vinculadas al feminismo francés para ver los diferentes modos en que el cuerpo ha sido abordado, y así destacar, finalmente, divergencias evidentes y posibles convergencias. En todos los casos, el cuerpo constituye un artefacto teórico que opera como un territorio último donde se anclan las estrategias argumentativas de cada sistema de pensamiento. Entonces, se espera que el recorrido propuesto permita un desplazamiento desde el interrogante respecto a qué es, en última instancia, el cuerpo, hacia una concepción que admita la proliferación de múltiples cuerpos en función de las coordenadas político-ideológicas que subyacen a las diferentes teorías que modelan tal categoría. En suma, se trata de tantos cuerpos como sistemas filosóficos los delimitan convenientemente, y en este proceso generan su propio cuerpo.

El cuerpo de Simone de Beauvoir

Nos dice Simone de Beauvoir:

No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el

⁷ Los aportes realizados por Judith Butler se desarrollan en el capítulo 9, dedicado a la mirada de la teoría *queer* respecto del cuerpo.

que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino (Beauvoir, 2007, p. 207).

Aunque Simone de Beauvoir no cuenta con la categoría de género, el contexto analítico que genera dispone de su pleno significado, pues la autora privilegia la idea de *situación* (Stavro, 2000) socialmente investida para contrarrestar epistemologías patriarcales que circunscriben el significado de ser mujer a partir de datos de la biología.

En este sentido, el vector que subyace a todas las páginas de *Le deuxième sexe* refiere a un intento constante por generar herramientas potentes para detectar y escapar de las explicaciones entrampadas en el reduccionismo biológico. Sin embargo, los argumentos de Simone de Beauvoir que alimentan el objetivo concomitante de deslindar una subjetividad femenina a partir de la esfera social dejan deslizar, de modo implícito, una idea de cuerpo como obstáculo. Sus propios argumentos gestan una visión del cuerpo que, muchas veces, contradice sus propósitos. Es así como de Beauvoir lega al feminismo de la segunda ola un cuerpo ocultamente problematizado.

El cuerpo siempre irrumpe en *Le deuxième sexe* como un obstáculo para la situación de la mujer. Las particularidades del cuerpo femenino anclan a las mujeres en la inmanencia, al tiempo que impiden la posibilidad de su trascendencia. El cuerpo, de este modo, siempre es marginado, oculto o apologizado.

Los aportes de la autora se organizan en dos aspectos que trazan un descentramiento del cuerpo. Por un lado, enfatiza la idea de *devenir* mujer, cuestión que bien podría interpretarse en términos de proceso de generización. Por otro lado, afirma que la biología absorbe la totalidad del destino de las mujeres. De este modo, la insistencia en la construcción social de la femineidad fundamenta el rechazo categórico de un destino anatómico. Beauvoir privilegia lo social por sobre lo anatómico en sus intentos de aproximarse a una comprensión de la situación de las mujeres. En palabras de la autora, el cuerpo constituye

el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea asido de un modo u otro.

Por esa razón los hemos estudiado tan extensamente; constituyen una de las claves que permiten comprender a la mujer. Pero lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino petrificado. No bastan para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condenan a conservar eternamente ese papel subordinado (Beauvoir, 2007, p. 43).

El fragmento seleccionado lleva consigo el sentido general del análisis que ofrece la autora en *Le deuxième sexe*. La idea de que las mujeres son sujetadas por los varones, de diferentes modos y en diversos momentos de la historia, sobrevuela la totalidad de sus páginas. Es así que opresión y alteridad se anudan en la configuración de la situación de las mujeres, quienes, a criterio de la autora, solo logran cobrar conciencia de sí mismas a partir de modos determinados por los varones (Changfoot, 2009a). De este modo, los comportamientos, pensamientos y percepciones de las mujeres respecto a sí mismas corresponden a creaciones masculinas. En sus palabras, “la mujer no es definida ni por sus hormonas ni por misteriosos instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo” (Beauvoir, 2007, p. 719).

Ahora bien, si, en contra de la expresión freudiana, la anatomía no es destino, entonces adquiere legitimidad la pregunta acerca del estatuto que el cuerpo cobra en este escrito beauvoiriano. El cuerpo de *Le deuxième sexe* se encuentra socialmente afectado, corrompido; constituye, de este modo, un problema (Collin, 2010). Sin embargo, las líneas allí desplegadas inauguran una duplicidad a tener en cuenta: si bien el cuerpo constituye un problema debido a la interpretación social que recibe en el interior del patriarcado, este problema no está exento de posibilidad de transformación. Pues, si los cuerpos de las mujeres resultan oprimidos por los modos masculinos en que son significados, entonces nada impide pensar que ellas puedan luchar por instalar otros modos posibles de pensarse a sí mismas a partir de otros parámetros que les permitan desplazarse desde la inmanencia hacia la trascendencia.

Es así como, entre la biología específica de los cuerpos de las mu-

jeros y la interpretación social de los mismos, se despliega un arco de tensiones que no reconoce límites claros entre el cuerpo como superficie natural, por un lado, y como interpretación social, por otro. La autora instala una cavilación entre una concepción positiva u optimista del cuerpo –referida fundamentalmente a la posibilidad de que las mujeres superen y reconstruyan la interpretación que reciben sus cuerpos y así alcancen el estatus de sujetos– y una concepción negativa que delimita al cuerpo femenino en términos repugnantes. Esta última perspectiva, que irrumpe insistentemente en el texto de la autora, sugiere que el cuerpo de las mujeres es en esencia un obstáculo para la obtención de la igualdad entre los sexos (Wishart y Soady, 1999).

De Beauvoir se esfuerza por teorizar el modo en que la subjetividad de las mujeres resulta oprimida por encontrarse incardinada en un cuerpo capturado por el patriarcado. Sin embargo, el desagrado y la revulsión que giran en torno al modo en que la autora conceptualiza este cuerpo culminan por perturbar sus objetivos de desanudar a las mujeres de un destino anatómico. Existe, entonces, una perspectiva dual sobre el cuerpo femenino que introduce primero una visión positiva del mismo, susceptible de ser modificado, que luego es contrarrestada por una visión pesimista de un cuerpo que menstrúa, lactante, reproductor, constitutivo de la situación de las mujeres. Si utilizamos las categorías que actualmente organizan el debate, es posible afirmar que una línea constructivista emerge bajo la insistencia de un cuerpo socialmente construido, articulado bajo las descripciones que refieren a experiencias femeninas oprimidas cuyo *locus* es un cuerpo anclado en el patriarcado. Por otra parte, también irrumpe, como se viene señalando, la idea de un cuerpo fundamental y esencialmente oprimido. Es esta última idea la que configura al cuerpo en términos de un verdadero obstáculo, puesto que no es posible reconstruirlo debido a su carácter visceral, natural.⁸ En la obra Simone de Beauvoir coexisten, entonces, dos discursos en pugna. Por un lado, una línea constructivis-

⁸ Cabe aclarar que no hay consenso sobre estas interpretaciones. Sirven como ejemplos de otras voces Linda Zerilli (1996), Elaine Stavro (1999) y María Luisa Femenías (1998).

ta propone una idea de cuerpo socialmente construido; esto es, cuerpos articulados en los términos del patriarcado. Por otro lado, emerge la idea de un cuerpo visceral que marca una última esencia femenina oprimida por un orden social que inferioriza tales características. Esta última noción de cuerpo, que insiste de forma continua en el texto de la autora, constituye un reducto natural que obstaculiza y pone en problemas la situación de las mujeres (Moi, 1994).

Todo parece indicar que, en última instancia, la especificidad del cuerpo de las mujeres, particularmente su capacidad de gestar vida, constituye el motivo de su alienación (véase capítulo 7). Entonces, existe un cuerpo femenino antes de toda marca social cuya facticidad hace mujer a una mujer y, al mismo tiempo, la aliena y la separa de sí misma. Por ejemplo, de Beauvoir deja deslizar cómo el cuerpo femenino amenaza y coloca a la individualidad de las mujeres en peligro debido a características biológicas específicas. La autora remite a

la esclavización del organismo a la función reproductora: al referirse a crisis de pubertad y de menopausia, ‘maldición’ mensual, largo y a menudo difícil embarazo, parto doloroso y en ocasiones peligroso, enfermedades, accidentes, son características de la hembra humana: diríase que su destino se hace tanto más penoso cuanto más se rebela ella contra el mismo al afirmarse como individuo (Beauvoir, 2007, p. 43).

Los varones, por otra parte, no corren con este destino, pues aparecen “como un ser

infinitamente privilegiado: su existencia genital no contraría su vida personal, que se desarrolla de manera continua, sin crisis, y, generalmente, sin accidentes” (Beauvoir, 2007, p. 43).

Como fuere, queda claro que la escritura de Simone de Beauvoir está poblada de anudamientos estrechos entre cuerpo y subjetividad en el marco de una organización social patriarcal. Desde su punto de vista, inmersas en el patriarcado, las mujeres son reducidas a la facticidad de su cuerpo. Los varones, por otra parte, no cuentan con posiciones subjetivas cristalizadas de este modo. Puesto que los límites del sujeto

varón no son los de su cuerpo, el marco de referencia existencialista que guía a Simone de Beauvoir en sus argumentos le permite afirmar que aquel posee una conciencia que trasciende su cuerpo, entonces hace de él mismo lo que es: la masculinidad es un proyecto en continuo devenir.

En este contexto es posible afirmar que *Le deuxième sexe* configura una escena en la cual la autora imagina la posibilidad de trascendencia para las mujeres, gozando de la misma situación que los varones. La feminidad más allá del cuerpo femenino configura, entonces, el horizonte beauvoiriano. La estrategia por implementar no puede ser otra que recuperar a la mujer a pesar del cuerpo femenino que la encarcela para que pueda desplegarse en su devenir. Ahora bien, en esa organización social que entrapa al cuerpo –que décadas más tarde en Norteamérica se denominaría bajo la categoría de *género*– se configura la arena donde se juegan posibilidades y restricciones del devenir mujer. Tal como señala Judith Butler, aquello que denominamos género no solo aparece en *Le deuxième sexe* en términos de construcción social impuesta sobre el cuerpo de la mujer, sino también como el proceso de construcción mismo. En esta línea, el aporte del pensamiento de Simone de Beauvoir ha constituido un legado notable (Galster, 2001; Changfoot, 2009b), sobre todo para aquellas feministas que han rescatado la vertiente más optimista del cuerpo de las mujeres –signada por una marca constructivista–, al focalizar la potencial reconstrucción de, y por, la mujer de su lugar asignado.

Sin embargo, como ya hemos notado, la idea beauvoiriana de cuerpo femenino como trampa que captura cualquier posibilidad de proyecto autónomo instala una visión negativa que culmina por derribar el potencial de transformación y mutabilidad de las mujeres que la propia autora se propone defender. La facticidad que pone al cuerpo femenino en problemas toma como figura clave en *Le deuxième sexe* el cuerpo reproductor. Esto queda claro en el modo en que de Beauvoir describe el embarazo y la crianza:

El conflicto especie-individuo, que en el parto adopta a veces una figura dramática, da al cuerpo femenino una inquietante fragilidad. Se dice de buen grado que las mujeres ‘tienen enfermedades

en el vientre'; y es cierto que encierran en su interior un elemento hostil: la especie que las roe (Beauvoir, 2007, p. 41).

Todo parece indicar que los órganos sexuales femeninos inspiran en de Beauvoir un disgusto inevitable y visceral, fuente de alienación y crisis (Mortimer, 1999).

El cuerpo de Luce Irigaray

A criterio de Luce Irigaray, la intersubjetividad constituye el ámbito propio de la especificidad femenina. Las mujeres, nos dice, desean relaciones *de a dos*. Es así que la autora divide radicalmente las aguas: en la otra orilla, los hombres y sus relaciones signadas por la lógica sujeto-objeto. Tales consideraciones instalan el telón de fondo presente en *Être Deux* (Irigaray, 1998), donde emergen consideraciones acerca del cuerpo a partir de los modos en que es teorizado el amor carnal según Sartre, Merleau-Ponty y Lévinas, todos ellos filósofos varones. Las consideraciones que de ellos se desprenden sirven a la autora para advertir una concepción instrumental a la hora de pensar al otro sujeto. Es así que lo Otro adviene como objeto a partir del lenguaje –falogo-céntrico– que, a modo de instrumento, reemplaza y captura al cuerpo.

En primer lugar, según la lectura de Irigaray, Sartre delimita al cuerpo en términos de facticidad, hecho, realidad objetiva. Sin embargo, reconoce que el otro es más que eso: es conciencia de sí. Teniendo en cuenta esto, para entrar en relación con el otro es necesario hacer descender su conciencia a su cuerpo, reducir su conciencia a la facticidad de su cuerpo. Esto, según Sartre (1961), implica restringir la libertad del otro. Se trata, entonces, de poseer al otro, de reducir la trascendencia del otro a su inmanencia. Irigaray no tarda en advertir que ese Otro no recibe marca de sexo, pero resulta claro que, tal como denunciara Simone de Beauvoir, se trata de una Otra.

Irigaray pone el acento en la diferencia sexual. Mujeres y hombres poseen cuerpos con cualidades diferentes. Se trata de sexualidades diferentes.⁹ Es por ello que Irigaray se propone “romper esa lógica del

⁹ En la misma línea, Julia Kristeva señala que fue Colette, en su condición de mujer,

discurso patriarcal dominante a partir de reivindicar como propio lo que aquel no puede ‘apropiarse’” (Posada Kubissa, 1998, p. 86); un “discurso que toma como sujeto único al propio sujeto que lo constituye: al masculino. Y, así, de nuevo, apela [...] a la materialidad corporal como eje diferenciador” (Posada Kubissa, 1998, p. 87).

Es así que “declara el sexo y el bagaje sexual femenino como vías auténticas de una liberación, que no sería sino una recuperación de la sexualidad latente y presente históricamente en el hecho de ‘ser mujer’” (Posada Kubissa, 1998, p. 89). La autora denuncia el deseo de posesión fálicamente marcado, pues conduce a un sueño solipsista. A partir de la vivencia de una sexualidad específicamente femenina propone dejar ser la trascendencia, contemplar lo inaprensible. La posesión falogocéntrica condensada en la expresión *Je t’aime* [te amo] debiera reconfigurarse en *J’aime toi* [Amo a ti] (Irigaray, 1994), artilugio retórico que parece expresar los esfuerzos de Irigaray por abrirse paso en un universo simbólico que todo lo impregna para rescatar la especificidad silenciada del cuerpo de las mujeres, enmascarada bajo el signo de objeto factual, objeto del amor de los varones –*mi amor*, desde los términos posesivos del sujeto varón falogocentrado que reducen a la mujer a un conjunto de cualidades perceptibles y susceptibles de ser poseídas.

J’aime toi abre una fisura en el universo simbólico masculino. Un llamado a despertar del sueño patriarcal a partir de evocar lo propiamente femenino en cuanto fuente irreductible al sujeto varón. Es así que Irigaray instala la pregunta silenciosa por el *tú* –en sintonía con Adriana Cavarero (2000)–: ¿Quién eres tú, que jamás serás yo, ni mío?

Por su parte, Irigaray retoma el pensamiento de Merleau-Ponty como otro punto de decantación del simbólico masculino. Rápidamente la autora localiza los puntos en común que poseen algunos de

quien supo escribir “hasta qué punto una mujer sólo puede conquistar su libertad con la condición de apartarse de las pulsiones y del otro; y si lo hace, habrá de ser menos para llegar a una fusión mística con el Gran Otro que para sumergirse en un orgasmo singular con la carne en el mundo. Un orgasmo que la fragmenta, la hace naufragar y la sublima. Y en el que ya no hay ni yo ni sexo [...]. Nunca más allá del sexo, sino siempre a través de la sexualidad, en virtud de una exaltación orgásmica del yo” (Kristeva, 2003, pp. 25-26).

sus planteos con los de Sartre. Su punto de vista masculino se traduce en que para Merleau-Ponty el cuerpo puede ser reducido –de hecho, lo es– a un objeto. El yo y el otro son entendidos en términos de una dialéctica, amo y esclavo. El yo busca poseer al otro, pero la posesión buscada no es simplemente la de un cuerpo, sino la de un cuerpo animado por una conciencia. Como fuere, el modo en que Merleau-Ponty entiende al cuerpo y a la sexualidad no favorece la intersubjetividad.

A criterio de Irigaray hay un olvido de la sexualidad como *relación-a*. En este contexto la autora declara que existe un olvido de las percepciones sensibles. Tal como se encuentran organizadas las relaciones sociales, caemos en simples sensaciones; estas son vivencias pasivas que organizan la experiencia en dos polos: sujeto y objeto. Esta lógica contrastiva aleja al cuerpo de las mujeres de su encarnación femenina. Esta economía simbólica de la sensación instala una abstracción tal capaz de alejar a las mujeres de la vida de la carne; provoca una caída de la sensibilidad en el simple experimentar falsificado (Irigaray, 1985a). Dicha tradición de lo sensible no respeta la intersubjetividad, pues lo femenino para esta economía de la sensación resulta en un objeto que debe experimentar dicha sensación; el hombre, por su parte, debe alejarse de la mujer para salvaguardar su relación con lo inteligible y con Dios.

En suma, Irigaray aboga por una reconfiguración de lo simbólico, que en este texto se expresa a partir de la búsqueda de una cultura de la sensibilidad. Tal como se encuentran configuradas, las relaciones comunitarias impiden la intersubjetividad: existe, afirma Irigaray, un poder totalitario y mortífero que todo lo tiñe. En pos de la sensibilidad que reconduzca a las mujeres a lo propiamente femenino, la autora plantea una filosofía de la caricia ligada al deseo femenino preocupado por la intersubjetividad. La caricia se plantea como despertar del cuerpo inhibido, dormido, sojuzgado por las restricciones de la vida comunitaria. La caricia se desprende de la esfera de la encarnación. Además, tanto el que acaricia como el que acepta ser acariciado se habilitan a alejarse de sí para ese gesto, que no es captura, ni sumisión, ni posesión de la libertad de la Otra.

Se trata de una caricia que posee la capacidad de despertar, un llamado a ser *nosotras*, más precisamente un *entre nosotras*, una invitación a otro modo de percibir, de pensar, de ser... como mujeres. Irigaray ensaya, de este modo, un camino cercado por gestos carnales fuera del lenguaje masculino, que reconduce a un acceso a lo más íntimo y carnal. No se trata, nos dice, de un *ex-stásis*, puesto que las mujeres ya están fuera de sí mismas. La reconducción debe desplegar en un *én-stásis* que jamás reconduce a un sí-mismo, sino a un *entre... nosotras*.

Es posible notar el modo en que Irigaray critica la tradición de intelectuales que sostienen una racionalidad neutral y universal, propia del pensamiento occidental (Martin, 2003). Pues, al universalizar, la cultura occidental subordina violentamente lo femenino como cuerpo/materia a una forma masculina/mente idealizada (Deutscher, 2003). Dentro de los intersticios de lo que no se puede representar en un orden simbólico patriarcal, Irigaray se propone pensar estrategias para romper el espejo patriarcal que devuelve a las mujeres una representación de sí mismas como los tropos negativos de los varones (Rodríguez Magda, 2003). En todo su esquema de pensamiento, las mujeres son *Ce sexe qui n'en est pas un* (Irigaray, 2009). Solo la celebración de la diferencia de las mujeres, su fluidez y su multiplicidad (Grosz, 1993), puede escapar de las representaciones occidentales convencionales. Se trata de abrir espacio a la feminidad, lo que supone comenzar con el reconocimiento de un organismo anatómico específico, cuerpo cuyo significado social nunca es transparente o claro. Irigaray insta a las mujeres a “estar atentas a aquella parte de nuestro cuerpo sometida y atada por una historia regida por el otro sexo” (Irigaray, 1985b, p. 22). Así, la feminidad refiere a la oposición binaria entre los sexos inscriptos en la psique humana y en una amplia variedad de representaciones culturales (Irigaray, 2007, 2009). Para la autora, entonces, las mujeres podrían transformar el orden simbólico en el que su identidad corporal se ha representado peyorativamente (Lehtinen, 2007).

Tal como señala Monica Mookherjee (2005), las críticas de Irigaray, que en última instancia son epistemológicas, apuntan a denunciar

el modo en que el discurso occidental entreteje la verdad a partir de la negación de la cultura de la diferencia sexual. Ya desde sus primeras obras, Irigaray (2007, 2009) analiza expresiones del pensamiento occidental para exponer cómo esta negación o ausencia se debe a un fallogocentrismo patológico e implacable (Bray, 2001). Tan es así que el descuido de la diferencia sexual implica que las mujeres solo pueden acceder y experimentar su propio sexo en los márgenes de una ideología dominante que fragmenta la especificidad de las mujeres, quienes se apropian de sí mismas a través de los restos fragmentarios de un espejo invertido por el sujeto masculino que reflexiona sobre sí mismo (Irigaray, 2009). Desde Platón hasta Freud se han desplegado ideas que descansan sobre una base no reconocida: la negación simbólica de lo femenino, y su potencia maternal. Simbólicamente lo femenino es codificado en términos de no-masculino, entonces las mujeres son relegadas a una realidad inexistente y abstracta (Irigaray, 2007).

Como recurso, Irigaray apela a la estrategia de trazar genealogías maternas, sexuadas en clave femenina (Irigaray, 1993). Se trata de relecturas que las propias mujeres realizan respecto al modo en que históricamente han sido representadas en la cultura, donde la relación madre-hija ha sido, por ejemplo, tematizada de forma peyorativa o bien eclipsada (Mookherjee, 2005). Un sucinto contrapunto sobre esta idea de genealogía con el conocido uso que Foucault otorga a esta noción permite advertir las diferentes concepciones subyacentes sobre el cuerpo. Para Foucault (2008a), el cuerpo se construye culturalmente a través de múltiples y cambiantes relaciones de poder. Por lo tanto, los cuerpos no existen independientemente de las variaciones que asumen las prácticas culturales. El estudio genealógico de una institución social determinada implica, para Foucault, deslindar un modo de producción histórica y, por lo tanto, de control del cuerpo. Por el contrario, Irigaray aborda las instituciones patriarcales situadas en diferentes culturas en función de socavar la realidad del cuerpo sexuado.

Como fuere, la noción de genealogía sexuada indica el interés de Irigaray por cercar las diferentes raíces culturales de la relación madre-hija. Su despliegue del término genealogía difiere, por lo tanto,

del uso de Foucault. Esto la ha colocado como un blanco al cual arrojar las críticas que la localizan como esencialista. A pesar de que, por lo general, tales críticas no se fundamentan en exámenes agudos de su obra (Stone, 2004), lo cierto es que Irigaray mantiene una concepción del cuerpo en términos de una realidad anatómica, subsidiaria de un universalismo de la diferencia sexual, como lugar fáctico de categorización cultural, receptáculo de proyecciones (Whitford, 2003) de acuerdo con los códigos falocéntricos. Sin embargo, no faltan quienes otorgan potencialidad a los desarrollos de Irigaray a partir de novedosas apropiaciones. Tal es el caso de Rossi Braidotti (2003), quien señala que, después de todo, Irigaray pone el cuerpo en juego, pero no como la roca del feminismo, sino como un conjunto móvil de diferencias, una interfaz, un umbral, un campo donde se estorban aspectos materiales y fuerzas simbólicas; es una superficie en la que varios códigos (etnia, sexo, clase, edad, entre otros) se inscriben. Se trataría de una construcción cultural que aprovecha la energía de una naturaleza heterogénea, discontinua e inconsciente.

Federica Giardini (2003) hace otra reapropiación interesante de las ideas iniciadas por Irigaray en torno al cuerpo y la diferencia sexual. Frente a algunas teorías feministas norteamericanas, Giardini observa una proliferación del cuerpo como tópico, pero no como sujeto. El cuerpo y su potencia en la propia intimidad han perdido potencia en sus formalizaciones. Su idea de cuerpo como compleja noción feminista alude a una dimensión carnalmente corpórea, compuesta de pasiones, impulsos, afectos y síntomas. Al mismo tiempo Giardini aclara que esta noción puede y debe invadir de modo relevante el ámbito de la política. Es así que se procura un retorno al cuerpo más allá de puras abstracciones. Un cuerpo capaz de escapar de lo verbal; esencial, si esto implica distanciarse de las codificaciones ya existentes y tomar el gesto de la otra mujer, con el fin de volver a una observación elemental de los propios afectos, de los propios estados de placer y dolor.

Será la teoría *queer*, en su versión configurada a partir de los primeros aportes de Judith Butler (2007), la que muestre divergencias significativas con ambas exponentes francesas del feminismo, y quienes

en ellas se alinean de acuerdo con sus diferentes filiaciones –*Igualdad y Diferencia*–. También debe destacarse que tanto Simone de Beauvoir como Luce Irigaray constituyen referencias a las que Judith Butler apela, aunque no siempre de manera explícita. Estos aportes guardan relevancia a la hora de entender las interlocuciones butlerianas en la construcción de sus aportes sobre el cuerpo.

Capítulo 9

El desmantelamiento *queer* de la pretensión fundacional

Sexo y género resituados

En la actualidad, muchos intelectuales provenientes de múltiples disciplinas han centrado sus producciones teóricas en la categoría cuerpo, en gran medida a causa del giro intelectual que ha provocado el impacto de la teoría feminista en los últimos cincuenta años. Es así como el cuerpo, y su compleja relación entre sexo y género, comienza a recibir progresivamente especial atención en las ciencias sociales y humanas. Sin embargo, tal como señala Rosi Braidotti (2000), existen importantes divergencias alrededor de dicha temática.

Como ya hemos señalado, el género ha sido delimitado por oposición al concepto de sexo concebido como un hecho biológico. El género es estrictamente identificado con el conjunto de significados que diferencian a varones de mujeres: activo/pasivo, proveedor/ama de casa, público/privado, cultura/naturaleza, razón/emoción,

competición/compasión. En contraste con esto, el sexo refiere a los cuerpos de varones y mujeres en cuanto fijos, inmutables y naturales. Tal como señala Jason Glynos (2000), esta distinción se encuentra en la base del denominado *fundacionalismo biológico*. Dicho modelo teórico, a diferencia del determinismo biológico, incorpora explicaciones que dan cuenta de cierta construcción social, aunque siempre bajo la forma de significados culturales que recubren al cuerpo como base natural y neutra. El fundacionalismo biológico suscribe la idea de

que sexo y género existen como dominios relativamente autónomos, donde el primero funciona como un inhibidor de las posibilidades del segundo. En este sentido, la categoría sexo proporcionó un punto de referencia incuestionable, de modo que la posibilidad de deslindar una identidad específicamente femenina encontró su soporte en el indiscutible dimorfismo que el sexo impone al cuerpo.

Ya hemos señalado que Gayle Rubin (1986), en su clásico artículo *The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex*, utiliza la categoría *sistema de sexo/género* para delimitar aquellos aspectos de la vida social que producen y sostienen la opresión de las mujeres y de las minorías sexuales. Rubin define tal sistema como “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1986, p. 97). De este modo, vertebra su pensamiento sobre la consolidación del binomio sexo/género, que entreteje el fundacionalismo biológico como manera privilegiada para pensar la forma en que los cuerpos adquieren significados sociales.

Desde este punto de vista, el cuerpo es entendido como una unidad orgánica autónomamente integrada. Aspectos como la raza, la sexualidad, el género constituyen atributos del cuerpo delimitado como una superficie pasiva y fija, como un real prediscursivo, determinado biológicamente (Fernández, 2003). Si bien la anatomía es uno de los criterios más importantes para la clasificación de los seres humanos, es evidente que la biología *per se* no garantiza las características que socialmente se le asignan a cada uno de los sexos. Es a partir de aquí que comienza a circunscribirse al género como la interpretación cultural del sexo. Entonces, el género es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza.

Actualmente, la proliferación de la teoría *queer* y los estudios culturales han desestabilizado al sexo a partir de las fuertes críticas esgrimidas contra la noción de identidad y naturaleza (Butler, 2007; Nouzeilles, 2002). La tendencia actual de entender las identidades en términos fragmentarios arrastra hacia el debate la clásica distinción

sexo/género. La diseminación de las ideas posestructuralistas a principios de los setenta (frecuentemente vinculada con Foucault, Deleuze y Derrida) instaló fuertes críticas a las oposiciones binarias. Por su parte, la idea de naturaleza comienza a cuestionarse como un existente localizado por fuera de los discursos sociales. La idea de naturaleza se encontraría, entonces, configurada por interpretaciones de un momento histórico particular con fines legitimadores de un estado de cosas.¹ Desde este punto de vista teórico, la noción de género se extiende hasta abarcar la oposición misma de sexo/género (o naturaleza/cultura), entendida como un efecto discursivo que ubica tal oposición por fuera de los límites del lenguaje, pues es el propio discurso el que genera la distinción discursivo/extradiscursivo. Por tanto, sexo y género no adquieren su valor oposicional por fuera de los significados culturales (Lie, 2002).

Cuerpo: entre materialidad y lenguaje²

A partir de Foucault, Butler sostiene que el sexo se produce a través de un proceso de materialización (Butler, 2008). Este enfoque foucaultiano permite afirmar que los discursos no solo describen el cuerpo, sino que también formulan y constituyen sus realidades materiales (Foucault, 2008a). Estos significados no son originales y no se encuentran localizados o anclados en el interior de los organismos individuales, sino que circulan en los discursos y prácticas culturales y sociopolíticas significativos e históricamente mutables que describen

¹ En palabras de Donna Haraway: “La naturaleza no es un lugar físico al que se pueda ir, ni un tesoro que se pueda encerrar o almacenar, ni una esencia que se pueda salvar o violar. La naturaleza no es un código que pueda leerse en códigos matemáticos o biomédicos. La naturaleza no está oculta y por lo tanto no necesita ser develada. No es el ‘otro’ que brinda origen, provisión o servicios. Tampoco es madre, enfermera, ni esclava; la naturaleza no es una matriz, ni un recurso, ni una herramienta para la reproducción del hombre [...] la naturaleza es un topos, un lugar, en el sentido de un lugar retórico [...] es, estrictamente, un lugar común. Atendemos a este tópico para ordenar nuestro discurso, para componer nuestra memoria” (Haraway, 1999, p. 122).

² Este apartado intenta mostrar el impacto del pensamiento de Foucault en el modo de comprender al cuerpo y su relación con el discurso, a partir del cual los aportes iniciales de Judith Butler dictaminan el anudamiento entre lenguaje y materialización del cuerpo. Existen otros segmentos butlerianos, a los que no considero *queer*, y otras miradas de sus aportes iniciales, que arrancan al cuerpo del puro juego signifiicante.

e inscriben al cuerpo y a la identidad (Marshall, 2002). Los enfoques posestructuralistas entienden al discurso como constitutivo de regímenes de verdad sobre el cuerpo, como prácticas que forman el cuerpo al tiempo que regulan la subjetividad corporizada mediante la identidad de género, entendida como agencia de control subjetiva (Burns, 2003; Markula, 2006). En esta línea, Judith Butler, junto a varias teóricas feministas revisionistas, Haraway (1995), entre otras, han impuesto un giro a los debates acerca de la corporalidad y el desarrollo psicológico (Matisons, 1998; Chambers, 2007), incluso han introducido producciones de gran influencia en lo que respecta a la identidad de género y su impacto en la construcción de la morfología corporal (McNay, 1999).

Cada declaración sobre el cuerpo –aunque sea descriptiva– lo muestra, entonces, de una manera específica. Cada forma de ver o experimentar el cuerpo se encuentra necesariamente mediada por el lenguaje. En *Surveiller et Punir*, Foucault (2008a) describe la formación de la materialización del cuerpo del prisionero en términos de proceso. También es posible hallar la misma línea de abordaje en el primer volumen de *Histoire de la sexualité*. Si bien por momentos pareciera que el cuerpo tiene una materialidad que preexiste a las relaciones de poder que lo constituyen, en *Surveiller et Punir* es posible detectar una relación diferente entre materialidad del cuerpo y poder. El alma aparece como un instrumento del poder a través del cual se forma, se produce, se realiza el cuerpo.

Foucault sostiene que el alma es un ideal regulativo y normativo, que modela el cuerpo. En palabras del autor:

El hombre del que se nos habla y al que se invita a liberar, es ya en sí mismo el efecto de una sujeción mucho más profunda que él mismo. Tiene un alma que lo habita y le da existencia y que es en sí misma un factor del dominio que ejerce el poder sobre el cuerpo. El alma es el efecto y el instrumento de una anatomía política, el alma es la cárcel del cuerpo (Foucault, 2008a, p. 39).

El alma le da existencia al prisionero, forma y modela el cuerpo. Esta sujeción que plantea el autor no implica solo subordinación en

términos represivos, es también una producción de sujetø. En estos términos debemos pensar que el cuerpo se encuentra producido políticamente mediante, y en el *interior* de, una operación del poder. Dicha operación del poder produce los mismos sujetøs que sujeta. Es así como, para Foucault, el poder forma y regula los cuerpos (Al-Amoudi, 2007).

Para Butler (1999), Foucault toma la figura de los prisioneros para afirmar que la estrategia no es ejecutar una represión de sus deseos, sino obligar a sus cuerpos a significar la ley prohibitiva como esencia. Es así que se producen cuerpos que significan la ley como la esencia de su yo, el sentido de su alma, su conciencia, la ley de su deseo. La ley, entonces, no es externa a los cuerpos que subyuga y subjetiva/sujeta. Por otra parte, según Foucault (2008a), el alma no es un efecto ideológico ilusorio. De acuerdo con el autor, todo parece indicar que el alma posee una realidad que se produce permanentemente por el funcionamiento del poder que se ejerce sobre los cuerpos de los sujetøs castigados. La novedad que introduce la perspectiva de Foucault es, justamente, entender al cuerpo como un sitio donde los regímenes de discurso y poder se inscriben al tiempo que lo construyen como tal. Esta idea sugiere, entonces, que el cuerpo no preexiste a tales inscripciones, una superficie disponible para advenir sitio de su propia construcción. Para Foucault, el cuerpo no es ontológicamente distinto de los procesos que participan en su construcción.

La hipótesis foucaultiana formulada en *La volonté de savoir* es que el poder está en todas partes. El poder, para el filósofo francés, no es una sustancia, sino una relación; no es algo que se posee, sino que se ejerce. El poder es intrínsecamente relacional; se trata de relaciones de poder. Por otra parte, no es exclusivamente negativo, no se trata del poder de negar o de suprimir. Es también productivo: produce posibilidades de acción. Para Foucault, el poder opera en la constitución de la materialidad misma del sujetø, simultáneamente forma y regula al sujetø. En este contexto conceptual, el cuerpo no constituye una materialidad independiente que solo *a posteriori* es constreñida por relaciones de poder exteriores. Cuerpo y poder parecen ser coexten-

sivos. La materialidad del cuerpo designa cierto efecto del poder en su faz productiva. Contrariamente a esto, los efectos materiales del poder suelen ser considerados hechos primarios, datos que existen *a priori*. En esta línea, por ejemplo, los cuerpos suelen ser presentados en términos de positivities materiales que se localizan, de manera naturalizada, fuera del discurso y del poder, como referentes indiscutibles. Dicha naturalización resulta, desde esta perspectiva, un producto efectivo de los arreglos de poder que entretienen los regímenes discursivos sobre el cuerpo. Por tanto, cuando el cuerpo es entendido como dato primario, como punto de partida y no como efecto material del poder, se enmascaran las relaciones de poder que lo constituyen (Sawiki, 1991).

Las consideraciones que se desprenden de este posicionamiento teórico son complejas. Delimitar la materialidad del cuerpo como exterior al lenguaje no deja de ser un modo de postular dicha materialidad desde el lenguaje. Por tanto, todo intento de asignar a la materialidad una ontología ajena al lenguaje significa negar la correspondencia del lenguaje a ese ámbito de exterioridad. Por ello la distinción radical y absoluta entre materialidad y lenguaje que pretende asegurar la función referencial del lenguaje termina por socavar esa misma función. Si bien esto no implica reducir el cuerpo a materia lingüística, no se debe perder de vista que lenguaje y materialidad se anudan de manera compleja (Butler, 2008).

Esta ontología política del cuerpo impide que la materialidad del mismo, significada desde el inicio, sea entendida al margen de los discursos. Las categorías que designan a la materia y al cuerpo pertenecen al lenguaje. La materialidad del cuerpo, postulada como un *a priori* y anclada por fuera del lenguaje, no es más que un efecto de significación. Es así como, desde la óptica de Foucault, la materialidad está ligada a la significación desde el principio. La relación entre cuerpo y lenguaje –sobre todo los intentos de desentrañar cuál de los términos se encuentra causalmente primero– produce una circularidad sin fin.

En otro segmento de su obra *La arqueología del saber*, distingue entre “formaciones discursivas y unos dominios no discursivos

(instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos)” (Foucault, 1970, p. 272). Foucault explica que la tarea de la arqueología consiste en examinar las relaciones entre los hechos enunciativos, o discursivos, y los sistemas no discursivos para definir formas específicas de articulación. Rechaza tanto el análisis simbólico como el análisis causal. En el caso de la medicina clínica, afirma:

Un análisis simbólico vería en la organización de la medicina clínica, y en los procesos históricos que le han sido concomitantes, dos expresiones simultáneas que se reflejan y se simbolizan la una en la otra, que se sirven recíprocamente de espejo, y cuyas significaciones se hallan presas en un juego indefinido de remisiones: dos expresiones que no expresan otra cosa que la forma que les es común (Foucault, 1970, pp. 272-273).

El análisis causal, por otra parte, intenta mostrar que ciertas prácticas no discursivas determinan la conciencia en una variedad de niveles. Por lo tanto, en lo que respecta a los científicos médicos, el análisis causal tiene que demostrar que los intereses, valores, percepciones y la racionalidad son el resultado causal de ciertos cambios políticos y de nuevos desarrollos de procesos económicos e industriales externos a ellos. En palabras del autor:

Un análisis causal, en cambio, consistiría en buscar en qué medida los cambios políticos, o los procesos económicos, han podido determinar la conciencia de los científicos: el horizonte y la dirección de su interés, su sistema de valores, su manera de percibir las cosas, el estilo de su racionalidad (Foucault, 1970, p. 273).

Tanto la simbolización como la causalidad requieren un campo de positividad formada de acuerdo con las normas, mientras que la arqueología es una cuestión de relaciones; por ende, deshace positividad. El análisis arqueológico de la medicina clínica descrito por Foucault descubre de qué forma los sistemas no discursivos tales como las prácticas políticas participan en las condiciones de emergencia, la inserción y el funcionamiento del discurso médico en sí. Las prácticas políticas abren nuevos campos para el mapeo de objetos

médicos, adjudican un estatus privilegiado al médico que se convierte en el enunciador exclusivo de ese discurso, y atribuyen al discurso médico la función de juzgar a las personas, tomar decisiones administrativas, establecer normas, traducir, resolver u ocultar conflictos, y proporcionar modelos naturales para la sociedad. Pero a su vez, la práctica médica, referida a un campo particular de objetos, en las manos de las personas designadas como calificadas y ejerciendo funciones sociales, “se articula sobre prácticas que le son externas y que no son ellas mismas de naturaleza discursiva” (Foucault, 1970, p. 276).

En *La volonté de savoir*, las afirmaciones de Foucault (2008b) también parecen estar teñidas de esta compleja relación, por momentos circular. El autor afirma que desde finales del siglo XVIII se ha configurado un dispositivo de la sexualidad que hizo del sexo una preocupación del cuerpo social en su conjunto. Según el análisis de Foucault: “La ‘sexualidad’ es el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por cierto dispositivo dependiente de una tecnología política compleja” (Foucault, 2008b, p. 122); es decir, por el despliegue de la sexualidad.

Más allá del complejo grado en el que se entrelazan discurso y práctica, otros aportes de Foucault sugieren que ningún acontecimiento o fenómeno queda fuera del alcance del poder discursivo (Candiotto, 2010). Como resultado de esto, el poder discursivo adquiere un carácter totalizante. El autor alude al panóptico como el “diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal” (Foucault, 2008a, p. 237) e invoca la noción de esquema para pensar el modo en que en nuestras sociedades el poder disciplinario controla todo el campo, de manera que todo el campo no discursivo es finalmente reducido a una forma discursiva de poder.

Como fuere, el pensamiento de Judith Butler constituye la emergencia del impacto del pensamiento de Foucault sobre los modos de pensar el cuerpo en el feminismo norteamericano. Como ya hemos señalado, a partir de Foucault (2008a, 2008b), la autora sostiene que el sexo no es otra cosa que el producto de una estrategia biopolítica de instauración de un soporte prediscursivo, naturalizado, sobre el cual

se instaure un sistema dicotómico de clasificación de las identidades y orientaciones sexuales posibles para un sujeto. Es decir que la materialidad de los cuerpos responde a una construcción lingüística ligada a estrategias de poder y constituye la superficie de una invención social (Stoetzler, 2005) que tiene lugar dentro de un marco cultural que exige que el sexo sea diádico, hetero y estable. De este modo se asegura la estabilidad y el marco binario del sexo (Femenías, 2003).

El giro butleriano sobre el lesbianismo... y el cuerpo

Como ya hemos visto en el capítulo 8, a pesar del fuerte impacto que la obra de Michel Foucault (2008a, 2008b) tiene actualmente en los estudios sobre las sexualidades y el cuerpo, la influencia de la argumentación de Rich permanece presente como un hito en la producción intelectual de las últimas décadas de escritura lesbica, en el desarrollo de la teoría *queer* y en los escritos feministas. Es posible detectar las marcas de Rich en el pensamiento de Judith Butler.

A pesar de su localización teórica en la línea de Michel Foucault, Judith Butler (2007, 2008) se ha encargado de profundizar la idea de Adrienne Rich a partir de un cambio de perspectiva respecto a la existencia de una heterosexualidad obligatoria y compulsiva. Para Butler, la heterosexualidad obligatoria y los mecanismos a partir de los cuales el sujeto, al mismo tiempo que se constituye como tal, asume la pertenencia a uno de los géneros, se encuentran anudados (Butler, 2001a). Tal asunción vincula la constitución subjetiva con aquellos procesos que tornan inteligible a un ser humano en la cultura desde el momento en que, inevitablemente, pertenece a un género y realiza una elección sexual, adecuándose a los modos de sexuación socialmente instaurados. Tan es así que cualquier presentación de género o identidad sexual que cae por fuera de la norma se torna abyecta o ininteligible.

Para Butler (1990), la práctica ritualizada mediante la reiteración y la repetición constante es lo que hace que el género y la sexualidad surjan como algo natural. Es así que la heterosexualidad normativa y naturalizada, a criterio de Butler, permanece incrustada en el proceso continuo de formación de los sujetos sexuados a través de la reitera-

ción de tales normas. Entonces, cada acto que reitera la norma trae consigo la posibilidad de la subversión. Por lo tanto, el género y la sexualidad son producidos, pero también susceptibles de ser desestabilizados mediante esta operación que torna inestable y precaria la hegemonía de la norma. Es de este modo que el carácter dinámico que imprime la necesidad de que la norma sea instalada a cada momento trae consigo la posibilidad de su transgresión. Como el proceso continuo que produce al sujeto puede fallar o estar signado por el error, esta consideración teórica abre una enorme fuente de posibilidades culturales que giran en torno a la incertidumbre respecto a lo que transcurre en las zonas donde la norma se muestra ambivalente y resignificable.

Para Butler (2008) el fracaso de la norma se vuelve una opción posible a causa de la naturaleza mutuamente constitutiva y los límites vacilantes entre lo interno y lo externo. Tal como sostuvo Sigmund Freud en *Tres ensayos de una teoría sexual* (1979b), todo ser humano realiza elecciones de objeto homosexual que permanecen inconscientes. Tanto la elección de objeto heterosexual como la homosexual se sostienen sobre restricciones impuestas, en una u otra dirección. Judith Butler toma las ideas freudianas; así, en sus palabras:

el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional (Butler, 2008, p. 20).

En relación con el registro cultural de aquel proceso, la autora se muestra en contra de cualquier “monismo discursivo o lingüístico que niega la fuerza constitutiva de la exclusión, la supresión, la forclusión y la abyección violentas y su retorno destructivo [disruptivo, subversivo] dentro de los términos mismos de la legitimidad discursiva” (Butler, 2008, p. 27). Esta afirmación sugiere que aquello que comúnmente se percibe como fuera de las fronteras no es, en sentido estricto, exterior. Desde el mismo momento en que el exterior, lo excluido, asume el carácter de constitutivo de la totalidad siempre estará presente en el interior.

Este contexto conceptual le permite a Butler pensar la distinción entre heterosexualidad y homosexualidad en estos términos. Los argumentos teóricos sobre la inevitable relación lógica entre interior/ exterior dan lugar a una perspectiva analítica a partir de la cual es factible pensar la posibilidad de que aquellos sujetos que habitan posiciones lesbianas puedan reelaborar los discursos y las prácticas que se encuentra dentro de la heteronorma (Bolsø, 2001). Tal posibilidad origina un debilitamiento de la dicotomía hetero/homo, y por lo tanto subvierte la hegemonía normativa heterosexual. Butler se interroga:

¿No es posible que la sexualidad lesbiana sea un proceso que reinscribe los dominios de poder a los que se resiste, que esté constituida en parte por la matriz heterosexual que busca desplazar, y que su especificidad deba ser restablecida no afuera o más allá de esa reinscripción o reiteración, sino en su misma modalidad y efectos? (Butler, 2000, p. 93).

Si bien *ser* lesbiana implicaría pertenecer a una zona *exterior* en relación con la heterosexualidad dominante, esto no implica la existencia de una esencia lesbiana. El análisis se centra en la posibilidad de la reinscripción –y sus efectos– por parte de quienes asumen esa categoría como propia, y la habitan, para trastornar los efectos de la norma. Desde esta perspectiva, entonces, no hay un *afuera* que guarde en sí opciones sexuales que escapen a la norma, y cuya reivindicación garantiza la libertad de la sexualidad reprimida. Por el contrario, como no hay un *afuera* de la norma, el exterior constituye una zona delineada por la propia norma para anclar allí los márgenes temidos por el sujeto. Buscar la libertad reivindicando las categorías allí inscriptas implica, inevitablemente, reforzar la norma, y, por lo tanto, refuerza al ordenamiento social que se intenta socavar.

La autora introduce el concepto, antes tematizado, de matriz heterosexual para abordar el tema. Vale la pena recordarlo, pues tal concepto es nodal en su pensamiento. Butler lo entiende como

la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. [Ha] partido de la idea de ‘con-

trato heterosexual' de Monique Wittig y [...] de la idea de 'heterosexualidad obligatoria' de Adrienne Rich para describir un modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (Butler 2007, p. 292).

Desde mi punto de vista, la relevancia del concepto de matriz heterosexual radica en su potencialidad a la hora de trazar posibles vinculaciones entre sexo, género y sexualidad, ubicadas en la base de la conformidad de género. La autora menciona que

los géneros inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la 'expresión' o 'efecto' de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual (Butler 2007, p. 72).

Lo que Butler denomina matriz heterosexual refiere, en última instancia, a la creencia hegemónica que sostiene la conexión necesaria entre sexo, género, práctica sexual y deseo que marca los requerimientos que la conformidad de género impone a partir del cuerpo como primer elemento de tal secuencia. La matriz organiza cada uno de estos elementos de forma tal que torna inteligibles a algunos géneros y sexualidades e ininteligibles a otros. Por ejemplo, la masculinidad y la femineidad constituyen géneros socialmente inteligibles porque son vinculados bajo relación de causalidad con los sexos biológicos macho y hembra. Por otra parte, si no existieran diferencias socialmente establecidas entre varones y mujeres la heterosexualidad perdería

sentido, puesto que esta categoría requiere que los seres humanos se clasifiquen en grupos opuestos. En palabras de la autora:

la heterosexualización del deseo exige e instauro la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre ‘femenino’ y ‘masculino’, entendidos estos conceptos como atributos que designan ‘hombre’ y ‘mujer’. La matriz cultural –mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género– exige que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género. En este contexto, ‘consecuencia’ es una relación política de vinculación creada por las leyes culturales, las cuales determinan y reglamentan la forma y el significado de la sexualidad (Butler, 2007, p. 72).

El falo lesbiano

Tal como sostiene Butler (2007), la distinción entre sexo y género implementada por el feminismo tenía la intención de socavar la biología como destino de la inferioridad de las mujeres. Sin embargo, esta estrategia comenzó a mostrar sus desventajas. Rápidamente condujo a las feministas hacia una esencialización de las mujeres ya que el cuerpo, en cuanto sexo biológico, continuó operando como la base natural del género y de la sexualidad. Varios intelectuales (Preciado, 2011; Butler 2007; Fausto-Sterling, 2006; Laqueur, 1994) dedicados a pensar el sexo en términos de construcción social han demostrado convincentemente que la distinción entre sexo y género es absurda, pues el sexo en sí mismo, al igual que el género, es una construcción social (Bargas, 2011). En palabras de Butler, “no se puede aludir a un cuerpo que no haya sido desde siempre interpretado mediante significados culturales” (Butler 2007, p. 57); por ello parece imposible referirse al sexo sin recurrir a un discurso normativo de género que le dé forma y lo interprete.

En su ensayo *The lesbian phallus and the morphological imaginary*, incluido en *Bodies that Matter*, Judith Butler (2008) propone una alternativa para socavar los esquemas hegemónicos a partir de los cua-

les se decodifican los cuerpos. Como operación de rescate destinada a arrebatar el cuerpo de un campo delimitado a partir de fundamentos naturales, la autora instala la pregunta: ¿qué es lo que constituye, en última instancia, una parte corporal? Como no es de extrañar, nuevamente lo que podríamos denominar *el recurso al psicoanálisis* es lo que entreteje el grueso de sus argumentos.

La captura crítica de aquello que percibimos como la carne real (Kirby, 2011, p. 68) supone el análisis de procesos culturales que comandan la materialización de los cuerpos. En otras palabras, Butler se propone un cambio de perspectiva, desde la cual se torne visible el código cultural oculto tras la apariencia de la materialidad de la existencia bruta. El nuevo punto de mira solo se logra cuando el espectador ha agudizado su capacidad de extrañamiento a un punto tal que se vuelve capaz de desarticular la densa trama de los regímenes sociales de significación que invisten fantasmáticamente los cuerpos.

En este contexto conceptual construido por Butler, el cuerpo, en su sentido anatómico, no constituye un referente original. El cuerpo adquiere existencia cuando es contorneado por límites no naturales, que imponen una morfología tampoco natural. La pregunta que emerge pareciera ser: ¿cuáles son los mecanismos que instalan una versión, fálica, de los cuerpos en detrimento de otras?

Butler recurre a Freud y a Lacan para exponer la ambivalencia – implícita en las operaciones de escritura– con la que se enfrentan los autores en algunos de sus textos fundamentales. La trayectoria de Butler, en el ensayo en cuestión, tiene como punto de inicio –punto que se expande abarcando casi la totalidad del ensayo– el intento de retratar a los padres del psicoanálisis en el mismo instante en que satisfacen el ideal fálico mediante explicaciones teóricas que sofocan la ambivalencia emergente; el punto de llegada es la posibilidad de emergencia del falo lesbiano, con el cual Butler no solo se aparta del ideal antes mencionado sino que también vislumbra nuevos imaginarios morfológicos posibles.

El arco de tensiones que conecta ambos puntos comienza su recorrido con *Introducción del narcisismo*, en el cual Freud (1979d)

vincula la autoinvestidura libidinal con el dolor y, finalmente, con la hipocondría. Estas vinculaciones le permiten a Butler fijar como epicentro las experiencias corporales del narcisismo para instalar el desplazamiento que permite afirmar que no hay cuerpo antes de tales experiencias. Tanto el dolor como la hipocondría vienen a dar cuenta del depósito de libido sobre una parte del cuerpo, la que no existe para la conciencia antes de tal catexia. Siguiendo esta línea, todo parece indicar que no es tan sencillo establecer una frontera entre heridas físicas y heridas imaginarias; dicho en otras palabras: la parte corporal y la partición fantasmática que la torna cognoscible bajo la conciencia son insolubles.³

La ambivalencia anteriormente sugerida, detectada por Butler (2008), comienza a instalarse cuando Freud fija como órgano prototípico, en cuanto sensible al dolor, al órgano sexual en estado de excitación. Claramente los genitales son el ejemplo paradigmático de una parte del cuerpo que se torna epistemológicamente accesible mediante una investidura fantasmática. En cuanto prototipo, los genitales son capaces de sustituir otras partes del cuerpo, con lo cual el órgano sexual posee la capacidad de desplazarse y proliferar, hasta, incluso, emplazarse en localizaciones inesperadas.⁴

Sin embargo, una declaración invertida de Freud llama la atención de Butler. El autor menciona que los genitales pueden ser sustituidos por zonas erógenas. Butler se enfrenta, entonces, con una contradicción lógica: los genitales –masculinos, podríamos agregar junto a Butler– se instalan como sitio originario de erotización del que es posible desplegar sustituciones a modo de ejemplificaciones secundarias, pero al mismo tiempo es caracterizado como objeto de sustituciones; es decir, el efecto de un conjunto de desplazamientos.

³ Para ampliar esta idea a partir de otra gama de conceptos sistematizados por Kaja Silverman, véase capítulo 7.

⁴ Una tentativa de refrenar la proliferación fálica que se disemina y entreteje el significado de toda la superficie del cuerpo puede verse en los intentos de Monique Wittig (1977) por exponer la potencialidad erótica de zonas corporales abyectas desarticuladas y fragmentadas.

En este proceso paradójico, el falo, en primera instancia, adquiere un papel privilegiado y generativo para luego quedar relegado, al mismo tiempo, a una zona generada por una serie de ejemplos de zonas erógenas. Butler se permite, con gesto irreverente, interpretar a Freud. A criterio de la autora, la contradicción emergente es síntoma del deseo no articulado de construir a los genitales masculinos en una idealización originadora. Freud, sin saberlo, instala teóricamente el límite de todo imaginario posible en materia de morfología corporal/sexual, pues instala al falo como origen, como único elemento, simbólicamente codificado, que confiere significación a las partes del cuerpo.

Butler se ve habilitada, a esta altura de su ensayo, a utilizar de manera intercambiable el término falo con la referencia a los genitales masculinos, es decir el pene. A la autora le resultan claras estas dos caras de todas y cada una de las referencias de Freud a los genitales. Argumenta el modo en que Freud, mediante analogías y sustituciones, afirma retóricamente el carácter transferible de la propiedad fálica como estrategia para devolver al pene tal propiedad (Salih, 2002). En Freud, el carácter transferible del falo otorga accesibilidad epistemológica a las partes del cuerpo. El falo, entonces, no se localiza de manera fija y exclusiva en ninguna parte del cuerpo. La superposición pene/falo constituye la solución freudiana de una ambivalencia mediante la invocación a un ideal. Así queda expuesta la valoración y constitución imaginaria de las partes del cuerpo.

Como fuere, queda claro que para Butler el cuerpo es materia de significación. El cuerpo, como efecto, nos dice la autora, se materializa cuando asume una *morphé*. De aquí en más, para Butler es posible reescribir el imaginario corporal. Al analizar las ideas de Lacan, Butler también detecta el modo en que el falo, como figura fantasmática, sufre contradicciones perturbadoras. Concluye que el falo es un significante privilegiado que obtiene tal privilegio en su reiteración, que tiene efectos imaginarios en las articulaciones fantasmáticas que constituyen el referente tanto de las morfologías femeninas como masculinas. A pesar de ser cuerpos pretendidamente diferenciados, se articulan a partir de un único referente simbólico (Merlin, 2003).

Butler inaugura un campo prolífico para pensar de modo diferente al cuerpo cuando afirma que

los actos simultáneos de quitarle su posición privilegiada al falo apartándolo de la forma heterosexual normativa de intercambio y circunscribirlo dándole un lugar de privilegio entre las mujeres son un modo de romper la cadena significativa en la cual opera convencionalmente el falo. Si una lesbiana ‘tiene’ el falo, también está claro que no lo ‘tiene’ en el sentido tradicional y su actividad promueve una crisis en el sentido de lo que significa ‘tener’ el falo. La posición fantasmática del hecho de ‘tener’ se rediseña, se hace transferible, sustituible, plástica; y el erotismo producido dentro de este tipo de intercambio depende tanto del desplazamiento desde los contextos masculinistas tradicionales como del redesplicue crítico de sus figuras centrales de poder (Butler, 2008, p. 139).

En suma, si nos centramos en las producciones de feministas lesbianas vemos que apuntan a la delimitación y al enredo que se produce entre deseo y poder en la construcción social de los cuerpos sexuados. Asimismo, es posible notar la homologación falo/pene que subyace tanto a la significación social que reciben los cuerpos sexuados, como a los intentos de evadir el alcance del falocentrismo atacando y repudiando las relaciones concretas con los varones. En términos generales, es posible trazar una trayectoria de la forma en que el feminismo lésbico procede en la comprensión del tema: a) Se concibe una economía política del sexo en la cual todas las instituciones que integran el orden social y cultural patriarcal se encuentran sostenidas por la heterosexualidad obligatoria y compulsiva (Rich, 2013); b) la regulación simbólica de los flujos deseantes que entreteje la complementariedad entre los sexos es falocéntrica, y a partir de allí se produce una doble localización de los cuerpos que delimita dos colectivos sociales (varones y mujeres) con una distribución desigual de poder; c) opera un *continuum* falo-pene, entonces los cuerpos provistos con pene advienen pilares concretos de la subordinación propia del sistema heteropatriarcal, en tanto que los cuerpos sin pene, marcados como mujeres, constituyen el colectivo subordinado; d) es posible escapar

de las redes de tal organización social a partir de los lazos eróticos/políticos entre mujeres que excluyen al pene y al varón opresor que lo porta.

Como se ha intentado demostrar, Judith Butler (1990, 2007, 2008) denuncia los sesgos esencialistas e instala un cambio de perspectiva para abordar la sexualidad más allá de los términos dicotómicos heterosexualidad/homosexualidad. Por otra parte, la autora también ofrece herramientas teóricas para desvincular la relación naturalizada entre el pene y el falo, movimiento que permite, al menos, cuestionar la existencia de cuerpos esencialmente femeninos y masculinos en cuanto sedes de géneros y de sexualidades *normales*. En última instancia, la postura expuesta constituye un marco teórico que permite pensar más allá de la lógica binaria que nos aporta el género, a partir de la cual decodificamos los cuerpos. En ese contexto la propuesta butleriana sobre el falo lesbiano instala la posibilidad de recodificar, deshacer, los cuerpos construidos en el interior de la matriz heterosexual (Soley-Beltran, 2009). Sin duda el cuestionamiento apunta a relativizar el falo como un concepto universal que actúa como un mito legitimado desde múltiples narrativas, y que se ha sostenido durante tanto tiempo como evidencia de un orden patriarcal naturalizado. Se trata de un intento por generar nuevas categorías que agoten el sistema clasificatorio, que recorta identidades dicotómicas, monolíticas y esenciales, inscriptas en la verdad biológica de los cuerpos naturalizados.

La morfología corporal

Como ya se ha señalado, el pensamiento feminista de la segunda ola se ha construido sobre la base de una concepción de cuerpo natural y dimórficamente diferenciado. El cuerpo, en estos términos, constituye una superficie sobre la cual el género opera como un acto de inscripción cultural (Butler, 2007). Es a partir de la inmutabilidad del sexo que se discute la construcción social del género. Cuando a mediados de la década del ochenta Judith Butler argumenta que el género instituye la diferencia sexual anatómica como hecho natural, devela el modo en que tal diferencia apela a un aspecto particular de la biolo-

gía: la reproducción sexual (Shepard, 2004; Cryle, 2009a). Así, bajo el signo discursivo de la reproducción sexual, los cromosomas, las hormonas y los genitales, dimórficamente decodificados, se constituyen como el soporte sustancial de la esencia del sexo natural (Laqueur, 1994, 2007; Fausto-Sterling, 2006; Hird, 2004).

Recordémoslo una vez más: la distinción sexo/género supone que siempre es posible diferenciar nítidamente entre lo biológico –sexo– y lo cultural –género–. Al mismo tiempo, supone la maleabilidad del género frente al carácter permanente e inmutable del sexo. Finalmente, tal binario supone la idea de que en la dimensión biológica siempre es posible hallar la distinción entre mujeres y varones.

Sin embargo, varias pensadoras han destacado que el abismo de la diferencia que la naturaleza parece determinar entre los cuerpos de ambos sexos ofrece matices. En este sentido, y en la misma línea que Butler, se trataría más bien de una ideología que impone el modelo de la diferencia sexual. Thomas Laqueur (1994) ha señalado que en el siglo XVI los científicos consideraron al cuerpo humano como básicamente uno: el cuerpo masculino y femenino no eran fundamentalmente diferentes. Durante un largo período se puso el acento en las similitudes entre ambos. Este planteo de Laqueur en relación con la existencia de un *sexo único*, que se mantuvo desde la Antigüedad clásica hasta el Renacimiento, sugiere un modelo masculino, referido a los escritos e ilustraciones de Aristóteles y Galeno. La vagina era considerada un pene invertido, mientras que el útero era visto como un escroto interno. Los órganos genitales del varón, plegados hacia adentro, conformaban los órganos genitales de la mujer. Esta paridad topológica es la que permite hablar de un sexo único. Varones y mujeres se encuentran vinculados por una anatomía común. Esto permite observar la ruptura de la relación mimética entre sexo y género, pues vemos cómo el autor demuestra que dos géneros –sociales– coexistían de manera pacífica con un solo sexo. Solo hacia fines del siglo XVII comienzan a circular nuevos nombres y categorías que dejan atrás las representaciones de sexo único e instalan la diferencia de los sexos, por ejemplo, el descubrimiento del clítoris. Cada órgano recibe

existencia e inteligibilidad en función de nuevas nomenclaturas. En el transcurso del siglo XVIII y a principios del siglo XIX, entonces, el cuerpo femenino era descrito de forma cada vez más diferenciada (Laqueur, 1994). Con la aparición de la endocrinología a comienzos del siglo XX, la sexualización del cuerpo ya no estaba restringida a las estructuras morfológicas del cuerpo. Las pruebas del binario se buscaron, y se encontraron en todas partes (Cook, 2009).

No obstante, no faltan conocimientos que aportan pruebas y cuestionan la distinción de los cuerpos en dos sexos. Fausto-Sterling (2006), por ejemplo, ha señalado que la compleja organización del cuerpo humano no es compatible con la estricta división dualista entre los cuerpos masculino y femenino. Aun así, la autora sugiere que a pesar de los indicios que demuestran que el sexo ofrece una variedad de matices que deben ser analizados en detalle, la presunción del binario es lo suficientemente fuerte para contrarrestar la evidencia que cuestiona su organización dicotómica. El binario parece ser tan evidente *per se* que la distinción entre los sexos se proyecta en las funciones corporales.

Solo por nombrar algunas de las presentaciones consideradas como no conformes al género, la intersexualidad y la transexualidad desafían fuertemente las concepciones de cuerpo que subyacen al binario sexo/género. Especialmente la intersexualidad cuestiona el modelo dimórfico de la diferencia sexual, sobre todo a partir de que las cirugías de reasignación de sexo constituyen un testimonio sobre el establecimiento de nuevos contornos a cuerpos con morfologías ambiguas (Morland, 2001). El cuestionamiento de la reificación del binario sexo/género se encuentra contenido, al menos en parte, en la evidencia de que el sexo no ofrece una morfología binaria exhaustivamente clasificable (Kessler y McKenna, 2000). La teoría *queer* supone transgredir los límites para dismantelar finalmente no solo las jerarquías basadas en el sexo y el género, sino las categorías mismas que circulan en el debate. Sin embargo, como señala Butler (2008), la subversión puede conducir a resultados inesperados que pueden no ser transgresores. A pesar de que en *Gender Trouble* Butler (2007)

deja deslizar la posibilidad de que la proliferación de representaciones que parodien el género, como el travestismo, constituye un modo de subvertir las normas dominantes de género, posteriormente, en su ensayo *Gender is burning: questions of appropriation and subversion* incluido en *Bodies that Matter* (2008), la autora aumenta el espesor de la complejidad del tema al señalar la posibilidad de que una aparente desnaturalización del género puede reconsolidar las normas hegemónicas de género. Evidentemente, la autora logra deslindar que el hecho de parodiar otro género –como en el caso del travestismo o las escenificaciones *drag queen*, entre otras– no alcanza para desplazarlas. El travestismo, entonces, es concebido como un lugar que reúne cierta ambivalencia. Butler no descarta la idea de que este guarda potencialidad subversiva, pues es indudable que señala el corazón mismo de la estructura imitativa del género hegemónico, al mismo tiempo que cuestiona la idea de naturalidad y originalidad de la heterosexualidad. Pero reflexionar sobre la heterosexualidad la conduce a deslindar dos mecanismos, entre muchos otros, a través de los cuales opera, a saber: naturalizarse y afirmarse como el original y la norma. Sin embargo, todo parece indicar que su potencialidad normativa se filtra en sus propias fisuras para no resignar espacios de poder e impedir posibles tras-tocamientos, pues hay escenificaciones travestis que reidealizan las normas heterosexuales sin cuestionarlas;⁵ entonces se generan esferas en las que la heterosexualidad puede admitir su falta de originalidad y de naturalidad y aun así seguir ejerciendo su poder. En este sentido, en palabras de Butler, “no hay un género original o primario al que el travestismo imita, sino que el género es un tipo de imitación que no tiene original, que produce la noción de original como efecto y consecuencia de la imitación misma” (Butler, 2008, p. 313).

Después de todo, la totalidad de las expresiones de la identidad sexual y de género dependen del sistema dicotómico de sexo/género

⁵ Los aportes de Kaja Silverman (1996) desarrollados en el capítulo 7 también permiten pensar que no todos los sujetos que habitan lo abyecto se proponen resemantizar la diferencia para, desde allí, desmantelar la norma. Hay quienes, a pesar de la profunda exclusión a la que son relegados, invierten sus vidas en ingresar a la idealidad que promete la norma.

para su expresión. Incluso la homosexualidad y la heterosexualidad son categorías cuya significación dependen de morfologías corporales dimórficamente diferenciadas (Butler, 2001a, 2007).

En la actualidad, quienes se localizan como *transgender*s se muestran fuertemente en contra de aquellos intersexuales y transexuales que intentan ingresar con fluidez a la norma de sexo/género. Esta tendencia a tornarse inteligible mediante intervenciones quirúrgicas y hormonales revela los mecanismos de regulación a través de los cuales se instala la diferencia sexual. En este sentido, la inestabilidad interna del sistema sexo/género se produce especialmente a partir de que intersexuales y transexuales rechacen aquellas prácticas normalizadas que imponen morfologías ideales (Turner, 1999). Esta perspectiva sugiere que la autodefinición mediante una identidad unívoca, no solo por parte de intersexuales y transexuales, nunca es exitosa en su posibilidad de captar una definición coherente, monolítica y unívoca de varón o mujer, así como tampoco de heterosexual u homosexual.

Tal vez las prácticas corporales de travestis y transexuales, así como el hecho de que un número significativo de personas nacen con genitales ambiguos, puedan subvertir las certezas heterosexuales. Tal como señala Foucault (2008b), las categorías sexuales han sido asignadas a partir del siglo XIX. Este proceso de clasificación se ha acelerado y ha proliferado una enorme variedad de las identidades sexuales que resultan paradójicas y ambiguas. Los sujetos que portan estas identidades no pueden ser claramente clasificados en la dicotomía varón/mujer, por lo que las categorías parecen agotarse en su potencialidad de otorgar sentidos.

Aun así, si aceptamos que existen dos cuerpos sustanciales que se corresponden naturalmente con dos géneros, podemos preguntarnos cuáles son los aspectos que permiten sostener aquella contingencia que organiza dicotómicamente a los cuerpos. En este punto, Butler refiere a la morfología y a la violencia normativa que conlleva la imposición de ideales de sexo. Antes que Butler, Monique Wittig (2005) sostuvo que la categoría de sexo no tiene existencia *a priori*. Para esta autora, la categoría de sexo es una categoría política que funda

la sociedad en cuanto heterosexual. El sexo se establece como natural para encubrir que en realidad constituye un producto de la sociedad heterosexual. La economía heterosexual, en esta línea, alimenta tal categoría. Wittig menciona que la oposición entre varones y mujeres responde a una ideología de la diferencia sexual, la que coloca reiteradamente a la naturaleza en lugar de agente causal para encubrir su carácter político. Se instala de manera contundente un “ya ahí” de los sexos, a modo de una ontología prediscursiva. De este modo la ideología de la diferencia sexual opera como una red que lo cubre todo.

Desde esta perspectiva, Butler (2007) afirma que el sexo imprime una morfología ideal al cuerpo. Los marcos heterosexuales a partir de los cuales se otorga inteligibilidad a los cuerpos requieren determinadas formas que se privilegian en función de la complementariedad heterosexual. En este sentido, podemos interrogarnos sobre cómo inciden los ideales de género en la morfología ideal del sexo (Adelman y Ruggi, 2008; Cowan, 2010).

La línea teórica de Butler supone invertir el lugar de la causa mediante metalepsis; es decir, que la dimensión del género deja de ser un producto natural del sexo para inscribirse como un espacio social fuertemente normativo a partir del cual se genera la idea naturalizada del sexo. Desde aquí es posible afirmar que el cuerpo no trae consigo una morfología que preexiste a la norma que instaura el género. Según este punto de mira, el cuerpo no se encuentra bajo una forma fija, cristalizada. Contrariamente, el cuerpo está abierto a la maleabilidad que supone adquirir nuevos sentidos, siempre posibles cuando se acepta la posibilidad de pensar modalidades de fuga de los esquemas heterosexuales normativos. En efecto, hablamos, entonces, de cuerpos que no son el producto de una sustancia previa modelada, que adquiere forma progresivamente. Por el contrario, es a través de la imposición violenta de morfologías ideales de modo tal que se privilegian ciertas zonas del cuerpo en detrimento de otras, que se constituyen los cuerpos que emergen de la matriz heterosexual, los cuales son dimórficamente sexuados y heterosexualmente complementarios.

En esta línea, resulta de gran utilidad develar el modo en que fun-

ciona el recurso que apela a la naturaleza como extradiscursiva, como ya lo hemos dicho, para establecer la construcción del sexo (Garlick, 2009). El modo naturalizado en que entendemos los cuerpos requiere de la diferencia sexual. Butler sugiere que denunciar la dimensión *contra natura* de la naturaleza es el primer movimiento hacia la subversión de las normas de género que construyen el sexo como un sitio natural que organiza el campo de lo humano. Bajo tales estimaciones gravita una serie de consideraciones filosóficas que apuestan a la proliferación de representaciones *poshumanas* como posibilidad de interferir las tecnologías de género que refuerzan los códigos binarios que subyacen a la definición de lo humano (Walton, 2004). Estas propuestas, coaguladas bajo la categoría de *cyborg* (Haraway, 1995; Currier, 2003), se localizan dentro de la teoría *queer*, junto a cualquier otra que ubique en su horizonte una transformación radical de toda noción de diferencia ontológica que organice sistemas discretos de identidades entrampadas en cuerpos naturalizados, soportes del carácter artificial de la diferencia sexual.

Actualmente, los adelantos tecnológicos, como fuente de intervenciones sobre el cuerpo, señalan la posibilidad de correr, dibujar y modelar las fronteras del cuerpo en las que se anclan las identidades de género (Thacker, 1999; Mamo y Fishman, 2001; Garlick, 2003). Las interfaces entre las tecnologías y el cuerpo se expanden y multiplican enormemente. Estos adelantos tecnológicos nos ubican en lo que Beatriz Preciado (2008) ha denominado como *período fármaco-pornográfico*, en el cual tanto los fármacos –sustratos microprotésicos que operan sobre la materialidad de los cuerpos– como lo pornográfico –dispositivos semióticos que instalan la ficción sobre la verdad del sexo– develan el carácter maleable del sexo. María Luisa Femenías ha sistematizado en varios segmentos de su obra el modo en que el fuerte cuestionamiento que Butler realiza respecto a la distinción entre sexo y género ha impactado en el escenario académico (Femenías, 2000, 2003, 2007). En la actualidad, los aportes de Beatriz Preciado (2009, 2011) nos brindan elementos nodales para circunscribir el género como dispositivo, más allá de lo discursivo, que permiten pensar los modos concretos e históricos en

que el género construye realidad (Laqueur, 2003; Cryle, 2009b). Si antes se entendía al sexo como superficie inmutable, estable y natural, y al género como aquello maleable y móvil, ahora los atributos se invierten. El género adquiere la fijeza de la norma social que intenta perpetuarse, y los cuerpos se tornan manipulables. La proliferación de categorías a partir de las que se entienden estos cuerpos no se detiene: tecnocuerpos (Balsamo, 1996), cuerpos híbridos (Latour, 2012), cuerpos plásticos (Bordo, 1993), cuerpos poshumanos⁶ (Halberstam y Livingston, 1995), *cyborgs*⁷ (Haraway, 1995), monstruos (Lykke y Braidotti, 1996; Haraway, 1999), cuerpos volátiles (Grosz, 1994), cuerpo vinculado a la idea de un *yo neuroquímico* (Rose, 2012), por mencionar solo algunos.

⁶ Entre lo poshumano y lo monstruoso, Jorge Fernández Gonzalo propone la figura del *zombi* como un condensador de múltiples significados capaz de trasladarnos hacia nuevos modos de comprender el sujeto y el cuerpo más allá de las claves modernas. Señala: “el zombi y otras corporalidades de la fantasía y la ciencia ficción deconstruyen el texto de nuestra anatomía corporal [...] no un cuerpo cerrado, ordenado, sino un corpus, un cuerpo que no forma una unidad de sí mismo, que no refleja una imagen estable, sino que se afana en captar nuevos flujos, en aumentar territorialidades, en ofrecer [...] nuevos cuerpos” (Fernández Gonzalo, 2011, p. 88).

⁷ Resulta un desafío refigurar a los sujetos absorbidos dentro de la categoría de no conformidad de género en términos de *cyborgs*. En ese espacio se torna evidente algo presente en toda subjetividad generizada, a saber: el modo en que una regulación por medio de sustancias biomoleculares y prótesis establece y reestablece no solo los contornos del cuerpo, sino su propia materialidad sustancial. Tal como afirma Beatriz Preciado (2008), ya no se trata de develar la verdad oculta de la naturaleza, sino de explicitar los procesos culturales, políticos y técnicos mediante los cuales el cuerpo adquiere estatuto natural. Desde esta perspectiva, el género y sus parodias no transcurren exclusivamente por *performances* teatrales y por juegos significantes y resignificaciones discursivas. Al respecto señala Donna Haraway: “todos somos quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo; [...] somos *cyborgs*. [...] Es una imagen condensada de imaginación y realidad material (Haraway, 1995, p. 254). Fiel a su modo de escritura saturada de ironía, agrega: “El *cyborg* no reconocería el Jardín del Edén, no está hecho de barro y no puede soñar con volver a convertirse en polvo [...] Los *cyborgs* no son reverentes, no recuerdan el cosmos, desconfían del holismo [...]. Su problema principal, por supuesto, es que son los hijos ilegítimos del militarismo y del capitalismo patriarcal, por no mencionar el socialismo de estado. Pero los bastardos son a menudo infieles a sus orígenes. Sus padres, después de todo, no son esenciales” (Haraway, 1995, p. 256). Ante este panorama contemporáneo donde “[las máquinas] están inquietantemente vivas y, nosotros, atterradoramente inertes” (Haraway, 1995, p. 258). Paula Sibilia sostiene que “la nueva versión de naturaleza que emerge de esas turbulencias deberá ser compatible con el mundo contemporáneo: un universo postmecánico y vertiginosamente informatizado” (Sibilia, 2009, p. 105).

Aunque limitada por las categorías actualmente disponibles, la teoría *queer* ha demostrado potencialidad para cuestionar los supuestos ontológicos que operan en torno al sexo. Esta postura torna posible producir interrogantes que nos conduzcan hacia nuevos supuestos acerca de la materialidad de los cuerpos, más allá de las marcas binarias del patriarcado (Millet, 1995), del sistema sexo/género (Rubin, 1986) o del sistema socio-sexual (Jónasdóttir, 1993). A pesar de que, incluso si fuéramos capaces de abandonar los esquemas del cuerpo dimórficamente sexuado, nada nos asegura *a priori* el abandono del binarismo como marco central de referencia (Lopes Louro, 2008), lo cierto es que el intento de ir más allá de las restricciones que imponen los significados de la masculinidad y la feminidad es un desafío al que varios intelectuales no están dispuestos a renunciar.

La sedimentación corporal de las *performances*

A esta altura ya queda claro que Butler cuestiona fuertemente el establecimiento de una realidad de género anclada en la anatomía de los cuerpos. Si bien la literatura suele enfatizar el problema de la intersexualidad para cuestionar la naturalización del sistema clasificatorio basado en el sexo anatómico, Butler se detiene, particularmente, en el travestismo (Butler, 2007, 2008). Menciona:

Si pensamos que vemos a un hombre vestido de mujer o a una mujer vestida de hombre, entonces estamos tomando el primer término de cada una de esas percepciones como la realidad del género: el género que se introduce mediante el símil no tiene realidad, y es una figura ilusoria [...] ¿Cuál es el sentido de realidad de género que origina de este modo dicha percepción? Tal vez creemos saber cuál es la anatomía de la persona [...]. Conocimiento naturalizado, aunque se basa en una serie de inferencias culturales (Butler, 2008, p. 27).

Todo parece indicar que lo que aporta realidad al género es el sexo anatómico, el que opera como un criterio natural a partir del cual se tornan inteligibles los cuerpos humanos en función de formas ideales. El cuerpo se constituye, de este modo, como un soporte, un anclaje ficticio que coagula y sostiene la matriz heterosexual, a partir de

la cual, al mismo tiempo, se producen dichos cuerpos como soportes naturalizados. De esta manera las normas de género se perpetúan circularmente de forma tal que generan los elementos que requiere para propagarse.

Es así que, para la autora, las categorías de varón y mujer pre-existen a la decodificación de los cuerpos: a partir de estas categorías *vemos* e interpretamos los cuerpos. En este sentido, el cuerpo se constituye como un ámbito que bien podría ser otra cosa, un campo sedimentado y reificado de la realidad de género. Hacer vacilar las categorías que entretejen la matriz heterosexual –varón/mujer– implica cuestionar la realidad de género, de modo que las fronteras que separan lo real de lo irreal comienzan a desdibujarse.

El travestismo se presenta como una ocasión privilegiada a la hora de pensar un cuestionamiento posible al conocimiento naturalizado del género, pues la parodia que supone, en asociación con la relación sexo/género, nos conduce a pensar el vínculo entre estas parodias y la idea de un original imitado (Butler, 2000). Para Butler, la parodia de género es una imitación sin un origen; después de todo, la totalidad de las producciones de género se presentan como una imitación.

La autora destaca, entonces, la importancia de pensar la polaridad a través de la cual se organizan los cuerpos como uno de los fundamentos políticos e ideológicos del orden social. Los aportes conceptuales de Judith Butler abordan la categoría cuerpo en términos de construcción de morfologías específicas. Al mismo tiempo, la autora expone la íntima relación que tal construcción mantiene con el proceso de constitución de la identidad de género, en el marco de arreglos y estrategias de poder que delimitan la inteligibilidad de algunos cuerpos en detrimento de otros, impensables e invivibles. Desde esta perspectiva, se privilegia la incidencia de la dimensión de los discursos sociales en la producción del sujeto corporeizado, en contraposición a la noción de sujeto que se autoconstituye a partir de concepciones que entienden la categoría de cuerpo en términos esencialistas y ahistóricos.

A criterio de Butler, entonces, el cuerpo ocupa un lugar capital en la comprensión del género, entendido como una *performance*, un

enactment cuya estructura es imitativa. Como es posible apreciar, el lugar del cuerpo, junto con la puesta en marcha de sutiles y estilizados actos, adquiere un lugar protagónico en la consecución del género. Su planteo es complejo, pues el desmantelamiento que Butler realiza respecto a las formas en las que se suele pensar al cuerpo sustancial implica reformular aquello que las fronteras del cuerpo encierran en términos de interno/externo, movimiento iniciado por Foucault (2008a) en su novedosa inversión de la relación alma/cuerpo a partir de la metáfora del encarcelamiento. En palabras de la autora:

actos, gestos y deseo crean el efecto de un núcleo interno o sustancia, pero lo hacen *en la superficie* del cuerpo, mediante el juego de ausencias significantes que evocan, pero nunca revelan, el principio organizador de la identidad como una causa. Dichos actos, gestos y realizaciones –por lo general interpretados– son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son *invenciones* fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos (Butler, 2007, p. 266).

Gender Trouble imprime una novedad en el abordaje de la relación entre el género y el cuerpo. El modo en que emerge en la superficie del texto butleriano el tratamiento del tema refiere a los intentos por vincular, borrando sus fronteras, las categorías de sexo y género. Es así que la idea de performatividad, vinculada a los diferentes tipos de gestos, movimientos y estilos corporales, adviene como un tercer elemento conceptual que permite el ataque a la distinción sexo/género. Al problematizar tal distinción, Butler expande la categoría de género para arrebatar al sexo de un sustancialismo inmutable y arrastrarlo hacia un nuevo territorio, donde es posible la resignificación paródica.

Imaginario morfológico⁸

Judith Butler, interesada por las fronteras erógenas del cuerpo, se interna en el análisis del ensayo freudiano *Introducción del narcisismo*

⁸ Todas las referencias a Judith Butler en este apartado, excepto que se indique lo contrario, corresponden a Butler (2008).

(1979d), en el cual se postula a la enfermedad y la hipocondría como experiencias corporales propias del narcisismo. A criterio de Freud, a partir de la dolencia orgánica se retira la libido de los objetos de amor. Luego, la concentración libidinal antes depositada en el objeto erotiza una parte del cuerpo y ese dolor se redobra a través de un dolor psíquicamente investido. La interpretación de Butler sitúa el modo en que Freud, mediante un giro textual, vincula las autoinvestiduras libidinales con la hipocondría, para dar paso al carácter indisoluble entre las heridas físicas y las heridas imaginarias.

Según Freud, la hipocondría deposita la libido sobre una parte del cuerpo, y ese mismo movimiento de investidura da origen psíquico a la parte corporal catectizada. Es decir que dicha parte del cuerpo cobra inteligibilidad a partir de tal investidura. Dolor e hipocondría, entonces, se vinculan en el *autodescubrimiento corporal*, siguiendo la denominación de Butler.

A partir de aquí, la autora postula la construcción imaginaria de las partes corporales, tesis que afirma el carácter indisoluble del cuerpo físico y la psique. Según las afirmaciones de Freud en *El yo y el ello* (1979i), es posible vincular la constitución del yo con las sensaciones corporales. Si, a criterio de Freud, podemos entender el surgimiento del yo como la proyección mental de la superficie del cuerpo y, de este modo, el cuerpo mismo representa las superficies del aparato mental, entonces la parte del cuerpo antecede causalmente a la constitución de su idea. De todas formas, tal como aclara Butler, la ambigüedad entre el dolor real y el dolor evocado se torna evidente. No es posible determinar si se trata de una conciencia que le imputa dolor al objeto, o si el dolor es causado por una dolencia efectiva que, posteriormente, la conciencia atenta registra. Sea como fuere, a criterio de Butler, la inscripción psíquica correspondiente a la idea de una parte corporal emerge en forma simultánea cuando dicha parte del cuerpo se torna fenomenológicamente accesible, lo que confirma la imposibilidad de aislar claramente la parte del cuerpo y la fantasmaticación de la misma que le otorga su carácter de experiencia psíquica.

A partir de la expresión “uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo” (Freud, 1979d, p. 82) con la que Freud delimita el trayecto que va desde el narcisismo hacia la elección de objeto, Butler enlaza la dimensión de la prohibición –implícita en el desenlace de toda elección de objeto– con los síntomas neuróticos que emergen en la superficie corporal a partir del acatamiento de tales prohibiciones. Es así que ciertas partes del cuerpo guardan la potencialidad de emerger como sitios de placer punible, al mismo tiempo que entrañan un registro de dolor para la conciencia. Si volvemos a las afirmaciones que dan inicio a esta línea argumentativa, en donde el dolor corporal se vincula al registro psíquico del cuerpo, es posible deslindar el estatuto de la prohibición en la constitución de la morfología de la superficie del cuerpo. Estas prohibiciones, que incluyen la prohibición de la homosexualidad, conducen a Butler a interrogarse: ¿qué se excluye para que se formen los límites del cuerpo?; ¿de qué modo amenaza esa exclusión tales límites?; ¿hasta qué punto es la superficie del cuerpo un efecto disimulado de lo que se excluye?

Si aceptamos el razonamiento de Butler, el acceso a la anatomía depende y coincide con un esquema imaginario. Por otra parte, negar la existencia de ese esquema implica negar la existencia del yo, instancia de centralización temporal de la experiencia. Ahora bien, ¿queda algún resto –ya sea en términos materiales o representacionales– que podamos llamar cuerpo más allá de los límites de tal esquematización? Para Butler, los contornos del cuerpo son sitios que vacilan entre lo psíquico y lo material. La materialidad del cuerpo, entonces, no debe pensarse como unilateralmente originada por la psique. Sin caer en un idealismo insostenible, la autora no niega que el carácter material del cuerpo depende de las esferas anátomo-fisiológicas y biológicas; sin embargo, propone pensar qué matrices interpretativas condicionan, permiten y limitan tal materialidad.⁹ Luego de plantear las consecuencias que tiene la teoría del narcisismo en la formación del yo corporal, Butler retoma las conceptualizaciones de Lacan en torno a *Le stade*

⁹ Para una sistematización más amplia y rigurosa véase Femenías, 2003, pp. 65-68.

du miroir (1987) que reescriben la teoría freudiana del narcisismo. Allí lee una concepción de morfología en relación con la idealización o ficción del cuerpo como totalidad y *locus* de control. Entonces, esta línea que establece la proyección narcisista e idealizante en la constitución de la morfología del cuerpo permite subvertir la idea de la existencia de un yo anterior a las identificaciones. Por el contrario, las identificaciones preceden al yo y la relación identificatoria con la imagen establece al yo. En síntesis, el yo no es una sustancia idéntica a sí misma, sino que es una historia sedimentada de relaciones imaginarias que sitúan el centro del yo fuera del yo. Es la *imago* externalizada que confiere y produce los contornos corporales. El espejo no se limita a reflejar un yo preexistente, sino que suministra el marco, la frontera, delineación espacial para que pueda elaborarse proyectivamente el yo mismo. Por otra parte, la imagen especular que ve el niño es una representación imaginaria que produce el niño mismo, quien confiere integridad y coherencia a su propio cuerpo.¹⁰

La identificación *queer* materializa al cuerpo¹¹

Situar los procesos de identificación al semejante en la base del sentimiento de identidad nos habilita para introducir la categoría de *identificación* en el centro de las líneas explicativas de la constitución de la identidad. Por tanto, referirnos al concepto de identidad nos lleva a delimitar el concepto de identificación. Este cobra un valor relevante en la obra de Piera Aulagnier, quien remarca el lugar del discurso en

¹⁰ Para otra mirada a partir de las ideas de Kaja Silverman (1996) véase capítulo 7.

¹¹ Esta denominación da cuenta del modo en que Butler explica cómo las normas de género participan en la materialización del cuerpo. Mi aporte consiste en sugerir que la identificación participa en tales procesos de materialización. Entonces, el recorrido argumentativo que aquí propongo para explicar el modo en que la identificación *con-forma*, en la juntura de un mismo proceso, identidad de género y cuerpo –lo que implica aproximar claves psicodinámicas que intentan explicar la constitución y propagación de la mimesis sexo/género–, bien podría realizarse desde la riqueza de las ideas que Kaja Silverman (1996) elabora a partir de intelectuales franceses (véase capítulo 7). En esta ocasión, continúo en el espectro francés pero apelo a las ideas de Piera Aulagnier (2004, 1991a, 1991b) respecto a la identificación entendida como proceso, para articular, desde allí, mis ideas desprendidas de los textos butlerianos de corte *queer*.

el advenimiento del yo, instancia que se constituye por la apropiación de los primeros enunciados identificatorios ofertados por las instancias parentales (Aulagnier, 2004). Dichos enunciados constituyen la voz que el yo repite al mismo tiempo que los reconoce como propios. Se organiza un espacio identificatorio (Aulagnier, 1991a) conformado por puntos de anclaje, núcleos identitarios que le permiten al sujeto reconocerse como siendo quien dice ser. Siguiendo sus desarrollos teóricos en lo referente a los principios que rigen el funcionamiento identificatorio –principio de permanencia y principio de cambio, ambos en relación de alianza (Aulagnier, 1991a)– podemos ubicar a la identidad no solo como aquello que permanece, núcleo de singularidad permanente que permite al yo posiciones estables y seguras para reconocerse a través de los cambios (Aulagnier, 1991b), sino también como aquello que se encuentra en un continuo devenir y transformación.

En relación con la identidad de género podemos afirmar, entonces, que no hay feminidad, tampoco masculinidad, ni anterior ni posterior al yo. El yo se constituye con las identificaciones primarias del *infans*, a partir de la oferta de significados culturales que realizan las instancias parentales, propuesta identificatoria que el adulto proyecta sobre el cuerpo del *infans*, la cual ya contiene nominaciones genéricas.

Ahora bien, ¿la identidad de género es el producto de una categoría social impuesta sobre un cuerpo anatómico? ¿Cuál es el estatuto del cuerpo en el proceso de constitución de la identidad de género? ¿Cuáles son los modos en que la construcción de la morfología corporal se vincula con el proceso de constitución de la identidad de género? Como Butler demuestra, el advenimiento del yo es correlativo a la proyección de una superficie corporal. Al mismo tiempo, el yo es sede de la identidad del sujeto. Si el yo es, fundamentalmente, un yo corporal, y si afirmamos que no existe un yo previo que asume un género determinado, sino que los enunciados identificatorios ofertados por las instancias parentales que constituyen el yo se encuentran altamente generizados, entonces es posible afirmar de forma convincente que la identidad de género y la morfología del cuerpo responden a un mismo proceso. El sentimiento de pertenecer a uno u otro género, entonces,

encuentra un punto de anclaje, aunque más no sea a través de una ficción, en el nivel del cuerpo. Los sutiles nudos que unen las identidades con las formas corporales generan la ilusión de continuidad. En este contexto, la conocida afirmación “la anatomía es destino” (Freud, 1979k, p. 185) nos sugiere que el cuerpo es la causa de la conformación de la identidad de género. Por el contrario, identidad y cuerpo son dos dimensiones estrechamente interconectadas, constituidas a través del mismo proceso. Tal vez aquí se encuentre una explicación posible para el fuerte carácter mimético existente, en la mayoría de los casos, entre sexo y género.

Ahora bien, afirmar que los límites corporales se contornean en la constitución misma de la identidad, generizada desde el momento de su constitución misma, nos permite pensar que, ante la propuesta identificatoria de un género particular, la cual acata la lógica del conjunto social que se desplaza en el marco del ordenamiento dicotómico de los géneros, reduce tal propuesta a solo dos opciones: varón o mujer. Si no podemos constituir nuestra identidad por fuera de estas opciones, entonces el yo solamente es capaz, a través de sus esquemas imaginarios, de proyectar dos cuerpos posibles: una *morphe* masculina o una *morphe* femenina. Una vez más se sostiene el profundo anudamiento y la aparente coherencia entre las características morfológicas de los cuerpos y la pertenencia a un género.

Por otra parte, como se ha mencionado antes, desde una perspectiva intersubjetiva que afirma que la constitución del sujeto no es posible sin la identificación humanizante del otro humano, Piera Aulagnier (2004) afirma que el yo adviene como resultado de los enunciados identificatorios que las instancias parentales proyectan sobre el cuerpo del *infans*. La violencia de dicha interpretación, según Aulagnier, si bien es necesaria para el ingreso del *infans* en el campo de lo humano, no por ello deja de estar signada por cierta arbitrariedad. Es posible pensar que el yo parental interpreta a través de sus esquemas imaginarios el cuerpo del *infans* y, consecuentemente, proyecta los enunciados identificatorios generizados en clave masculina o femenina, según la presencia o no de pene. Dicho discurso generizado es originado, en-

tonces, por la interpretación de partida; es decir, por la anatomía del cuerpo que ha sido decodificada desde los esquemas corporales normalizados y naturalizados de quien esté a cargo de la crianza. Estos enunciados identificatorios que preparan el lugar para el advenimiento del yo aún inexistente del *infans*, presuponen, y se fundamentan, entonces, en la mimesis sexo/género. La decodificación de esas formas corporales y la asignación temprana del género que le corresponde se siguen de suyo. El circuito se repite una y otra vez, a no ser que una repetición fallida corte alguno de los eslabones. Entonces, el ordenamiento de los cuerpos a partir del establecimiento dicotómico de imaginarios morfológicos y el ordenamiento de los géneros en el nivel identitario, también dicotómico y polarizado, constituyen un sistema de pesos y contrapesos que se retroalimentan y se equilibran mutuamente.

Sea como fuere, si el yo es efecto de una proyección de superficie corporal, si la materialidad es construida a través del desarrollo de la morfología, y si tales esquemas imaginarios regulados por la prohibición y el dolor pueden entenderse como efectos impuestos y materializados del poder regulador, entonces reelaborar los términos de tales prohibiciones sugiere la posibilidad de proyecciones variadas y de concebir imaginarios alternativos. Después de todo, como aclara Butler, las prohibiciones no siempre implican eficacia en la producción de cuerpos dóciles que acaten plenamente el ideal social; por ello es posible, a criterio de la autora, delinear superficies del cuerpo que no signifiquen las polaridades heterosexuales convencionales.

Hacia una intersección compleja¹²

Actualmente, varias pensadoras feministas no acuerdan con las premisas del construccionismo. A partir de *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (2006b) es posible afirmar que la innegable vinculación entre cuerpo y discurso no implica, necesariamente, afirmar que la materialidad del cuerpo sea solo discursiva, tampoco negar al cuerpo como existente real. Conlleva reconsiderar

¹² Para un desarrollo más amplio de este punto véase Martínez (2015c).

el estatuto epistemológico del cuerpo. Si en el campo de lo humano la materialidad del cuerpo no permanece independiente de los discursos sociales, y estos representan e incluso, en cierto sentido, otorgan existencia a los cuerpos, es necesario, entonces, estudiar las condiciones bajo las cuales el cuerpo material se convierte en sexuado.

Resulta claro para quien está inmerso en la literatura sobre el tema, que el pensamiento de Judith Butler ha generado múltiples interpretaciones y debates sobre las categorías de sexo y género, como también sobre el lugar en el queda inscripto el cuerpo a partir de la vinculación problemática entre ellas. No hay duda de que la postura de Butler señalada en *Gender Trouble* (2007) indica que el sexo es generizado. Esto implica que el sexo no es sin sus anudamientos constitutivos respecto a las normas de género. ¿No existe distinción entre sexo y género? ¿El sexo es construido absolutamente como género? ¿Todo el sexo muestra ser de manera completa género? Si el sexo se produce, construye y mantiene a través de las normas de género, entonces ¿qué pasa con el cuerpo? Como Butler misma admite, “tal discurso no es suficiente para argumentar que no hay ningún ‘sexo’ prediscursivo que actúe como el punto de referencia estable sobre el cual, o en relación con el cual, se realiza la construcción cultural del género” (Butler, 2008, p. 14). La misma autora parece ver claramente que la afirmación escéptica *no hay sexo natural* es insuficiente.¹³

Entonces, es posible registrar esfuerzos recientes de Butler por pensar el cuerpo (Johnson, 2005). Sus producciones actuales esquivan algunas líneas argumentativas interpretadas como una negación del sexo, e implícitamente del cuerpo. A partir de algunas ideas sugeridas en *Undoing Gender* (2006a), que cobran más fuerza desde *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (2006b), afirma que los cuerpos en su nueva dimensión emergente resultan fundamentales.

¹³ La potencia deconstructiva de *Gender Trouble* fija un hito fundacional innegable de la teoría *queer*. Sin embargo, a esta altura es posible sugerir que también existen otros espacios en los escritos iniciales de Judith Butler que atenúan el carácter hiperconstructivista que varios intelectuales han usufructuado. Coexisten, entonces, una potencia *queer* junto a procesos *queering* que capturan, decodifican e invisibilizan otras líneas; por ende, opacan la complejidad de su obra.

Tan es así que comienzan a ser motivos justificados para la acción y a servir como elementos constitutivos de una ontología universal (Butler, 2014). Butler dirige sus argumentos hacia la profunda vulnerabilidad de los cuerpos (2006b). Estos pueden ser afectados en múltiples niveles y formas, incluso son radicalmente dependientes. En otras palabras, nuestros cuerpos constantemente insisten –a pesar de nuestra negación a ello– en el hecho de que somos, siempre, con otros.

En *Undoing Gender* (2006a) Butler instala la idea de *vida vivible*. Nos dice: “lo más importante es cesar de legislar para todas estas vidas lo que es habitable sólo para algunos y, de forma similar, abstenerse de proscribir para todas las vidas lo que es invivable para algunos” (Butler, 2006a, p. 8). Todo parece indicar, entonces, que una vida vivible es aquella que muestra *conformidad de género*, es decir que no muestra desviaciones radicales respecto a las normas sexogénéricas. Por consiguiente, la incompatibilidad respecto a dichas normas puede, incluso, tornar una vida invivable. Esto es, la vida que transcurre en un cuerpo decodificado socialmente como femenino, que se autoidentifica como una mujer, que valora las normas de la feminidad, y ama a alguien del sexo *opuesto* –que a su vez se identifica con las normas de la masculinidad–, resultará mucho más vivible que, por ejemplo, una vida que transcurre en un cuerpo codificado socialmente como varón, pero que se identifica más con las normas de la feminidad que de la masculinidad y al mismo tiempo desea cuerpos e individuos masculinos. Este marco sienta las bases para lo que Butler llama la *lucha con la norma*.

Esta lucha se ubica en la definición misma de lo humano, donde se articulan los términos que definen qué vida contará como propiamente humana. Butler aborda filosóficamente el cuerpo y su articulación con las normas, a partir de una fuerte crítica a la idea de autonomía. Tomando como herramienta al psicoanálisis, trata el tema de manera poco convencional al mostrar cómo el dolor y el duelo siempre trabajan para deshacer la llamada autonomía humana. En el dolor y el duelo estamos al lado, *ex-státicamente*, de nosotros mismos.

Está claro que la autora no intenta articular una teoría del dolor ni del duelo. Dolor y duelo sirven para indicar aspectos que resultan no-

dales en el abordaje de una nueva definición del sujeto en relación con el cuerpo: estar al lado de uno mismo no se deriva de ninguna emoción o experiencia particular, sino de la naturaleza corporal de la existencia misma. Butler señala:

Afrontémoslo. Nos deshacemos unos a otros. Y si no, nos estamos perdiendo algo. Si esto se ve tan claro en el caso del duelo, es tan sólo porque éste ya es el caso del deseo. No siempre nos quedamos intactos. Puede ser que lo queramos, o que lo estemos, pero también puede ser que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, seamos deshechos frente al otro, por el tacto, por el olor, por el sentir, por la esperanza del contacto, por el recuerdo del sentir. Así, cuando hablamos de *mi* sexualidad o de *mi* género, tal como lo hacemos (y tal como debemos hacerlo) queremos decir algo complicado. Ni mi sexualidad ni mi género son precisamente una posesión, sino que ambos deben ser entendidos como *maneras de ser desposeído*, maneras de ser para otro o, de hecho, en virtud de otro (Butler, 2006a, p. 38).

Entonces, *Undoing Gender* no es necesariamente un manifiesto deconstructivista, ya que la autora señala que siempre estamos, *a priori*, deshechos por nuestros géneros, deshechos por nuestros propios cuerpos. Por un lado, algunas vidas quedan condenadas a la lucha con las normas de género que hacen sus vidas poco vivibles, pero en un nivel más profundo, Butler revela el grado en el que estamos, desde el comienzo, deshechos por la sunción del género.

La autora argumenta:

Es a través del cuerpo que el género y la sexualidad se exponen a otros, que se implican en los procesos sociales, que son inscritos por las normas culturales y aprehendidos en sus significados sociales. En cierto sentido, ser un cuerpo es ser entregado a otros aunque como cuerpo sea, de forma profunda, 'el mío propio' (Butler, 2006a, pp. 39-40).

Cuando se trata de nuestros cuerpos emerge la preocupación constante por los demás. Butler señala que, si bien luchamos por los de-

rechos de nuestros cuerpos, también debemos reconocer (al menos implícitamente) que nuestros cuerpos no pueden ser nunca completamente nuestros. Llama a esto la *paradoja de la autonomía corporal*. Nos dice:

mi cuerpo es y no es mío. Desde el principio es dado al mundo de los otros, lleva su impronta, es formado en el crisol de la vida social; sólo posteriormente el cuerpo es, con una innegable incertidumbre, aquello que reclamo como mío (Butler, 2006a, p. 41).

Es así como –sugiere– la política del cuerpo debe ser una política no solo de los derechos que se adhieren a los cuerpos, sino una política que se ocupa de las normas que hacen a la vida vivible.

Entonces, los cuerpos nos deshacen porque su significado excede nuestro alcance. Tal significado permanece en la esfera de las normas de género y de la sexualidad, y esas normas son rearticuladas en la cultura, en la sociedad, en la política. Las políticas de Butler enfocan el funcionamiento de la norma no porque ella ignore los cuerpos, sino precisamente porque reconoce el papel que las normas deben jugar en cualquier política del cuerpo. Señala “cuando luchamos por nuestros derechos no estamos sencillamente luchando por derechos sujetos a mi persona, sino que estamos luchando para ser concebidos como personas” (Butler, 2006a, p. 56). Es así que la lucha para hacer posible una vida vivible no puede borrar al cuerpo. Mientras que tal política concede que el cuerpo es *nuestro* –es decir, que uno tiene derecho a él–, esta política debe insistir en que el cuerpo también resulta no ser del todo nuestro. Y esa política debe centrar la atención en aquellas normas que hacen a la vida vivible para algunos cuerpos e invivible para otros. En sus palabras: “cuando hablamos de derechos sexuales no estamos simplemente hablando de derechos relacionados con nuestros deseos individuales, sino de las normas de las que depende nuestra propia individualidad” (Butler, 2006a, p. 58). Así es como Butler reconoce la relevancia de una causa política que reivindique los derechos sexuales, pero al mismo tiempo se niega a tomar al sujeto político como algo dado, previo, como punto de partida para la política,

ya que la política debe estar relacionada, desde este punto de vista, con la producción de ese sujeto.

Esta insistencia constante en la relación entre los cuerpos y las normas nos conduce hacia lo que, tal vez, es la definición más notable de cuerpo que Butler formula: “el cuerpo es aquello que puede ocupar la norma en una miríada de formas, que pueden exceder la norma, volver a dibujar la norma y exponer la posibilidad de la transformación de realidades a las cuales creíamos estar confinados” (Butler, 2006a, pp. 306-307).

En suma, los últimos aportes de Butler en torno al cuerpo se alejan de su intento inicial por borrar el sexo, pues su interés ya no transcurre por colapsar su diferencia respecto al género. A pesar de que, aun en sus últimas producciones, Butler no negaría que cualquier aporte en función de la categoría de género debe renunciar a la noción de sexo como algo natural. Incluso también destacaría que el género no debe ser reducido al sexo; tampoco tomar al sexo como un terreno causal para el anterior. Sin embargo, esa explicación debe al mismo tiempo evitar la trampa de la inversión de esa causalidad. Generizar el sexo no significa, necesariamente, eliminar el sexo. Es posible, si tenemos en cuenta los aportes recientes de Butler, una teoría del sexo/género que sitúe la relación entre sexo y género al mismo tiempo que toma al sexo como una construcción discursiva de gran alcance, con importantes efectos sociales y políticos. Entonces, el cuerpo adviene como un sitio que permite y limita la acción política. Nuevamente, esto no significa que el cuerpo pueda o deba ser reducido al discurso. De hecho, el cuerpo excede el discurso y reelabora las normas que lo limitarían. Resulta interesante evitar un idealismo que reduce toda la materia a los signos, pero sin caer en un realismo extremo que separa radicalmente la materia de los signos. La primera posición ignora el hecho de que la materia no puede ser creada por el discurso. La segunda pasa por alto el hecho de que la materia es y solo se materializa a través del discurso. Ambas siguen ciegas ante la simple verdad de que todos los signos son en sí mismos materiales (Butler, 2008).

Es en *Bodies that matter* que Butler reformula su línea teórica, al

menos parcialmente, presente en *Gender Trouble* respecto a la materialidad de los cuerpos como puramente discursiva. La reformulación refiere a introducir la dinámica de poder presente en el proceso de materialización, lo que torna a la materia de los cuerpos indisoluble de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales. Butler nos dice:

Suelo considerar la relación entre cuerpo y discurso como un ‘quiasmo’. Esta figura retórica procura comprender de qué manera dos entidades se superponen sin ser coextensas entre sí [...]. El cuerpo cobra forma y figura en el contexto de ciertas normas discursivas [...] que lo ‘con-forma’ activamente. Pero al cuerpo no puede reducirse a las distintas formas que adopta, ya que por debajo de su desarrollo y transmutación hay algo continuo [...]. Nunca nos encontramos con un cuerpo ‘crudo’ o puro, ni siquiera en momentos extremos de placer o dolor [...]. Ambos pueden quebrar la forma, pero no por eso dejan de relacionarse con ella [...] el cuerpo y la forma discursiva a través de la cual se materializa son indisolubles, pero al mismo tiempo no se reducen uno al otro (Butler, 2008, p. 83).

Ciertamente, este postulado, que implica una torsión clave que aún se intenta rescatar, ya está presente en uno de los segmentos iniciales de su obra, cuando afirma que:

Esto no significa que, por un lado, el cuerpo sea sencillamente materia lingüística o, por el otro, que no influya en el mensaje. En realidad influye en el lenguaje todo el tiempo. La materialidad del lenguaje, o más precisamente del signo mismo que procura denotar “materialidad”, sugiere que no todo, incluyendo la materialidad, es desde siempre lenguaje. Por el contrario, la materialidad del significante (una “materialidad” que comprende tanto los signos como su eficacia significativa) implica que no puede haber ninguna referencia a una materialidad pura salvo a través de la materialidad. Por lo tanto, no es que uno no pueda salirse del lenguaje para poder captar la materialidad en sí misma y de sí mismo; antes bien, todo esfuerzo por referirse a la materialidad se realiza

a través de un proceso significante que, en su condición sensible, es siempre ya material. En este sentido, pues, el lenguaje y la materialidad no se oponen, porque el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación (Butler, 2008, p. 110).

Referencias bibliográficas

- Abelin, E. (1971). The role of the father in the separation-individuation process. En J. McDevitt y C. Settlage (Eds.), *Separation-individuation: Essays in honor of Margaret S. Mahler* (pp. 229-252). New York: Int. Univ. Press.
- Abelin, E. (1975). Some further observations and comments on the earliest role of the father. *International Journal of Psychoanalysis*, 56, 293-302.
- Adelman, M. y Ruggi, L. (2008). The beautiful and the abject: gender, identity and constructions of the body in contemporary Brazilian culture. *Current Sociology*, 56(4), 555-586.
- Agacinski, S. (1998). *Política de sexos*. Madrid: Taurus.
- Al-Amoudi, I. (2007). Redrawing Foucault's social ontology. *Organization*, 14(4), 543-563.
- Alizade, M. (2010). El espacio psíquico no-madre. En B. Zelcer (Comp.), *Diversidad Sexual* (pp. 77-90). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Amesley, C. (1988). Marginal Sexual Practices: Pornography, Feminism and the Struggle with the State. *Journal of Communication Inquiry*, 12, 90-103.
- Amícola, J. (2000). *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*. Buenos Aires: Paidós.
- Attwood, F. (2002). Reading Porn: The Paradigm Shift in Pornography Research. *Sexualities*, 5(1), 91-105.
- Aulagnier, P. (1991a). Los dos principios del funcionamiento

- identificadorio, permanencia y cambio. En L. Hornstein (Comp.), *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991b). Construir(se) un pasado. *Revista de psicoanálisis de APdeBA*, 13(3).
- Aulagnier, P. (2004) [1975]. *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ayim, M. y Houston, B. (1985). The Epistemology of Gender Identity: Implications for Social Policy. *Social Theory and Practice*, 11(1), 25-59.
- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- Bach, A. M. Femenías, M. L., Gianella, A., Roulet, M. y Santa Cruz, M. I. (1994). Para comprender el género: precisiones epistemológicas. En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach, M. L. Femenías, A. Gianella y M. Roulet, *Mujeres y Filosofía (I). Teoría filosófica de Género* (pp. 59-66). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Badinter, E. (2003). *Hombres/Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Balsam, R. (2001). Integrating male and female elements in a woman's gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(4), 1335-1360.
- Balsamo, A. (1996). *Technologies of the gendered body*. Durham: Duke University Press.
- Bargas, M. L. (2011). Del descubrimiento a la creación histórico-social del dismorfismo sexual. En M. A. Gutiérrez (Comp.), *Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades* (pp. 67-90). Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Barnett, M. (1966). Vaginal awareness in the infancy and childhood of girls. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 14(1), 129-141.
- Barnett, M. (1968). "I can't" versus "He won't": further considerations of the psychical consequences of the anatomic and physiological differences between the sexes. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16, 588-600.

- Basaure, M. (2009). Foucault and the 'anti-oedipus movement': psychoanalysis as disciplinary power. *History of Psychiatry*, 20(3), 340-359.
- Beatrice, J. (1998). Sexual overstimulation as a cause of unstable gender identity in men: a case report. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(3), 753-776.
- Beauvoir, S. de (2007) [1949]. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo. (Trabajo original publicado en 1949).
- Beloff, H. (1992). On being ordinary. *Feminism & Psychology*, 2(3), 424-426.
- Benjamin, J. (1980). The Bonds of Love: Rational Violence and Erotic Domination. *Feminist Studies*, 6(1), 144-174.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos del amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (2002). The question of sexual difference. *Feminism & Psychology*, 12(1), 39-43.
- Berger, A-E. (2016). *El gran teatro del género. Identidades, sexualidades y feminismos*. Buenos Aires: Mardulce.
- Bernstein, D. (1983). The female superego: A different perspective. *International Journal of Psychoanalysis*, 64, 187-201.
- Bernstein, D. (1990). Female genital anxieties, conflicts, and typical mastery modes. *International Journal of Psycho-Analysis*, 71, 151-165.
- Bernstein, D. (1993). *Female Identity Conflict in Clinical Practice*. Northvale, NJ: Jason Aronson.
- Bjerrum Nielsen, H. y Rudberg, M. (2002). Chasing the place where the psychological meets the cultural. *Feminism & Psychology*, 12(1), 44-48.
- Bleichmar, N. y Leiberman de Bleichmar, C. (1997). *El psicoanálisis después de Freud. Teoría y Clínica*. México: Paidós.
- Blos, P. (1985). *Son and Father: Before and beyond the Oedipal Complex*. New York: Free Press.

- Bolsø, A. (2001). When Women Take: Lesbians Reworking Concepts of Sexuality. *Sexualities*, 4(4), 455-473.
- Bordo, S. (1993). *Unbearable Weight: feminism, western culture, and the body*. Berkeley: University of California Press.
- Bourke, J. (2009). Violencia, política, erótica. En J. Bourke, *Los violadores. Historia del estupro de 1860 a nuestros días* (pp. 505-539). Barcelona: Crítica.
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- Braidotti, R. (2003). Becoming woman: or sexual difference revisited. *Theory, Culture & Society*, 20(3), 43-64.
- Bray, A. (2001). Not woman enough. Irigaray's culture of difference. *Feminist Theory*, 2(3), 311-327.
- Breuer, J. y Freud, S. (1979) [1893]. Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar. *Obras Completas* (Vol. II). Buenos Aires: Amorrortu.
- Brickell, C. (2006). Sexology, the homo/hetero binary, and the complexities of male sexual history. *Sexualities*, 9(4), 423-447.
- Brown, W. (1995). *States of injury: power and freedom in late modernity*. Princeton: Princeton University Press.
- Burack, C. (2002). Re-kleining feminist psychoanalysis. *Feminism & Psychology*, 12(1), 33-38.
- Burin, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Burns, M. (2003). Interviewing: embodied communication. *Feminism & Psychology*, 13(2), 229-236.
- Butler, J. (1986). Sex and gender in Simone de Beauvoir's Second Sex. *Yale French Studies*, 72, 35-49.
- Butler, J. (1990). Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory. En S-E. Case (Ed.), *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre* (pp. 270-282). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

- Butler, J. (1992). Problemas de los géneros, teoría psicoanalítica y discurso psicoanalítico. En L. Nicholson (Comp.), *Feminismo/ Posmodernismo* (pp. 75-95). Buenos Aires: Feminaria.
- Butler, J. (1999). Revisiting bodies and pleasures. *Theory, Culture & Society*, 16(2), 11-20.
- Butler, J. (2000). Imitación e insubordinación de género. En R. Giordano y G. Graham (eds.), *Graffías de Eros*. Buenos Aires: Edelp.
- Butler, J. (2001a). *Mecanismos psíquicos del poder: Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- Butler, J. (2001b). *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure.
- Butler, J. (2006a). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2006b). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007) [1990]. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2008) [1993]. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2009). El transgénero y la actitud de la revuelta. *Revista de psicoanálisis*, LXVI(3), 731-748.
- Butler, J. (2014). Vida precaria, vulnerabilidad y ética de cohabitación. En B. Saez Tajafuerce (Ed.), *Cuerpo, memoria y representación* (pp. 7-80). Barcelona: Icaria.
- Candiotto, C. (2010). Verdade e sujeição da subjetividade. En *Foucault e a crítica da verdade* (pp.63-92). Belo Horizonte: Autêntica Editora.
- Cangiano, M. C. y DuBois, L. (1993). *De mujer a género*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Carroll, J., Padilla-Walker, L., Nelson, L., Olson, Ch., McNamara Barry, C. y Madsen, S. (2008). Generation XXX. Pornography Acceptance and Use Among Emerging Adults. *Journal of Adolescent Research*, 23(1), 6-30.
- Casale, R. (2006). Deseo y producción de agencia en Judith Butler. En M. L. Femenías (Comp.), *Feminismos de París a La Plata* (pp. 67-80). Buenos Aires: Catálogos.

- Castoriadis, C. (1993). *La Institución Imaginaria de la Sociedad* (Vol. 2). Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Cavarero, A. (2000). *Relating narratives. Storytelling and selfhood*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Chambers, S. (2007). 'Sex' and the problem of the body: reconstructing Judith Butler's theory of sex/gender. *Body & Society*, 13(4), 47-75.
- Changfoot, N. (2009a). Transcendence in Simone de Beauvoit's *The Second Sex*: revisiting masculinist ontology. *Philosophy Social Criticism*, 35(4), 391-410.
- Changfoot, N. (2009b). *The Second Sex's* continued relevance for equality and difference feminisms. *European Journal of Women's Studies*, 16(1), 11-31.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1977) [1964]. La culpabilidad femenina (Algunos aspectos específicos del Edipo femenino). En J. Chasseguet-Smirgel (Comp.), *La sexualidad femenina* (pp. 119-168). Barcelona: Laia.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- Chodorow, N. (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities: Freud and Beyond*. Lexington: University of Kentucky Press.
- Chodorow, N. (1995). Gender as a personal and cultural construction. *Signs*, 20, 516-544.
- Chodorow, N. (1996). Theoretical gender and clinical gender. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(suppl.), 215-238.
- Chodorow, N. (1999). Commentaries. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(2), 365-370.
- Chodorow, N. (2002a). The cycle completed: mothers and children. *Feminism & Psychology*, 12(1), 11-17.
- Chodorow, N. (2002b). Response and afterword. *Feminism & Psychology*, 12(1), 49-53.
- Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- Chodorow, N. (2005). Gender on the modern-postmodern and

- classical-relational divide: untangling history and epistemology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1097-1118.
- Chodorow, N. (2008). Introduction: the Loewaldian legacy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56(4), 1089-1096.
- Chodorow, N. (2010). Beyond the dyad: individual psychology, social world. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 58(2), 207-230.
- Chodorow, N. (2012). *Individualizing gender and sexuality: theory and practice*. New York: Routledge.
- Chodorow, N. y Contratto, S. (1982). The fantasy of the perfect mother. En B. Thorne (Ed.), *Rethinking the family: Some feminist questions* (pp. 54-75). New York: Longman.
- Ciclitira, K. (2004). Pornography, Women and Feminism: Between Pleasure and Politics. *Sexualities*, 7(3), 281-301.
- Clower, V. (1975). Significance of masturbation in female sexual development and function. En I. M. Marcus y J. J. Francis (Eds.). *Masturbation from Infancy to Senescence* (pp. 107-144). New York: International Universities Press.
- Collin, F. (2010). No se nace mujer y se nace mujer. Las ambigüedades de Simone de Beauvoir. En B. Cagnolati y M. L. Femenías (Comps.), *Simone de Beauvoir. Las encrucijadas de 'el otro sexo'*. La Plata: Edulp.
- Collins, B. (1990). Pornography and Social Policy: Three Feminist Approaches. *Affilia*, 5(4), 8-26.
- Conway, J., Bourque, S. y Scott, J. (1996). El concepto de género. En M. Lamas (Comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 21-33). México: PUEG.
- Cook, A. (2009). The politics of pleasure talk in 18th-century Europe. *Sexualities*, 12(4), 451-466.
- Córdova Plaza, R. (2003). Reflexiones teórico-metodológicas en torno al estudio de la sexualidad. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2), 339-360.
- Cowan, S. (2010). The Elvis we deserve: the social regulation of sex/

- gender and sexuality through cultural representations of 'The King'. *Law, Culture and the Humanities*, 6(2), 221-244.
- Crawford, M. (1992). Identity, 'Passing' and Subversion. *Feminism & Psychology*, 2(3), 429-431.
- Cryle, P. (2009a). Interrogating the work of Thomas W. Laqueur. *Sexualities*, 12(4), 411-417.
- Cryle, P. (2009b). 'Les choses et les mots': missing words and blurry things in the history of sexuality. *Sexualities*, 12(4), 437-450.
- Currier, D. (2003). Feminist technological futures. Deleuze and body/technology assemblages. *Feminist Theory*, 4(3), 321-338.
- Dahl, E. (1996). Penis envy revisited. *Psychoanalytic Study of the Child*, 51, 303-325.
- De Marneffe, D. (1997). Bodies and words: A study of young children's genital and gender knowledge. *Gender and Psychoanalysis*, 2, 3-33.
- Deutsch, H. (1973). *La psicología de la mujer. Primera Parte*. Buenos Aires: Losada.
- Deutscher, P. (2003). Between east and west and the political of 'cultural ingenuité': Irigaray on cultural difference. *Theory, Culture & Society*, 20(3), 65-75.
- Di Signi, S. (2013). *Sexualidades. Tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Diamond, M. (2002). Sex and Gender are Different: Sexual Identity and Gender Identity are Different. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3), 320-334.
- Diamond, M. (2006). Masculinity unraveled: the roots of male gender identity and the shifting of male ego ideals throughout life. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4), 1099-1130.
- Dinnerstein, D. (1967). 'The little mermaid' and the situation of the girl. *Contemporary Psychoanalysis*, 3(2), 104-112.
- Dinnerstein, D. (1976). *The Mermaid and the Minotaur*. New York: Harper & Row.
- Dinshaw, C. (2008). Perspectivas Queer. En À. Carabí y J. Armengol (Comps.), *La masculinidad a debate*. Barcelona: Icaria.

- Dio Bleichmar, E. (1992). Del sexo al género. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 1, 127-155.
- Dio Bleichmar, E. (1997) [1985]. *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Dorlin, E. (2009). *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Driver, S. (2005). Intersubjective openings. Rethinking feminist psychoanalytics of desire beyond heteronormative ambivalence. *Feminist Theory*, 6(1), 5-24.
- Duindam, V. y Spruijt, E. (2002). The reproduction of fathering. *Feminism & Psychology*, 12(1), 28-32.
- Duncker, P. (1992). Heterosexuality: Fictional agendas. *Feminism & Psychology*, 2(3), 353-365.
- Dworkin, A. (1981). *Pornography: Men Possessing Women*. London: The Women's Press.
- Edgumbe, R. y Burgner, M. (1975). The phallic narcissistic phase: a differentiation between preoedipal and oedipal aspects of phallic development. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 30, 161-180.
- Ehrhardt, A. (1977). Links fetal exposure to progesterone to femininity. *Clinical Psychiatry News*, 5, 7.
- Elise, D. (1997). Primary femininity, bisexuality and the female ego ideal: A re-examination of female developmental theory. *Psychoanalytic Quarterly*, 46, 489-517.
- Elise, D. (1998). Absence of the paternal penis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(2), 413-442.
- Elliot, A. (1995). *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Engel Gross, H., Bernard, J., Dan, A., Glazer, N., Lorber, J., McClintock, M., Newton, N. y Rossi, S. (1979). Considering 'A Biosocial Perspective on Parenting'. *Signs*, 4(4), 695-717.
- Evans, M. (1997). *Introducción al pensamiento feminista contemporáneo*. Madrid: Minerva Ediciones.
- Fast, I. (1979). Developments in gender identity: Gender differentiation

- in girls. *International Journal of Psycho-Analysis*, 60, 443-453.
- Fast, I. (1984). *Gender Identity: A Differentiation Model*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Fast, I. (1990). Aspects of early gender development: toward a reformulation. *Psychoanalytic Psychology*, 7(suppl.), 105-118.
- Fausto-Sterling, A. (2006) [2000]. *Cuerpos sexuados* (Trad. A. García Leal). Barcelona: Melusina.
- Femenías, M. L. (1998). Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno del 'sujeto'. *Mora*, 4, 3-27.
- Femenías, M. L. (2000). *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías, M. L. (2007). *El género del Multiculturalismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Femenías, M. L. (2008). Identidades esencializadas / violencias activadas. *Isegoría*, 38, 15-38.
- Femenías, M. L. (2012). *Sobre sujeto y género. (Re)Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Rosario: Prohistoria.
- Femenías, M. L. (2013). Violencia de sexo-género: el espesor de la trama. En *Los ríos subterráneos* (Vol. 1 –Violencias cotidianas en las vidas de las mujeres) (pp. 65-93). Rosario: Prohistoria.
- Femenías, M. L. (2014). Comunicación personal.
- Fernández, J. (2003). Los cuerpos del feminismo. En D. Maffía (Comp.), *Sexualidades migrantes. Género y transgénero* (pp. 86-96). Buenos Aires: Feminaria.
- Fernández Gonzalo, J. (2011). *Filosofía zombi*. Barcelona: Anagrama.
- Firestone, S. (1970). *The dialectic of sex. The case for feminist revolution*. New York: Bantam Books.
- Flax, J. (1978). The Conflict between Nurture and Autonomy in Mother-Daughter Relationships and within Feminism. *Feminist Studies*, 4(2), 171-189.
- Flax, J. (1995). *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*. Madrid: Cátedra.

- Flax, J. (2002). Reentering the Labyrinth: Revisiting Dorothy Dinnerstein's *The Mermaid and the Minotaur*. *Signs*, 27(4), 1037-1057.
- Flax, J. (2004). What Is the Subject? Review Essay on Psychoanalysis and Feminism in Postcolonial Time. *Signs*, 29(3), 905-923.
- Flax, J. (2006). Masculinity and its discontents: Commentary on Reichbart and Diamond. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4), 1131-1138.
- Flescher, J. (1948). On neurotic disorders of sensibility and body scheme. *The International Journal of Psychoanalysis*, 29(3), 156-162.
- Fliegel, Z. (1973). Feminine psychosexual development in Freudian theory: A historical reconstruction. *Psychoanalytic Quarterly*, 42, 385-408.
- Flood, M. (2008). Men, Sex, and Homosociality: How Bonds between Men Shape Their Sexual Relations with Women. *Men and Masculinities*, 10(3), 339-359.
- Fogel, G. (2006). Riddles of masculinity: gender, bisexuality and the thirdness. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4), 1139-1163.
- Fonagy, P. y Target, M. (2007). The rooting of the mind in the body: new links between attachment theory and psychoanalytic thought. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55(2), 411-456.
- Foster, J. (1999). An invitation to dialogue: clarifying the position of feminist gender theory in relation to sexual difference theory. *Gender & Society*, 13(4), 431-456.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber* (Trad. A. Garzón del Camino). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008a) [1975]. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008b) [1976]. *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad* (Vol. 1). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008c) [1984]. *La inquietud de sí. Historia de la sexualidad* (Vol. 3). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Foucault, M. (2010) [1984]. *El uso de los placeres. Historia de la sexualidad* (Vol. 2). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2012) [1977]. Poder y saber. En M. Foucault, *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida* (pp. 67-86). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2013) [1981]. El triunfo social del placer sexual. Una conversación con Michel Foucault. En M. Foucault, *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto* (pp. 116-122). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fraiberg, S. (1972). Some characteristics of genital arousal and discharge in latency girls. *Psychoanalytic Study of the Child*, 27, 439-475.
- Fraisse, G. (1996). *La diferencia de los sexos*. Buenos Aires: Manantial.
- Fraser, N. y Nicholson, L. (1992). Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo. En L. Nicholson (Comp.), *Postmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria. (Trabajo original publicado en 1990).
- Freud, A. (1968) [1952]. The role of bodily illness in the mental life of children. En A. Freud, *Indications for Child Analysis and Other Papers*. New York: International University Press.
- Freud, S. (1979a) [1900]. La interpretación de los sueños. *Obras Completas* (Tomo IV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b) [1905]. Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas* (Tomo VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979c) [1913]. Tótem y Tabú. *Obras Completas* (Tomo XIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979d) [1914]. Introducción del narcisismo. *Obras completas* (Tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979e) [1915]). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas* (Tomo XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979f) [1917]. Conferencias de introducción al psicoanálisis (continuación). Parte III Doctrina general de las neurosis. *Obras Completas* (Tomo XVI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979g) [1920]. Más allá del principio de placer. *Obras Completas* (Tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1979h) [1921]. Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas* (Tomo XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979i) [1923a]. El yo y el ello. *Obras Completas* (Tomo XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979j) [1923b]. La organización genital infantil. *Obras Completas* (Tomo XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979k) [1924]. El sepultamiento de complejo de Edipo. *Obras Completas* (Tomo XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979l) [1926a]. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? *Obras Completas* (Tomo XX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979m) [1926b]. Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas* (Tomo XX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979n) [1931]. La sexualidad femenina. *Obras Completas* (Tomo XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979ñ) [1933]. 33ª conferencia. La feminidad. *Obras Completas* (Tomo XXII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Friedan, B. (1974) [1963]. *La mística de la feminidad*. Madrid: Jucar.
- Friedman, R. (1996). The role of the testicles in male psychological development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(1), 201-253.
- Frosch, J. (1964). The psychotic character: Clinical psychiatric considerations. *The Psychoanalytic Quarterly*, 38, 81-96.
- Fuss, D. (1995). *Identification papers*. New York: Routledge.
- Galenson, E. y Roiphe, H. (1976). Some early suggested revisions concerning early female development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5), 29-57.
- Galenson, E y Roiphe, H. (1980). The preoedipal development of the boy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28(4), 805-827.
- Galster, I. (2001). Fifty Years after Simone de Beauvoir's *The Second Sex*. What is the Situation of French Feminism? A Conversation with French Historian Michelle Perrot. *European Journal of Women's Studies*, 8(2), 243-252.
- Gambaudo, S. (2007). French feminism vs Anglo-American feminism:

- a reconstruction. *European Journal of Women's Studies*, 14(2), 93-108.
- Garlick, S. (2010). Taking control of sex? Hegemonic masculinity, technology, and internet pornography. *Men & Masculinities*, 12(5), 597-614.
- Gedalof, I. (2000). Identity in transit: nomads, cyborgs and women. *European Journal of Women's Studies*, 7(3), 337-354.
- Gediman, H. (2005). Premodern, modern, and postmodern perspectives on sex and gender mixes. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1059-1078.
- Gergen, M. (1992). Unbundling Our Binaries – Genders, Sexualities, Desires. *Feminism & Psychology*, 2, 447-450.
- Giardini, F. (2003). Speculum of being two: politics and theory after all these years. *Theory, Culture & Society*, 20(3), 13-26.
- Giffney, N. (2004). Denormatizing Queer Theory: More Than (Simply) Lesbian and Gay Studies. *Feminist Theory*, 5(1), 73-78.
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gimeno Reinoso, B. (2005). *Historia y análisis político del Lesbianismo. La liberación de una generación*. Barcelona: Gedisa.
- Glynos, J. (2000). Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory. *Philosophy & Social Criticism*, 26(6), 85-108.
- Goldie, T. (2014). *The man who invented gender. Engaging the ideas of John Money*. Vancouver: UBC Press.
- Goldsmith, S. (2001). Oedipus or Orestes? Homosexual men, their mothers, and other women revisited. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(4), 1269-1287.
- Govrin, A. (2006). The dilemma of contemporary psychoanalysis: toward a "knowing" post-postmodernism. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(2), 507-535.
- Gray, P. (1967). Activity-Passivity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 15, 709-728.
- Green, A. I. (2010). Remembering Foucault: Queer Theory and disciplinary power. *Sexualities*, 13(3), 316-337.

- Greenacre, P. (1953). Certain Relationships Between Fetishism and Faulty Development of the Body Image. *Psychoanalytic Study of the Child*, 8, 79-98.
- Greenacre, P. (1958). Early physical determinants in the development of a sense of identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 6(4), 612-627.
- Greenson, R. (1954). The struggle against identification. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(2), 200-217.
- Greenson, R. (1995). Desidentificarse de la madre: su especial importancia para el niño varón. *Revista Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 21, 221-229.
- Greer, G. (1971). *The Female Eunuch*. London: Paladin.
- Griffiths, M. (1996). *Feminisms and the self: The web of identity*. New York: Routledge.
- Grossman, W. y Stewart, W. (1976). Penis envy. From childhood wish to develop mental metaphor. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(suppl.), 193-213.
- Grosz, E. (1993). Merleau-Ponty and Irigaray in the flesh. *Thesis Eleven*, 36, 37-59.
- Grosz, E. (1994). *Volatile bodies: towards a corporeal feminism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Halberstam, J. y Livingston, I. (Eds.). (1995). *Posthuman bodies*. Bloomington: Indiana University Press.
- Halperin, D. (2000). ¿Hay una historia de la sexualidad? En *Grafiás de Eros. Historia, Género e Identidades Sexuales*. Buenos Aires: Edelp.
- Halperin, D. (2004). Identidad y desencanto. En *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico* (pp. 105-120). Buenos Aires: Letra Viva/Edelp.
- Halperin, D. (2007). *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política

- regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y Sociedad*, 30, 121-163.
- Harris, A. (1991). Gender as contradiction: The discussion of Freud's 'The psychogenesis of a case of homosexuality in a woman'. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 197-224.
- Harris, A. (2005). Gender in linear and non-linear history. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1079-1095.
- Harrison, I. (1979). On Freud's view of the Infant-Mother relationship and of the Oceanic Feeling -some subjective influences. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27, 399-421.
- Hawkesworth, M. (2010). From constitutive outside to the politics of extinction: critical race theory, feminist theory, and political theory. *Political Research Quarterly*, 63(3), 686-696.
- Heilbrunn, G. (1979). Biologic correlates of psychoanalytic concepts. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27, 597-626.
- Heiman, M. (1968). Female sexuality: introduction. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16, 565-568.
- Hekman, S. (2000). Beyond identity: feminism, identity and identity politics. *Feminist Theory*, 1(3), 289-308.
- Hemmings, C. y Grace, F. (1999). Stretching queer boundaries: an introduction. *Sexualities*, 2(4), 387-396.
- Hendrick, I. (1951). Early development of the ego: identification in infancy. *The Psychoanalytic Quarterly*, 20, 44-61.
- Hernando, A. (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Katz.
- Hersford, V. (2005). Feminism and its ghosts: the spectre of the feminist-as-lesbian. *Feminist Theory*, 6(3), 227-250.
- Hird, M. (2004). Naturally queer. *Feminist Theory*, 5(1), 85-89.
- Hoffer, W. (1949). Mouth, hand and ego integration. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 3-4, 49-56.
- Hoffman, L. (1999). Passions in girls and women: toward a bridge between critical relational theory and modern conflict theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(4), 1145-1168.

- Hollway, W. (1993). Theorizing Heterosexuality: A Response. *Feminism & Psychology*, 3(3), 412-417.
- Horney, K. (1970) [1926]. *Psicología femenina*. Buenos Aires: Psique.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz.
- Irigaray, L. (1985a). Otro modo de sentir. *Cuadernos inacabados* (N.º 5) (pp. 35-51). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1985b). El otro género de la naturaleza. *Cuadernos inacabados* (N.º 5) (pp. 19-34). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1985c). Cuerpo a cuerpo con la madre. *Cuadernos inacabados* (N.º 5) (pp. 5-17). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1993). *Sexes and genealogies*. New York: Columbia University Press.
- Irigaray, L. (1994). *Amo a ti*. Barcelona: Icaria.
- Irigaray, L. (1998) [1977]. *Ser Dos*. Buenos Aires: Paidós.
- Irigaray, L. (2007) [1974]. *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.
- Irigaray, L. (2009) [1977]. *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal.
- Jacklin, C. N. (1992). How my heterosexuality affects my feminist politics. *Feminism & Psychology*, 2(3), 420-422.
- Jagose, A. (2009). Feminism's Queer Theory. *Feminism & Psychology*, 19(2), 157-174.
- Jeffreys, S. (2011). *La industria de la vagina. La economía política de la comercialización global del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Jensen, R. (1996). Knowing Pornography. *Violence Against Women*, 2(1), 82-102.
- Jensen, R. (2007). *Getting off: pornography and the end of masculinity*. Cambridge: South End Press.
- Johnson, P. (2005). Improvisation and constraint: new works by Judith Butler. *Sociology*, 39(4), 755-759.
- Jónasdóttir, A. (1993). *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?* Madrid: Cátedra.
- Jones, E. (1966) [1927]. La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina. En E. Jones, *La sexualidad femenina* (pp. 24-43). Buenos Aires: Caudex.

- Kanneh, K. (1992). Sisters under the skin: a politics of heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2(3), 432-433.
- Kernberg, O. (1991). Sadomasochism, sexual excitement and perversion. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(2), 333-362.
- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós.
- Kernberg, O. (2000). The Influence of the Gender of Patient and Analyst in the Psychoanalytic Relationship. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(3), 859-883.
- Kessler, S. y McKenna, W. (2000). Gender construction in every life: transexualism. *Feminism & Psychology*, 10(1), 11-29.
- Kestenberg, J. (1956). Vicissitudes of female sexuality. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 4, 453-476.
- Kestenberg, J. (1965). On the development of maternal feelings in early childhood. *Psychoanalytic Study of the Child*, 11, 257-291.
- Khayatt, D. (2002). Toward a Queer identity. *Sexualities*, 5(4), 487-501.
- Kirby, V. (2011). *Judith Butler: Pensamiento en acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Kirshner, L. (1991). The concept of the self in psychoanalytic theory and its philosophical foundations. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(1), 157-182.
- Kitzinger, C., Wilkinson, S. y Perkins, R. (1992). Theorizing Heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2, 293-324.
- Kitzinger, J. (1992). Sexual violence and compulsory heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2(3), 399-418.
- Kleeman, J. (1965). A boy discovers his penis. *Psychoanalytic Study of the Child*, 20, 239-266.
- Kleeman, J. (1971). The establishment of core gender identity in normal girls. *Archives of Sexual Behavior*, 1, 103-129.
- Kleeman, J. (1976). Freud's views on early female sexuality in the light of direct child observation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5), 3-27.

- Klein, M. (1964) [1945]. El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En M. Klein, *Contribuciones al Psicoanálisis* (pp. 303-347). Buenos Aires: Hormé.
- Kohlberg, L. (1966). A cognitive-developmental analysis of children's sex role concepts and attitudes. En E. Maccoby (Ed.), *The Development of Sex Differences* (pp. 82-173). Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- Kosofsky Sedgwick, E. (1990). *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press.
- Kosofsky Sedgwick, E. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: La tempestad.
- Kramer Richards, A. (1996). What is new with women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(4), 1227-1241.
- Kramer Richards, A. (1999). Freud and feminism: a critical appraisal. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(4), 1213-1237.
- Kristeva, J. (1987). *Historias de Amor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kristeva, J. (2000). *El genio femenino. 1. Hannah Arendt*. Buenos Aires: Paidós.
- Kristeva, J. (2001). *El genio femenino. 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Kristeva, J. (2003). *El genio femenino. 3. Colette*. Buenos Aires: Paidós.
- Kubie, L. (1974). The drive to become both sexes. *Psychoanalytic Quarterly*, 43, 349-426.
- Kulish, N. (1991). The mental representation of the clitoris: The fear of female sexuality. *Psychoanalytic Inquiry*, 11, 511-536.
- Kulish, N. (2000). Primary Femininity: Clinical Advances and Theoretical Ambiguities. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4), 1355-1379.
- Lacan, J. (1987) [1973]. *El Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. Escritos I* (pp. 86-93). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría de 'género'. *Nueva Antropología*, 8(30), 173-198.
- Lancelle, G. (1999). El self: Hallazgo clínico y necesidad conceptual. En G. Lancella (Comp.), *El self en la teoría y en la práctica* (pp. 27-52). Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (2001). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- Laqueur, T. (2007). *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lasky, R. (2000). Body ego and the preoedipal roots of feminine gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4), 1381-1412.
- Latour, B. (2012) [1993]. *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología asimétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lax, R. (1994). Aspects of primary and secondary genital feelings and anxieties in girls during the preoedipal and early oedipal phases. *Psychoanalytic Quarterly*, 63, 271-296.
- Leeb, C. (2008). Toward a theoretical outline of the subject: the centrality of Adorno and Lacan for feminist political theorizing. *Political Theory*, 36(3), 351-376.
- Lehtinen, V. (2007). On philosophical style: Michèle Le Doeuff and Luce Irigaray. *European Journal of Women's Studies*, 14(2), 109-125.
- Lerner, H. (1976). Parental mislabeling of female genitals as a determinant of penis envy and learning inhibitions in women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(suppl.), 269-283.
- Lichtenberg, J. (1978). The testing of reality from the standpoint of the body self. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 26(2), 357-385.

- Lie, M. (2002). Science as father? Sex and gender in the age of reproductive technologies. *European Journal of Women's Studies*, 9(4), 381-399.
- Lloyd, M. (1999). Performativity, parody, politics. *Theory, Culture & Society*, 16(2), 195-213.
- Lloyd Mayer, E. (1985). 'Everybody must be just like me': Observations on female castration anxiety. *International Journal of Psycho-Analysis*, 66, 331-347.
- Lloyd Mayer, E. (1995). The phallic castration complex and primary femininity: paired developmental lines toward female gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43(1), 17-38.
- Loewald, H. (1951). Ego and reality. *International Journal of Psychoanalysis*, 32, 10-18.
- Loewenstein, R. (1950). Conflict and autonomous ego development during the phallic phase. *Psychoanalytic Study of the Child*, 5, 47-53.
- Lofgren, B. L. (1968). Castration anxiety and the body ego. *The International Journal of Psychoanalysis*, 49, 408-410.
- Lopes Louro, G. (2008). O 'estranhamento' queer. En C. Steven y T. Swain, (Comps.), *A construção dos corpos. Perspectivas feministas* (pp. 141-148). Ilha de Santa Catarina: Mulheres.
- López Penedo, S. (2008). *El laberinto queer. La identidad en tiempos de neoliberalismo*. Madrid: Egales.
- Lorber, J., Coser, R., Rossi, A. y Chodorow, N. (1981). On 'The Reproduction of Mothering': A Methodological Debate. *Signs*, 6(3), 482-514.
- Luttrell, W. (2004). Chodorow, Nancy. En *Encyclopedia of Social Theory*. SAGE Publications. Recuperado de <https://us.sagepub.com/en-us/sam/encyclopedia-of-social-theory/book220787>
- Lykke, N. y Braidotti, R. (Eds.). (1996). *Between monsters, goddesses, and Cyborgs*. London: Zed Books.
- MacKinnon, C. (2014) [1987]. *Feminismo inmodificado. Discurso sobre la vida y el derecho*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Maffía, D. (2010). Filosofía, política, identidad de género. En J. H. Raíces Montero (Comp.), *Un cuerpo: mil sexos. Intersexualidades* (pp. 51-71). Buenos Aires: Topía.
- McCullers, C. (2008) [1943]. *El corazón es un cazador solitario*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Mahler, M. (1984). *Separación-individuación*. Buenos Aires: Paidós.
- Mahler, M. y McDevitt, J. (1982). Thoughts on the emergence of the sense of self, with particular emphasis on the body self. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(4), 827-848.
- Mahler, M., Pine, F. y Bergman, A. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Maingueneau, D. (2008). *La literatura pornográfica*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Mamo, L. y Fishman, J. (2001). Potency in all the right places: Viagra as a technology of the gendered body. *Body & Society*, 7(4), 13-35.
- Mannoni, O. (2006) [1969]. *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Markula, P. (2006). Deleuze and the body without organs: disreading the fit feminine identity. *Journal of Sport & Social Issues*, 30(1), 29-44.
- Marshall, B. (2002). Snips and snails and theorists' tales: classical sociological theory and the making of 'sex'. *Journal of Classical Sociology*, 2(2), 135-155.
- Martin, A. (2003). Introduction. Luce Irigaray and the culture of difference. *Theory, Culture & Society*, 20(3), 1-12.
- Martínez, A. (2010). La pornografía a debate. Notas sobre sexualidad e identidad de género en los argumentos feministas. *Nomadías*, 11, 69-93.
- Martínez, A. (2013a). 'El grano de arena en el centro de la perla'. Registros de la identificación y formación del sujeto en Judith Butler. En M. L. Femenías, V. Cano y P. Torricella (Comps.), *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 213-240). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Martínez, A. (2013b). Eclipse de mujer: problemas en torno a la

- parentalidad. Contribuciones de Judith Butler al feminismo psicoanalítico. *Revista Científica de UCES*, 17(1), 151-171.
- Martínez, A. (2015a). La identidad sexual en clave lesbiana. Tensiones político-conceptuales: desde el feminismo radical hasta Judith Butler. *Sexualidade, Saúde e Sociedade Revista Latino-Americana*, 19, 102-132.
- Martínez, A. (2015b). Dimensiones del cuerpo bajo el umbral de los debates feministas. Convergencias y divergencias en Simone de Beauvoir, Luce Irigaray y Judith Butler. *Fundamentos en Humanidades*, 14(28), 141-166.
- Martínez, A. (2015c). La tensión entre materialidad y discurso: la mirada de Judith Butler sobre el cuerpo. *Cinta Moebio*, 54, 325-335.
- Martínez, A. (2016). Feminismo psicoanalítico norteamericano de finales de siglo XX: potencialidades y limitaciones de los aportes conceptuales de Jessica Benjamin. *Perspectivas en Psicología*, 13(2), 115-123.
- Matisons, M. R. (1998). The new feminist philosophy of the body: Haraway, Butler and Brennan. *European Journal of Women's Studies*, 5(9), 9-34.
- Mayobre Rodríguez, P. (2006). La formación de la identidad de género. Una mirada desde la filosofía. En J. M. Esteve Zarazaga y J. Vera Vila (Comp.), *Educación Social e Igualdad de Género*. Málaga: Ayuntamiento de Málaga.
- McNay, L. (1999). Subject, psyche and agency: the work of Judith Butler. *Theory, Culture & Society*, 16(2), 175-193.
- McNay, L. (2003). Having it both ways: the incompatibility of narrative identity and communicative ethics in feminist thought. *Theory, Culture & Society*, 20(6), 1-20.
- Medina, J. (2003). Identity trouble: disidentification and the problem of difference. *Philosophy & Social Criticism*, 29(6), 655-680.
- Meler, I. (2003). *El estatuto teórico del cuerpo en los estudios psicoanalíticos de género*. Trabajo presentado en Jornadas de COWAP. Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Meler, I. (2006). El incesto. *Investigaciones en psicología*, 11(2), 55-77.
- Meler, I. (2008). Las familias. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 12, 158-188.
- Meler, I. (2010). Cuestiones psicoanalíticas. Cuestionario: respuestas de Irene Meler. En B. Zelcer (Comp.), *Diversidad Sexual* (pp. 221-229). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Meler, I. (2012). *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2013). Comunicación personal.
- Merlin, L. (2003). Perverse ethics: The body, gender and intersubjectivity. *Feminist Theory*, 4(2), 165-178.
- Millet, K. (1995) [1970]. *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Minton, H. (1997). Queer theory: historical roots and implications for psychology. *Theory & Psychology*, 7(3), 337-353.
- Mitchell, J. (1982). *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*. Barcelona: Anagrama.
- Moi, T. (1994). *Simone de Beauvoir. The Making of an Intellectual Woman*. Cambridge: Blackwell.
- Money, J. (1955). Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocorticism: Psychologic findings. *Bulletin of the Johns Hopkins Hospital*, 96, 253-264. Recuperado de <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.64481>
- Money, J. (1957). Imprinting and the establishment of gender role. *Archives of Neurology and Psychiatry*, 77, 333-336.
- Money, J. (1965). *Sex Research: New Developments*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Money, J. y Ehrhardt, A. (1972). *Man and woman, boy and girl*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Mookherjee, M. (2005). Equality in multiplicity. Reassessing Irigaray's multicultural Feminism. *Feminist Theory*, 6(3), 297-323.
- Morland, I. (2001). Feminism and intersexuality: a response to Myra J. Hird's gender's nature. *Feminist Theory*, 2(3), 362-366.
- Morris, M. (2004). The critique of transcendence: poststructuralism and the political. *Political Theory*, 32(1), 121-132.

- Mortimer, L. (1999). Les aventures de l'esprit et la chaleur vivante: a new encounter with Simone de Beauvoir. *French Cultural Studies*, 10, 277-305.
- Muraro, L. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Horas y Horas.
- Musachi, G. (2012). *Mujeres en movimiento. Eróticas de un siglo a otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Nouzeilles, G. (2002). *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novey, S. (1966). The sense of reality and values of the analyst as a necessary factor in psychoanalysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 47, 492-501.
- Olesker, W. (1990). Sex differences during the early separation-individuation process: implications for gender identity formation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38(2), 325-346.
- Olesker, W. (1998). Female genital anxieties: Views from the nursery and from the couch. *Psychoanalytic Quarterly*, 61, 331-351.
- Orbach, S. (2002). Some thoughts on Nancy Chodorow's important contribution. *Feminism & Psychology*, 12(1), 23-27.
- Osborne, R. (1993). *La construcción sexual de la realidad. Un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Madrid: Cátedra.
- Parens, H. (1980). An exploration of the relations of instinctual drives and the symbiosis/separation-individuation process. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28(1), 89-114.
- Parens, H. (1990). On the girl's psychosexual development: reconsiderations suggested from direct observation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38(3), 743-772.
- Paris, D. (2003). *Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad*. Madrid: Campo de ideas.
- Patteman, C. (1995) [1988]. *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.
- Person, E. (2005). A new look at core gender and gender role identity in women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1045-1058.

- Person, E. y Ovesey, L. (1983). Psychoanalytic theories of gender identity. *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 11, 203-226.
- Porter Gump, J. (1978). The Mermaid and the Minotaur. *Psychology of Women Quarterly*, 2, 379-380.
- Posada Kubissa, L. (1998). *Sexo y esencia. De esencialismos encubiertos y esencialismos heredados: desde un feminismo nominalista*. Madrid: Horas y Horas.
- Prager, J. (2004). Psychoanalysis and Social Theory. En *Encyclopedia of Social Theory*. SAGE Publications. Recuperado de <https://us.sagepub.com/en-us/sam/encyclopedia-of-social-theory/book220787>
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Preciado, B. (2009). La invención del género, o el tecnocordero que devora a los lobos. En *Conversaciones Feministas, Biopolítica* (pp. 15-42). Buenos Aires: Ají de pollo.
- Preciado, B. (2011) [2000]. *Manifiesto contrasexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Barcelona: Anagrama.
- Radicalesbians. (2009) [1970]. La mujer identificada con mujeres. En R. Mérida Jiménez (Ed.), *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. Barcelona: Icaria.
- Rangell, L. (1985). The object in psychoanalytic theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 33, 301-334.
- Raymond, J. (1986). *A passion for friends: towards a philosophy of female affection*. London: The Women's Press.
- Ré, C. (2011). El lugar del sujeto. Abordaje crítico sobre la problemática de la identificación en la constitución del sujeto. En S. Claetti (Coord.), *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Laclau, Butler y Žižek* (pp. 289-303). Buenos Aires: Prometeo.
- Réage, P. (2011) [1954]. *Historia de O*. Buenos Aires: Tusquets.
- Reed, E. (1994). Pornography and the End of Morality? *Studies in Christian Ethics*, 7, 65-93.
- Reinharz, S. (1992). How My Heterosexuality Contributes to My

- Feminism and Vice Versa. *Feminism & Psychology*, 2, 450-453.
- Rich, A. (1983). La maternidad en cautiverio. En A. Rich, *Sobre mentiras, secretos y silencios* (pp. 232-234). Madrid: Cátedra.
- Rich, A. (1986). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia y como institución*. Madrid: Cátedra.
- Rich, A. (2009). Prefacio a 'Heterosexualidad obligatorio y existencia lesbiana' (1980-1982). En R. Mérida Jiménez (Ed.), *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. Barcelona: Icaria.
- Rich, A. (2013) [1980]. Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. En *Feminismos y antipatriarcado* (pp. 99-133). La Plata: La Caldera.
- Richards, A. (1992). The influence of sphincter control and genital sensation on body image and gender identity of women. *Psychoanalytic Quarterly*, 61(3), 331-351.
- Richards, A. (1996). Primary femininity and female genital anxiety. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(suppl.), 361-281.
- Richardson, D. (2007). Patterned fluidities: (Re)Imagining the relationship between gender and sexuality. *Sociology*, 41(3), 457-474.
- Richmond, S. (2001). Feminismo y psicoanálisis: a partir de Melanie Klein. En M. Fricker y J. Hornsby (Comps.), *Feminismo y filosofía. Un compendio* (pp. 81-99). Barcelona: Idea Books.
- Riviere, J. (1966) [1929]. La feminidad como máscara. En *La sexualidad femenina* (pp. 7-23). Buenos Aires: Caudex.
- Rodríguez Magda, R. M. (2003). *El placer del simulacro. Mujer, razón y erotismo*. Barcelona: Icaria.
- Roiphe, H. (1968). On an early genital phase. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 23, 348-365.
- Roiphe, H. y Galenson, E. (1972). Early genital activity and the castration complex. *Psychoanalytic Quarterly*, 41, 334-347.
- Rose, N. (2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. La Plata: UNIPE.
- Ross, J. (1975). The development of paternal identity: A critical

- review of the literature. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23(4), 783-818.
- Rossi, A. (1977). A Biosocial Perspective on Parenting. *Daedalus*, 106(2), 1-31.
- Rubin, G. (1986) [1975]. El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: Notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vance (Comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución.
- Ruddick, S. (1989). *Maternal thinking*. Toward a politics of peace. Boston: Beacon Press.
- Sachs, L. (1962). A case of castration anxiety beginning at 18 months. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 10(2), 329-337.
- Sachs, L. (1977). Two cases of oedipal conflict beginning at 18 months. *International Journal of Psycho-Analysis*, 58(1), 57-66.
- Salih, S. (2002). *Judith Butler*. London/New York: Routledge.
- Santa Cruz, M. I. (1994). Sobre mujeres e igualdad o por qué todos somos iguales pero algunos son más iguales que otras. En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach, M. L. Femenías, A. Gianella y M. Roulet, *Mujeres y Filosofía* (pp. 91-106). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Santilli, E. y Roulet, M. (1994). Sociobiología y sexismo. En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach, M. L. Femenías, A. Gianella y M. Roulet, *Mujeres y Filosofía* (pp. 197-209). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Sarlin, C. (1963). Feminine identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 11, 790-816.
- Sartre, J.P. (1961). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Iberoamericana.
- Sawiki, J. (1991). *Disciplining Foucault. Feminism, power, and the body*. New York/London: Routledge.
- Schafer, R. (1974). Problems in Freud's psychology of women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 22, 459-485.
- Schilder, P. (1923). *The image and appearance of the human body*.

- New York: International University Press.
- Schilder, P. (1931). Notes on the psychopathology of pain in neuroses and psychoses. *The Psychoanalytic Review*, 18, 1-22.
- Schilder, P. y Wechsler, D. (1935). What do children know about the interior of the body? *The International Journal of Psychoanalysis*, 16, 355-360.
- Schutte, O. (1990). Irigaray y el problema de la subjetividad. *Hiparquia*, 3(1), 49-60.
- Schutte, O. (1994). Presentación. En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach, M. L. Femenías, A. Gianella y M. Roulet, *Mujeres y Filosofía* (pp. 10-19). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Segal, L. (1994). *Straight Sex: the politics of pleasure*. London: Virago.
- Segal, L. (1997). Caustic Collisions. *Feminism & Psychology*, 7(4), 559-565.
- Segal, L. (1998). Only the Literal: The Contradictions of Anti-pornography Feminism. *Sexualities*, 1(1), 43-62.
- Segarra, M. (2010). *Entrevistas a Hélène Cixous. No escribimos sin cuerpo*. Barcelona: Icaria.
- Shepard, B. (2004). Masturbating madness. *Sexualities*, 7(3), 363-368.
- Sibilia, P. (2009). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Silverman, K. (1996). *The threshold of the visible world*. New York: Routledge.
- Simonds, C. B. y Brush, P. (2004). Gender. En G. Ritzer (Ed.), *Encyclopedia of Social Theory*, London: SAGE Publications.
- Snitow, A. (1978). Thinking about 'The Mermaid and the Minotaur'. *Feminist Studies*, 4(2), 190-198.
- Soley-Beltran, P. (2003). ¿Citas perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones. En D. Maffía (Comp.), *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transsexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona: Bellaterra.
- Sontag, S. (1984). Notas sobre lo 'camp'. En *Contra la interpretación y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.

- Spivak, G. S. (2011) [1994]. ¿Puede hablar el subalterno? Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Stavro, E. (1999). The use and abuse of Simone de Beauvoir: re-evaluating the French Poststructuralist critique. *European Journal of Women's Studies*, 6, 263-280.
- Stavro, E. (2000). Re-reading *The Second Sex*. Theorizing the situation. *Feminist Theory*, 1(2), 131-150.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.
- Stimpson, C. (2005). A new look at core gender and gender role identity in women: commentary. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4), 1119-1131.
- Stoetzler, M. (2005). Subject trouble: Judith Butler and dialectics. *Philosophy & Social Criticism*, 31(3), 343-368.
- Stolke, V. (2004). La mujer es puro cuento: the culture of gender. *Estudios Feministas*, 12(2): 77-105.
- Stoller, R. (1964). A contribution to the study of gender identity. *International Journal of Psycho-Analysis*, 45, 220-226.
- Stoller, R. (1967). Gender identity and a biological force. *Psychoanalytic Forum*, 2(4), 318-349.
- Stoller, R. (1968a). *Sex and Gender*. New York: Science House.
- Stoller, R. (1968b). The sense of femaleness. *Psychoanalytic Quarterly*, 37, 42-55.
- Stoller, R. (1976). Primary femininity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5), 59-78.
- Stoller, R. (1979). Fathers of transsexual children. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27, 837-866.
- Stoller, R. (1985). *Presentations of Gender*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Stoller, R. y Herdt, G. (1982). The development of masculinity: a cross-cultural contribution. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(1), 29-59.
- Stoller, R. y Wagonfeld, S. (1982). Scientific proceedings panel Reports – Gender and gender role. *Journal of the American*

- Psychoanalytic Association*, 30(1), 185-196.
- Stone, A. (2004). From political to realist essentialism. Rereading Luce Irigaray. *Feminist Theory*, 5(1), 5-23.
- Sutherland, J. (1980). The british object relations theorists: Balint, Winnicott, Fairbairn, Guntrip. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28, 823-860.
- Sweetnam, A. (1996). The changing contexts of gender between fixed and fluid experience. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 437-459.
- Szasz, T. (1955). The ego, the body, and pain. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 3(2), 177-200.
- Thacker, E. (1999). Performing the technoscientific body: real video surgery and the anatomy theater. *Body & Society*, 5(2-3), 317-336.
- Thompson, D. (1992). Against the dividing of woman: lesbian feminism and heterosexuality. *Feminism and Psychology*, 2(3), 387-398.
- Thoms, V. (2006). Reading human sex: the challenges of a feminist identity through time and space. *European Journal of Women's Studies*, 13(4), 357-371.
- Thornton, N. (1986). The politics of pornography: a critique of liberalism and radical feminism. *Journal of Sociology*, 22(1), 25-45.
- Tin, L-G. (2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Buenos Aires: El cuenco de plata. (Trabajo original publicado en 2008).
- Tort, M. (1994). *El deseo frío. Procreación artificial y crisis de las referencias simbólicas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Treacher, A. (1999). Review: Sacrificial Logics, Feminist Theory and the Critique of Identity by Allison Weir. *Feminist Review*, 62, 136-138.
- Tubert, S. (1988). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- Tubert, S. (1991). *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI.
- Tubert, S. (Ed.). (1996). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (Ed.). (1997). *Figuras del Padre*. Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Síntesis.

- Tubert, S. (Comp.). (2003). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.
- Turner, S. (1999). Intersex identities: locating new intersections of sex and gender. *Gender & Society*, 13(4), 457-479.
- Tyson, P. (1982). A developmental line of gender identity, gender role, and choice of love object. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(1), 61-86.
- Tyson, P. (1986). Male gender identity: early developmental roots. *Psychoanalytic Review*, 73, 405-425.
- Tyson, P. (1989). Infantile sexuality, gender identity, and obstacles to oedipal progression. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 37(4), 1051-1069.
- Tyson, P. (1994). Bedrock and beyond: an examination of the clinical utility of contemporary theories of female psychology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 42(2), 453-467.
- Tyson, P. y Tyson, R. L. (1990). *Psychoanalytic Theories of Development*. New Haven: Yale University Press.
- Valocchi, S. (2005). Not yet queer enough: the lessons of queer theory for the sociology of gender and sexuality. *Gender & Society*, 19(6), 750-770.
- Van Leeuwen, K. (1966). Pregnancy envy in the male. *International Journal of Psycho-Analysis*, 47(2-3), 319-324.
- Van Mens-Verhulst, J. (2002). Recurrent acquaintances. *Feminism & Psychology*, 12(1), 18-22.
- Veggeti-Finzi, S. (1992). *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*. Madrid: Cátedra.
- Veggeti-Finzi, S. (1996). El mito de los orígenes. De la Madre a las madres, un camino de la identidad femenina. En S. Tubert (Ed.), *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Wallon, H. (1975) [1934]. *Los orígenes del carácter en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Walton, H. (2004). The gender of the Cyborg. *Theology and Sexuality*, 10(2), 33-44.
- Watson, K. (2005). Queer Theory. *Group Analysis*, 38(1), 67-81.

- Weeks, J. (2012). Queer. En *Lenguajes de la sexualidad* (pp. 211-214). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Weir, A. (1996). *Sacrificial Logics: Feminist Theory and the Critique of Identity*. New York: Routledge.
- Weisman, A. (1958). Reality sense and reality testing. *Behavioral Science*, 3(3), 228-261.
- Weiss, E. (1934). Bodily pain and mental pain. *The International Journal of Psychoanalysis*, 15, 1-13.
- Whitford, M. (2003). Irigaray and the culture of narcissism. *Theory, Culture & Society*, 20(3), 27-41.
- Wiederman, M. (2005). The gendered nature of sexual scripts. *The Family Journal*, 13(4), 496-502.
- Williams, K., Cooper, B., Howell, T., Yuille, J. y Pahlus, D. (2009). Inferring Sexually Deviant Behavior From Corresponding Fantasies: The Role of Personality and Pornography Consumption. *Criminal Justice and Behavior*, 36(2), 199-222.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Wishart, H. y Soady, V. (1999). Feminist Emancipatory Discourse from Astell's 'Hog-Tending' through de Beauvoir's 'Complicity' to Nussbaum's 'Human Capabilities'. *European Journal of Women's Studies*, 6, 281-290.
- Wittig, M. (1977). *El cuerpo lesbiano*. Valencia: Pre-Textos.
- Wittig, M. (2005) [1992]. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.
- Wolfe, H. (2013). Book Review: Individualizing gender and sexuality: theory and practice. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 61(1), 181-186.
- Wright, L. (2005). Introduction to 'Queer' masculinities. *Men and Masculinities*, 7(3), 243-247.
- Yanof, J. (2000). Barbie and the tree of life: the multiple functions of gender in development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4), 1439-1465.
- Young, A. (1992). The authority of the name. *Feminism & Psychology*, 2(3), 422-424.

- Yuval-Davis, N. (1992). The (Dis)Comfort of being 'hetero'. *Feminism & Psychology*, 2(3), 438-439.
- Zerilli, L. (1996). Un proceso sin sujeto: Simone de Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad. En S. Tubert (Ed.), *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.

Acerca del autor

Ariel Martínez es Dr. en Psicología (UNLP). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades (FaHCE, UNLP). Director de la Especialización en Educación en Géneros y Sexualidades (FaHCE, UNLP). Docente en las cátedras Psicología Evolutiva y Psicología Evolutiva II de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), y en la cátedra Psicología Evolutiva II de la Facultad de Psicología (UNLP). Miembro de los proyectos de investigación: “Cuerpo, afecto y performatividad en prácticas artísticas contemporáneas”, dirigido por la Dra. Ana Sabrina Mora y “Biopolíticas y violencias: aportes para una filosofía del cuerpo”, dirigido por la Dra. Mabel Campagnoli.

Las categorías de Identidad de Género y Cuerpo, en su complejo y enredado interjuego, operan de modo subterráneo a partir de sentidos naturalizados que alimentan la patologización, la inferiorización y la exclusión de aquellas personas cuyas expresiones no son decodificadas bajo los principios de coherencia o autenticidad. Este libro ofrece un recorrido por diferentes miradas teóricas pertenecientes al contexto norteamericano contemporáneo. El abordaje realizado tiende a localizar nudos problemáticos y develar supuestos que participan en la sedimentación de las normas sociales a partir de las cuales toda localización sexo-genérica cobra existencia en función de su mayor o menor desajuste respecto a lo esperable. La riqueza de la perspectiva ofrecida se encuentra en el recorrido más que en la segmentación de sus contenidos. En última instancia, se trata de una cartografía posible que invita a recorrer un territorio complejo.

Biblioteca Humanidades, 40

ISBN 978-950-34-1692-1

IdIHCS Instituto de
Investigaciones en
Humanidades y
Ciencias Sociales

